UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY
3 9001 04953 4129

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/lamusalocaelnino0000unse

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA MUSA LOCA ::
NIÑO PRODIGIO
MORES Y AMORÍOS

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Pontejos, 8.
1911

ES PROPIEDAD

862.59
A47
1910
v.4

LA MUSA LOCA

COMEDIA EN TRES ACTOS

(EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS)

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona,
el 4 de Julio de 1905.

Á JACINTO BENAVENTE,

PEREGRINO Y ARISTOCRÁTICO INGENIO,

AUDAZ INNOVADOR

DE LA COMEDIA ESPAÑOLA,

SUS DEVOTÍSIMOS ADMIRADORES Y AMIGOS,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO[1]

PERSONAJES	ACTORES

ACTO PRIMERO

FIDELA	Nieves Suárez.
DON ABEL SECANO	Fernando Díaz de Mendoza.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	Alfredo Cirera.
URRUTIA	José Santiago.
CABRA	Felipe Carsí.
TOLEDO	Emilio Mesejo.
MANOLO	Ricardo Juste
BARBUDO	Manuel Díaz.
DON JESÚS	Francisco Urquijo
LUCAS	Francisco Cayuela.
UN PRESTAMISTA	Manrique Gil.
UN CAMARERO	Hilario Fernández.

ACTO SEGUNDO

DOÑA ANTONIA PACHECO	Josefa Morera.
IRENE	Matilde Asquerino.

---

(1) Merced á algunas ligeras alteraciones introducidas en el acto segundo de esta comedia después de su estreno en Barcelona, consignamos aquí el reparto de la primera representación en Madrid, en lugar del que allí se le dió.

Debemos, sin embargo, mencionar á la Sra. Guillén, á la Sta. Torres, al Sr. Palanca y al niño Peral, que interpretaron en Barcelona los papeles de Luisita, Felisa, don Mauricio Regla y Salazar y Eduardo respectivamente, y que no figuran en la actualidad en la compañía del Teatro Español.

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ANDREA	María Guerrero.
FELISA	Lola Bremón.
MARIQUITA	Esperanza Bedoya.
DON ABEL SECANO	Fernando Díaz de Mendoza
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	Alfredo Cirera.
URRUTIA	José Santiago.
UN SEÑOR ANÓNIMO	Mariano Díaz de Mendoza.
BUSTAMANTE	Ramón Guerrero.
DON GENARO	Luis Medrano.
ROMERO	Manuel Soriano Viosca.

ACTO TERCERO

IRENE	Matilde Asquerino.
LUISITA	María Cancio.
LIBORIA	Matilde Bueno.
DON ABEL SECANO	Fernando Díaz de Mendoza.
DON MAURICIO REGLA Y SALAZAR	Alfredo Cirera.
URRUTIA	José Santiago.
FOSO	Emilio Mesejo.
DON JOVITO	Felipe Carsí.
EDUARDO	Niño Quintín.
PARRA	Manuel Viñals.
BERMÚDEZ	Francisco Urquijo.

ACTO PRIMERO

Negociado de don Mauricio Regla y Salazar, en una oficina del Estado, en Madrid. Mampara al foro. Ventana grande á la derecha del actor. Puertecilla de escape á la izquierda, empapelada como las paredes. Estera de cordelillo. Á la derecha, en primer término, mesa y sillón de don Mauricio. Á la izquierda, frente á ella, mesa y sillón de don Abel Secano, oficial primero. En el foro, á la derecha de la puerta, un par de mesas de dos pupitres fronteros cada una. La del rincón está colocada como las de don Mauricio y don Abel, de suerte que al sentarse ante ella los empleados el público les vea de perfil. La otra en sentido contrario: un empleado dará la espalda al público y otro estará de frente á él. Hacia el centro de la habitación otra mesa análoga á la primera y colocada en igual forma. En las paredes, perchas correspondientes á las mesas y alguna anaquelería con legajos. Sobre todas las mesas, aparte el servicio de escribir, abundancia de papeles y libros. Sillas de gutapercha. Cerca de la ventana una estufa. Escupideras y cestos de papeles junto á las mesas. Pendiente del techo, sobre cada una de ellas, una bombilla de luz eléctrica con pantalla verde. Timbres. Almanaque.—La vejez y mal estado de los muebles, el

polvo de libros y legajos, el borroso color del papel de las paredes, y aun los remiendos de la estera, patentizan que por la covachuela que hoy rige don Mauricio han pasado algunas generaciones. Es por la mañana.

La oficina está sola. Ábrese la mampara y sale DON ABEL.

Don Abel, protagonista de esta comedia, es un pobre diablo. Frisa con los cincuenta; tiene poco pelo, y éste gris, bigotillo y mosca. Los ojos, mortecinos y tristes. Alguna vez, no obstante, fulgura en ellos siniestra llamarada. Lleva gafas de acero. Sus ropas son humildes, defendidas con maña y bencina de las inclemencias del uso. Al llegar tiende la vista por la estancia, desde la misma puerta, cerciorándose de que aún no hay allí ningún empleado.

DON ABEL. Nadie. Parece que es un crimen, y no es un crimen. Corre á su mesa, y sin quitarse sombrero ni capa, se sienta, saca de uno de los cajones un cuaderno, y rápidamente, lleno de turbación y ansiedad, busca una entre sus páginas manuscritas. Aquí está. Después de leer para sí. ¡Ah! ¡Ya decía yo! El ritmo de la frase era otro. Leyendo. «¿Por qué? ¿Por qué no me contestas ahora? ¿Por qué?» ¡Claro! Se repite dos veces el por qué. ¡Qué tontería! Y no he podido pegar los ojos en toda la noche. Sigue hojeando el cuaderno. ¡Qué bien me ha salido esta escena!... ¡Qué linda es esta frase!... «No quiero más esclavitud que la de mi cerebro: no quiero más cadenas que las de mi conciencia.» Aquí hay un aplauso, ó sé yo muy poco de estas cosas. Mirando con recelo á la puerta. ¿Eh?... Temí .. Volviendo á la obra. ¿Pues y esto? Esto parece de Echegaray. «No pidamos á la carne humana en la tierra, resis-

tencia de roca en la playa.» ¡Bravo! Se me saltan las lágrimas. Guardando el cuaderno. Al cajón otra vez, drama mío, no me sorprenda alguien... Ahora causaría mofa lo que luego ha de causar admiración y envidia. Mientras cuelga la capa y el sombrero. ¡Y dicen los críticos que el monólogo es falso!... ¡que no es real!... ¿Pues no vengo yo hablando solo desde mi casa? Por supuesto, ¿quién había de sospechar en el mundo que Abel Secano, el humilde oficial primero de esta mísera covachuela, iba á sentir bajo su cráneo la llama de la inspiración; iba á escribir un drama como ése?... Sale LUCAS, ordenanza de la oficina, por la puertecilla de escape. ¿Quién?

LUCAS. Señor Secano, buenos días.

Este Lucas procede de la Guardia civil. Usa grandes bigotes, y conserva en su empaque y modos el sello y los hábitos de su primera profesión. En la mano trae un jarro lleno de agua, que vierte en una cacerola que hay sobre la estufa.

DON ABEL Buenos días, Lucas. Abstraído; entre dientes. «No pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.»

LUCAS. ¿Manda usted algo?

DON ABEL. Nada, Lucas.

Lucas va á irse por el foro, á tiempo que llega CABRA, á quien deja pasar.

CABRA. Hola, Lucas.

LUCAS. Felices, señor Cabra. Vase.

CABRA. Buenos días, don Abel. Á usted no hay quien le coja la delantera.

El ciudadano Cabra, víctima resignada de la administración, y miope de añadidura, viene de capa castaña y hongo café, y usa gafas de gruesos cristales. En la oficina usa manguitos. Las rodilleras de sus pantalo-

nes manifiestan que de los sesenta años que tiene ha pasado sentado cincuenta y cinco. Ocupa el primer pupitre de la derecha. Trae en la mano un rollo de papeles.

CABRA ¿Cómo sigue el chico?

DON ABEL. Mejor está, Cabra; muchas gracias. ¿Qué papeles son esos?

CABRA. El trabajo extraordinario que le dió el jefe á Urrutia. Al fin y al cabo tuve yo que cargar con él. Hasta las tres de la mañana no he podido acostarme. Arranca la hoja del almanaque.

DON ABEL. Le digo á usted que se está poniendo esta casita .. Saca un periódico y lee de pie, junto á la estufa, sin dejar de atender á Cabra.

CABRA. Y menos mal ustedes, los que suben. Ya ve usted yo: ayer hizo cuarenta años que tomé posesión de este mismo pupitre.

DON ABEL. ¿Con cuánto?

CABRA. Con seis mil reales Y hoy tengo cuatro mil.

DON ABEL. ¡Sí que es una carrera loca!

CABRA. Suspirando. Aquí me he dejado la vista, el pulso, el pelo, el estómago... No es que yo me queje... Aquí he cogido el reuma que me va á llevar al cementerio; aquí he cogido las jaquecas que padezco alternando con el reuma... No es que yo me queje... Aquí conocí á mi mujer, que en paz descanse. Era hija del entonces portero mayor, que en paz descanse. Se empeñó en casarnos el jefe de esta sección en aquella época, don Inocencio Colmenar, que en paz descanse. La pobrecita me dejó doce hijos, que me viven todos... No es que yo me queje... Á otros les va mucho

eor... pero de cuando en cuando un desahogui-
o... Iré haciendo el parte.

Se levanta, coge de la mesa de don Mauricio una hoja de asistencia y
cribe en ella los nombres de los empleados del negociado, los cuales, á
edida que llegan, la van firmando.

DON ABEL. Mire usted, Cabra: yo también me
eo rodeado de mucha gente. El mayor de mis
iicos ya es un pollo; usted lo conoce. Es listo, es
ueno; vale. Será un hombrecito. Me tiene muy
ontento. Pues bien: si algún día se le ocurriera
ecirme: «Papá, yo quiero servir al Estado», lo di-
caba. No le digo á usted más. Lo disecaba.

CABRA. Y haría usted muy bien. ¡Ojalá mi pa-
re me hubiera disecado á mí! Daría gusto de ver-
e ahora.

DON ABEL. En cuanto á un servidor de us-
d... Pero, bueno; esto es otra cosa... Tiempo al
empo .. No quiero hablar. Saludando á DON MAURICIO que
ga por el foro. Dios te guarde, Mauricio.

CABRA. Don Mauricio, muy buenos días.

DON MAURICIO. Hola, señores. ¿Qué hay?

Don Mauricio Regla y Salazar, jefe del negociado, es hombre recto,
exible, aunque cortés y cariñoso con sus subordinados. Para él la ad-
istración es un culto y él un sacerdote Su fisonomía es vigorosa, ex-
siva, muy española. Tiene cuarenta y tantos años. Viste de chaqué.

DON ABEL. ¡Psché!

¡Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual!
¡Un cielo gris, un horizonte eterno,
y andar... andar!

DON MAURICIO. Chico, chico, qué por las

nubes me recibes. ¿Es que te has dado á la poesía?

DON ABEL. Tal vez. De poeta, músico y loco...

DON MAURICIO. ¿Y tu pequeño?

DON ABEL. Parece que ha amanecido mejor. La noche ha sido buena. Luego vendrá la muchacha á decirme el parecer del médico.

DON MAURICIO. Oye una cosa. Don Abel se le acerca. Mira el borradorcillo que he hecho para contestar á la Dirección Le da unas cuartillas. Á ver qué te parece.

Don Abel lee para sí. Don Mauricio en tanto lo contempla con el resplandor del esperado triunfo en la fisonomía.

Llega MANOLO.

MANOLO. Buenos días, señores.

DON MAURICIO. Hola, Manolo.

CABRA. Buenos días.

MANOLO. Y frescos.

Deja gabán y sombrero en la percha correspondiente, y antes de sentarse en su sitio, que es uno de los pupitres del centro de la escena, se acerca á la estufa para calentarse. Es un muchacho simpático y listo. El gabán que lleva es de entretiempo y el traje de verano. Como se ve, tampoco nada en la abundancia. Para trabajar en la oficina se quita los puños y trueca la americana de la calle por otra remendada y llena de tinta que guarda en su pupitre.

CABRA. Ahí tienes el parte

MANOLO. Ahora voy.

DON MAURICIO. Á don Abel, así que acaba la lectura. ¿Qué tal?

DON ABEL. De lo más bonito que has hecho, Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Eh?

DON ABEL. Pero fuerte.

DON MAURICIO. Eso quiero: darle en la teti-
a. Y ya habrás visto que le tapo todos los calle-
nes. Que me sale por peteneras: ley de 15 de
bril del 94; que esto, que lo otro, que lo de más
lá: Real orden de 26 de Agosto del 95; que tal y
ual y qué sé yo: Real decreto de 14 de Mayo del
5; que si fué, que si vino: instrucción de 12 de
etiembre del 97; que patatín, que patatán: cir-
ular de 29 de Octubre próximo pasado. Y no hay
ás. Tiene que meterse en el burladero.

DON ABEL. Sí, sí: no hay escape. Se va á su sitio.

DON MAURICIO. Manolo.

MANOLO. Mande usted.

DON MAURICIO. Ponga usted la minuta de
to.

MANOLO. Sí, señor.

DON MAURICIO. Y que luego Cabra lo saque
limpio.

CABRA. Está bien.

Llega BARBUDO, viejo gruñón de malísimas pulgas. Disfruta un haber
seis mil reales, y toca la trompa en un teatro. Tiene más cejas que bi-
e. Viene de capa.

BARBUDO. ¡Qué atmósfera! ¡Se masca el car-
n! ¡No sé cómo pueden ustedes resistirla! ¡Aquí
s vamos á morir todos! Buenos días, señores.

CABRA. Buenos días.

DON MAURICIO. ¿Quieren ustedes que abramos
ventana un momento?

BARBUDO. ¡Sí, hombre, sí!

MANOLO. ¡No, hombre, no! Estos del Norte no
nen nunca frío.

BARBUDO. ¡Lo que no quieren es respirar veneno!

MANOLO. ¡Ojalá se muera usted mañana! ¡Así puede que ascienda yo!

BARBUDO. Sí, sí; no lo verán tus ojos. Tienes oficial quinto para rato. Después de colgar la capa y el sombrero, siéntase ante el pupitre de frente á Cabra.

DON MAURICIO. Mirando el reloj. La media ya y faltan cuatro todavía. El mejor día llevo el parte así, y vamos á tener un disgusto. ¿Se sabe de Jiménez?

DON ABEL. Continúa malo. Yo estuve ayer á verlo.

DON MAURICIO. Pues Toledito y Urrutia me van á oir. Y eso que pierde uno la fuerza moral: luego se presenta á las doce ese niño gótico de Jorgito, que abusa porque tiene el tío alcalde. ¿y quién les dice nada á los otros?

BARBUDO. Aquí hay dos razas: los que toman el sol y los que toman quina en rama. Y ande el movimiento. Á Cabra. Ya me ha dado usted dos veces con el pie en la espinilla.

CABRA. Ha sido sin querer.

BARBUDO. Es que sin querer también me duele.

Llega URRUTIA todo jadeante. Es el hazmerreir del negociado. Viste malamente: usa un hongo muy alto y un gabán color de hoja seca, entallado y con raja hasta la cintura. Es ligeramente tartamudo.

URRUTIA. Fe... fe... felices.

DON MAURICIO. ¡Vamos, hombre! ¡Firme usted el parte en seguida!

URRUTIA. Us... usted perdone, don Mauricio. ¿So... soy el último?

DON MAURICIO. Firme usted el parte y no se meta en más.

URRUTIA. Us... usted perdone.

DON MAURICIO. No hay de qué. ¿Me quiere usted decir qué ha estado usted haciendo?

URRUTIA. Re... re... retratándome.

DON MAURICIO. ¿Cómo?

URRUTIA. De... de cuerpo entero. Pien... pienso hacerme unas postalitas.

DON MAURICIO. Siempre había usted de apearse por las orejas. Oiga usted. Ayer, en este oficio, me puso usted fecha de Octubre.

URRUTIA. ¿Y qué?

DON MAURICIO. Que estamos en Noviembre.

URRUTIA. Pues... pues tiene usted razón. Me... me habré equivocado.

DON MAURICIO. ¿Qué duda cabe?

URRUTIA. Lo... lo rasparé, y si no queda bien, haré otro. Con... con permiso. Don... don Abel, ¿cómo sigue el enfermo?

DON ABEL. Un poco mejor; muchas gracias.

MANOLO. Es verdad; que yo no le he preguntado. ¿Sigue mejor, eh?

DON ABEL. Así parece.

Deja Urrutia sombrero y abrigo en la percha correspondiente, y se acomoda ante su pupitre, de frente al público. También se cambia de americana.

Sale violentamente por el foro UN PRESTAMISTA, con el sombrero puesto, una estaca de la que Dios nos libre, y unas intenciones peores que la estaca.

PRESTAMISTA. Buenos días.

DON MAURICIO. Buenos días.

PRESTAMISTA. ¿El señor Toledo?

DON MAURICIO. No está.

PRESTAMISTA. ¿No está?

BARBUDO. ¡Pero cúbrase usted!

PRESTAMISTA. ¿Cómo? Se quita el sombrero. Ustedes dispensen. ¿De modo que el señor Toledo no está?

DON MAURICIO. No, señor, no está. Creo que salta á la vista.

MANOLO. Espere usted un poco. Levanta la tapa de su pupitre y mira hacia dentro en son de burla. No; no está.

PRESTAMISTA. ¿Eso ha sido un chiste? Pues el señor Toledo me anda buscando, y me anda buscando el señor Toledo, y no digo más sino que va á encontrarme el señor Toledo.

URRUTIA. Us... usted á él ya es más difícil.

PRESTAMISTA. ¿Sí, verdad? Buenos días. Vase como entró.

MANOLO. ¡Ladronazo!

URRUTIA ¡Ju... judío!

BARBUDO. ¡Chupa sangre!

DON ABEL. Pero ¿quién es ése?

CABRA. Un prestamista.

DON ABEL. ¡Ah! El amigo Toledo trae siempre unas combinaciones y unos enjuagues...

TOLEDO asoma el rostro apicarado por la puertecilla de escape y da los buenos días en voz baja.

TOLEDO. ¡Señores, buenos días!

DON MAURICIO. ¡Toledo!

TOLEDO. Schsss... Por Dios, don Mauricio, no me riña usted.

DON MAURICIO. Firme el parte al momento, que voy á llevármelo.

TOLEDO. Obedeciendo sin quitarse la capa y con el sombrero en la mano todavía. Sí, señor. Usted comprenderá que hay peligros superiores al rayo.

DON MAURICIO. Ya, ya estoy. Á trabajar ahora. Vase por el foro con la hoja de asistencia.

Toledo es joven, madrileño de raza. Se peina entre chulo y señorito. Usa cuello bajo, corbata encarnada y bota con caña de color. Su sitio en el negociado es el de frente á Manolo. Deja capa y sombrero y abre su pupitre mientras le interrogan los demás sobre el pasado lance.

MANOLO. Oye, tú, ¿qué belén es éste?

TOLEDO. ¡Poca cosa! Que le huyo el cuerpo á ese matatías, porque lo he clavado en cincuenta duros.

Regocijo general.

MANOLO. ¿Sí?

CABRA. ¿Sí?

BARBUDO. ¿Á ése?

URRUTIA. ¡Me... me alegro!

DON ABEL. Pues es usted el príncipe de los ingenios, amigo mío. ¿Cómo ha sido la cosa? Á ver, á ver...

TOLEDO. Ése es mi secreto. El hecho es que no ve una peseta de los cincuenta duros.

BARBUDO. De las pocas veces que ha tenido usted gracia.

URRUTIA. In... infeliz de mí: le tomé veinte á uno de la calle del Salitre, y ya le llevo entregados más de ochenta.

DON ABEL. ¡Qué atrocidad!

URRUTIA. ¿No... no ve usted que hasta que no le dé la cantidad íntegra me está cobrando intereses?

TOLEDO. Tú tienes la culpa. Por bruto.

URRUTIA. Si... si... si fué cuando la enfermedad de mi madre. No.. no digo eso: fi... fi... firmo yo la horca.

DON ABEL. Toledo, ¿me da usted *El Imparcial?*

TOLEDO. Sí, señor.

DON ABEL. Tenga usted *El Liberal.*

URRUTIA. ¿Quie... quiere usted *El País?*

DON ABEL. Luego.

Cada uno está sentado en su sitio. Don Abel y Toledo leen los periódicos; Urrutia raspa y enmienda su equivocación, en que vuelve á incurrir; Manolo compone un reloj, y Cabra y Barbudo trabajan. Todos, sin embargo, intervienen en la conversación. Toledo, antes de sentarse, toca dos veces el timbre, que se oye lejos.

TOLEDO Beberemos agua, ¡qué diablo! Para que pase el susto.

URRUTIA. ¡Mal... maldita sea mi suerte!

MANOLO. ¿Qué le sucede á usted?

URRUTIA. ¡Que... que he raspado Octubre y he vuelto á poner Octubre! ¿Es *pata* la mía? Se va á quedar esto como una tela de cebolla.

TOLEDO. ¿Tu raspador no tiene sueldo?

URRUTIA. ¡No... no tiene sueldo!

TOLEDO. ¡Pues es quien más trabaja en el negociado!

Risas.

DON ABEL. Amigo Barbudo: ayer, á su novillerito de usted, le echaron un bicho al corral.

BARBUDO. También se los echaban á Lagartijo, amigo Secano.

MANOLO. ¡Ande usted con esa, don Abel!

URRUTIA. Es... es que en Madrid no se sabe ver toros. ¿Verdad, Barbudo?

BARBUDO. No, señor; no se sabe.

TOLEDO. Para ver toros hay que ir á su pueblo de usted. ¡Creo que los lidian en la sala de sesiones del Ayuntamiento!

CABRA. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Hom... hombre: crisis!

Gran alarma.

BARBUDO. ¿Crisis?

CABRA. ¿Crisis?

MANOLO. ¿Cómo crisis?

URRUTIA. En... en Portugal.

CABRA. ¡Ah, vamos!

MANOLO. ¡Nos ha asustado usted!

Llega LUCAS por el foro con dos vasos de agua en una bandeja.

LUCAS. Agua, señores.

TOLEDO. Déme usted, Lucas.

DON ABEL. Déme usted á mí también.

Beben ambos.

LUCAS. ¿Quiere algún señor más?

DON ABEL. Gracias.

LUCAS. Servir á ustedes. Vase.

MANOLO. Cómo se conoce que este Lucas ha sido de la Guardia civil. Siempre está cuadrado.

BARBUDO. Ya lo malearán los otros bigardones.

TOLEDO. Levantándose. ¡Ah, señor Barbudo, ahora que me acuerdo! Ya decía yo que había entre nosotros una cuentecita pendiente. Anoche, en casa de Morán, estuve cenando con varias amigas y dos ó tres ilustres *concurdáneos;* uno de ellos,

este chico que escribe de teatros... este... Calpena.

DON ABEL. ¿Es usted amigo de Calpena?

TOLEDO. Unas miajas. Coincidimos en gustos: Blázquez ó N. P. U. Bueno, pues se me ocurrió preguntarle sobre la discusión que ayer tuvimos, señor de Barbudo, y me aseguró que se puede decir ó muy gordo ó gordísimo; pero que *muy gordísimo*, como usted sostenía...

BARBUDO. ¡Y sostengo!

TOLEDO. Es un disparate de á folio, impropio de toda persona que ande en dos pies, aunque usted lo haya oído en el Congreso.

DON ABEL. ¡Claro! Escuche usted: un ministro, que ya es académico de la lengua, dice *á por* y dice *riyéndose*. Me consta.

TOLEDO. Lo creo.

CABRA. Pues un gobernador de provincia, protector mío, que en paz descanse, á las *cocretas* las llamaba croquetas.

DON ABEL. Y las llamaba bien.

CABRA. ¿Bien? ¿Pero no son *cocretas?*

DON ABEL. No, señor.

CABRA. Pues es un error en que llevo cincuenta años.

URRUTIA. Y... y mi portera con usted.

Risas.

DON ABEL. Bueno, señores, vamos á trabajar, que luego don Mauricio me dice á mí que si no puede dejarme solo, que si yo alboroto el cotarro, etcétera, etcétera.

TOLEDO. Vamos á trabajar.

BARBUDO. ¡Ya era hora!

Todos obedecen la indicación de don Abel, á excepción de Urrutia, el cual levanta y sujeta la tapa de su pupitre con un cuadradillo, y oculto tras ella nadie puede ver lo que hace. Hay un breve silencio. Á poco, hacia la derecha, principia á oirse un número popular de zarzuela tocado al violín por un músico callejero.

URRUTIA. Detrás de su tapadera. A... ahí viene el ciego.

MANOLO. Pobre hombre: á las dos de la noche está todavía rascando el violín por esas calles.

TOLEDO. Anoche lo vi yo á última hora tocando los *couplets* de las enaguas.

DON ABEL. ¡Oh! ¡No puedo ya con las enaguas! ¿Va gente á ver eso, Barbudo?

BARBUDO. Pican, pican.

DON ABEL. Yo lo sentiría por usted, que toca la trompa en la orquesta y se gana un sueldo honradamente; pero me alegraría de que cerraran ese teatrucho.

BARBUDO. ¡Hombre!

DON ABEL. Á mí déme usted arte: á mí no me dé usted pantorrillas.

TOLEDO. Opino todo lo contrario.

El ciego ha ido aproximándose; luego pasa cerca de la ventana, y al fin se aleja. En cuanto lo que toca llega á ser bien perceptible, primero uno de los empleados, en seguida dos, después todos ellos, tararean ó silban á compás. Toledo, en algunos momentos, hace de director de orquesta, usando por batuta un cuadradillo.

En el instante en que es más vivo el entusiasmo, preséntase DON JESÚS por el foro. D. Jesús es un viejo jubilado, recortadito y pulcro. Lo reciben con mucho afecto.

DON JESÚS. ¡Buenos días, señores! ¡Este es el negociado de la alegría! ¡Je!

DON ABEL. ¡Don Jesús! ¡Dios le guarde!

CABRA. ¡Querido Jesús!

URRUTIA. ¡Ho... hola, don Jesús!

MANOLO. ¿Qué tal, don Jesús?

DON JESÚS. ¿Estábamos de concierto, eh? ¡Cómo se conoce que anda por ahí Mauricio!

TOLEDO. ¡Hay que alegrar la vida, don Jesús!

DON ABEL. ¡Nos tenía usted olvidados!

DON JESÚS. La lluvia, hijo, la lluvia. Ya sabéis que cuando hace sol, vengo á la oficina como si estuviera en activo. No puedo remediarlo: me veo en la calle y se me vienen los pies para acá.

DON ABEL. Por aquello de que

siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado...

¿No es cierto, don Jesús?

DON JESÚS. Muy cierto, muy cierto... Acercándose á don Abel. ¿Qué hay, amigo Secano?

DON ABEL. Lo de siempre: dejándonos aquí la vida, día por día. Estoy más harto de estas cuatro paredes...

DON JESÚS. Hombre, pues tú no te puedes quejar: llevas una carrera muy bonita...

DON ABEL. ¡Ay, don Jesús! El mundo es muy grande, muy vario... Hay en él muchas veredas por surcar.

DON JESÚS. Chico, no te entiendo.

Vuelve á salir LUCAS por el foro.

LUCAS. Señor Toledo: aquí le buscan.

TOLEDO. Levantándose y escondiéndose aprisa tras su capa. ¡No estoy! ¡Diga usted que no estoy!

Manolo y Urrutia contribuyen en seguida al engaño, suponiendo que es el prestamista otra vez.

MANOLO. Alzando la voz ¡El señor Toledo no ha venido! ¡No está en Madrid!

URRUTIA. ¡Es. . está en Marruecos!

DON ABEL. ¿Quién pregunta por él?

LUCAS. No conozco... Es una señora muy guapa, de mantón.

TOLEDO. Saliendo á escape del escondite. ¡Pero, hombre, haberlo dicho! ¡Si es una peinadora que me proteje! Vase por el foro corriendo. Todos se ríen del lance.

LUCAS. Señor, yo no sabía... Se va también.

DON JESÚS. Es mucho peine este Toledito... Oye, Abel, ¿y tu gente?

DON ABEL. Á Ricardín lo tengo algo malucho. Los demás están buenos.

DON JESÚS. Irenita se ha puesto monísima. El otro día me la encontré. Iba con tu cuñada. Es un pimpollo de criatura.

DON ABEL. Dios me dé fuerzas para verlos en camino á todos. Y son siete, querido don Jesús.

DON JESÚS. Ya, ya sé que son siete. Pero tú verás cómo los sacas adelante. Acercándose á Urrutia, el cual se levanta. ¿Qué hay, pollo?

URRUTIA. Us... usted dirá, don Jesús.

DON JESÚS. Siéntate, hombre. ¿Y tu madre?

URRUTIA. Tan... tan buena: fastidiada con su reuma.

DON JESÚS. ¿Y tu padre?

URRUTIA. Tan... tan bueno: fastidiado con su hígado.

DON JESÚS. Hace un siglo que no los veo.

MANOLO. Don Jesús: ¿se le volvió á parar á usted el reloj?

DON JESÚS. Acercándosele. No, hijo mío: desde que tú me lo compusiste...

MANOLO. Diga usted: ¿es cierto que va usted á instalar en su casa la luz eléctrica?

DON JESÚS. Hombre, no sé: eso quiere Gertrudis. Ya veremos.

MANOLO. Pues no se comprometa usted con nadie.

DON JESÚS. ¿También electricista?

MANOLO. También. Hay que agarrarse á todo: tengo ya dos chicos. Quedará usted satisfecho, don Jesús. Es más: le enseñaré á usted una trampa para que no corra mucho el contador.

DON JESÚS. ¡Je! Lo que tú no discurras... ¿Y ahora qué te haces, Manolillo?

MANOLO. Pues aparte esas menudencias que suelen salirme, cuando acabo aquí en la oficina me voy á casa de Rodríguez Rincón, donde llevo el correo; allí estoy hasta las seis ó las siete, según el número de cartas; luego al Real—ya sabe usted que soy acomodador de las plateas...

DON JESÚS. Sí: eso es de mis tiempos. ¿Y á casita después?

MANOLO. ¿Á casita? ¡Á la buñolería!

DON JESÚS. ¿Á qué buñolería?

MANOLO. Á una que he abierto á medias con un francés en la calle Mesón de Paredes.

DON JESÚS. Ya.

MANOLO. Mi socio ha puesto el dinero y yo la inteligencia. Y hay que estar encima. Porque no es posible fiarse de nadie. Ni siquiera del socio.

DON JESÚS. Chico, chico...

MANOLO. Al amanecer me retiro á casa, y trabajo un poco en marquetería, compongo relojes, ilumino algún retratillo... Lo que cae.

DON JESÚS. Pero, muchacho, ¿y cuándo duermes?

MANOLO. Los domingos.

DON JESÚS. ¡Je! Volviéndose á don Abel un momento. Escúchame, Abel: ¿contestaron de la Administración de Huelva, ó hubo necesidad de conminarles con multa?

DON ABEL. No, no; contestaron.

DON JESÚS. ¿En la forma que yo indicaba?

DON ABEL. Sí, señor.

DON JESÚS. ¡Claro! ¡Si aquello era de sentido común! Acercándose á la otra mesa. ¿Qué hay, señor Barbudo?

BARBUDO. ¿Qué ha de haber? ¡Rabiando!

DON JESÚS. ¿Y la señora?

BARBUDO. ¡Calcule usted: rabiando!

DON JESÚS. ¡Vaya por Dios! Tú, amigo Cabra, siempre dando ejemplo de laboriosidad.

CABRA. Pschè... ¡qué remedio!

DON JESÚS. Ya supe que se murió tu cuñada Pepa.

CABRA. La pobrecita descansó. Lo que no sabes es que toda la familia está conmigo.

DON JESÚS. ¿Sí, eh?

CABRA. Una de esas gangas que á mí me caen... No es que yo me queje, pero hazte cargo: añade cuatro bocas más á las doce que ya tenía, y dime si con cuatro mil reales es posible vivir. ¡Catorce nos sentamos á la mesa!

DON JESÚS. ¿Catorce?

CABRA. ¡Catorce! Nos levantamos en seguida, ¿eh? pero nos sentamos catorce.

DON JESÚS. ¿Tu hijo mayor te ayuda?

CABRA. Me entrega lo que gana el pobrecillo: una miseria que le dan en ferrocarriles. El segundo quiere ser actor: me trae frito.

DON JESÚS. ¿Y Leopoldín?

CABRA. Á ése lo tengo en una imprenta, y á Salvador en un comercio Me los exprimen como limones y les dan dos reales los sábados, pero siquiera aprenden á trabajar.

DON JESÚS. ¿Y Asunción?

CABRA. Asunción se casa en Febrero.

DON JESÚS. Que sea enhorabuena. ¿Con quién?

CABRA. Con un sacristán. Lo primero que ha salido; no íbamos á escoger... Parece buen muchacho; la quiere...

DON JESÚS. Bueno, hombre, bueno... Está bien, está bien... Voy á saludar á los de aquí junto.

MANOLO. Vaya usted con Dios, don Jesús.

Vuelve TOLEDO.

TOLEDO. Don Jesús, vaya usted con Dios. Siempre ha habido pobres y ricos.

DON JESÚS. Adiós, buena pieza... Si como eres listo quisieras trabajar...

TOLEDO. Es que si quisiera trabajar ya no sería listo.

DON JESÚS. ¡Je! Quedaos con Dios. Hasta otro diíta.

DON ABEL. Adiós, don Jesús.

URRUTIA. Va... vaya usted con Dios.

TOLEDO. Déjese usted ver de cuando en cuando.

MANOLO. No me eche usted en olvido, don Jesús.

DON JESÚS. Quedaos con Dios, quedaos con Dios... Se va por la puertecilla de escape.

TOLEDO. Pues, señor, ¡vaya un día! Después de la buena vista de mi peinadora, se me ocurre entrar en el negociado de Bermúdez, estaban tallando al monte y he ganado cuarenta céntimos.

MANOLO. Eres el niño de la suerte.

Vuelve DON MAURICIO por el foro con unos papeles en la mano.

DON MAURICIO. Hoy viene el jefe con los pantaloncitos de montar. Á don Abel. Chico, á Marchena lo ha puesto verde.

DON ABEL. ¿Sí, eh? Pues quiera Dios que no me llame á mí, porque traigo los nervios de punta.

DON MAURICIO. Urrutia, ¿qué hace usted?

URRUTIA. Asomando la cabeza por encima de la tapa del pupitre. Pi... pi... pitillos.

DON MAURICIO. No es ocasión de hacer pitillos. ¿Enmendó usted aquel oficio?

URRUTIA. Sí, señor; tome usted.

DON MAURICIO. Indignado al ver lo tosco y sucio de la rasadura. ¡Hombre, por Dios! ¿Usted cree que esto se le puede presentar al jefe? ¡Ni que raspase usted

con un cuchillo de cocina! Cabra, copie usted esto en limpio.

CABRA. En seguida.

URRUTIA. Pue... puedo copiarlo yo, don Mauricio.

DON MAURICIO. No hace falta. Usted sume estas cantidades y ponga en un papel aparte el total que arrojen. Manolo, déme usted mis cuartillas, que el jefe las quiere leer. Probablemente no servirá una letra; pero quien manda, manda. ¡Ah! y todos en su sitio, que me temo que le dé hoy la ventolera de visitar los negociados. Se va de estampía por el foro.

TOLEDO. ¡Cómo me molestan las lumbreras de la Administración!

URRUTIA. Y... y á este cura.

DON ABEL. Á mí me molestan la Administración y las lumbreras.

BARBUDO. Milagro será que no nos haga venir esta noche.

MANOLO. Sí; porque empieza á torcerse el día.

TOLEDO. Lo que será milagro es que nos escapemos sin aquello de... Imitando á don Mauricio, pasea y dicta en tono campanudo. Manolo, coja usted cuartillas y escriba. Los demás se rien. Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma...

Aumentan las risas.

DON ABEL. Señores, señores, que no está ni medio regular burlarse así de nuestro jefe... á espaldas suyas.

URRUTIA. ¿Y... y cómo vamos á burlarnos cuando esté delante, don Abel?

TOLEDO. ¡Claro!

CABRA. ¿Tiene usted papel de membrete, Urrutia?

URRUTIA. Ten... tengo un pliego; pero está manchado de queso.

MANOLO. Yo tengo limpio. Tome usted.

Sale con un servicio el MOZO DE CAFÉ por la puertecilla de escape, y lo deja sobre la mesa de Manolo.

MOZO. Buenos días.

TOLEDO. Hola, Sebastián.

MANOLO. ¿Á quién le toca hoy?

MOZO. Al señor Urrutia.

URRUTIA. Pues apún... púntalo.

MOZO. Está bien. Hasta luego. Se va por el foro.

Suena el timbre correspondiente á la mesa de don Abel.

DON ABEL. ¡Hombre, qué gracia! ¿Qué tripa se le habrá roto á ese don Finchado que tenga yo que componer? Se levanta de mala gana. Vamos á ver á su excelencia. ¡Como si nosotros tuviéramos la culpa de que él se haya casado con una señora que lo trae de cabeza! Vase por el foro.

MANOLO. Caballeros, ¿ustedes han visto cómo está cambiando este don Abel?

BARBUDO. De eso justamente iba á hablar yo. Hace una temporada que es otro hombre. ¿Qué diablos le pasa?

URRUTIA. A... anoche, serían las doce y media, lo vi yo por la calle del Colmillo discutiendo solo.

TOLEDO. Pues el domingo por la tarde—miento, el lunes,—estaba en un cafetín de la calle Toledo con tres ó cuatro tipos que si no eran cómicos le andaban muy cerca.

MANOLO. ¿Cómicos?

TOLEDO. Asi parecían. ¡Vaya usted á saber en qué andará metido!

Se presenta LUCAS por el foro.

LUCAS. ¿El señor Secano?

CABRA. Está con el jefe.

TOLEDO. ¿Quién lo busca?

LUCAS. La doncella que tiene ahora: ésa que vino el otro día.

TOLEDO. ¡Ah! ¡Ésa tan guapa!

MANOLO. ¡Que pase!

TOLEDO. Hombre, sí; dígale usted que pase; que don Abel ha de tardar un rato.

LUCAS. Perfectamente. Se va.

CABRA. ¿No se incomodará, señores?

TOLEDO. ¿Por qué?

MANOLO. La chica es preciosa.

URRUTIA. Y... y muy distinguidita, ¿verdad?

TOLEDO. Eso es lo mejor: sus pretensiones de persona fina.

MANOLO. Digo yo: ¿si todo lo que tendrá don Abel será que ha perdido el seso por la doncellita?

TOLEDO. No: me parece que no.

LUCAS abre la mampara del foro y deja pasar á FIDELA.

LUCAS. Aquí. Pase usted.

Aparece FIDELA, en actitud entre resuelta y comedida, que ella cree de suprema distinción. Es una muchacha de pueblo, que por azares de su vida se encuentra en Madrid, dedicada al servicio doméstico. Viste con arreglo á su posición actual, pero con ciertos detalles que quieren ser de señorío.

FIDELA. Con permiso. Muy buenos días. Ay, todos son hombres.

MANOLO. Buenos días.

URRUTIA. Bue... buenos días.

FIDELA. ¿Cómo están ustedes? ¿Están ustedes buenos?

MANOLO. Bien, ¿y usted?

FIDELA. Yo bien; muchas gracias. ¿Sus familias de ustedes están bien?

TOLEDO. Bien; muchas gracias.

URRUTIA. ¿Y... y la de usted?

FIDELA. Una servidora no tiene familia; pero muchas gracias.

TOLEDO. Siéntese usted aquí. Le ofrece una silla junto á la estufa.

FIDELA. Ahí, no; muchas gracias. Con permiso de usted, me arrebata demasiado el calor.

TOLEDO. Trasladando la silla junto á la mesa de Secano. Pues aquí entonces.

FIDELA. Ahí tendré muchísimo gusto. Muchas gracias. Se sienta.

TOLEDO. ¿Hace frío en la calle?

FIDELA. Sí, señor; muchas gracias.

Pausa. Todos la miran y ella alardea de que no siente turbación.

TOLEDO. En seguida vendrá don Abel. Le ha llamado el jefe á su despacho.

FIDELA. Una servidora no tiene prisa mayormente. ¡Ay, mayormente!... Esto no lo dicen más que las personas de cierta clase. Todo se pega menos lo bonito.

Manolo ha repartido el café en tres vasos. Le lleva uno á Urrutia, él queda con otro, y el otro lo deja en el pupitre de Toledo.

TOLEDO. Puede usted expresarse con libertad. Aquí no nos asustamos de nada.

MANOLO. Y que, diga usted lo que diga, sus modales y sus palabras dicen bien claro que no es usted lo que parece.

FIDELA. Ay, no, señor; no soy lo que parezco.

URRUTIA. Ya... ya se ve que es usted una persona muy distinguida.

FIDELA. Muy distinguida, sí, señor. ¿Para qué voy yo á negar lo que salta á la vista? Suspirando. ¡Ay!... Los azares del mundo me han hecho descender unos cuantos peldaños en la sociedad... Por eso digo que no tengo familia; pero la tengo... y muy honrada... Si yo les declarase á ustedes el nombre de mi señor padre, tal vez se asustarían.

URRUTIA. ¿Ra... Ravachol?

FIDELA. Dispénseme usted que lo oculte.

TOLEDO. ¡Sí, señora! ¡Pues no faltaba más! Bajo á Manolo, al ir por su vaso. (¡Es una doncella de abrigo!) ¿Quiere usted un sorbo de café?

FIDELA. Ay, muchas gracias.

TOLEDO. ¿De veras?

FIDELA. Muchas gracias.

URRUTIA. ¿La... la irrita á usted?

TOLEDO. ¿Es que no le gusta?

FIDELA. Sí, señor; sí que me gusta. He tomado mucho café en este mundo. Pero de otro modo.

URRUTIA. ¿En... en grano?

TOLEDO. ¿Quieres callarte, estúpido?

FIDELA. Ese caballero se burla. No hay como bajar unos peldaños en la sociedad para ser la diversión de la gente.

URRUTIA. No... no me burlo. Ha sido una broma, señorita.

FIDELA. Señorita, bien dicho está: señorita. Empleada hoy día por mi desgracia en bajos menesteres, pero muy señorita. ¡Ay, si mi familia ganara un pleito que tiene en Portugal sobre unos títulos de nobleza! No lo ganará, porque cuando viene la mala todos son reveses. Pero sin *arremontarme* tanto: si usted supiera quién fué el padrino de boda de mi hermano el fraile... Risas. De mi hermano el fraile, no es equivocación. Casó muy bien, enviudó el pobrecito, y de pena se metió en un convento.

URRUTIA. Co... como don Álvaro.

TOLEDO. Hombre, don Álvaro no enviudó.

MANOLO. ¡Ni se casó siquiera!

URRUTIA. Pe... pero se encerró en un convento, que es lo que yo digo.

FIDELA. ¡Ay!

MANOLO. ¿Y está usted á gusto en casa de don Abel?

FIDELA. Contenta estoy, porque todos allí son muy cariñosos conmigo; pero derramo lágrimas interiores, porque quien ha sido y no es... usted calcule. Con todo, bendigo á Dios que me los puso en mi camino por una dichosa casualidad.

TOLEDO. ¿Luego usted no tenía relaciones anteriores con ellos?

FIDELA. No, señor. Yo, hace ya algunos meses, venía en el tren sola con mis penas, huyendo de una ciudad de cuyo nombre no quiero acordarme, como dicen en el *Don Quijote*—ya ven uste-

des como tengo mi poquito de ilustración. Y, lo que pasa en las *linias* férreas, en la segunda estación del *trayeto* se subió en mi coche una señora. Yo no podía contener los sollozos, y la señora, á poco de oirme, se interesó por mí y me preguntó lo que me pasaba. Le *referí* mi historia y me tuvo mucha piedad. ¡Mi historia es muy triste, señores míos, muy triste! Si supieran ustedes quién fué mi padrino de confirmación, comprenderían lo bajo que ha caído esta desgraciada. La señora aquella era la hermana política de don Abel—cuñada, que se dice ordinariamente,—y como se enteró de mis intenciones y la conmoví tanto con mis lágrimas, me ofreció su casa desde luego y me llevó á ella, porque vió el peligro que en un Madrid corría una joven tan decentita como yo y tan bien dotada por la naturaleza, aunque esté mal que yo lo diga.

BARBUDO. Dando un puñetazo en la mesa. (¡Ya me ha equivocado tres veces!)

FIDELA. En fin, señores míos, qué cosa no será mi historia, cuando un señor de tanto talento como el señor Secano, ha compuesto un drama con ella.

El empleado que menos abre un palmo de boca al escuchar tal revelación.

TOLEDO. ¿Eh?

MANOLO. ¿Cómo?

URRUTIA. ¿Un... un drama?

FIDELA. Un drama, sí. ¿Pero ustedes no lo sabían?

TOLEDO. ¡Ya lo creo! ¡Si nos lo ha leído! Les guiña á los demás. Se titula....

FIDELA. *La paloma herida.*

TOLEDO. *La paloma herida;* eso es. Lo que no sabíamos nosotros era que usted fuese la heroína de ese drama.

FIDELA. La heroína, justo: la heroína. Sí, señor; pues yo soy.

TOLEDO. ¡Vaya por Dios! ¿Tan desgraciada es usted como aquella... no recuerdo el nombre... como aquella...?

FIDELA. Alfonsa.

TOLEDO. Alfonsa: cabalmente.

FIDELA. No ha querido ponerle Fidela, que es mi gracia, por no echar un borrón sobre mi familia. En el primer *ato* y en el segundo *ato*, pasa todo de la misma manera que me ha pasado á mí. En el tercer *ato* ya varía un poquito.

MANOLO. ¿Y eso?

FIDELA. Pues usted imagine: varía en que Alfonsa muere del pecho... y yo... en buena hora lo diga... me parece que... Don Abel no quería matarme; pero dice que luego los críticos, si no muere alguien en la obra, salen con que no es drama...

TOLEDO. Ya.

FIDELA. Y él quería que lo fuese.

URRUTIA. Y... y lo probable es que lo sea.

MANOLO. Sobre todo, si llega á representarse.

FIDELA. En eso anda. Aquí le traigo yo una gran noticia: una carta de un señor que tiene mucha mano con los cómicos, que lo cita mañana en su casa para que le lea el drama á un primer *ator*, á ver si lo quiere echar en su teatro. Yo me alegraré mucho de que lo eche.

TOLEDO. Ah, pues lo echará, lo echará... ¡En cuanto que lo oigan!

MANOLO. Si no echa el drama, echa á don Abel...

FIDELA. ¿Cómo?

TOLEDO. Por DON ABEL, que vuelve. Aquí está nuestro hombre.

Llega, en efecto, DON ABEL.

DON ABEL. Hola, Fidelita. Á ver, qué carta es ésa...

FIDELA. Tome, señor. La que usted esperaba.

DON ABEL. ¿Sí? Loco de júbilo lee la carta repetidas veces.

FIDELA. La señorita Irene se atrevió á abrirla, porque conoció la letra del sobre, y nos la leyó á todos. Figúrese usted qué alegría. Por eso me mandó al instante con ella.

DON ABEL. Ya, ya. ¿Y el chico?

FIDELA. Mejor está. La fiebre ha *rimitido*.

DON ABEL. Pues vété allá y diles que me quedo saltando de gozo, y que hoy me marcharé más temprano.

FIDELA. Bueno, señor.

DON ABEL. Ah, mira. Ten ahí. Dándole dinero. Compra unos pasteles.

FIDELA. ¿De *clema?*

DON ABEL. De todos.

FIDELA. Hasta luego, señor.

DON ABEL. Adiós, Fidela. Relee la carta radiante de alegría.

FIDELA. Á los empleados. ¿Mandan ustedes algo á una servidora?

TOLEDO. Gracias.

MANOLO. Muchas gracias.

FIDELA. Pues con su permiso... Yo he tenido mucho gusto en conocerlos... Se encamina hacia la puerta de la izquierda.

TOLEDO. Por ahí no...

FIDELA. Ay, me había confundido. Es la primera vez que entro en este local... Á cualquiera le pasa... No es por falta de trato... Servidora de ustedes... Encamínase á la ventana.

TOLEDO. Por ahí tampoco: esa es la ventana.

FIDELA. Ya, ya lo veo. Es que iba á mirar si llovía... No es por falta de trato...

URRUTIA. Abriéndole la mampara. Pa... pase usted.

FIDELA. Muchas gracias. Servidora de ustedes... Saludando á DON MAURICIO, que llega á tiempo y la deja pasar. Beso á usted la mano.

DON MAURICIO. Adiós.

DON ABEL. Frotándose las manos gozoso. ¡Bien, hombre, bien! ¡Perfectamente bien!

TOLEDO. ¡Vaya una doncellita que gasta usted para andar por casa!

DON ABEL. Guapa chica es, en efecto.

DON MAURICIO. ¿Es ésta quizás aquella de que tú me hablaste?

DON ABEL. La misma.

DON MAURICIO. Sí que tiene buen ver.

DON ABEL. Lo que siento es que un pobre oficial primero como yo, cargado de familia, no puede sostener doncellas de tal fuste.

BARBUDO. Acercándose á don Mauricio. Don Mauricio, ¿me permite usted que me llegue un momento al teatro?

DON MAURICIO. Sí, hombre, sí.

BARBUDO. Muchas gracias.

TOLEDO. ¿Va usted á seguir á la doncellita, eh?

BARBUDO. Ni más ni menos. Muérase usted de envidia. Se pone el sombrero y la capa, y se va en medio de las risas de todos.

Don Abel no se puede estar quieto. La satisfacción no lo deja. Así, pues, mientras trabajan los demás, él pasea hablando de lo suyo.

DON ABEL. Fidelita, Fidelita... Ha impresionado Fidelita... Ustedes, los jóvenes, claro es, se fijan más en el rostro hechicero, en los labios de grana, en el seno turgente... ¿eh? Pero créanme á mí: Fidela, con ser tan hermosa, es mujer, más que para vista por fuera, para vista por dentro.

TOLEDO. Eso no lo niego yo, don Abel.

DON ABEL. Sin mostaza. Su historia, que ya les he contado á ustedes á grandes rasgos, es interesantísima de veras.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

DON MAURICIO. ¿Nos la vas á contar otra vez?

DON ABEL. Sin atenderlo. Es la historia hermosamente vulgar y sencilla de la mujer que cae por amor. En sus ojos reluce la llamarada siniestra que se ha mencionado al principio. Un hombre le miente al oído palabras engañosas: el niño ciego acecha entre flores: no pidamos á la carne humana en la tierra, resistencia de roca en la playa.

DON MAURICIO. Pero, Abel, ¿qué dices?

TOLEDO. Á Manolo. Me da el corazón que está *probando* una escenita.

DON ABEL. Y yo pregunto... Don Mauricio lo mira asombrado por cima de los lentes. Y pregunto yo: ¿qué sociedad es ésta que tiene vítores y aplausos para el ladrón de honras ¿eh? y no más que desdén y lodo para la víctima? ¿eh? ¿eh?

MANOLO. Eso se pone en un drama y lo aplauden.

DON ABEL. ¿Lo aplauden, verdad? ¿Qué mundo es éste en que vivimos, tan mezquino, tan miserable, tan pequeño...?

DON MAURICIO. Interrumpiéndolo en el mismo tono, al oir el timbre correspondiente á la mesa de don Abel. ¿En que á lo mejor te llama el jefe y tienes que ir á su despacho?

Risas aduladoras de los subordinados.

DON ABEL. Un poco corrido. Pero ¿es á mí?

Vuelve á sonar el timbre.

DON MAURICIO. Á ti; no lo dudes. Ya lo estás oyendo.

DON ABEL Contrariado. Nuestro dignísimo superior jerárquico, sobre ser imbécil, es inoportuno.

DON MAURICIO. Paso, paso, querido Abel: sabes que no me gusta que se trate así á quien debe merecer nuestro respeto

DON ABEL. Pues son dos trabajos, si bien lo miras: es el uno, que no te guste, y es el otro, que tienes que aguantarte. Al timbre, que vuelve á sonar. ¡Voy, hombre, voy! Yéndose por el foro. ¡Qué fastidio!

DON MAURICIO. Señores, necesito verlo para creerlo. Este Secano era trabajador, incansable, obediente, respetuoso; y de algún tiempo acá, yo no sé qué mala yerba habrá pisado, que se nos ha vuelto del revés: gandul, charlatán, alborotador,

levantisco... Por las barbas de mi abuelo, que no sé, no sé...

TOLEDO. Con júbilo. ¡Nosotros, sí!

DON MAURICIO. ¿Cómo?

MANOLO. Lo mismo. ¡Hace diez minutos hemos descubierto la clave!

DON MAURICIO. ¿De veras? ¿Pues qué hay?

TOLEDO. Hay, que don Abel ha escrito un drama con el argumento de la chica, es decir, que de la historia de Fidela ha sacado el argumento para un drama, y ese drama es el que le ha hecho perder la chabeta.

DON MAURICIO. ¿Qué me cuenta usted?

TOLEDO. ¡Lo que nos ha contado la muchacha!

DON MAURICIO. ¡Pero si hace falta estar loco!

MANOLO. ¡Pues lo estará!

DON MAURICIO. ¡Cristo, qué desgracia!

CABRA. Tremenda, don Mauricio, tremenda... Y cuenta que una cosa así le sucedió á mi hermano Baldomero, que en paz descanse.

DON MAURICIO. ¡Pobre Abel! ¡Pobre amigo mío! Manolo y Toledo se rien. No, no; no es caso de risa.

TOLEDO. Pues ¿de qué ha de ser, don Mauricio?

DON MAURICIO. De lástima; créanme ustedes. Conozco ejemplos estupendos. El *bacillus* del autor es más temible que el del cólera morbo. El hombre que escribe un drama sin deber escribirlo, ya no tiene una hora feliz. Y siéntense ustedes, no venga y nos coja murmurando de él. Reparando en el pupitre de Urrutia, que tiene la tapa levantada y á Urrutia detrás. Urrutia, ¿usted qué hace?

URRUTIA. Asomando la cabeza como la otra vez. Li... limándome una uña.

DON MAURICIO. Pues esa operación la deja usted para su casa. ¿Sumó usted las cantidades que le di?

URRUTIA. Yendo con los papeles á la mesa del jefe. Sí... sí, señor; aquí está el resultado.

DON MAURICIO. ¿Qué saca usted?

URRUTIA. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas... con quin... con quin... con quince céntimos.

DON MAURICIO. ¿Ve usted, hombre? ¡Luego dice usted que le tengo ojeriza! ¿Cómo han de dar estas cifras un total de veintisiete mil pesetas, si una sola de las partidas es de cuarenta mil?

URRUTIA. Me... me... me habré equivocado.

DON MAURICIO. Mirándolo con indignación. ¡Naturalmente! Cabra.

CABRA. Señor.

DON MAURICIO. Haga el favor de sumar esto.

CABRA. En seguida.

Suenan sucesivamente y á diversas distancias varios timbres. Uno de ellos es el correspondiente á don Mauricio.

DON MAURICIO. Levantándose. ¡Bueno va! Tenemos reunión magna. Á DON ABEL, que llega cuando él va á marcharse. ¿Qué sucede, chico?

DON ABEL. Nada, hombre, nada: que las contrariedades domésticas de ese don Botijo las hemos de pagar aquí.

DON MAURICIO. Mira, Abel, no olvides lo que te dije antes.

DON ABEL. ¡Pues no olvides tú tampoco lo que te repliqué!

Se va don Mauricio.

DON ABEL. Barajando en la mesa papeles y libros y tomando notas en una cuartilla. Ganas de pedir datos ridículos para darse tono... ¡Mentecato!... Suena el timbre correspondiente á él. Aguarda un poco, vida mía. ¿En dónde tendré yo esos papeles? Vuelve á sonar el timbre. Aguarda un poco, digo, hijo del alma; que es más fácil dar con el dedo en el botón, que dar con estas sandeces que tú quieres. Tararea cualquier musiquilla ¡Jesús, qué caramba! Suena el timbre de nuevo. ¿Otra vez? ¡Mira no me cruce de brazos, si hurgas mucho!

CABRA. Inquieto. ¡Que se juega usted el destino, don Abel!

DON ABEL. ¡Y me lo juego á usted al mus, mi querido amigo! Risas. ¡Pues, hombre! ¡Á fe que estoy yo para templar gaitas!

Llega DON MAURICIO por el foro y se encara seriamente con su amigo.

DON MAURICIO. Abel, ¿qué es esto? ¿No has oído el timbre del jefe?

DON ABEL. Sí.

DON MAURICIO. ¿Y por qué no has ido inmediatamente al despacho?

DON ABEL. Porque... tengo reuma en los tobillos, ¿te enteras?

DON MAURICIO. Para tener ese reuma es preciso ser accionista del Banco; ¿te enteras tú? Y por la amistad particular que nos profesamos, y por la subordinación que como inferior jerárquico me debes, te suplico que mientras sirvas á mis órdenes no des espectáculos como este que acabas de dar.

Conque vé al despacho del jefe en seguida, y tengamos en paz la fiesta. Si no basta el ruego del amigo, valga el mandato del superior.

DON ABEL. Un tanto amostazado y nervioso. Mira, mira, Mauricio; no quiero contestarte.

DON MAURICIO. Mejor es.

DON ABEL. Para ti, por lo menos.

DON MAURICIO. Y para ti.

DON ABEL. Bien está.

DON MAURICIO. Pues bien está. Y silencio, ¿eh?

DON ABEL. Con desdén soberano. ¡Eres un legajo que habla! Se va por el foro de mal temple.

DON MAURICIO. Paseándose preocupado. ¡Inaudito! ¡inaudito! Y lo pongo á raya: esto no; esto no. Ni amigo, ni hermano; esto no. Si se ha vuelto loco, que lo encierren. Ante todo, subordinación y respeto.

CABRA. Que hasta ahora no ha podido respirar. Amigo Urrutia.

URRUTIA. Man... mande usted.

CABRA. ¿Qué total era el que usted sacaba?

URRUTIA. Vein... veintisiete mil quinientas cuarenta y cinco pesetas, con quin... con quin... con quince céntimos. ¿Y usted, qué saca?

CABRA. Catorce millones, trescientas veintidós mil novecientas ocho pesetas, con quince céntimos.

URRUTIA. Es... estaban bien los céntimos.

DON MAURICIO. Prestando atención hacia el foro. ¿Á ver?... ¿Oyen ustedes?

TOLEDO. ¿Qué pasa?

Óyese lejos un violento altercado entre el jefe superior y don Abel. Todos escuchan.

DON MAURICIO. Ya se armó: la que yo me temía.

MANOLO. Pero si don Abel está desatado...

DON MAURICIO. Callar.

Siguen escuchando. La tormenta arrecia allá dentro.

TOLEDO. ¡Buena banderilla!

DON MAURICIO. ¡Qué bruto!

MANOLO. Va á costarle el destino.

URRUTIA. ¡De... demonio de hombre!

CABRA. Ay, ay, ay... ¡Pobre familia! ¡Pobre don Abel!

Llega BARBUDO en plena algarabía.

BARBUDO. ¡Parece que hay bronca en el ocho!

DON MAURICIO. ¿Pero han visto ustedes qué insensatez? ¡Estoy horrorizado! ¡Estoy perplejo! ¡Ese pobre diablo ha perdido el sentido común!

MANOLO. Aquí viene, aquí viene...

DON MAURICIO. Pues ahora me va á escuchar á mí. Señores, cada cual á su puesto.

Obedecen todos, en expectativa de una escena sabrosa. Don Mauricio también se va á su sitio.

Vuelve DON ABEL. Viene el hombre fuera de sí: lívido, descompuesto, temblón, el cabello en desorden, los ojos chispeantes.

DON ABEL. ¡Pues, hombre!... ¡pues vaya!... ¿Es que somos una piara de borregos? Como si tuviera delante al jefe. ¿Qué se ha figurado usted, señor vacío? ¿Eh? ¡Lo que le he dicho á usted en su despacho se lo repito con ilustraciones en la Puerta del Sol! Buscando en sus interrogaciones el asentimiento de los compañeros. ¿Eh? ¿eh? ¡Es usted una calabaza con gabán de pieles! ¿Eh?

DON MAURICIO. Levantándose. ¡Abel: no puedo consentir que sigas por ese derrotero!

DON ABEL. ¡Pues véte, si no quieres oirme! Yo tengo la lengua para hablar, y nada más que para hablar! ¡No es mi camino el de la adulación servil y baja, que dijo Cervantes! ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

DON MAURICIO. ¡Daré parte al director general y al ministro!

DON ABEL. ¡Yo me salto al uno y al otro! Encarándose con la ventana. ¡Sí, señor ministro! ¡me lo salto á usted, que todo lo que ha hecho en esta oficina es quitarnos al empleado más útil, para traernos á un sobrinito imbécil, que discurre menos que un raspador! ¿Eh? ¡Ministritos á mí!... ¡Si nadie ignora que entró vuecencia en el ministerio con un trapo atrás y otro delante, y ya tiene dos fincas en El Escorial y una casa de vacas en los Cuatro Caminos! ¿Eh? ¿eh? ¿Me muerdo yo la lengua? ¿Eh?

DON MAURICIO. En tono duro, tratando de imponerse. Basta ya! ¡No quieras que apele á la violencia! Basta ya!

DON ABEL. ¡Basta, sí, basta, porque yo me voy la calle!

DON MAURICIO. ¡Si te autorizo para ello!

DON ABEL. ¿Si me autorizas tú?... ¡Hombre, no suelto una carcajada volteriana, porque no sabes quién fué Voltaire! Murmurando palabras incoherentes, saca del cajón de su mesa el cuaderno del drama, y luego coge su sombrero y la capa dispuesto á marcharse. ¡Pues tendría salero!... ¡Qué ridiculita!... Ministros... jerarquías... autorizaciones... ¡Ja, ja! ¡Á mí con esas!... Sí, sí...

DON MAURICIO. Yéndose á las buenas, compadecido de su

amigo. Abel: no es el jefe, es el amigo quien te suplica que te quedes; que te tranquilices.

DON ABEL. Déjame, déjame... ¡Si es que me ahogo! ¡si es que necesito aire puro en donde respirar!...

CABRA. Pero aguarde usted un ratito, y ya más sereno...

DON ABEL. ¡Nadie me chiste!

MANOLO. ¿No comprende usted que si sale así...?

DON ABEL. ¡Nadie me conteste! ¡Hay más horizontes que el de esta mísera covachuela! ¡Hay más luz que la que entra por esa ventana! ¡Adiós, compañeros! ¡Quiero, aunque sea un día, gozar del sol de la libertad! Blandiendo el drama. ¡En la mano tengo la llave de mi cárcel! ¡No me compadezcáis, porque no soy digno de vuestra compasión, sino de vuestra envidia! ¡Quédese la compasión para vosotros todos; para usted, desdichado Cabra, que tendrá que seguir por los siglos de los siglos comiendo y almorzando obleas! ¡Esto dice el amigo; esto dice el caballero particular! ¡El empleado grita, para que hasta los sordos lo oigan, que se salta al jefe del negociado, y al de la sección, y al director general, y al ministro del ramo, y al presidente del Consejo, y á la Constitución vigente! ¡Abur!

Vase por el foro en medio del asombro general.

Hay unos momentos de estupor. Los empleados se miran en silencio como ante una cosa nunca vista. Luego rompen á comentar el lance y acaban por charlar todos á la vez.

MANOLO. ¡Qué atrocidad!

CABRA. ¡Pobre don Abel! ¡Cesantía segura!

URRUTIA. Pe... pero ¿han visto ustedes?

TOLEDO. ¡Está más loco que un cencerro!

URRUTIA. ¡Á... á mí me da pena, la verdad!

CABRA. ¡Es otro, es otro!

BARBUDO. ¡Y tiene más razón que un santo; esto es aparte!

DON MAURICIO. Dando en su mesa un formidable puñetazo, para imponer su autoridad. ¡Silencio! Todos lo miran. ¡Silencio he dicho! Esto se acabó. Con dignidad y energía. No pienen ustedes que vamos ahora á hacer comidilla de a desgracia de nuestro compañero, que por desgracia la diputo. El señor Secano ha sido hasta hoy n funcionario idóneo, un amigo leal, un compaero intachable. Censuremos en nuestra conciencia sus flaquezas, pasajeras sin duda, pero sepanos no imitarlas. ¡Á trabajar todos! Ante algún murmullo ue no da la cara. ¡Á trabajar he dicho! Ese es nuestro eber. Cada cual ocupa su puesto. Manolo: escriba usted lo ue voy á dictarle.

MANOLO. Usted dirá.

DON MAURICIO. Bases... para la organización reforma de la Hacienda pública, coma... del jército, coma... de la Armada, coma... de la gricultura, coma... de la Industria, coma... de... icta, paseándose, con candorosa solemnidad. Los empleados lo miran á rtadillas. Algunos se ríen disimuladamente. Por la calle, en sentido ntrario que antes y tocando lo mismo, pasa el ciego del violín. El te- n va cayendo con lentitud.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior del cuarto de doña Antonia Pacheco, antigua actriz, en un teatro de la corte. Al foro, la puerta de entrada. Á la derecha del actor, una cortina abierta por medio, que da al cuartito tocador. Decorado sencillo. Sillas y divanes. Una butaca. Una mesita. En las paredes, algunos retratos de autores y actores ilustres, muertos ya. En el techo, un globo de luz. Sobre la puerta, un timbre. Es de noche.

El cuarto está á oscuras y cerrado. De pronto se ilumina, ábrese la puerta y salen FELISA é IRENE.

Irene es hija de don Abel: viste con pobreza. Felisa es la doncella de doña Antonia Pacheco, joven y bonita.

FELISA. Pasa, pasa... ¿Ves tú cómo nadie te ha visto? Estás temblando... ¡Pobrecita!

IRENE. Si vieras que me da vergüenza... con estos guiñapos... Y que no quiero que papá se entere...

FELISA. Tu papá estará en el saloncillo, si es que ha venido ya. Mi señora está en escena todavía.

IRENE. Nunca he entrado en el cuarto de una actriz hasta ahora... Fijándose en uno de los retratos. ¿Quién es este señor?

FELISA. Uno que escribía comedias muy bonitas... no recuerdo su nombre. Á todos estos los conoció mi señora.

IRENE. ¡Ay! ¿Saldremos con bien de nuestro empeño, Felisa?

FELISA. ¿Qué duda cabe, tonta? ¿Es posible que sea para mal nuestro encuentro del lunes, después de más de un año de no vernos? Además, mi señora goza haciendo bien.

IRENE. ¡Ay, Felisa! ¡Ojalá me atienda y me ampare! Porque si se nos hunde también esta tabla, yo no sé qué va á ser de nosotros.

FELISA. ¡Pobrecita! Á un movimiento de Irene. Calla. Se asoma á la puerta. ¡Dios mío!

IRENE. ¿Qué? ¿Viene alguien?

FELISA. Sí.

IRENE. ¿Quién?

FELISA. Tu papá.

IRENE. ¡Mi papá! ¡El Señor nos valga!

FELISA. No te apures. Escóndete aquí. Entreabre la cortina del tocador.

IRENE. Obedeciéndola. ¿Ves qué mala suerte?

FELISA. No te apures, mujer. Está tranquila. Yo te avisaré cuándo has de salir.

Preséntase DON ABEL con las huellas de su padecer en el rostro y de su penuria en las ropas.

DON ABEL. Felisa, Dios te guarde.

FELISA. Don Abel, buenas noches.

DON ABEL. Sentándose con abatimiento y soltando un pro-

fundo suspiro, que es el primero de una serie. ¡Ay!... ¿Tu señora está en escena aún?

FELISA. Sí, señor. Y todavía tarda.

DON ABEL. Me parecen siglos los momentos. Tú sabes que esta noche va á hacerme la merced de escuchar mi obra.

FELISA. Sí, señor; ayer me enteré. Como sólo trabaja en los dos primeros actos de esta comedia, y quedan otros dos, tiene tiempo.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Y á propósito, señor don Abel: si usted me diera su permiso, yo me quedaría á la lectura.

DON ABEL. Desde ahora lo tienes. Más entiendes tú que algunos zopencos.

FELISA. Gracias: es favor.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Pero ¿á qué vienen esos suspiros? ¿Por qué está usted triste esta noche?

DON ABEL. Hija de mi alma, ¿cómo he de estar si llevo ya cuarenta y dos lecturas en año y medio? Me falta la fe, me falta el entusiasmo... y aun temo que me falte la campanilla. Permíteme este rasgo de humorismo: también cantan los pájaros en el sauce.

FELISA. ¡Pobrecito don Abel! En cualquier contería que dice se echa de ver el talento que tiene.

DON ABEL. ¡Ay!

FELISA. Váyase usted al saloncillo, que estará más animado que esto.

DON ABEL. Levantándose maquinalmente. Me iré... me

iré al saloncillo... Como me iría á la casa de fieras, si me enviases... Bien es verdad que tanto monta. Adiós, Felisa.

FELISA. Vaya usted con Dios, don Abel.

DON ABEL. Marchándose. ¡Ay!

FELISA. ¡Pobrecito! ¡Qué acabadito y qué derrotadito está! Acércase á la cortina del tocador y habla con Irene. Irenita, pasó el peligro. Ya se fué. Pero bueno es que te quedes ahí, para que no te vea nadie hasta que mi señora llegue y yo la prevenga. Asómase á la puerta del cuarto y luego vuelve al tocador. Me parece que ha acabado ya el acto primero. Hay tiempo de todo, porque en el segundo sólo toma parte en una escenita. Va otra vez á la puerta. Ya viene, ya viene.

Llega DOÑA ANTONIA del escenario. Viste un traje de época.

DOÑA ANTONIA. ¡Jesús, lo que me fatiga esta pícara obra! Gracias á Dios que acabo pronto. Siéntase en la butaca.

FELISA. ¿Hay gente?

DOÑA ANTONIA. ¿Quién ha de haber? ¡Nadie! La familia del autor en un palco, y el autor entre cortinas mordiéndose el bigote.

FELISA. Pues ya ve usted que los críticos dijeron que esto era un asombro, y una maravilla, y qué sé yo qué...

DOÑA ANTONIA. Pues ningún crítico de esos ha vuelto otra noche. De modo que ó tienen mucho que hacer ó no les gusta tanto como dijeron.

Pausa. Felisa mira hacia el tocador y luego va á la puerta del cuarto y la cierra. ¿Qué haces, chica?

FELISA. Perdone usted, pero ahora.

DOÑA ANTONIA. ¿Qué pasa?

FELISA. Esta noche es noche de audiencia. ¡Tiene usted tan buen corazón!

DOÑA ANTONIA. ¡Ay, Dios mío! Siempre serán tus cosas. ¿Quieres decirme?...

FELISA. Entreabriendo de nuevo la cortina del tocador. Sal, Irenita, sal.

DOÑA ANTONIA. Pero ¿quién está ahí?

Sale IRENE cohibida y emocionada.

IRENE. Buenas noches.

DOÑA ANTONIA. Levantándose. Buenas noches.

FELISA. Esta señorita es hija de don Abel Secano.

DOÑA ANTONIA. ¡Ah! Celebro mucho ..

IRENE. Servidora.

DOÑA ANTONIA. Sí se le parece.

IRENE. Usted dispensará mi atrevimiento al presentarme sin mi papá.

DOÑA ANTONIA. Atrevimiento no hay ninguno. Siéntese. Venga aquí.

IRENE. Obedeciendo. Con licencia.

FELISA. Si no es por mí no viene, le advierto á usted. Le daba vergüenza; le daba miedo.

DOÑA ANTONIA. ¿Miedo? ¿Es que se asusta usted de las viejas?

IRENE. Sonriendo. No, señora. Temía lo que pudiera usted pensar de mí.

DOÑA ANTONIA. Seguramente nada desfavorable.

FELISA. Verá usted, doña Antonia; porque si no, todos van á ser cumplimientos... Es el caso que Irenita y yo fuimos compañeras en el taller de una modista de sombreros... «Madame Lulú»: una

de Triana. Y hará cosa de cuatro días, nos encontramos en la calle. ¡Lo que nos alegramos las dos! Irenita me contó sus penitas, yo le conté las mías—que algunas tengo—y lo demás... usted lo comprenderá sin que yo se lo explique.

IRENE. Dice bien: usted ya lo habrá comprendido, con sólo ver cómo me presento. Vengo á pedir por mi papá. Á pedir es poco: á rogar, á implorar, á llorar, si fuese necesario.

DOÑA ANTONIA. Conmigo no lo es, no se aflija. Usted quiere hablarme de *La paloma herida*, ¿no es eso?

IRENE. Sí, señora.

DOÑA ANTONIA. Pierda usted cuidado, que en mí no influye poco ni mucho la desventurada leyenda que ese drama tiene, ni menos aún la condición humilde de su autor. Los viejos somos compasivos. De algo bueno han de servir los años.

IRENE. Dios se lo pagará. Todo el mundo se burla de los autores desconocidos.

DOÑA ANTONIA. Yo, no. En todo caso, de los conocidos. Á los otros creo que es un deber escucharlos. ¿Qué sabe nadie lo que hay en un manuscrito que no ha abierto? Algunas veces, entre el trigo asoman dos orejas; pero ¡caramba! también pueden asomar dos amapolas. ¿No es verdad?

IRENE. ¡Qué buena es usted!

FELISA. ¿Lo estás viendo? Tiene mi señora un corazón que es una posada: para todo peregrino hay albergue. Mira: el otro día vino aquí un autor, tan mal de ropa el ángel de mi alma...

DOÑA ANTONIA. Tú, tú; deja las anécdotas

sentimentales. Por hablar no sabes lo que dices. Á Irene. Diga usted, niña: su papá de usted, y perdone la indiscreción, ¿no es más que autor dramático?

IRENE. Ahora, nada más. Antes era empleado; pero hace ya cerca de año y medio que quedó cesante. Cuando escribió el drama, el jefe lo tomó entre ojos.

DOÑA ANTONIA. ¿Por qué?

FELISA. Por envidia, y nada más que por envidia.

DOÑA ANTONIA. Calla. ¿Y son ustedes muchos hermanos?

IRENE. Siete. Sino que desde la cesantía nos quedamos con papá sólo dos, porque así lo ha querido la necesidad. Los otros cinco, uno aquí, otro allá, están en casa de varios parientes.

DOÑA ANTONIA. ¿Su mamá vive con ustedes, por supuesto?

IRENE. No, señora: mi mamá nos faltó cuando yo tenía nueve años. Y soy la mayor.

DOÑA ANTONIA. ¿Y cómo nació en su papá de usted la idea de escribir ese drama á su edad, y de lanzarse á estas andanzas? ¿Ó es que su vocación desde joven le empujó á ello?

IRENE. ¡Ca! no, señora. ¡Si todos en casa nos quedamos con la boca abierta! Le sopló la musa de pronto.

DOÑA ANTONIA. ¿Le sopló la musa?...

IRENE. Papá sacó el drama de la historia desgraciada de una tal Fidela; una doncella que tuvimos en casa... cuando podíamos permitirnos esos

lujos. Por cierto que luego hemos sabido que se casó con un cacharrero de Pozas, y que son felices. Á papá le ha contrariado, porque dice que su heroína no debe acabar de tan prosaica manera; pero no varía el final de su obra, porque también dice que el arte tiene derecho á modificar la realidad.

DOÑA ANTONIA. Indudablemente. Sólo que suele ser la realidad la que lo modifica todo.

IRENE. Esa sí que es una sentencia. Ahí está la triste realidad de mi casa. ¡Qué cambio! ¡qué vueltas! ¡qué carecer aun de lo más preciso! ¡Ay, señora; crea usted que nos van faltando los alientos! Ya no nos queda más tabla á que agarrarnos que *La paloma herida*, ni tenemos otra esperanza que la que usted nos dé. Mi papá espera de su drama tranquilidad, satisfacción, dinero, alegría; yo, tal vez casarme: tengo un novio que me quiere mucho; mi hermano el mayor, librarse de las quintas; mis hermanitos los pequeños, volver á casa... Por eso me he determinado á llegar hasta usted, venciendo mis escrúpulos. De usted depende la salvación de esta familia desgraciada. Usted puede llenar nuestra casa de luz.

DOÑA ANTONIA. ¿Qué más quisiera yo, criatura? Yo no puedo hacer más que escuchar la obra, y pedirle á Dios que me guste mucho. Yo no soy aquí más que una actriz vieja; respetada y querida, eso sí, pero á la que no se la atiende... si no le conviene al empresario. De todos modos, haré cuanto esté de mi parte. No lo dude usted.

IRENE. Levantándose. Pues no molesto más. Seño-

a, le doy á usted infinitas gracias... Á mi papá no e diga usted nada de esto. Adiós, señora.

DOÑA ANTONIA. Adiós, niña.

IRENE. Felisa, ¿quieres acompañarme por los asillos?

DOÑA ANTONIA. Sí, sí; acompáñala hasta la alida.

IRENE. Muchas gracias.

DOÑA ANTONIA. Adiós.

IRENE. Me voy muy contenta, muy contenta.

Se marchan las dos.

DOÑA ANTONIA ¡Pobre niña! ¡Qué ilusiones más desatinadas! Esta locura del teatro la debían estudiar los médicos. ¡Una familia que fía su porvenir, su vida, del drama de don Abel Secano, hazmerreir de bastidores!... ¡Jesús, Dios mío! Y dice que le sopló la musa... ¡Pobre señor! ¡Más valía que le hubiera soplado el Guadarrama!

Asómase DOÑA ANDREA con MARIQUITA á la puerta del cuarto.

DOÑA ANDREA. ¿Hay permizo?

DOÑA ANTONIA ¡Hola! Adelante.

Pasan doña Andrea y Mariquita, madre é hija, andaluzas las dos, y ceritoria esta última en el teatro. Viste también un traje de época, en rmonía con el de doña Antonia.

DOÑA ANTONIA. Nos vamos en zeguía; no mo estamos. Venimos na más que á darle á usté las racias, y á darle á usté las gracias, y á darle á sté las gracias. Da las gracias, niña.

MARIQUITA. Muchísimas grasias.

DOÑA ANDREA. Esta es mu corta y no ze atre- e á hablá delante e nadie. Místela ya como una

amapola. Y yo le digo que en er teatro la vergüenza no zirve pa na. ¿Es ó no es?

DOÑA ANTONIA. Yo creo que no es.

DOÑA ANDREA. ¡Ay, qué gracioza ha estao! Po zí, po zí; á usté ze lo debemos to. Yevaba la pobrecita mía arrinconá zeis mezes de meritoria. Lo más que hacía era entre bastidores: de mormuyo. Y usté la ha zacao, usté la ha zacao: usté la ha puesto en las candilejas. Dios ze lo pague á usté, doña Antonia. En er teatro, ardabas, y ardabas, y ardabas.

DOÑA ANTONIA. No, doña Andrea: en el teatro, como en todas partes, mérito, afición, estudio...

DOÑA ANDREA. ¡Y ardabas, y ardabas!

DOÑA ANTONIA. Bueno, y *ardabas*, si usted quiere.

DOÑA ANTONIA. ¡Ay, me remea, me remea! ¡Qué gracioza es! Ahora, un papelito, un papelito. Porque lo de esta noche no ha zío na: zacá dos velas, y apagá una. Zoplá, zopla cuarquiera. ¿Es ó no es? Usté que es tan güena y tiene tanta mano con loz autores, á vé zi le conzigue un papé. Ya zabe usté lo que zon estas cazas: ze está oscurecía hasta que ze agarra un papé. ¡Un papé, un papé, doña Antonia Pacheco; búsquele usté un papé! Esta lo hace to, lo hace to. Le da usté una tonta, y la hace; le da usté una lista, y la hace; Acercándose mucho á doña Antonia y bajando la voz. le da usté una tunanta, y la hace, —que no zé dónde lo ha aprendío la chiquiya.

DOÑA ANTONIA. Descuide, que no he de abandonarla.

Vuelve FELISA.

DOÑA ANDREA. Ya lo estás oyendo. ¡Güena madrina te has echao! No la dejes tú á eya. Pínchale, pínchale; que en er teatro, ardabas y papeles, y ardabas y papeles, y ardabas y papeles. ¿Es ó no es? Y vámonos ya, que no me gusta que incomodes.

DOÑA ANTONIA. La niña no incomoda.

DOÑA ANDREA. ¿Yo zí, verdá? ¡Me la ha zortao! ¡me la ha zortao! ¡Con qué zalero me la ha zortao! ¡Quéeze usté con Dios, zo gracioza! Y muchízimas gracias, muchízimas gracias, muchízimas gracias.

MARIQUITA. Muchísimas grasias.

DOÑA ANTONIA. Vayan con Dios. No las merece.

DOÑA ANDREA. Volviéndose desde la puerta. ¡Doña Antonia Pacheco... que zoy una madre... que zoy una madre... que zoy una madre!

DOÑA ANTONIA. Ya, ya lo sé.

Se retiran la madre y la hija.

FELISA. Pero ¿por fin ha trabajado Mariquita esta noche?

DOÑA ANTONIA. Sí, hija, sí: por no oir á la madre; que es una madre, como ella dice, pero que habla por toda una familia.

FELISA. Pues tengo que darle el parabién á la muchacha. ¡Pobrecita! ¡Es más buenecita y más bavita! ¿Qué ha hecho?

DOÑA ANTONIA. Figúrate: tenía que apagar una vela, y la apagó diez minutos antes. La Ristori no es.

Llega BUSTAMANTE, autor joven, de aspecto simpático.

BUSTAMANTE. Ilustre doña Antonia.

DOÑA ANTONIA. Hola, Manolillo. ¿Cómo lo pasas?

BUSTAMANTE. Bien, ¿y usted?

DOÑA ANTONIA. No te agradezco la visita. Sé que vienes aquí porque están cerrados los cuartos de las jóvenes.

BUSTAMANTE. No sea usted mal pensada.

DOÑA ANTONIA. No seas tú hipócrita. Viendo que Felisa se entra en el tocador. Y también vienes porque te gusta mi doncella.

BUSTAMANTE. Me gusta, sí; pero no vengo por eso. Yo, como autor, seré una desdicha; pero como particular, soy de lo más formalito que pisa escenarios.

DOÑA ANTONIA. Ya, ya te conozco.

BUSTAMANTE. Vengo del saloncillo, doña Antonia; y vengo á respirar, le soy á usted franco. ¡Ese señor Secano es un ciprés! ¡No habla más que de asuntos tristes! Me ha entrecogido en un rincón y me la ha dado buena. Va á limpiar aquello de gente.

DOÑA ANTONIA. ¡Pobre don Abel!

BUSTAMANTE. Pobre, sí; pero que no se meta en el saloncillo á amargarnos la vida á todos.

DOÑA ANTONIA. Pues tú, y otros como tú, tenéis la culpa. Porque os divertía le dabais bromas verdaderamente crueles, haciéndole creer que era un genio, y entre todos le habéis vuelto el juicio. Ayer recibió una carta de París, pidiéndole su obra para la Comedia Francesa. ¿Te parece? El otro día le hicieron un retrato en el cuarto de la

Peral, diciéndole que iba á publicarse en un periódico de Alemania. En fin, horrores.

BUSTAMANTE. Esas son cosas de Rufete.

DOÑA ANTONIA. Pues bien podía Rufete emplear más ingenio en las obras y menos en el saloncillo.

BUSTAMANTE. Más en las obras, lo comprendo; pero menos en el saloncillo, no puede ser.

Se ríen los dos.

Se presenta en la puerta del cuarto un SEÑOR ANÓNIMO.

Es uno de esos señores insignificantes y entrometidos que conocen á todo el mundo, y á quienes no conoce nadie. Habla de lo suyo como si la humanidad viviera consagrada á pensar en él. Viste con pulcritud, está siempre contento, y saborea la dicha de vivir.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Se puede?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Cómo está usted, mi señora doña Antonia?

DOÑA ANTONIA. Sin saber con quién habla. Bien... ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Bien, muchas gracias. ¡Caballero Bustamante! ¿Qué tal?

BUSTAMANTE. Lo mismo que doña Antonia. Bien... ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Vamos tirando de esta vida perra! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana.

DOÑA ANTONIA. ¿No se sienta usted?

SEÑOR ANÓNIMO. Con mucho gusto. Estaré un ratillo.

DOÑA ANTONIA. Á Bustamante. (¿Quién es, tú?)

BUSTAMANTE. Á doña Antonia. (No lo sé, doña Antonia.)

SEÑOR ANÓNIMO. Pues, sí; he llegado hoy.

BUSTAMANTE. ¿Y se va usted mañana?

SEÑOR ANÓNIMO Mañana, sí; no puedo abandonar aquello.

DOÑA ANTONIA. Claro.

SEÑOR ANÓNIMO. Yo siempre como un meteoro. ¡Je! ¡Ni visto ni oído! ¡Tan pronto aparezco como desaparezco! ¡Je! ¿Usted se casó, Bustamante?

BUSTAMANTE. No, señor.

SEÑOR ANÓNIMO. ¿No? Pues ¿quién se ha casado?

BUSTAMANTE. ¡Mucha gente! ¡Como que es no parar!

DOÑA ANTONIA. ¡Cualquiera pesca á este mariposón!

SEÑOR ANÓNIMO. Ya, eso sí; pero yo juraría haber leído... ¡Ah, doña Antonia! Muy encarecidos afectos de Julia; ¡pero muy encarecidos!

DOÑA ANTONIA. ¿De quién?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡De Julia!

DOÑA ANTONIA. Ah... de Julia. Devuélvaselos usted de mi parte.

SEÑOR ANÓNIMO. Lo agradecerá muy de veras. Está encantada con usted; ¡encantada! ¿Se acuerda usted del día del chocolate?

DOÑA ANTONIA. No. Digo, sí; sí me acuerdo.

SEÑOR ANÓNIMO, ¡Ya ha llovido! ¿Se lo ha contado usted á éste? Puede que le saque partido para una piececilla.

DOÑA ANTONIA. Momentos antes de llegar usted—mire usted qué casualidad—hablábamos precisamente de eso.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Lo que nos reímos! ¿Se acuerda usted?

DOÑA ANTONIA. ¡Como que yo me puse mala!

BUSTAMANTE. Y yo, cuando me lo contó. *Á doña Antonia.* (Es que no tengo la menor idea de este caballero.)

Se ríen los tres: doña Antonia y Bustamante, del señor Anónimo, y éste del día del chocolate.

Llega DON GENARO, *caballero elegante.*

DON GENARO. Pues, señor, á ese don Abel va á haber que darle un destino en Caracas. ¡Muy lejos!

BUSTAMANTE. ¿Otro que huye?

DON GENARO. ¡Y huirán hasta los retratos de la pared! ¡Si es tétrico! ¡Si es abrumador! ¡No hay digestión tranquila con ese hombre!

DOÑA ANTONIA. ¡Ja, ja! Mi cuarto es un refugio esta noche. ¡Qué poco pueden ustedes sufrir al prójimo!

DON GENARO. ¡Á prójimos patibularios, desde luego! Yo no, yo no. He comido con la de Vista Alegre: estaba guapísima. Nos ha dado una comida espléndida: vinos y licores exquisitos... Yo terminé con *pippermint*. ¡Pues por causa de ese señor Secano, se me ha puesto la langosta de pie! ¡Imposible, imposible!

SEÑOR ANÓNIMO. *Sorprendido de que don Genaro no lo salude.* ¡Amigo don Genaro! ¡Desde que no nos vemos no nos conocemos! ¡Je!

DON GENARO. *Confuso.* Ah.. usted dispense... No había reparado..

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Cómo está usted?

DON GENARO. Bien... ¿y usted?

SEÑOR ANÓNIMO. He llegado hoy. Me voy mañana.

DON GENARO. Ya.

SEÑOR ANÓNIMO. Si quiere usted algo para aquella gente... ¡Je!

DON GENARO. Nada; expresiones... Á doña Antonia. (¿Quién es este señor tan regocijado?)

DOÑA ANTONIA. Á don Genaro. (Por lo visto se trata de un anónimo: ha llegado hoy, pero viene sin firma.)

SEÑOR ANÓNIMO. Vaya, vaya, con don Genaro... ¡Je! ¿Se acuerda usted del día de las ostras? ¡Je! ¡Ya ha llovido!

DON GENARO. Le diré á usted... tomo ostras casi todos los días; de modo que no es fácil...

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Cómo nos divertimos!

Aparece ROMERO en la puerta. Viste, como doña Antonia, de época.

ROMERO. ¿Está aquí Bustamante? Viéndolo. Bueno, chico, esto es cosa resuelta: hay que sortearse para ver quién mata á Secano.

Risas.

DOÑA ANTONIA. Calle usted, mala sangre.

ROMERO. ¿Mala sangre? Mire usted, doña Antonia...

SEÑOR ANÓNIMO. Cortándole la palabra con un abrazo que no puede retardar más tiempo. ¡Romerillo! ¿Cómo te va? ¡Dichosos los ojos, hombre, dichosos los ojos! ¿Qué hay?

ROMERO. Perplejo. ¿Que qué hay? Pues... nada... Aquí representando comedias.

SEÑOR ANÓNIMO. Confiésalo: ¿á que lo que menos esperabas era verme?

ROMERO. Sí, sí; efectivamente: lo que menos. Á don Genaro. (¿Quién es?)

DON GENARO. Á ROMERO. (Se ha perdido la fe de bautismo.)

SEÑOR ANÓNIMO. Yo las gasto así: cuando menos se piensa... ¡Je!

DOÑA ANTONIA. Ha llegado hoy.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: he llegado hoy.

DOÑA ANTONIA. Y se va mañana.

SEÑOR ANÓNIMO. Sí: me voy mañana. ¿Qué he de hacer? No tengo más remedio. El ojo del amo... ¡Je! Al yunque, al yunque. Además, tú sabes lo que es Julia.

ROMERO. ¡Oh! No me hables de eso. ¿Está buena, eh?

SEÑOR ANÓNIMO. Sí, ya está buena. Aquello no fué nada. Un parto doble: lo de todos los días. ¡Je! Ahora sueña con su automóvil.

BUSTAMANTE. Amigo, cómo se conocen los ricos...

SEÑOR ANÓNIMO. ¡El que habla, y escribe cuatro patochadas y gana un dineral! ¡Je!

BUSTAMANTE. ¡Hombre!

SEÑOR ANÓNIMO. No lo niegue usted, porque lo han dicho los periódicos muchas veces. Siempre que estrena usted le ajustan las cuentas los críticos. ¡El teatro es un filón! ¡un filón!

DOÑA ANTONIA. ¡Un filón! ¡Y todos los autores, ricos! Ahí está don Abel Secano.

Movimiento en todos como para irse.

ROMERO. ¿Dónde?

DOÑA ANTONIA. Lo cito como ejemplo.

ROMERO. Ya. Hasta esta noche no me ha colmado las medidas el tal Secano. Antes no era así ¡Se ha puesto de un fúnebre que aterra!

SEÑOR ANÓNIMO. Pero ¿quién es él? ¿Quién es ese?

DOÑA ANTONIA. Un pobre señor que ha escrito un drama y no consigue verlo representado. ¿Le parece á usted floja desdicha?

SEÑOR ANÓNIMO. Si fuese divertido me lo llevaba mañana á almorzar. ¡Je! Yo me río mucho con esos tipos.

ROMERO. Á eso estamos: á reirnos los unos de los otros. ¿No es verdad?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Je! ¡Qué punto! Romerillo, Romerillo... ¿Te acuerdas del día del arroz? ¡Je!

ROMERO. ¡Calcúlate: no pienso en otra cosa!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ya ha llovido, caramba, ya ha llovido!

DON GENARO. Oiga usted, doña Antonia: ¿y hay catástrofe en ese drama?

DOÑA ANTONIA. Yo no lo conozco todavía.

BUSTAMANTE. ¿Que si hay catástrofe? ¡Espantosa!

DON GENARO. ¡Por Dios, que no nos pongan eso! ¡Va á ser imposible venir! ¡Si el teatro no es un sitio para digerir bien, no sé qué es el teatro!

DOÑA ANTONIA. Compadezco á ese pobre hombre. Son tantos los que se han soltado á escribir comedias á la buena de Dios, que ya va habiendo más autores que público.

Asoma URRUTIA en la puerta sombrero en mano, azoradísimo.

URRUTIA. ¿Se... se puede pasar?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

URRUTIA. Sin oirla. ¿Se... se puede pasar?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

URRUTIA. Bue... buenas noches.

DOÑA ANTONIA. Buenas noches.

DON GENARO. Buenas noches.

Urrutia mira á todos, con cuya presencia no contaba, y no acierta á decir palabra. Pausa angustiosa.

DOÑA ANTONIA. ¿Á quién busca usted?

URRUTIA Á... á la señora Pacheco.

DOÑA ANTONIA. Yo soy.

URRUTIA. Lo... lo siento mucho.

DOÑA ANTONIA. ¿Cómo?

URRUTIA. No... nada... Me... me he equivocado.

Nueva pausa y nuevas miradas. La reunión se ríe con disimulo.

DOÑA ANTONIA. Usted me dirá lo que quiere.

URRUTIA. A... ahora no es ocasión. Está usted ocupada. Vol... volveré.

DOÑA ANTONIA. Como usted guste.

URRUTIA. Tra... traía una cartita.

DOÑA ANTONIA. ¿Para mí?

URRUTIA. Pa... para usted.

DOÑA ANTONIA. Pues démela, y la leeré con permiso de estos señores.

URRUTIA. Sen... sentiría incomodar.

DOÑA ANTONIA. No, no, señor, no.

URRUTIA. To... tome usted entonces. Al adelantarse hacia doña Antonia para darle la carta, pisa á uno, y al retroceder para ponerse donde estaba, pisa á otro. Us... usted dispense, caballero.

DON GENARO. No hay de qué.

URRUTIA. ¿Le... le he hecho á usted daño?

SEÑOR ANÓNIMO. No, señor.

DOÑA ANTONIA. Leyendo la carta para sí. Ah, es de Rovira. Perfectamente. Apartándose á un lado. Haga usted el favor.

URRUTIA. Sen... sentiría incomodar.

DOÑA ANTONIA. Siéntese usted.

URRUTIA. Gra... gracias: no tengo prisa.

DOÑA ANTONIA. Pues soy toda oídos.

URRUTIA. ¿To... toda oídos?

DOÑA ANTONIA. Quiero decir que ya le escucho.

URRUTIA. No... no la entendí á usted. Se... se trata de un monologuito, escrito para usted ex profeso.

DOÑA ANTONIA. ¿De usted?

URRUTIA. Y... y de tres compañeros de oficina. La idea es de un servidor.

DOÑA ANTONIA. ¿Cómo se titula?

URRUTIA. *El... El baúl mundo se vende.*

DOÑA ANTONIA. ¿Es cómico?

URRUTIA. Tie... tiene «lo suyo».

DOÑA ANTONIA. Bueno; pues yo lo leeré con todo cariño, y usted se da una vuelta por aquí dentro de unos días.

URRUTIA. ¿Co... como cuándo?

DOÑA ANTONIA. ¿Hoy qué es, jueves? El lunes próximo.

URRUTIA. Mu... muy bien. Me... me alegro de que no sea el martes. Le suplico á usted benevolencia; y que influya para que lo pongan; que está todo muy malo, y... y un servidor tiene á su

padre, y... y tiene á su madre, y. . y tiene á su novia, y... y tiene cuatro mil reales de sueldo.

DOÑA ANTONIA. Ya, ya me hago cargo.

URRUTIA. Pues... pues muchísimas gracias. Us... usted perdone la libertad... y hasta el lunes.

DOÑA ANTONIA. Pero ¿y el monólogo?

URRUTIA. ¿El... el monólogo? Palpándose. ¡Es *pata* la mía! ¿Pues no me lo he dejado en casa? Y... y lo puse adrede con el sombrero.

DOÑA ANTONIA. ¡Vaya por Dios!

URRUTIA. Yo... yo se lo traeré á usted mañana.

DOÑA ANTONIA. Reprimiendo la risa. Cuando usted quiera.

URRUTIA. Bue... buenas noches.

DOÑA ANTONIA. Adiós.

URRUTIA. Á los contertulios. Bue... buenas noches.

BUSTAMANTE. Buenas noches.

URRUTIA. Dándoles la mano uno por uno á todos, de puro aturdido que está. Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno... Que... que usted siga bueno.

SEÑOR ANÓNIMO. Vaya usted con Dios.

URRUTIA. Á doña Antonia. ¿Me... me he despedido de usted?

DOÑA ANTONIA. Sí, señor.

URRUTIA. Us... usted dispense la pregunta. Pisando á otro al retirarse. Us... usted perdone. ¡Parece que voy ciego! ¡Es *pata* la mía!

Todos se ríen de él cuando se va.

ROMERO. ¿Quién es ese moscón que tanto tropieza?

DOÑA ANTONIA. Un autor que no viene más que á traerme un monólogo, y se lo deja en casa. Compadezcámosle también.

BUSTAMANTE. Dios le dé mejor suerte que á don Abel Secano.

DON GENARO. ¡Y una musa más regocijada!

Suena el timbre.

DOÑA ANTONIA. Me llaman á escena, señores. Ustedes se quedan en su cuarto. Saludando á DON ABEL, que llega á tiempo que ella se va. ¡Don Abel! ¡Tanto gusto!...

DON ABEL. ¿Cómo está usted, mi buena amiga?

ROMERO. (¡Uf!)

DON GENARO. (¡Nos copó!)

BUSTAMANTE. (¡Á mí no me pesca!)

DOÑA ANTONIA. Pase, pase; ahora vuelvo. No tengo más que cuatro palabras. Se va.

DON ABEL. Buenas noches, señores.

SEÑOR ANÓNIMO. Buenas noches. Á Bustamante. (¿Es este el *sombrón?)*

BUSTAMANTE. Al Anónimo. (El mismo.)

DON ABEL. ¿Qué hay de cosas, amigo Bustamante?

BUSTAMANTE. ¡Psché!...

Bustamante, Romero, don Genaro y el señor Anónimo se van marchando con toda suavidad y disimulo, sucesivamente, huyendo de la quema y tarareando una misma canción entre todos. Uno la empieza y los demás la siguen al marcharse.

BUSTAMANTE. Tará tará tará tarara...

ROMERO. Tirí tirí tirí tiró...

DON GENARO. Torá torá torá toriaro. .

SEÑOR ANÓNIMO. Turú turú turú turó..

DON ABEL. Con amargura. Cuando no les distraigo

ne huyen... ¡Y se figuran que no me doy cuenta!... ¡Ay, Abel, qué camino más largo y más penoso! Siéntase dando muestras de postración.

Sale FELISA del tocador.

FELISA. ¿Está usted hablando solo, señor Secano?

DON ABEL. Sí, hija mía; estoy hablando solo.

FELISA. ¡Ay, pobrecito! ¿Y por qué es eso?

DON ABEL. Porque no tenía con quien hablar, y tenía que hablar necesariamente.

FELISA. Pero, dígame usted: ¿no estaban aquí unos señores?

DON ABEL. Aquí estaban, sí; pero entré yo... y eso bastó para que se fueran.

FELISA. ¡Pobrecito! Ande usted, que ya le llegará la suya.

DON ABEL. ¿Lo crees tú?

FELISA. Á pies juntillas, don Abel. ¡No faltaba más sino que se quedara oscurecido un talento tan grande! Verá usted cómo mi señora le da la mano.

DON ABEL. Dime, Felisita: ¿qué piensa doña Antonia de mí? ¿Qué dice de la lectura de esta noche? ¿Le has oído algo? ¿Sabes algo? ¿Me puedes contar algo?

FELISA. Don Abel... Don Abel... ¿Ve usted? Ya la tenemos.

DON ABEL. ¿Qué tenemos?

FELISA. Ya voy á decir lo que no debía.

DON ABEL. ¿Cómo?

FELISA. Lo que he prometido callar.

DON ABEL. ¡Dímelo, por Dios!

FELISA. ¿Quién piensa usted que ha estado aquí hace poco?

DON ABEL. ¿En dónde?

FELISA. Aquí: en este cuarto.

DON ABEL. ¿Quién?

FELISA. Irenita.

DON ABEL. ¿Mi hija?

FELISA. Sí, señor.

DON ABEL. ¿Mi hija? ¿Que ha estado aquí mi hija? ¿Para qué?

FELISA Para pedirle á mi señora protección y amparo.

DON ABEL. Conmovido. ¡Hija de mi alma!

FELISA. Yo la traje, yo la presenté, yo la acompañé luego hasta la puerta... ¡Iba la pobrecita saltando de gozo! ¡Porque no sabe usted cómo la recibió mi señora!

DON ABEL. ¡Ay, si esto fuera el principio del fin!

FELISA. Lo será, lo será.

Vuelve DOÑA ANTONIA.

DOÑA ANTONIA. ¡Gracias á Dios! Esta noche ya no vierto más perlas, don Abel.

DON ABEL. ¿Acabó usted ya?

DOÑA ANTONIA. Por fortuna. Nada me molesta tanto como trabajar con el teatro vacío. ¿Tiene usted ahí la obra?

DON ABEL. ¡Qué pregunta!

DOÑA ANTONIA. Bueno, pues me voy á quitar estas galas y la leeremos en seguida.

DON ABEL. ¡Je!... Los malos tragos... ¿No?

DOÑA ANTONIA. Una advertencia. Creo que

lebe usted invitar á Carranza. Es el primer actor le la compañía y le conviene á usted tenerlo de su parte. No vendrá, pero usted lo invita y queda bien. Dígale que ya estamos de acuerdo.

DON ABEL. ¡Cuántas bondades, doña Antonia! Cómo podré pagar?... Yo también me he permitido invitar á un amigo... ¿Usted no tendrá inconveniente?

DOÑA ANTONIA. ¡Ninguno! Traiga usted á quien quiera.

DON ABEL. Gracias. ¿Será usted benévola con este pobre autor?

DOÑA ANTONIA. Lo soy con todos. Mi padre fué escritor también, y sé lo que cuesta producir.

DON ABEL. Es usted muy buena, muy buena... Usted no puede imaginar lo que va á resolverme... lo que para mí significa... Además, aquí, entre tantas burlas, entre tanto desprecio, si viera usted cuánto se estima esta consideración, esta cortesía... aunque no sea más que esto... Vaya, vaya, no quiero dar el espectáculo de echarme á llorar como un chiquillo.

DOÑA ANTONIA. Por Dios, don Abel; ¿á qué viene eso ahora? Ande usted á cumplir con Carranza. Yo salgo al instante.

DON ABEL. Allá voy, allá voy...

FELISA. ¡Pobrecito! Éntrase con doña Antonia en el bocador.

DON ABEL. Enjugándose los ojos. Esperaré un momento... Temo que esas fierecillas me vean llorar. Porque si hay uno que se ría de estas lágrimas, soy capaz de ahogarlo. Pausa. ¡Quién sabe! ¡Quién

sabe! Puede que la victoria esté cerca, y entonces... Yo no guardo rencor para nadie; pero ésos que se mofan de mí descaradamente, ésos que hacen sainete de mi desgracia... ésos... lo que es ésos...

Se presenta de nuevo el SEÑOR ANÓNIMO, risueño y decidor como de costumbre.

SEÑOR ANÓNIMO. Felices.

DON ABEL. ¿Quién? Reconociéndolo. ¡Ah!

SEÑOR ANÓNIMO. ¿Sabe usted si la señora Pacheco está en el tocador?

DON ABEL. Después de mirarlo de arriba abajo, márchase tarareando la misma canción que antes le tararearon á él.

Tarí tarí tarí tariaro...

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Ay, qué gracia! ¡Me la ha devuelto! ¡Es el *sombrón!* ¡el loco! ¡Je! ¿Pero que ese pobrete quiera escribir comedias? ¡Qué cosas se ven! Acercándose al tocador y gritando. ¡Doña Antonia!

DOÑA ANTONIA. Dentro. ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¿Quién?

SEÑOR ANÓNIMO. Yo.

DOÑA ANTONIA. ¡Ah!

SEÑOR ANÓNIMO. Un minuto nada más, doña Antonia Me voy mañana, y las despedidas á la francesa no entran en mis costumbres. ¡Je! ¿Qué me dice usted para Julia?

DOÑA ANTONIA. ¿Para Julia? Nada... mis afectos... ¡Y que á ver cuándo voy por allá!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Bravo! Otra cosita, y no molesto más por ahora. Dentro de un mes volveré á verla. ¡Recíbame usted con un trabuco!

DOÑA ANTONIA. ¿Por qué?

SEÑOR ANÓNIMO. En mis ratos perdidos he escrito una comedia de chistes, y deseo que usted la conozca. ¡Je! ¡Es un mamarracho muy grande! ¡Je!

DOÑA ANTONIA. ¡Jesús, qué sorpresa! ¿Cómo había yo de presumir...?

SEÑOR ANÓNIMO. Cuando el diablo no tiene que hacer, escribe comedias con el rabo. ¡Je! ¡Ah! Y conste que si á usted le parece más mala que á mí, me la echa al corral sin rodeos. ¡Yo no me enfado! ¡Á otra!

DOÑA ANTONIA. ¡Eso es! ¡Á otra!

SEÑOR ANÓNIMO. Conque hasta pronto. Muchos aplausos, mucha salud .. y muchas pesetas. ¡Sin pesetas no se camina! ¡Je!

DOÑA ANTONIA. ¡Adiós!

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Adiós!

SEÑOR ANÓNIMO. Á DON MAURICIO que llega cuando él va á marcharse. Pase usted.

DON MAURICIO. Usted primero.

SEÑOR ANÓNIMO. Hágame el favor.

DON MAURICIO. Muchas gracias.

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Calle! ¡No lo había conocido! ¿Cómo estamos?

DON MAURICIO. Sin conocerlo á él. Bien... ¿y usted, señor?

SEÑOR ANÓNIMO. ¡Tan famoso! ¡Je! He llegado hoy. Me voy mañana. ¿Quiere usted algo para allá?

DON MAURICIO. Nada: feliz viaje.

SEÑOR ANÓNIMO. Que usted siga bueno.

DON MAURICIO. Vaya usted con Dios. Cuando se va el otro. No recuerdo haberlo visto en mi vida.

Sale FELISA del tocador.

FELISA. ¿Quién es?

DON MAURICIO. Buenas noches.

FELISA. Buenas noches.

DON MAURICIO. ¿El cuarto de la señora Pacheco es éste?

FELISA. Éste es.

DON MAURICIO. ¿Está la señora?

FELISA. Cambiándose de traje está. ¿Qué se le ofrece á usted?

DON MAURICIO. Hablar con ella; pero por mí que no se impaciente.

Felisa entra y sale llevando y trayendo recaditos.

FELISA. Que tenga usted la bondad de decirme su nombre.

DON MAURICIO. Dígale que no me conoce; que es inútil.

FELISA. Que haga usted el favor de sentarse.

DON MAURICIO. Obedeciendo. Muchas gracias.

FELISA. Que no hay de qué. Quédase en el cuarto. Pausa. Se miran los dos como queriendo reconocerse.

DON MAURICIO. Su cara de usted me es conocida.

FELISA. Y á mí la de usted, señor. Desde que salí me estoy fijando, y juraría que le he visto en alguna parte.

DON MAURICIO. Igual me ocurre á mí con usted.

FELISA. Recordando de pronto, y con muestras de complacencia. ¡Ay, ya caigo!... Sí, sí, el mismo; ya sé quién es usted. Y es la tercera vez que le veo; pero soy muy buena fisonomista.

DON MAURICIO. Vamos á ver: ¿quién soy?

FELISA. Ahora, no sé: antes, era usted el jefe del señor don Abel Secano.

DON MAURICIO. Cierto. ¿Y usted?

FELISA. Yo soy una amiguita de Irene. Y alguna vez tuve el gusto de encontrar á usted en su casa.

DON MAURICIO. Sí, es verdad; sí.

FELISA. ¿Y qué le trae por aquí, señor? Por si puedo servirle en algo lo pregunto.

DON MAURICIO. Por aquí me trae precisamente el propio don Abel.

FELISA. ¿Es usted quizás el amigo suyo á quien ha invitado á la lectura?

DON MAURICIO. El mismo soy. Ya veo que tiene usted noticias.

FELISA. Me hallaba presente cuando se lo advirtió á la señora. ¡Es precioso el drama de don Abel! ¿Usted no lo conoce aún?

DON MAURICIO. Lo conozco, sí. No es drama: es tragedia.

FELISA. ¿Tragedia?

DON MAURICIO. Sí: tragedia.

FELISA. Usted fué siempre gran amigo suyo.

DON MAURICIO. Y sigo siéndolo. Por eso he venido á la lectura.

Sale DOÑA ANTONIA en su traje habitual de calle. Don Mauricio se levanta.

FELISA. La señora.

DOÑA ANTONIA. Muy buenas noches.

DON MAURICIO. Buenas noches. Usted me perdonará la libertad... Ya creo que sabe usted por el señor Secano...

DOÑA ANTONIA. Ah, sí. ¿Es usted su amigo...?

DON MAURICIO. Mauricio Regla y Salazar, para servirla. Él iba á presentarme á usted: me presento yo, y tanto monta.

DOÑA ANTONIA. Siéntese usted. Ahora vendrá el reo.

DON MAURICIO. ¿Quiere usted hablar cuatro palabras conmigo, antes que venga él?

DOÑA ANTONIA. Con mil amores. Felisa...

FELISA. Yo le he pedido permiso á don Abel para quedarme á la lectura.

DOÑA ANTONIA. Á la lectura, sí; pero á esto, no.

Vase Felisa y cierra la puerta tras de sí.

DOÑA ANTONIA. Usted me dirá.

DON MAURICIO. Lo primero, que no se figure usted que vengo á leerle otro drama.

DOÑA ANTONIA. Mire usted; no dejo de agradecer la advertencia.

DON MAURICIO. Soy moro de paz. Acaso el único español que no haya escrito un drama. Pero prefiero ser la excepción á ser uno de tantos.

DOÑA ANTONIA. Y yo le felicito.

DON MAURICIO. Mi intención no es otra que hablarle á usted del autor de *La paloma herida*.

DOÑA ANTONIA. ¡El pobre Secano!

DON MAURICIO. El pobre Secano: usted lo ha dicho. La amistad que me une á él es antigua y

desinteresada—de esa que nace en las aulas del instituto—y me duele y me aflige verle como le veo.

DOÑA ANTONIA. En efecto: es una compasión. Yo no he sabido negarme á la lectura de esta noche. Él piensa de mí que soy en esta casa una institución; que mi autoridad en ella es indiscutible... Se engaña. Pero sea lo que quiera, yo le aseguro á usted que no le faltará mi apoyo.

DON MAURICIO. Eso ya es bastante. Y aquí entro yo con mis manos lavadas.

DOÑA ANTONIA. Ya adivino lo que va usted á hacer: recomendarme el drama de su amigo como si fuera suyo propio.

DON MAURICIO ¡No lo permita Dios!

DOÑA ANTONIA. ¿Que sea suyo?

DON MAURICIO. Ni que sea mío, ni que yo recomiende tal.

DOÑA ANTONIA. ¿Entonces?...

DON MAURICIO. Señora Pacheco, aquí se trata de salvar á un hombre; á una familia entera. Si Secano sigue adelante sin más norte de vida que sus dramas y sus locuras, esa gente perece. Y sería un dolor. Yo tengo amigos en la situación política actual; hoy por hoy, puedo fácilmente reponer á Secano en su antiguo empleo, y conseguir así que vuelvan las aguas á su curso. Mañana no sé si podré. Aquí se levanta uno con una situación y se acuesta con otra. Pues bien: yo pido á usted para ese pobre loco ..

DOÑA ANTONIA. Interrumpiéndolo. Chist, silencio.

DON MAURICIO. ¿Qué?

DOÑA ANTONIA. Prestando oído hacia la puerta. Nada; creí que llegaba. Siga usted.

DON MAURICIO. Yo pido á usted para ese desventurado amigo nuestro un desengaño tan doloroso y tan cruel que le obligue á romper la pluma y á quemar todos los papeles.

Pausa.

DOÑA ANTONIA. Si usted hubiera oído á su hija, que ha estado á verme esta misma noche, y me ha hecho encargo muy distinto del que usted me hace, comprendería la pena y el asombro con que le escucho.

DON MAURICIO. Pues apelo á su conciencia de usted: si me oye á mí, entre los dos salvaremos á esa familia; si atiende usted á los ruegos y lágrimas de Irenita, no hará usted sino alentar en sus caballerías al infeliz Secano, empujado al despeñadero en que se halla, como tantos otros, por la ignorancia y por las dificultades de la vida.

DOÑA ANTONIA. Me hace usted dudar. Pero, ¿es que el drama no tiene pies ni cabeza?

DON MAURICIO. El drama... ¿Usted ve al autor? Pues como el autor es el drama. ¿Cree usted posible que un pobre diablo que jamás tuvo esas aficiones, á quien nunca le pasaron las letras por la imaginación, de pronto se siente á la mesa y escriba un drama bueno, nada más que porque tiene siete chicos y el sueldo no le alcanza? Esto es muy doloroso, pero...

DOÑA ANTONIA. Sí, señor, es verdad: el drama no es el que él ha escrito, sino el que él vive y re-

presenta. Se ha ponderado y voceado tanto por lenguas y papeles la ganancia del autor dramático en estos tiempos, que ha perdido la cabeza medio mundo.

DON MAURICIO. Añada usted á eso, señora, los sueños de gloria, la eterna aspiración á descollar sobre quien nos rodea, el halago de los aplausos...

DOÑA ANTONIA. ¡Ah, los aplausos!... Á ellos, á ellos se debe principalmente que la escena tenga dos musas, como digo yo: Talía, que á mí me parece una gran señora, y una hermanastra suya tan desatinada y tan loca, que es capaz de volver tarumba al hombre más equilibrado y prudente. Imagínese usted, con cuarenta años de teatro, lo que pudiera yo contarle á usted de estas cosas. Este arte, como ninguno, apasiona, deslumbra, emborracha... No he visto nada igual. Aun aquellos mismos que públicamente fingen desdeñarlo, allá en su fuero interno lo estiman, lo quieren y envidian sus glorias doradas... No en vano es un arte capaz de unir á muchos hombres en un momento... Pero nos apartamos de nuestro asunto, y don Abel va á presentarse y á dejarnos á media entrevista. ¿En qué quedamos?

DON MAURICIO. Eso usted lo ha de decir.

DOÑA ANTONIA. Pues quedamos en que, si el drama efectivamente es un disparate, como ya creo, salvaremos entre los dos á don Abel Secano.

DON MAURICIO. De usted depende.

DOÑA ANTONIA. La primera parte. La segun-

da, de usted. Cuente usted con el desahucio del dramaturgo.

DON MAURICIO. Cuente usted con que vuelve á su empleo. ¿Pactado?

DOÑA ANTONIA. Pactado.

DON MAURICIO. Y Dios dirá.

DOÑA ANTONIA. Y don Abel también. Porque, dejando á un lado ya la formalidad de nuestro pacto, yo le aseguro á usted que Secano saldrá de aquí diciendo que usted es un mal amigo suyo y que yo soy una vieja loca.

DON MAURICIO. Con tal de que queme el drama...

DOÑA ANTONIA. Antes quema á uno de los chicos; no sea usted inocente.

DON ABEL habla desde dentro.

DON ABEL. ¿Hay permiso?

DOÑA ANTONIA. Adelante.

Sale DON ABEL. FELISA lo sigue.

DON MAURICIO. ¡Si es nuestro hombre!

DON ABEL. Te he estado buscando por la sala para presentarte á esta señora... ¡Tonto de mí! Conociéndote, he debido comprender que te anticiparías...

DOÑA ANTONIA. ¿No viene Carranza?

DON ABEL. No, señora, no viene.

DOÑA ANTONIA. Me alegro.

DON ABEL. Pero ha agradecido mucho la atención.

DOÑA ANTONIA. ¿Ve usted?

FELISA. Bajo á doña Antonia. (Por supuesto, yo oigo la lectura.)

DOÑA ANTONIA. Sí, mujer; ya estoy.

DON ABEL. Bajo á don Mauricio. (¿Le habrás hecho el elogio de la obra?

DON MAURICIO. Á don Abel. He hecho... lo que he debido hacer.

DON ABEL. Estrechándole las manos. ¡Que Dios te lo pague!)

DOÑA ANTONIA. Cuando usted guste, amigo Secano.

DON ABEL. Cuando usted mande, señora mía.

DOÑA ANTONIA. Á Felisa. Cierra la puerta, tú; que no nos interrumpan. A don Abel. Aquí estará mejor. Siéntese.

DON ABEL. Muchísimas gracias.

Se sientan todos. Doña Antonia, don Abel y don Mauricio, ante la mesita, formando un grupo. Felisa aparte, un poco lejos.

FELISA. (¡Y poquito que le va á gustar á mi señora! Con ésta, ya la he oído yo seis veces.)

Don Abel, temblando de emoción, desabróchase el chaleco y saca el trágico manuscrito.

DOÑA ANTONIA. ¿Querrá usted un poco de agua?

DON ABEL. Ahora, no: más tarde, si acaso... Lee con voz apagada y balbuciente. «*La paloma herida*, drama en tres actos, original de don Abel Secano y Canseco... Personajes... Alfonso, diecinueve años... Manuela, veinticinco años... Lolita, quince años...» Bueno, ya irán saliendo los personajes... No quiero cansar...

DOÑA ANTONIA. Pero, por Dios, don Abel, que no es noche de estreno... Está usted temblando...

DON ABEL. Sí, sí señora... estoy temblando... Usted me perdonará si soy ridículo... Estoy temblando... Y este temblor no es sólo mío... no se queda aquí... va y viene .. Porque ahora mismo... en este mismo instante... allá en mi casa tiemblan también todos los míos esperando el resultado de esta lectura... Y es que, para ellos y para mí, hay mucho dolor ó mucha alegría detrás de estos papeles... Éste lo sabe... usted acaso lo adivina... yo lo puedo jurar... Perdóneme... perdóneme... Ya me iré serenando... Hace un esfuerzo y continúa la lectura con voz cada vez más turbada. «Acto primero... El teatro representa una sala de casa pobre... muy pobre... en un histórico pueblo de Castilla... Puertas al foro y laterales... Muebles... muebles desvencijados y rotos... Á la izquierda, una ventana... por donde entra un rayo de sol...» El telón ha caído lentamente. Todavía, sin embargo, se oyen algunas palabras de don Abel. «Escena primera... Aparecen Alfonsa y Lolita...»

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Comedor muy pequeño en casa de don Abel Secano, en Madrid. Puerta al foro. Mesa vieja y pobre con tapete de hule más pobre y viejo que la mesa. Aparador sin platos. Sillas. Es de noche. Pendiente del techo, sobre la mesa, da su escasa luz una bombilla de cinco bujías enteramente «á cuerpo».

IRENE, LIBORIA y FOSO, charlan íntimamente.

Á Irene ya la conocemos; Liboria es la portera de la casa, que por cierto tiene bigote; Foso es un vecino viejo del cuarto de al lado, catador teatral y empleado en consumos. Viste de capa, gorro y babuchas. Fuma en pipa.

IRENE. Le aseguro á usted, señor Foso, que estoy yerta de miedo y de frío. Si llego á ir al teatro me pongo mala y tengo que volverme.

FOSO. Calma, Irenita, calma: tranquilidad. La hora de la justicia ha llegado. Esta noche morderán el polvo los enemigos de su papá de usted. No

siento más que no presenciarlo; pero me hace tanto mal salir de noche...

IRENE. ¡Ay, Dios le oiga!

LIBORIA. ¡Que se fastidien! Yo, pa mí, como si lo estuviera viendo; porque miste, señorita Irene, que aquí el señor don Mauro sabe de cosas de teatro.

FOSO. Vanidosamente. ¡Psché!

IRENE. ¡Vaya si sabe! Papá cree en lo que usted le dice como en el Evangelio.

FOSO. Los años... la experiencia... He estrenado mucho, me han silbado mucho. . y perdiendo se aprende, Irenita. Sin embargo, en el teatro nunca se acaba de aprender: el teatro es un arca cerrada.

LIBORIA. ¡Digo!

IRENE. Por eso yo no estoy tranquila...

LIBORIA. ¿Se acuerda usté, señor don Mauro, de la última obra que le echaron abajo en Novedades?

FOSO. ¡Ya lo creo! *La deshonra de una madre enferma ó los crimenes de los jesuitas.*

LIBORIA. Cabal.

FOSO. Bueno; aquel era un drama de pelea, de lucha: no podía salir bien. En el café lo dije yo por la tarde: «Esta noche me silban.» Y todos: «¡Ca, hombre, ca!» Y me silbaron.

LIBORIA. Á Irene. ¿Eh?

IRENE. Pero, por Dios, no hablemos ahora de silbas; yo no tengo los nervios para oir hablar de silbas esta noche . ¡Cómo estará el pobre papá!... ¡Cómo irá la representación!...

FOSO. ¿Cómo ha de ir, Irenita? ¡Á pedir de boca!

LIBORIA. ¡Ay, señorita, qué alegría!

IRENE. ¡Ay, portera, ay, vecino, yo no quiero creerlo! ¡Sería tanta felicidad! Deseo ver entrar á papá, y á mi hermano, y á la tía Luisita... y al mismo tiempo estoy temiéndolo... Diga usted, señor Foso: ¿la escena de Alfonsa y el sacerdote, no tiene peligro?

FOSO. ¿Quiere usted callar? ¡Si es la más segura de la obra!

LIBORIA. ¡Cómo lo ve todo desde casa!

FOSO. Engreído. ¿Recuerda usted, Irenita, aquella frase del acto primero que dice: «El sol alumbra sin preocuparse de que quema, y quema sin preocuparse de que alumbra?»

IRENE. Sí, señor.

FOSO. Pues ahí ha debido ser el primer aplauso de la noche. Tan seguro tuviera yo mi ascenso en consumos.

IRENE. ¡Ay, Dios lo quiera! Mire usted que son ya tres años y medio de padecer constante... ¡Cuánto disgusto! ¡Cuánto sinsabor! ¡Cuánto desengaño!

FOSO. ¡Ah! En este terreno no hay amigos. Dígalo el petardo que nos dió á todos aquel don Mauricio Regla y Salazar, el amigo del alma, ¿eh? el compañero de la escuela, que se fué á pedirle á la Pacheco que ni á tres tirones pusiese el drama. Poco le dijo su papá de usted cuando lo descubrió, para lo que se merecía.

IRENE. Es una de las cosas que á mí se me re-

siste creer: que aquel señor siempre tan bueno con nosotros...

FOSO. Usted es un ángel, Irenita...

IRENE. Como tampoco entiendo por qué la Pacheco hizo más caso de él que de papá.

FOSO. ¡La Pacheco está chocheando! Pero, así y todo, buenas tripas se le pondrán cuando se entere del triunfo. Lástima que el estreno sea en un teatrillo de mala muerte.

LIBORIA. Prestando oído hacia la puerta. Calle usté.

IRENE. ¿Qué pasa?

LIBORIA. Me parece que llaman al sereno. ¿No oye usté?

IRENE. Sí, efectivamente. ¿Habrá acabado ya la obra?

FOSO. ¡Es muy pronto!

IRENE. Yo voy á asomarme al balcón. Vase por el foro hacia la izquierda.

FOSO. ¡Qué alegría va á tener esta pobre niña!

LIBORIA. ¿Sí, verdá?

IRENE. Asomándose llena de inquietud á la puerta. ¡Es la tía Luisita! ¡la tía Luisita!

LIBORIA. ¿Sola?

IRENE. Con don Jovito, el del tercero. Vase corriendo hacia la derecha.

FOSO. Pues sí que lo extraño. ¿Qué hora es ya? Sacando su reloj. Vaya usted á saber; este reloj no anda más que de día...

LIBORIA. Se conoce que se nos han ido las horas charla que charla.

FOSO. Eso debe de ser. Tengo... tengo... No

obstante mi seguridad en la obra, tengo... tengo cierta emoción.

LIBORIA. ¡Ay, Dios mío!

FOSO. Nada, nada: descuide usted, que no ha pasado nada.

Salen, con IRENE, LUISITA y DON JOVITO.

Luisita, solterona de buen ver, que usa quevedos, viene arrebatada, sofocadísima, llena de indignación. Don Jovito, vecino de la casa, ya entrado en años, es hombre apagado y pacífico.

IRENE. Pálida, trémula, asombrada. Pero, por Dios, tía Luisita, ¿es eso posible?

LUISITA. ¡Ay, qué rato! ¡ay, qué noche! ¡ay, qué indignación! ¡Sinvergüenzas! ¡canallas! ¡animales!

FOSO. Pero ¿ha terminado ya el drama?

LUISITA. ¡Ay, qué gente! ¡ay, qué público! ¡ay, qué picardía! ¡Bandidos! ¡tunantes! ¡borrachones!

IRENE. ¿Oye usted, señor Foso?

LUISITA. ¡Asesinos! ¡Destruir así el porvenir de una familia honrada! ¡Ay! ¡ay! Un abanico... ¿Qué digo un abanico? ¡Un revólver! Porque yo mato á alguno, yo mato á alguno... ¡Ay, Dios mío! ¡ay, qué infamia! ¡qué infamia! ¡qué infamia!

FOSO. Atónito. ¿Pero no hemos tenido un éxito muy grande?

LUISITA. ¿Pero no me está usted oyendo, señor?

DON JOVITO. Ha sido una desgracia; una mala noche...

FOSO. Á ver, á ver; ¿quiere usted explicarnos...?

IRENE. Sí, sí; cuente usted, tía Luisita, cuente usted...

LIBORIA. Cuente usté...

IRENE. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Cuántas ilusiones por tierra! ¡Pobrecito papá! ¡Pobrecitos nosotros todos! Llorando. ¡Ay, señor Foso, el teatro es un arca cerrada: tiene usted razón!

LUISITA. Yo he pasado primero una angustia, y luego un sofoco, y después una rabieta... ¡Ay! ¡Por supuesto, mi cuñado es un calzonazos, un viva la Virgen!... ¡Si llego yo á ser hombre esta noche—que me ha faltado poco,—yo no salgo de allí sin armar una gresca; sin pegarme con ocho ó diez; sin volar el teatro! ¡Piratas! ¡granujas! Y vengo decidida: tenemos que fundar un periódico, cueste lo que cueste. ¡Esto no queda así! Al concluir el segundo acto casi me dió un insulto. Gracias que don Jovito es muy amable, y me subió un refresco. ¡Ay! ¡ay!

FOSO. Impaciente. Pero, ¡por los clavos de Cristo! ¿tiene usted la bondad de referirnos lo que ha pasado? ¿Es que ha habido muchas protestas?

LUISITA. ¿Cómo protestas? ¡Un motín! ¡un escándalo! ¡un terremoto!

DON JOVITO. Por ahí; por ahí...

LUISITA. ¡De seguro que ha ido gente pagada!

DON JOVITO. Por ahí...

LUISITA. Porque la tomaban con todo, señor: con el drama, con los actores—¡mala bomba en ellos! — con las actrices — ¡mala peste en ellas!— con los trajes—¡ay, qué trajecitos!...—Y venga gritar, y pegar patadas, y dar bastonazos... ¡Qué país éste! En Francia no se silba; ni en Inglate-

rra... Y en Alemania, cuando no gusta una obra, se pide cerveza, y nada más.

IRENE. ¡Jesús! ¡Jesús!

FOSO. ¡Jesús mil veces!

LUISITA. El uno que hacía el gato, el otro que hacía el perro, el otro que hacía el mirlo, diez ó doce lo menos que hacían el gallo...

FOSO. Filosóficamente. ¡El teatro es un arca cerrada!

IRENE. ¡Virgen mía de las Angustias! ¿Era esto lo que nos tenías reservado? Pero ¿cómo aseguraba usted, señor Foso, que iban á sacar á mi papá en triunfo?

FOSO. Irenita, yo estoy perplejo; yo estoy frente al caos.

LIBORIA. Si me dicen á mí que la inquilina del entresuelo ha venido una noche sola, no me asombro más.

DON JOVITO. ¡Mucho!

FOSO. Vamos á ver, señora, vamos á ver... Porque yo me pellizco y... ¿Dónde empezó el jaleo?

LUISITA. Calcule usted: empezó en el acto primero; en aquella frase tan bonita del galán, en que dice que el sol alumbra sin reparar en que pica y viceversa.

IRENE. Estupefacta. ¿Está usted oyendo, señor Foso?

FOSO. Después de soplar la pipa. Me lo temía.

IRENE. ¿Que se lo temía usted?

FOSO. ¡Ya lo creo! Había callado, porque no me gusta alarmar; pero esa frase hay que decirla muy bien, ó no tiene efecto ninguno.

DON JOVITO. Ahí le duele.

LUISITA. Pues aquel perro de cómico—¡mal rayo lo parta!—la dijo todo lo mal que pudo. Se equivocó al final. Por decir alumbra, dijo alambre. Y luego ¡qué galán! Así de estatura. Y sin voz. Del paraíso gritaban: «¡Más alto!» «¡Más alto!»

IRENE. ¿Por la voz?

LUISITA. ¡Y por la estatura, sería!

FOSO. Con elementos así, no hay éxito posible: ya me voy explicando la catástrofe.

DON JOVITO. Por ahí...

IRENE. Dígame usted, tía: la escena de Alfonsa y el sacerdote, ¿cómo cayó?

LUISITA. No me la nombres, hija. Allí fué Troya; allí fué lo grande. FOSO sopla otra vez la pipa por hacer algo. ¿No ves que el público la traía emprendida desde el principio con el dichoso cura? Además, el bribonazo que hacía el papel, en lugar de afeitarse el bigote—¡mala tiña se lo consuma!—se lo tapó con pasta. Y á la cuenta lo hizo tan mal, que con el calor del teatro, y con los gestos de la escena, se le empezó á salir una guía lo mismo que una brocha. ¡No quieras oir á los guasones! «¡Que se afeite!» «¡Que se afeite!» «¡Ese cura es de pega!» El hombre se cortó, se azoró, y quiso seguir la escena de espaldas al público; pero en esto se le cae el solideo, y cuando vieron que no tenía corona, fueron tales los gritos y las voces, que hubo que echar abajo el telón. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué corajina tengo! ¡Estoy furiosa!

FOSO. Ya no hay más que oir ni que pensar: ya está descubierta la incógnita: lo imprevisto. El

tiro que falla, el niño que llora, la estatua que estornuda... Lo imprevisto. ¡Si me ocurrió á mí en Price cuando estrené *La sotana y la levita ó los crímenes de los masones!* Primer acto: arriba; segundo acto: arriba; tercer acto: un personaje dice: «El señor obispo se acerca.» Y en lugar del obispo sale un perro de aguas. ¡Se acabó la obra! ¡No recuerdo tumulto igual! Tuve que marcharme á mi casa con barba postiza.

IRENE. En súbito arranque de indignación. Pues si lo han silbado á usted tantas veces, ¿por qué se las echa de entendido?

FOSO. ¿Eh?

DON JOVITO. Ahí le duele.

FOSO. Oiga usted, niña, ya que sale usted por peteneras: si su papá de usted hubiera sido un poco más modesto, y cogiendo su drama me hubiera dicho: «Amigo Foso, ahí está mi obra: dóle usted cuatro toques», otro gallo le cantaría.

LUISITA. ¿Otro gallo? ¡Si usted le da esos toques que dice, arrastran á mi cuñado esta noche!

FOSO. ¿Eh?

LUISITA. ¡Pues, claro, señor! Tiene razón Irene: ya cansa usted con tanto echárselas de sabio, y predicar cómo debe hacerse, y esto está mal y lo otro está peor... Y luego estrena usted y hay que avisar á la Cruz Roja.

DON JOVITO. Por ahí; por ahí...

FOSO. Señora doña Luisita, el vulgo... etcétera, etcétera... y pues lo paga... etcétera... hablarle en... etcétera, etcétera.

LUISITA. ¡Señor Foso, está usted en mi casa y me está usted faltando!

FOSO. Señora doña Luisita, es que hay cosas...

LUISITA. ¡Pues si hay cosas, la primera cosa que debe usted mirar es que habla con una dama!...

FOSO. Acepto la repulsa, á fuer de prudente.

LUISITA. Bueno, bueno.

FOSO. ¡Y tan bueno!

LUISITA. Bueno.

IRENE. Han llamado. Ya están ahí. Marchándose. ¡Qué noche más distinta de la que soñábamos!

LUISITA. ¡Pobre Abel! ¡Quería á su drama como á un hijo!

LIBORIA. Quite usté; si se parte el alma...

LUISITA. Á Liboria, que se asoma á la puerta. ¿Son ellos?

LIBORIA. Ellos son, sí, señora.

LUISITA. Yéndose á recibirlos. ¡Ay, Jesús! Esto parece una pesadilla.

FOSO. ¡Culparme á mí!... ¡culparme á mí!... ¡Pues, hombre! ¿Soy yo el papa?

DON JOVITO. ¡Tremenda desgracia, señores! Yo he presenciado aquello y todavía no he entrado en calor.

LIBORIA. Es un espanto, don Jovito. ¡Y en la situación que les coge!

DON JOVITO. Pues eso es lo horrible; que aquí no hay pan para mañana. ¡Deben hasta el aire!

FOSO. Chito, que llegan ya.

Llegan, en efecto, DON ABEL, EDUARDO, IRENE y LUISITA, por este orden, silenciosos y mustios. Don Abel se sienta en una silla, abatido, sin decir palabra Su hijo Eduardo permanece un momento abrazado á su hermana y luego se sienta sin hablar también. Luisita reprime sus ner-

vios. Todos contemplan al autor con aire compasivo. Nadie se atreve á romper el silencio en un rato.

DON ABEL. Mirando á Foso, lleno de aflicción. Amigo Foso, hemos perdido la batalla.

FOSO. Lo sé, don Abel; y soy el primero en lamentarlo. Pero no tengo yo la culpa.

DON ABEL. ¿Y quién lo culpa á usted, señor?

FOSO. ¡Todos los presentes!

DON ABEL. ¿Por qué? La culpa no es de nadie. La culpa es mía: enteramente mía. Y mucho me duele mi equivocación, si la hay, en efecto; pero lo que más me aflige, me indigna, es la manera brutal, desconsiderada, soez, con que se ha rechazado mi trabajo, que á nadie ofendía; con que se han pisoteado mis ilusiones.

IRENE. Pero la silba, ¿ha sido tan grande como dicen, papá?

DON ABEL. Ha sido tremenda, hija mía.

EDUARDO. Tremenda, hermana.

IRENE. ¿Ni aun en el paso de la muerte han aplaudido?

LUISITA. Estallando. ¿Cómo habían de aplaudir, si uno de la orquesta había puesto su sombrero junto á la concha del apuntador y los de arriba empezaron á tirarle cosas? ¡Qué país! ¡Qué asco!

FOSO. ¿También de eso seré yo responsable?

LUISITA. Lo que debes hacer, Abel, es darle más ensayos á la obra, acortar algunas escenas y meterle tres ó cuatro chistes al principio. Si á ti no te salen, Castañeda, el sastre del portal, tiene muy buenas ocurrencias.

LIBORIA. ¡Eso! ¡Y que la traguen!

FOSO. Yo me reservo mi juicio.

DON JOVITO. ¿Y poniéndole música, gustaría?

LUISITA. ¡Qué barbaridad!

IRENE. Calle usted, por Dios, don Jovito...

LIBORIA. ¡Miste que música! ¡Vamos!

DON JOVITO. Ustedes perdonen.

LUISITA. No hay más que hacer lo que yo he dicho, y quitar el cura. Al público le ha chocado el cura. Salió el cura, y todo se lo llevó el diablo.

LIBORIA. Como que dice mi marido que las cosas de la iglesia no se deben sacar á las tablas.

DON JOVITO. ¡Mucho! ¡mucho!

LUISITA. Ya recordará éste que se lo aconsejé: haz de ese cura un comandante. No es preciso que sea el confesor de la familia. Los militares tienen mucha autoridad siempre. ¿Qué opina usted, Foso?

FOSO. Insisto en que me reservo mi juicio. Pero sí diré, que cuando á mí me silbaron *La herencia fingida ó los crímenes de los protestantes*...

IRENE. Déjese usted de protestantes ahora.

DON ABEL. Sí, sí; no deliremos. Lo ocurrido esta noche es irremediable.

IRENE. Irremediable; esa es la verdad.

LIBORIA. ¡Qué dolor! ¡Con lo que aquí se ha *fantasiao*!...

DON JOVITO.

Mala la hubisteis, ingleses,
en esa de Roncesvalles...

FOSO. Franceses, hombre.

DON JOVITO. Yo sé por lo que digo «ingleses».

LIBORIA. ¿Están llamando?

IRENE. ¿Quién podrá ser ahora?

LUISITA. Castañeda, el de abajo, seguramente.

LIBORIA. Deje usté; yo iré. Vase.

FOSO. Pero, amigo don Abel, no sé qué me da verlo de esa manera. Levante usted el ánimo, hombre de Dios, que quién más, quién menos, ya sabemos á qué sabe el jarabe de silba. ¿Ó cree usted, por ventura, que es el primero á quien le ponen las orejas calientes? Han silbado á Lope, á Calderón, á Moreto, á Zorrilla, á Tamayo, á mí... ¡á todos, hombre, á todos!

LUISITA. Y, aparte de eso, Abel, que la obra es muy bonita, digan lo que quieran; que en el público ha habido gente envidiosa, y gente pagada...

DON JOVITO. Y gente que no ha pagado también...

LUISITA. Que los cómicos la han degollado...

DON ABEL. Eso sí; no cabe discutirlo.

LUISITA. Que tenemos que fundar un periódico...

FOSO. ¡Bravo! ¡un periódico!

DON JOVITO. Por ahí...

FOSO. ¡Muy bien! ¡muy bien! Yo me encargo de la revista de teatros.

LUISITA. Sí, señor; porque es muy triste que haya que aguantarse en un caso así.

DON ABEL. Calla, Luisita, calla. Callad todos. No disparatemos en nuestro afán de hallar paliativos á lo que no los tiene. Mi desengaño ha sido tan grande, tan cruel, que me hace abrir los ojos á la

realidad. ¿Qué importa ahora que el drama sea malo ó sea bueno, ni que el cura deba ser militar, ni que yo tenga quien me envidie, ni que Foso se equivoque ó acierte, ni que en el público haya habido mala fe, ni que al castigarme haya empleado groserías de taberna ó de plaza de toros? Lo tremendo aquí, lo pavoroso, es mi ruina total, mi ruina abrumadora; es que yo dejé mis medios de vivir por estas caballerías del teatro, y sacrifiqué neciamente á mis hijos; es que no veo solución á este desastre; es que no sé, no sé qué va á ser de mí ni de los míos, derrumbadas las esperanzas que puse en mi obra...

Don Mauricio se presenta oportunamente en la puerta.

DON MAURICIO. ¿Se puede pasar?

Movimiento de todos.

DON ABEL. ¿Eh? Avergonzado al verlo. ¡Mauricio!

IRENE. Con timidez. Adelante, señor Regla, adelante.

Pasa don Mauricio y estrecha las manos á Irenita, mirando á los demás. Liboria asoma en este momento y contempla el cuadro. Foso vuelve á soplar la pipa. Cae rápidamente el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho elegante y severo de don Mauricio Regla y Salazar, en un ministerio. Al foro la mesa de trabajo y una mesita auxiliar. Chimenea encendida á la derecha del actor. Mampara á la izquierda. Es de día.

BERMÚDEZ pone documentos á la firma de DON MAURICIO.

DON MAURICIO. ¿Anoche se trabajó de firme?

BERMÚDEZ. Todo el personal estuvo aquí. El señor ministro quería esos datos para la sesión de hoy.

DON MAURICIO. ¿Quién ha escrito esto?

BERMÚDEZ. Un sobrinillo mío, que sirve de temporero hace un mes.

DON MAURICIO. Tiene bonita letra.

BERMÚDEZ. Algo recuerda la escuela todavía.

DON MAURICIO. Esta noche lo necesito á usted.

BERMÚDEZ. ¿Á qué hora?

DON MAURICIO. Después de cenar. Nos reunimos en el café y nos venimos juntos. ¿Hay más?

BERMÚDEZ. No, señor. ¿Manda usted otra cosa?

DON MAURICIO. Nada. No deje usted de comprobar eso en la *Gaceta*.

BERMÚDEZ. Ahora mismo. Hasta luego.

DON MAURICIO. Adiós, Bermúdez.

Vase Bermúdez con todos los documentos firmados.

Don Mauricio fuma y hojea papeles. Después oprime el botón de un timbre, que suena dentro, y aparece PARRA por la mampara.

Parra es el portero mayor. Frisa con los cincuenta.

DON MAURICIO. Oiga, Parra.

PARRA. Usía me dirá.

DON MAURICIO. Sin usía.

PARRA. Como es la primera vez que veo á usía esta mañana...

DON MAURICIO. ¡Sin usía, hombre! Menos usía y más obediencia. ¿Ha venido alguien?

PARRA. Precisamente acaba de llegar el caballero de que ayer me habló usted.

DON MAURICIO. ¿Y cómo no lo ha hecho usted pasar?

PARRA. Porque acaba de llegar, precisamente.

DON MAURICIO. Pues que pase, que pase.

PARRA. En seguida. Se va.

Don Mauricio se levanta, y de espaldas á la chimenea espera la visita. De pronto, Parra vuelve á abrir la mampara y deja pasar á DON ABEL.

DON ABEL. ¿Hay permiso?

DON MAURICIO. Entra, hombre, entra. ¿Cómo te va?

DON ABEL. Tirando.

DON MAURICIO. ¿Y la gente menuda?

DON ABEL. Bien todos. ¿Y tu hermana?

DON MAURICIO. Así, así. Mira á Parra.

PARRA. ¿Desea usted algo?

DON MAURICIO. Sí, señor: que se vaya usted, y que no se quede escuchando detrás de la mampara, como otras veces.

PARRA. Entendido.

DON MAURICIO. Lo he dicho bien claro.

Vase Parra.

DON ABEL. Veo que no cambias de carácter. Genio y figura...

DON MAURICIO. Es que este buen Parra es muy entrometido y muy hablador, y si no lo pongo á raya capaz es de acercarse á contarnos un cuento. Pero deja el sombrero, simple. ¿Vas á gastar cumplidos?

DON ABEL. Obedeciéndolo. Soy el pobre escribiente del ilustrísimo señor don Mauricio Regla y Salazar.

DON MAURICIO. Eso, luego. Ahora eres mi amigo Abel Secano. Lo abraza. ¿Te has venido á cuerpo?

DON ABEL. Sí.

DON MAURICIO. Pues hace un frío de todos los demonios.

DON ABEL. Suspirando. Sí lo hace, sí; pero... me he venido á cuerpo. Achaque de escribientes.

DON MAURICIO. Ya se atenderá á todo. ¿Quieres un cigarrillo?

DON ABEL. Dámelo. ¡Buen despacho tienes!

DON MAURICIO. No es malo, no.

DON ABEL. Te lo mereces todo, Mauricio. Mi familia está que no sabe dónde ponerte. Irenita ha recortado un retrato tuyo de no sé qué periódico; le ha hecho un marco de paja de un sombrero mío, y te ha colgado en el comedor.

DON MAURICIO. ¡Ja, ja! Dile que lo quite. Yo le mandaré uno bueno.

DON ABEL. Te lo cuento para que veas hasta dónde mis hijos saben agradecer lo que haces por su padre.

DON MAURICIO. Bien está, bien está.

DON ABEL. Á mí me has salvado.

DON MAURICIO. Calla.

DON ABEL. Sobre sacarme de la cabeza mis caballerías literarias, mis locuras, me das un medio decoroso para que no me muera de hambre. Recobro el juicio, tengo pan que llevar á mi casa, y tengo tu amistad, que vale más que todo ello junto.

DON MAURICIO. Oye una cosa. Tu reposición en tu antiguo destino va en vías de conseguirse. El ministro está conmigo á qué quieres boca. Allá veremos. Por de pronto, y por si tarda en arreglarse la combinación, aquí tienes esto que yo te doy. Es una á manera de gratificación por trabajos extraordinarios: sale de los gastos del material. Yo siento que sea tan poca cosa, pero, chico, algo es algo... Menos da una piedra.

DON ABEL. Á mí me parece lo que me das un monte de oro; pero si te cuesta la menor violencia el proporcionármelo...

DON MAURICIO. No digas tonterías. Ni se hable más del particular.

Breve pausa.

DON ABEL. Qué, ¿no trabajamos?

DON MAURICIO. Ahora, hombre, ahora; no tengas prisa. Lo tomas con ganas.

DON ABEL. Sí: te aseguro que sí. Creía yo que al volver á subir las escaleras de esta casa, des-

pués de más de tres años de voluntario olvido, sentiría tristeza, pesadumbre; el dolor del retorno á la cárcel... Y ha sido al revés; he entrado animoso, contento... ¿Y á que no sabes á quién me he encontrado en la primera mesetilla?

DON MAURICIO. ¿Á quién?

DON ABEL. Á don Jesús.

DON MAURICIO. ¡Ah! El gran don Jesús...

DON ABEL. Y está lo mismo: parece que duerme en aguardiente. Me ha dicho que sigue haciendo sus visitas á nuestro negociado. ¿Querrás creer, chico, que desde que me dediqué á dramaturgo nunca volví á poner los pies allí?

DON MAURICIO. Ya, ya.

DON ABEL. ¿Se murió Cabra?

DON MAURICIO. No. En el mismo pupitre lo tienes. Por razón de economías le han rebajado el sueldo mil reales, pero allí sigue.

DON ABEL. Y no es que él se queje, ¿eh? ¡Pobre Cabra!

DON MAURICIO. Vamos á trabajar. Toca el timbre.

DON ABEL. Cuando quieras. Soy tuyo. Vuelvo á lo que fuí lleno de alegría; de alegría sana... de alegría... de alegría... Yo tenía una facilidad de palabra que voy perdiendo.

DON MAURICIO. No te importe. Á Parra, que se presenta en la mampara. Traiga usted leña. Á don Abel. Vas á ponerte frente á mí; aquí, en mi misma mesa. Se sienta en su sillón. Don Abel obedece y se coloca frente á él. Primero que nada quiero que copies esto.

DON ABEL. Lo que tú me digas. ¿Hago letra corriente, ó de adorno?

DON MAURICIO. Corriente... Esmeradita, ¿sabes?

DON ABEL. Descuide usted. Digo, descuida. ¿Te parece?

DON MAURICIO. Yo, mientras, voy á preparar... Porque, chico, me traen de cabeza. Pausa breve. Trabajan los dos.

Asómase BERMÚDEZ, y habla con don Mauricio desde la puerta.

BERMÚDEZ. ¿Da usted su permiso?

DON MAURICIO. Adelante, Bermúdez. ¿Qué hay?

BERMÚDEZ. El señor ministro que tenga usted la bondad de ir á su despacho.

DON MAURICIO. Dígale usted que voy en seguida. ¿Hay alguien con él?

BERMÚDEZ. Sí, señor; ese diputado andaluz...

DON MAURICIO. ¿Narbona?

BERMÚDEZ. El mismo.

DON MAURICIO. Ya sé lo que quiere. Voy allá.

Vase Bermúdez. Don Mauricio busca unos papeles, y cuando va á marcharse lo llama don Abel.

DON ABEL. Mauricio.

DON MAURICIO. ¿Qué pasa?

DON ABEL. Mostrándole el original de lo que copia. Aquí se te ha escapado un galicismo.

DON MAURICIO. Bueno, pues déjalo; no te preocupes tú de esos detalles.

DON ABEL. Dispensa.

DON MAURICIO. Estás dispensado. En esta oficina, ninguno que tenga menos sueldo que yo, escribe mejor que yo. Vase.

DON ABEL. ¡Je! Sus genialidades de siempre... Pero en esta oficina, como en todas, es un disparate escribir *desapercibido* por *inadvertido*. Y no hay que darle vueltas. Vuelve á su labor. También este *cuyo* es sandunguero... En fin, allá él... Una cosa es la amistad, y el estilo es otra cosa.

Llega PARRA con leña para la chimenea, cantando flamenco.

PARRA. *Tú me dejaste solito* ..

DON ABEL. ¿Eh?

PARRA. ¡Ah! Usted perdone. Como vi salir al señor Regla, y no tenía costumbre de que usted viniese, creí que el despacho estaba solo

DON ABEL. Ya.

Parra mueve en la chimenea los tizones y echa leña de la que trae.

PARRA. Se me hace raro que don Mauricio pida fuego... ¡Digo! Él está siempre echando lumbre... Vamos, echando lumbre en el buen sentido .. No es esto criticar.

De improviso ábrese violentamente la mampara, y aparece URRUTIA sombrero en mano.

PARRA. ¡Hombre! ¡hombre! ¿qué manera de entrar en un despacho es esa?

URRUTIA. No... no creí que el muelle estaba tan flojo.

PARRA. Lo primero es pedir permiso.

URRUTIA. ¿Sí, verdad?

PARRA. ¿Qué se le ofrece á usted?

URRUTIA. Me... me ha dicho el señor Regla que pase y que lo espere aquí. Y... y no doy más explicaciones.

PARRA. ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Tiene usted sía?

URRUTIA. To... todo se andará. Reparando en don Abel, que lo está mirando sonriente. ¡Don... don Abel!

DON ABEL. ¡Amigo Urrutia!

URRUTIA. ¡Tan... tanto tiempo sin verlo! ¿Cómo sigue usted?

DON ABEL. Bien, ¿y usted? ¡Está usted más gordo!

URRUTIA. La... la buena vida. Y... usted está más alto.

DON ABEL. ¿Más alto? ¡Ya no tengo edad de crecer!

URRUTIA. Se... serán los tacones.

PARRA. Al marcharse, por decir algo. No alcen mucho la voz, que luego se oye todo y se enfada el señor ministro.

URRUTIA. ¿Ah, sí? Yo... yo creí que el ministro era usted.

PARRA. Pues yo lo tomé á usted por el Presidente del Consejo. ¡Mira éste ahora! Se va.

URRUTIA. ¡Qué... qué tunante! Se... se figuran que son generales porque tienen galones. Me... me las traigo yo con los porteritos.

DON ABEL. ¡Vaya, vaya con el amigo Urrutia! ¡Si viera usted lo que yo gozo saludando á mis antiguos compañeros de covachuela!

URRUTIA. ¿Y... y qué hace usted aquí, ahora que me acuerdo?

DON ABEL. Vergonzosamente. Pues... nada... que Mauricio me necesita para un trabajo delicado... y como yo soy siempre el mismo... el amigo de mis amigos... ¿Y usted? ¿Á qué debemos esta visita?

URRUTIA. Ven... vengo á darle las gracias á don Mauricio.

DON ABEL. ¿Por qué?

URRUTIA. Me... me ha ascendido á seis... Me... me ha hecho hombre. Usted calcule: siete duritos más...

DON ABEL. Que sea enhorabuena, querido Urrutia. Se sienta junto á la chimenea.

Urrutia se sienta también, después de calentarse un poco.

URRUTIA. ¿Á usted lo ha colocado de nuevo?

DON ABEL. Tras de ello anda ahora.

URRUTIA. ¿Pe... pero eso no querrá decir que usted abandone el teatro?

DON ABEL. Hombre... el teatro... el teatro...

URRUTIA. ¿Es... estrenó usted *La cotorra herida*?

DON ABEL. *La paloma...*

URRUTIA. Eso es: *La paloma mensajera.*

DON ABEL. *Herida, herida.*

URRUTIA. *Herida*, eso es. ¡Qué cabezota soy!

DON ABEL. La estrené, sí señor: en mal hora... y por mi desgracia.

URRUTIA. ¿Se... se la *machacaron* á usted?

DON ABEL. ¿Y cómo no, querido Urrutia? *La vida es sueño* no resiste el embate de aquel público alborotador, levantisco, para quien la única diversion era el fracaso. ¡Qué noche! No quiero acordarme. Ya pasó, ya pasó.

URRUTIA. Á... á mí, en buena hora lo diga, hasta el presente no me han *machacado* ninguna.

DON ABEL. Perplejo. Pero... ¿cómo? ¿Usted?... usted?...

URRUTIA. ¡Qué... qué cara pone!

DON ABEL. ¿Usted también se ha dado á las letras?

URRUTIA. ¿Á... á las letras? ¡Un cuerno! ¡Al... al teatro! He estrenado un par de piececitas... con un amigo.

DON ABEL. ¿Dónde?

URRUTIA. En... en la *Sociedad Carrascosa*.

DON ABEL. ¿Y quién es Carrascosa?

URRUTIA. Ca... Carrascosa es un fresco que ha hecho dos sainetitos y que ya tiene Sociedad.

DON ABEL. ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Qué sorpresa!

URRUTIA. La... la última la estrené el mes pasado.

DON ABEL. ¿Cómo se titula?

URRUTIA. *Cas... Castañas al vapor*. Es muy gorda.

DON ABEL. ¿Y gustó?

URRUTIA. Se... se rieron. A... ahora resulta que tengo gracia, don Abel.

DON ABEL. No es mala fortuna.

URRUTIA. Ver... verdad que no; porque el público no quiere tristezas.

DON ABEL. Sí; pero métase usted á torcer el temperamento del artista. Yo no siento lo cómico: no lo siento. Á usted, verbi gracia, le sale al paso una pelota de mosquitos en el Retiro, y hace un chiste.

URRUTIA. Se.., seguramente.

DON ABEL. Yo, no: yo veo el paludismo que acecha.

URRUTIA. Pues... pues es una gaita. Y ¿sabe usted lo que le digo? Que no ganará nunca dinero con esas cosas.

DON ABEL. Bien, esto es aparte; yo ya no me ocupo...

URRUTIA. ¿Có... cómo que no?

DON ABEL. No, señor, no; estoy desengañado, vencido... Paso de escritor á escribiente.

URRUTIA. ¡Buen tonto está usted! Pudiendo hacerse rico...

DON ABEL. Hay mucho de leyenda en eso.

URRUTIA. Si... si yo, con los argumentos que se me ocurren, supiera redactar como usted...

DON ABEL. ¿Qué quiere decir redactar?

URRUTIA. Re... redactar. Mire usted, don Abel: en lo que hablan los personajes de mis obras, ¡anda con Dios! que mal que bien, me apaño, porque si se me va alguna faltilla de ortografía, co... como las haches no suenan, á Dios gracias, desde el público no se advierte; pero me pongo á redactar, es un ejemplo, dónde han de estar las puertas, ó si hay escalinata en un jardín, ó un ga... gabinetito modernista, de estos complicados, y ya me tiene usted sudando á chorros.

DON ABEL. Ah, naturalmente. Careciendo de letras, de cierta cultura... Á mí eso no me importa. Yo tiro de pluma y me describo á San Francisco el Grande sin dejar un santo en el tintero.

URRUTIA. Es... es que usted ha leído muchas novelas. ¡Ojalá encontrara yo un colaborador como usted!

DON ABEL. Vamos, vamos; ¿quiere usted callar, hombre?...

URRUTIA. No... no se haga usted el chiquito. Oiga usted, oiga usted... Le... le voy á contar á usted un argumento que se me ha ocurrido en el tranvía.

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja! ¡Este Urrutia!...

URRUTIA. Ve... verá usted. Ello es un capitán de un barco mer... mercante, que trae de América dos loros.

DON ABEL. ¿Dos loros?

URRUTIA. Sí... sí, señor; si por eso me equivoqué yo con lo de la cotorra; porque venía reinando en esto de los loros. Bueno, pues en la travesía... Pero, no; verá usted: uno de los loros es para la que... queridilla del capitán...

DON ABEL. ¡Je!

URRUTIA. Y el otro para una vieja muy beata. En la tra... travesía, que es á lo que iba antes, al loro de su queridilla le enseña muchas pa... palabrotas, por... porquerías, co... cosas verdes, para reirse luego cuando estén almorzando; y al de la beata le enseña la letanía, el gori-gori, y otras pamplinas por el estilo. Bueno, pues el criado del capitán, al llevarlos así que llegan, cam... cambia los loros.

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja! ¡Es graciosísimo!

URRUTIA. ¿Verdad que lo es?

DON ABEL. Está, está bien ideado.

URRUTIA. ¿Quiere usted que hagamos la obra juntos?

DON ABEL. ¿Juntos?

URRUTIA. Sí, señor.

DON ABEL. No... si yo no... Estoy fuera de juego... Además, me he prometido á mí mismo... Aparte de que no tengo gracia maldita.

URRUTIA. ¿Que no tiene usted gracia? ¡Por quintales!

DON ABEL. ¿Yo?

URRUTIA. Natural. El que se cree que no la tiene es el que la tiene, como me pasa á mí.

DON ABEL. Es posible.. es posible...

URRUTIA. Há... hágame usted caso: yo vivo en la calle Latoneros, cuatro, segundo. Se va usted por allí unas cuantas tardes, y pitillo va, pitillo viene, nos sorbemos la obra en ocho días.

DON ABEL. Pero si la cuestión es que yo tengo el compromiso moral... Y cuidado que en ese tema de los loros empiezo á ver cosas... ¿Usted habrá imaginado la acción en casa de la vieja?

URRUTIA. Es... es igual.

DON ABEL. Porque á mí se me ocurre que esa vieja puede tener una criada picantilla...

URRUTIA. Sí, señor; ¡con un novio soldado!

DON ABEL. ¡Muy bien! ¡Y entre los dos le enseñan más picardihuelas al loro!

URRUTIA. ¡Y los sorprende la beata y tiene que esconderse el soldado debajo de la mesa!

DON ABEL. ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja!

Los dos se ríen de buena fe, con la llama de la inspiración en los ojos.

Llega DON MAURICIO en tal punto, más cargado de papeles que se marchó, y los observa estupefacto. Don Abel y Urrutia, engolfados como se hallan en su creación, no advierten la presencia del jefe.

DON ABEL. ¡Y haremos que esté un poco borracho!

URRUTIA. ¡Su... superior! ¡Y que diga algunas cosas en voz alta!

DON ABEL. Y la criada le dirá á la vieja: «¡Es el loro, es el loro!» ¡Ja, ja, ja!

URRUTIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted más gracia que yo!

DON ABEL. No, hombre... Lo que hay es que en este asunto veo... veo... reconozco que veo...

En efecto, ve á don Mauricio y se queda yerto. Urrutia lo ve también después y quisiera que la tierra se lo tragase. Hay unos momentos en que don Mauricio acusa con la mirada á los dos y ellos no se atreven ni á respirar.

DON MAURICIO. Con entereza. ¡Salga usted de mi despacho, señor Urrutia!

URRUTIA. Don... don Mauricio...

DON MAURICIO. ¡Salga usted! Urrutia se estremece y se encamina hacia la mampara tembloroso y desconcertado. Á mitad de camino don Mauricio vuelve á llamarlo. ¡Oiga usted!

URRUTIA. Volviéndose de un salto. Man... mande usted.

DON MAURICIO. ¡Sirva usted para algo! Entregándole unos pocos papeles de los que trae. Llévele usted estos documentos al señor Cortegana.

URRUTIA. ¿Quién... quién es el señor Cortegana?

DON MAURICIO. ¡Tiene usted el deber de saberlo!

URRUTIA. Es... es verdad... Yo... yo venía á darle á usted la enhorabuena... digo, no... á que me diera usted las gracias... digo, no...

DON MAURICIO. ¡Silencio! Dice esto tan violentamente que del susto se le caen los papeles á Urrutia. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Recoja usted esos documentos en seguida, y ordénelos según estaban, ó lo suspendo á usted de empleo y sueldo!

URRUTIA. Sí... sí, señor. ¿Es *pata* la mía? Como puede el hombre recoge los papeles del suelo, invirtiendo doble tiempo del que invertiría si estuviera tranquilo, y luego procura ordenarlos sobre la mesita auxiliar. Entre tanto don Abel y don Mauricio hablan lo que sigue.

DON MAURICIO. Abel, lo que he visto, ni siquiera es digno de ti. Me has engañado: me has traicionado.

DON ABEL. Perdóname. Es muy difícil en tan pocos días aventar las cenizas de unas ilusiones, acaso por locas más queridas... Si alguna vez has tenido ilusiones, sabrás perdonarme.

DON MAURICIO. He tenido ilusiones; y aún las tengo. Pero cuando han sido desatinadas, he sabido ahogarlas en flor. Para eso está el sentido común. ¿Es que tus promesas nada pueden contigo? ¿Es que nada valen tampoco mis consejos? ¿Ó es que vas á recobrar la razón cuando te estés muriendo, como don Quijote? Siéntate, que para que le tomes el gusto al trabajo, vamos á llevarnos aquí hasta las tres de la madrugada.

DON ABEL. Lo que tú ordenes haré yo.

DON MAURICIO. Coge cuartillas, que te voy á dictar. Mientras don Abel se dispone á ello, dice contemplándolo con lástima. (Es enfermedad incurable. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.)

DON ABEL. Cuando gustes.

DON MAURICIO. Paseando. Bases... para la organización y reforma de la Hacienda pública, coma... del Ejército, coma... de la Armada, coma...

Urrutia, oyéndolo dictar, se esfuerza en reprimir la risa.

DON ABEL. Sin esperar más comas. Pero, Mauricio...

DON MAURICIO. ¿Qué?

DON ABEL. Me dejas turulato... ¿Aún sigues con tu antigua manía de reformar y regenerar á España?

DON MAURICIO. Aún sigo, sí... Escribe. De la Agricultura, coma... de la Industria, coma... Suena un timbre. Aguarda un instante. Se va.

DON ABEL. Apenas desaparece don Mauricio. ¡Pobre amigo mío! Está loco: no tiene atadero.

URRUTIA. No... no, señor, no lo tiene. Le... le riñe á usted porque escribe comedias, y está todavía con la pa... paparrucha de las bases.

DON ABEL. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué cosas!... Indudable, amigo Urrutia, indudable... La vida es una gran tragedia con personajes de sainete...

URRUTIA. ¡Mu... muy bien dicho!

DON ABEL. ¿Quién había de pensar que ese hombre?... ¡Si hay para soltar la carcajada!

URRUTIA. ¡Pa... para soltar la carcajada!

DON ABEL. Es claro: el público hace bien... Lo que quiere es risa y más risa... y risa y más risa...

URRUTIA. ¿Qué... qué le he dicho á usted yo?

DON ABEL. ¡Como que en la vida no hay más que tipos cómicos! Yo soy un tipo cómico...

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. Usted es un tipo cómico...

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. Mauricio es otro tipo cómico...

URRUTIA. ¡Sí... sí, señor!

DON ABEL. El propio ministro del ramo, ¿no es un tipo cómico?...

URRUTIA. ¡Más cómico que todos juntos!

DON ABEL. Sí, sí... Como la luz, como la luz... Hay que escribir una obra cómica. Amigo Urrutia...

URRUTIA. A... amigo don Abel, ¿lo aguardo á usted mañana?

DON ABEL. No, señor: esta noche.

URRUTIA. ¡Me... mejor que mejor!

DON ABEL. ¿Latoneros?

URRUTIA. Cua... cuatro, segundo.

DON ABEL. Pues hasta luego.

URRUTIA. Hasta luego.

DON ABEL. ¡Un abrazo, colaborador!

URRUTIA. Abrazándose á él. ¡Un... un abrazo! ¡El porvenir es nuestro!

DON ABEL. ¡Saldremos á la escena juntos!

URRUTIA. ¡Co... como Daoiz y Velarde!

DON ABEL. ¡Hasta luego!

URRUTIA. ¡Has... hasta luego! Yéndose radiante de júbilo. Ti... tipos cómicos... ti... tipos cómicos... muchos ti... tipos cómicos...

DON ABEL. Echando llamas por los ojos. Tipos cómicos... tipos cómicos... No hay más que tipos cómicos...

FIN DE LA COMEDIA

EL NIÑO PRODIGIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO LARA el 13 de Noviembre de 1906.

AL SEÑOR DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Y AL BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA,

PRECLAROS INGENIOS SEVILLANOS,

QUE EN ÍNTIMA COLABORACIÓN HAN ENALTECIDO

LAS LETRAS ESPAÑOLAS

Y AVALORADO EL RICO TESORO DE NUESTRA POESÍA

POPULAR.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MANUELA.....	Matilde Rodríguez.
DOÑA GUILLERMINA...	Balbina Valverde.
CLARA.....	Concha Ruiz.
ROSAURA.....	Rosario Toscano.
FERNANDA PEÑAFLOR .	Leocadia Alba.
NIEVES.....	Mercedes Latorre.
MANOLÍN.....	Pepito López.
QUIJANO.....	José Rubio.
ROSALES.....	Francisco Palanca.
LISONJERO.....	Ricardo Simó-Raso.
DON ELÍAS.....	Arturo la Riva.
JORGE.....	José Calle.
BONIFACIO.....	Francisco Barraycoa.
DON VICENTE DE LA SOSA.....	Alberto Romea.
VILLACORNEJO.....	Pedro Zorrilla.
CASTILLO.....	Ramiro de la Mata.
DON ANDRÉS.....	Joaquín Pacheco.
ISIDORO.....	Vicente García Orejuela.

ACTO PRIMERO

La escena es en Guadalema, capital de Castilla, y en la trastienda de la sastrería de Quijano, uno de los más acreditados sastres de la localidad.—Á la derecha del actor, puerta con cortina japonesa de varillas, que da á la tienda. Á la izquierda, dos puertas: la del primer término, más chica que la otra, y tapada por una cortinilla de yute, comunica con el taller de la sastrería; la del segundo, con el interior de la casa del sastre. Al foro, balcón de antepecho, con vidrieras, al través de las cuales se ve la calle. Es piso bajo. En el rincón de la derecha del foro, y de frente á la pared de la izquierda, mesa y sillón de doña Guillermina, administradora de la sastrería y cuñada del dueño. Á la altura de la mano, en la pared, varios portapapeles con facturas, y un almanaque. Junto al sillón un cesto de papeles. Hacia el centro de la habitación una camilla. Á la izquierda del foro, una anaquelería, en la que se ven piezas de tela, cajas de muestrarios, etc. En un rincón un maniquí con una prenda concluída. Sillas y butacas. Estera de cordelillo. En las paredes, cubiertas de papel modesto, algunos cuadros de figurines masculinos.

Es por la mañana, en un día templado de invierno.

QUIJANO el sastre, padre de Manolín, está sentado á la camilla leyendo un periódico. DOÑA GUILLERMINA, su cuñada, hace cuentas en su rincón. Quijano es un viejo bonachón y simpático; doña Guillermina una vieja de pies y de cabeza firmes, y de ojos sagaces é inquietos: está en todo. Usa gafas, manguitos y delantal.

DOÑA GUILLERMINA. Sumando. Dos, ocho, diez y nueve, veinticinco, treinta y cuatro, cuarenta y una, cincuenta y dos, y llevo cinco. Cinco, siete, catorce, ventiuna, ventiocho, treinta y cuatro, y de treinta, tres. Tres mil cuatrocientas venticinco pesetas, justas y cabales. Como trampa, ya es trampa. ¡Está buena la sangre azul!

Del taller sale NIEVES, oficiala tan linda que dan ganas de redimirla del dedal y la aguja. Trae una americana en la mano.

NIEVES. Maestro.

QUIJANO. ¿Qué hay?

NIEVES. ¡Otra vez la americana de don Antonio!

QUIJANO. ¿Otra vez?

DOÑA GUILLERMINA. ¿Otra vez? ¿Pues qué se le ofrece de nuevo?

NIEVES. Lo de siempre: que le saque de donde mismo le metí. Se conoce que engorda un día sí y otro no, y nunca le caen bien las prendas.

QUIJANO. Es pesadito el buen señor.

DOÑA GUILLERMINA. Y paga á plazos. Y hay que arrancarle los plazos con sacacorchos. Y no se le sacan. Y el mes pasado dió un duro filipino. Compostura de percha.

NIEVES. Esa le iba yo á dar, pero como luego don Ventura se enfada...

QUIJANO. No me gusta engañar á nadie.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Cuidado que eres infeliz! Ya lo sabes, Nieves.

NIEVES. De mi cuenta corre, doña Guillermina.

Sale BONIFACIO de la sastrería, cuando Nieves va á irse. Es un joven ingenuo y pálido, futuro sucesor de Quijano. Sobre los hombros trae un metro que parece que le ha nacido allí.

BONIFACIO. ¡Jesús, qué posma! Á la oficiala. Vaya usted con Dios, Nievecitas. Ya era hora de que me diese usted los buenos días.

NIEVES. Si no le he visto á usted hasta ahora...

BONIFACIO. ¿No? Pues yo la he visto á usted esta mañana muy tempranito.

NIEVES. ¿Á mí?

BONIFACIO. En la fotografía de la calle Nueva. ¡Je! Como está usted allí retratada...

NIEVES. ¡Ay, qué pillo!

BONIFACIO. Regular. Oiga usted.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Qué es eso? Nieves, al taller. Bonifacio, á la tienda.

BONIFACIO. No se incomode usted, doña Guillermina.

NIEVES. Hasta luego. Se entra en el taller.

BONIFACIO. Hasta luego. Aunque no sea más que porque hay oficialas así, vale la pena de ser sastre. Bajando la voz. ¡Permítanme ustedes este respirillo! ¡Me trae frito ese hombre!

QUIJANO. ¿Quién?

BONIFACIO. Machuca: el de la fábrica de sardinas.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Otro que tal baila!

QUIJANO. Pues es buen pagador; no critiquéis.

DOÑA GUILLERMINA. Sí, pero todo su dinero trae un tufillo que trasciende á sardinas desde una legua.

BONIFACIO. ¡Dígamelo usted á mí! El día que liquida se me llena la tienda de gatos. ¡Je!

QUIJANO. Anda, anda, no mientas, que te pereces por charlar. Y, sobre todo, que va á enterarse el hombre.

BONIFACIO. No se entera. Coge un muestrario. Un mes lleva eligiendo un chaleco. Va el muestrario á su casa; lo examinan todos allá; da su dictamen la mujer—bueno, la... mujer;—torna aquí el muestrario; manda corriendo á la criada otra vez para que se lo lleve... ¡Jesús, qué ir y venir! ¡Como si fuera cosa tan difícil elegir un chaleco!

QUIJANO. Á la tienda y chitón, ó me enfado.

BONIFACIO. Ya, ya voy á la tienda. Márchase, en efecto, empezando una frase en tono complaciente. Le decía á usted, querido Machuca...

QUIJANO. Es bueno de veras este muchacho.

DOÑA GUILLERMINA. Y fiel como un perro.

QUIJANO. Y no tiene hiel para nadie. ¡Que parece mentira, dados sus principios! ¿Verdad Guillermina? Deja el periódico y se asoma á los cristales del balcón. Manolín se tarda.

DOÑA GUILLERMINA. Como hace tan buen sol, y de estos días caen pocos en el invierno de Guadalema, andará paseándose con el maestro.

QUIJANO. Bien puede ser así. Me alegraría... Que respire aire puro, que se fortalezca ese cuerpecito. No todo se ha de volver estudio y trabajo,

¿verdad? Yo celebro que dé la lección en casa del maestro, porque así, quieras que no, todos los días sale á la calle.

BONIFACIO. Apareciendo nuevamente. Don Ventura.

QUIJANO. ¿Qué ocurre?

BONIFACIO. El señor Machuca, que desea que le diga usted mismo, si se lleva más la lista que el cuadro... y si va mejor el botón de pasta, ó el de tela... ¡ó el de cuerno!

QUIJANO. Con mil amores; sí. Vase.

DOÑA GUILLERMINA. Sumando. Ocho, diez y seis, veinticinco...

BONIFACIO. ¡Le digo á usted que hay que tener una paciencia!...

DOÑA GUILLERMINA. Cállese usted ahora.—Veintisiete, treinta y cuatro...

BONIFACIO. Doña Guillermina, es que ciertas cosas...

DOÑA GUILLERMINA. ¡Que se calle usted, hombre! Cuarenta y dos, cuarenta y nueve...

BONIFACIO. Ah, ya. Se marcha también.

DOÑA GUILLERMINA. Cincuenta y cuatro, cincuenta y ocho, y llevo cinco, y siete doce. Mil doscientas ochenta y nueve pesetas con treinta céntimos. Tampoco es mala trampa. ¡Está buena la clase media! Distribuyendo las facturas en los portapapeles. ¡Vaya! Pondremos éstas entre las que puede que se cobren; éstas entre las que puede que no se cobren, y estas otras entre las que no se cobran ni yendo á Lourdes á pedirlo. ¡Bah! ¡Cómo abusan de mi pobre cuñado! Conmigo habían de dar. Á

son de tambores publicaba yo por las calles á los tramposos. Escribe.

Por la puerta de la sastrería salen de la mano DON ELÍAS y MANOLÍN, y se van por la que conduce á la casa. Don Elías, antiguo violinista de café y actual profesor de Manolín, es un viejecillo infantil y tembloroso. Viste modestamente. En la mano trae la caja del violín del chico. Manolín, el niño prodigio, es un pequeñuelo de seis años de edad, bonito y despierto. Usa gabancito de esclavina y sombrerito flexible.

DON ELÍAS. Buenos días, doña Guillermina.

DOÑA GUILLERMINA. Sin dejar de escribir. ¿Se viene de dar un paseo, eh?

DON ELÍAS. Sí, señora; hasta los Alamillos llegamos; pero después de dar la lección. Vamos á ver á la hermanita.

DOÑA GUILLERMINA. Levantando los ojos y contemplando á Manolín mientras se retira. ¡Qué gloria de criatura! ¡Y qué suerte de padres! Sigue escribiendo. En el taller canturrea una oficiala. Doña Guillermina, á poco de oirla, grita. ¡Silencio! La oficiala parece no enterarse. ¡Silencio he dicho, Nieves!

NIEVES. Desde dentro. ¿Me hablaba usted, doña Guillermina?

DOÑA GUILLERMINA. ¡Dale más á la aguja y menos al canto!

NIEVES. ¡Si es Aurora!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Parecéis grillos todo el día!

Continúa escribiendo. En el taller se oyen risas contenidas, que luego cesan.

Desde la calle, se asoma LISONJERO á los cristales del balcón y llama con los nudillos.

LISONJERO. ¡Ahora vengo!

DOÑA GUILLERMINA. Levantándose. ¿Eh? ¿Quién?

Alborozada al verle. ¡Ah! ¡Señor don Jacobo! Abre las vidrieras. ¿Cómo está usted? ¿Por qué no pasa?

LISONJERO. No puedo en este instante. Volveré dentro de diez minutos. Me están esperando en ocho sitios. Pero dígale usted al señor Quijano que vuelvo, que tenemos mucho que hablar.

DOÑA GUILLERMINA. Perfectamente: así se lo diré. Antes pasó usted hacia arriba.

LISONJERO. Hacia arriba y hacia abajo qué sé yo las veces: toda Guadalema he andado ya. ¡Y hay que ver los pasos que tiene esta humilde capital de provincia! ¡Caray, caray! Conque hasta luego.

DOÑA GUILLERMINA. Vaya usted con Dios, don Jacobo; que usted siga bien. Cierra las vidrieras y torna á su sitio.

Por la puerta de la casa sale nuevamente DON ELÍAS, acompañado ahora de DOÑA MANUELA, madre del prodigio. Esta señora es física y moralmente la media naranja de Quijano. Se vieron y se entendieron hace veinte años. Estaba escrito: tenía que nacer Manolín.

DON ELÍAS. Aprovechándome de que hoy tenemos sol...

DOÑA GUILLERMINA. Oye, Manuela: acaba de hablar conmigo por el balcón el señor don Jacobo.

DOÑA MANUELA. ¿Y cómo no ha entrado?

DOÑA GUILLERMINA. Porque iba muy de prisa: como siempre. Pero me ha dicho que luego volverá.

DOÑA MANUELA. ¡Cuánto me alegro! ¡Qué persona más fina es!

DON ELÍAS. Pues decía que aprovechándome de que hoy tenemos sol, me alargué con él hasta

los Alamillos. Me gusta oirlo hablar... Dice á veces cosas que me dejan atónito. Es un privilegio de criatura.

DOÑA MANUELA. Usted habrá visto, don Elías, que á mí se me está cayendo la baba. Siéntese usted un ratito. Á QUIJANO, que vuelve de la sastrería. ¿Tú oyes esto, Quijano?

QUIJANO. ¿Qué?

DOÑA MANUELA. Don Elías, chocho con nuestro hijo.

QUIJANO. Como tú y como yo.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Y como yo! Se levanta y se acerca al grupo formado por los otros tres. ¿Adelanta mucho, maestro?

DON ELÍAS. ¡Adelantar! ¡adelantar!... ¿Qué es adelantar para él? No es ya que corre; es que salta, que vuela...

QUIJANO. Maquinalmente. Que vuela...

DON ELÍAS. Que no hay quien lo siga, señor Quijano; doña Manuela, que no hay quien lo siga... Es menester rendirse á la realidad y reconocerlo: no estamos ante un niño habiloso y listo, que muestra vocación decidida por un arte cualquiera: estamos en frente de un prodigio; de un fenómeno de la Naturaleza.

QUIJANO. De un fenómeno, tú.

DOÑA MANUELA. Ya ves: de un fenómeno. Tan bonito como es Manolín... y es un fenómeno.

DOÑA GUILLERMINA. Lo dije, lo dije. ¿Verdad que lo dije, Ventura? No me quitéis la gloria de haberlo dicho. Lo dije: «Este muchacho se sale del montón; se destaca. Hay que ponerle un maestro

en seguida.» Lo dije, lo dije. Vuelve á su tarea, sin perjuicio de ir y venir siempre que mete cucharada.

QUIJANO. Lo dijo, lo dijo.

DOÑA MANUELA. Y lo sigue diciendo. ¡Je!

DON ELÍAS. ¡Bueno está el maestro de Manolín! ¡Maestro! ¡Maestro! Yo, cuando se pone á tocar, me cruzo de brazos y pienso entre mí: «Aquí no hay maestro y discípulo; de haberlos están trocados los papeles: él es quien puede enseñar algo; yo no. Aquí no hay más que un pobre músico de café, mandado retirar como guitarra vieja, que tiembla de emoción y llora viendo y oyendo lo que nunca ha visto ni oído.» ¡Es mucho Manolín! Se enjuga una lágrima con el pañuelo.

QUIJANO. Repitiendo frase y ademán de don Elías. ¡Es mucho Manolín!

DOÑA MANUELA. Lo mismo. ¡Es mucho Manolín!

QUIJANO. Á mí, de cuando en cuando, me asalta el temor de que las telarañas del cariño nos cambien los colores de las cosas.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Ca!

QUIJANO. ¿Ca?

DOÑA GUILLERMINA. ¡Ca!

DOÑA MANUELA. ¡Pues naturalmente, Quijano! Te pasas de modesto. Has tenido siempre esa falta. Y así como veo las tuyas, vería también las de Clarita, las de Manolín.

DON ELÍAS. Amigo don Ventura, pronto, muy pronto, será la primera exhibición pública de esa maravilla del cielo que ha caído en esta casa: usted verá si Guadalema entera tiene también las telarañas que usted dice.

DOÑA GUILLERMINA. Maestro, ¿y componer? ¿No le dará el naipe por componer?

DON ELÍAS. Calma, calma... Deje usted que muela el molino.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Mire usted que si hiciera una ópera! Eso deja muchísimo dinero.

DOÑA MANUELA. ¿Quieres callar, hermana? ¿Quién piensa en el dinero?

QUIJANO. ¿Quién piensa en tales porquerías?

DOÑA GUILLERMINA. Yo, yo. Yo pienso, porque debo pensar; porque ahí está el porvenir del niño. Hazte cargo: Puccini, con sólo *La Bohème*...

QUIJANO. Vamos, calla; que no me gusta oirte desbarrar. Nosotros, gracias á Dios, tenemos un pasar que muchos quisieran: para eso he trabajado yo toda mi vida. Á mí no me hace falta dinero: á mí lo único que me importa ya, lo que me ilusiona, lo que me hace soñar dormido y despierto, es que se sepa en Guadalema, en España, en el mundo todo, que Quijano el sastre tiene ese hijo.

DOÑA MANUELA. ¡Que Quijano y su mujer tienen ese hijo! Dices bien, Quijano. Guillermina es una roñosa.

DOÑA GUILLERMINA. Sí, sí, roñosa. Lo que hago es mirar lejos.

DOÑA MANUELA. ¿Qué mayor satisfacción, qué mayor gloria puede cabernos á nosotros que la de haber parido á Manolín? Tu apellido inmortalizado; el niño recibiendo ovaciones aquí y allá, asombrando á las gentes en Madrid, en el extranjero... Esta noche he soñado que tocaba delante del Kaiser. Tengo al Kaiser aquí. Montado en las narices.

DON ELÍAS. ¡Je, je! Oiga usted, doña Manuela, sueños más difíciles se han vuelto realidades. Con Manolín irán ustedes donde quieran.

DOÑA GUILLERMINA. Lo que no sabéis es lo mejor. Por supuesto, descendemos del mono en línea recta: tenía razón David.

DON ELÍAS. ¿David?

DOÑA GUILLERMINA. Sí. No hacemos más que imitarnos los unos á los otros. ¿Pues no sale la pánfila de la droguera queriendo tener ella también otro niño prodigio?

DOÑA MANUELA. ¿La droguera? ¡Jesús!

QUIJANO. ¡Qué disparate!

DOÑA MANUELA. Vamos, ahora...

QUIJANO. Ahora cada uno va á descubrir en su casa un fenómeno. ¡Lo que son las envidias!

DOÑA MANUELA. La droguera sí tiene un fenómeno en su casa: pero no es el niño; es el marido.

QUIJANO. Para murmurar baja la voz.

DOÑA MANUELA. ¿Y cuál es la habilidad del angelito ese?

DOÑA GUILLERMINA. Dicen que pinta.

DOÑA MANUELA. ¡Bah! ¡La de todos los chicos: pintarrajear por la pared!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Cualquier cosa!

DON ELÍAS. Levantándose. Y en último extremo, señor: pongamos que ese niño valga todo lo que se le antoje á su madre: pero, ¿es lo mismo pintar en un lienzo cuatro monigotes que arrancar de las cuerdas secas de un violín las más sublimes melodías? El arte de la música es el arte de los elegidos:

donde termina el poder y el alcance de la palabra humana, allí empieza la música. Que no me hablen, que no me digan: Manolín es único, único. Dios ha querido que lo sea. Su gloria es mi gloria. Porque rodará el tiempo; Manolín llenará los siglos con su nombre; ¿y quién me quita á mí, oscuro músico de café, pobre viejo que soñó con la gloria sin encontrarla nunca, quién me quita á mí haber sido el primero que le enseñó al prodigio á mover los deditos tiernos en un violín de juguete? Nadie, nadie: he sido yo. Esa gloria es mía; mía. Y ya no charlo más. Hasta mañana, padres felices.

DOÑA GUILLERMINA. Adiós, maestro.

DOÑA MANUELA. Vaya usted con Dios; hasta mañana.

DON ELÍAS. Páselo bien, doña Guillermina. Hasta mañana.

DOÑA GUILLERMINA. Hasta mañana.

Vase don Elías, dejándolos á todos enternecidos.

QUIJANO. ¡Está hechizado el pobre viejo!

DOÑA MANUELA. ¿Y tú?

QUIJANO. ¿Yo? Dame un abrazo, Manolilla. Se abrazan.

En el taller vuelven á oirse risas.

DOÑA GUILLERMINA. Bueno, bueno; bien están los abrazos y las ternuras, pero no olvidéis lo que he dicho: una ópera: que escriba Manolín una ópera. *Cavalleria Rusticana* produjo el primer año...

QUIJANO. ¡Un dineral; todo lo que tú quieras; pero no nos hables ahora de ochavos, Guillermina!

Las risas del taller se acentúan.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Vaya! Esa es otra. Hoy

tenemos revuelto el taller. Cuando viene la bizca, tiemblo. Estaré un ratito de centinela. Éntrase en el taller.

Cesan las risas.

Sale CLARA del interior de la casa. Trae una cestilla de labor. Es una muchachita muy mona, todo modestia y serenidad.

CLARA. Mamá.

DOÑA MANUELA. ¿Qué quieres?

CLARA. Manolín, desde que es prodigio, ¡da unas contestaciones!... Vé á la cocina, porque está poniendo á Teodosia como un trapo.

DOÑA MANUELA. ¡Diablo de chico!

QUIJANO. ¡Es gracioso de veras!

CLARA. Sí, muy gracioso, y muy artista, y toca muy bien el violín, pero yo, si fuera hijo mío, le cortaba un poquito las alas. Le ha dicho una desvergüenza á la mujer que no se le puede pasar ni á Sarasate.

DOÑA MANUELA. Ya me figuro la que es; porque no sabe otra... Voy allá, voy allá... Vase al interior de la casa.

QUIJANO. Á reirle la gracia, por supuesto... Nos tiene bobos Manolín. No hay modo de reñirle nunca.

Sale BONIFACIO de la sastrería.

BONIFACIO. Maestro.

QUIJANO. Discípulo. ¡Je!

BONIFACIO. Haga usted el favor un instante, que el señor Machuca...

QUIJANO. ¿Pero está ahí todavía?

BONIFACIO. ¡Todavía! Á mí me va á dar fiebre. El señor Machuca quiere saber á punto fijo, y bajo

palabra de honor de usted, si la trencilla *viste* en los chalecos ó no *viste*.

QUIJANO. ¡El demonio del hombre! Habrá que sacarlo de dudas. Vase á la sastrería.

BONIFACIO. Yo me quedo un ratito aquí. ¡Valiente cataplasma!

CLARA. ¿Quién es?

BONIFACIO. Machuca: el de las sardinas. Boquerón, como le dicen los chiquillos.

CLARA. Ya. Se sienta á hacer labor.

BONIFACIO. Encaminándose al taller y volviéndose de repente. Oiga usted, Clara.

CLARA. Diga usted, Bonifacio.

BONIFACIO. No le cuente usted á doña Guillermina que entro en el taller.

CLARA. Yo no le contaré nada, pero va á enterarse.

BONIFACIO. ¿Cómo?

CLARA. Porque está en el taller.

BONIFACIO. ¡Ah, canario! Entonces no entro.

CLARA. Ya sé que le gusta á usted Nievecitas.

BONIFACIO. ¿No me ha de gustar? ¡Si es de lo mejor que se fabrica en su clase!

CLARA. Sí que es muy monina esa muchacha.

BONIFACIO. ¿Le agrada á usted?

CLARA. No tanto como á usted; pero me es muy simpática. ¿Y usted va con buen fin, Bonifacio?

BONIFACIO. Yo voy con el fin de casarme; ¡lo que no sé si ese fin será bueno! Hay tantas opiniones .. ¡Je! ¿Y usted, cuándo nos da un gran día?

CLARA. ¡Huy!... ¡Largo le va!

BONIFACIO. ¿Y eso?

CLARA. Mire usted, Bonifacio: que Jorge y yo no nos entendemos del todo. Y bien sabe Dios que me duele; porque, al fin y al cabo, como es el primer novio que he tenido... esas cosas echan raíces... Pero de algún tiempo á esta parte salimos á pelotera diaria.

BONIFACIO. ¿Á pelotera diaria? Para novios, es mucho.

CLARA. Pues así andamos.

BONIFACIO. Ya, ya. Yo no me precio de zahorí, pero bien podría escribir ce por be lo que á usted le sucede con Jorge. ¡Si lo oigo respirar en la cervecería de las camareras! Usted es una mujer de su casa, muy prudente, muy discreta, muy tranquila, muy enamorada de su rincón, y él... él... ¿lo digo?

CLARA. Dígalo usted.

BONIFACIO. No me atrevería, si no la estimase á usted tanto. Él es indigno de usted, Clara: él es un ambicioso vulgar. ¿Estamos conformes? Clara hace un gesto para no contestar. Pero en el pecado lleva la penitencia. Yo sé bien en lo que paran todas esas bambollas. ¿No ve usted que yo he sido genio antes de ser sastre? Clara lo mira. Genio, genio: así como suena.

CLARA. Sí, si lo sé.

BONIFACIO. Por eso dudo entre reirme ó indignarme, cuando escucho las baladronadas de su novio de usted, y por eso me indigno sin reirme cuando veo lo que aquí se hace con Manolín. Opóngase usted, Clara; opóngase usted á cuanto se trama con su hermanito.

CLARA. Esa ya es harina de otro costal. Yo pienso como usted, y como Rosales: creo que Manolín debiera jugar con los otros chicos al esconder ó al marro, y estudiar su violín y acostarse á las oraciones; pero cuando mis padres no lo entienden así, tendrán razón ellos. Ahora, que si fuera hijo mío, á las ocho lo metía en la cama; y si los socios del Casino y los vagos de Guadalema querían divertirse, que bailaran un minué.

BONIFACIO. Por usted habla la voz de la razón: yo, que he sido genio, puedo asegurarlo. ¡Ay! Á mí me dió por la poesía: yo era poeta. Á los cinco años cantaba al sol, y á la luna, y al Vesubio—sin haberlo visto, porque el sol y la luna, menos mal, — y á Napoleón primero, y al moro Muza. ¡Con decirle á usted que llegué á mirar con lástima á Espronceda!

Veinte presas
hemos hecho,
á despecho
del inglés...

¡Á mí esto me parecía malísimo! Y yo también tuve veladas en el Centro Republicano de mi pueblo, donde canté á Torrijos, y á los Comuneros de Castilla... ¡Todos los cromos de mi casa! Y hubo para mí flores, y palomas, y aun coronitas de laurel... ¡Ay! Cuando se acabaron las gracias del niño, y me vi en la necesidad de hacer algo capaz de que lo admiraran los hombres, tuve conciencia de todo lo falso de mi aureola infantil, y pasé las horas más negras de mi vida. Pero el sentido común

me salvó. Porque ya empezaba á torcerme, y á envenenarme, y á morder á diestro y siniestro, y á negarlo todo. «¡Ca, hombre, ca!»—me dije un día en que tuve que purgarme dos veces.—«¡Esto no va conmigo! ¡Que sea genio otro tonto cualquiera! Yo me dedico á sastre.» Y aquí me tiene usted. Soy vulgar, pero soy feliz: en vez de cantar el caos—que también lo canté—canto el cuerpo de Nievecitas. Y ella me lo agradece. Y no hay quien me tosa.

CLARA. Hizo usted bien. Hubiera usted sido un genio de pega, y así es usted un hombre de provecho.

BONIFACIO. Usted me ha comprendido. Soy un pobre hombre que en breve podrá poner al frente de esta noble casa un letrero que diga: «Bermejo, sucesor de Quijano.» Y no faltarán genios que me lo envidien.

Sale DOÑA GUILLERMINA del taller.

DOÑA GUILLERMINA. Pero, señor, ¿que no se halla usted más que fuera de la tienda?

BONIFACIO. ¡Je, je! ¡Doña Guillermina! Es que hablábamos Clarita y yo, y decía Clarita...

DOÑA GUILLERMINA. Lo que decía Clarita no me importa: lo que digo yo es que se vaya usted al mostrador ahora mismo.

BONIFACIO. Y yo la obedezco á usted como un ángel. Cuando era genio, me fastidiaba obedecer; pero ahora que soy una vulgaridad... ¡encantado!

Se va á la sastrería.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Santo Dios, lo que goza en pegar la hebra ese bendito!

BONIFACIO. Asomando la cabeza un instante por entre las varillas de la cortina, le dice con acento misterioso á Clara. Ahí viene su novio de usted.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Qué ha dicho?

CLARA. Que ahí viene Jorge.

DOÑA GUILLERMINA. Ya.

Hay una pausa. Doña Guillermina trabaja en su mesa; Clara hace labor. Llega JORGE, con cara de pocos amigos. Es un muchacho que era muy simpático y se malea por puntos, porque ha acabado la carrera de leyes y cree que el mundo no le hace justicia.

JORGE. Hola.

CLARA. Ven con Dios.

JORGE. Felices, doña Guillermina.

DOÑA GUILLERMINA. Dios te guarde.

CLARA. Buen día, ¿verdad?

JORGE. Calor al sol y fresco á la sombra: lo mejor para coger una pulmonía. Se sienta.

CLARA. ¿Estás enfadado?

JORGE. No.

CLARA. Pues, hijo, las señas son mortales.

JORGE. Si opinar lo contrario que tú es indicio de enfado, avisa.

CLARA. Cuando digo que hay mar de fondo... ¿Vienes del bufete?

JORGE. No.

CLARA. ¿No?

JORGE. ¡No!

DOÑA GUILLERMINA. Del bufete, no; pero bufando, sí.

JORGE. ¡Qué bonito juego de palabras! Á su novia. Ni vengo del bufete, ni vuelvo más.

CLARA. ¿Por qué?

JORGE. Porque no ha nacido el hijo de mi madre para echar allí el quilo trabajando, y que se lucre un caballero particular, que debiera estar tirando de un tranvía. Ya lo sabes. ¿Tienes otra cosa que objetar?

Sale QUIJANO de la sastrería, y al observar la actitud de los novios se va al interior de la casa moviendo la cabeza con disgusto.

CLARA. Dulcemente. ¿Por qué eres así, Jorge? Digo, ¿por qué te has vuelto así? ¿Es que ya no me quieres?

JORGE. Lagoterías, no.

CLARA. ¿Ves como has pisado mala yerba? ¿Qué te pasa? Si yo no soy tu novia para saber lo que te pasa, y tú mi novio para contármelo, riñamos de una vez.

Jorge se levanta y da un par de resoplidos paseando.

DOÑA GUILLERMINA. Hombre, hombre, que van á volar estas cuentas, y están por cobrar.

JORGE. Déjese usted de bromas, señora mía.

CLARA. Jorge. Jorge, ven aquí. Ven aquí, te ruego. Jorge vuelve al lado de ella como á remolque. No te mereces el cariño con que te trato. Á una mirada de él. No; no te lo mereces. ¿Qué te ocurre? Dímelo.

JORGE. Nervioso. ¡Me ocurre... me ocurre... que la humanidad se ha propuesto freirme la sangre!

CLARA. ¡La humanidad no se ocupa de ti! No seas presuntuoso.

JORGE. Sintiendo la herida. ¿No se ocupa de mí? ¡Pues ya se ocupará con el tiempo!

CLARA. Con el tiempo, yo no lo dudo; pero lo que es ahora... De ti sólo nos ocupamos tu madre y yo. ¿Y quién mejor, después de todo?

JORGE. Mira, nena, queriendo consolarme me estás diciendo lo que más me puede mortificar. ¡No parece sino que no te enteras ó que yo hablo en chino! ¿De modo que me oyes repetir á diario que quiero luchar, que quiero subir, que quiero ser alguien, que no quiero morirme oscurecido en Guadalema, y todavía me sales con frasecitas de comedia cursi? Las mujeres á lo mejor perdéis el sentido de las cosas, por no decirlo de otro modo más crudo.

CLARA. Creéis los hombres que lo perdemos, cuando no halagamos vuestra vanidad ó vuestro capricho. ¡Dices tú que quieres luchar!...

JORGE. ¡Y quiero luchar!

CLARA. No, Jorge; lo que tú quieres no es luchar. Es algo más cómodo: es no luchar, precisamente: es plantarte de un salto donde esté el que esté más arriba; donde se llega, si se llega... después de luchar.

JORGE. ¡Bah, bah! No sabes lo que dices, ni entiendes una palabra de esto. Estás muy atrasada de noticias. Vives con las ideas de tus abuelos, y gracias. Antiguamente se andaban los caminos en galeras aceleradas, y á fuerza de tiempo; ahora es en el tren, y ya el tren nos va pareciendo un carromato. Hay que ahorrarse molestias y panoramas. El camino importa un pitoche: la cuestión es llegar.

CLARA. ¡Llegar! No se te cae de la boca esa palabra. ¿Qué es lo que tú entiendes por llegar?

JORGE. ¡Está bien claro, hija de mi vida! Pasar de no ser nada, á ser algo; de que nadie me vea,

á que todo el mundo me mire. ¿Cómo? ¿En qué esfera? ¡Me es indiferente! Lo mismo se me da llegar de una manera que de otra: estrenando un drama ó publicando un libro de cocina; pronunciando un discurso elocuente ó ensartando á un ministro en desafío.

CLARA. Calla, calla.

JORGE. ¡La cuestión es llegar!

CLARA. Te ruego que calles. Me entristece oirte. No eres el que eras. ¿Con qué amigotes te reunes que así te han vuelto?

JORGE. No son amigotes los que me abren los ojos: es la vida, que dice verdades muy amargas. Esta vida febril, inquieta, complicada, vertiginosa, que vivimos los hombres de este siglo. ¡Ay del que se cruce de brazos y se ponga á mirar la luna! ¡Lucido está!

CLARA. Tú sí que estás hoy fuera de quicio, Jorge. ¿No acabarás de decirme lo que tienes? Por que hay algo más que esta manía de llegar y llegar que te ha entrado ahora como un sarampión.

JORGE. ¡Como un sarampión!... ¡Como una enfermedad incurable!

CLARA. ¿Es quizás el viaje á Madrid lo que así te revuelve la bilis?

JORGE. ¡Ni más ni menos! Acertaste esta vez. El viaje á Madrid, que no se me cuaja como quisiera.

CLARA. ¡Dichoso viaje á Madrid!

JORGE. ¡Eso es: dichoso viaje! Lo primero es el «me quieres» «te quiero» del novio y la novia.

¡Mi porvenir que se lo lleve pateta! ¡Qué egoísmo más refinado y más suicida!

CLARA. No disparates, Jorge. Si yo viese en tu viaje á Madrid un propósito noble y serio, yo sería la primera en animarte; pero si veo que vas á ir allá para tu absoluta perdición; para la completa ruina del Jorge de hace cuatro años... del mío... del bueno... ¿cómo quieres que vea con buenos ojos ese viaje?

JORGE. ¿Lagrimitas ahora? ¡Era lo único que me faltaba! ¡Delicias del hogar! De mi casa he salido huyendo, por no escuchar á mi familia, que también toca de cuando en cuando la nota sensible. Llego aquí, y más sensiblería. ¡Estoy mejor que quiero! ¿Por qué no me habré quedado yo en la cama?

CLARA. ¿Luchando?

JORGE. Mira, Clara; lo único que no sufro es que ni de cerca ni de lejos, mis afanes te sirvan de burla.

CLARA. Perdona, hombre: ha sido una broma inocente.

JORGE. Pues no lo olvides.

CLARA. No lo olvidaré. Y hablemos de otra cosa.

JORGE. Ó no hablemos, que será preferible.

CLARA. Hoy, sin duda alguna.

Jorge se levanta y empieza á pasearse para dar salida al flúido nervioso. Quiere liar uu cigarillo, se le enredan los dedos, y acaba por tirar tabaco y papel. Clara lo mira con tristeza. Doña Guillermina canturrea zumbonamente al cabo de un rato.

DOÑA GUILLERMINA. Dos y dos son cuatro,

cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho diez y seis...

Jorge la mira á punto de soltarle una fresca, pero se contiene, traga saliva y sigue sus paseos. Sale Bonifacio con una pieza de tela que le muestra á doña Guillermina.

Bonifacio. Diga usted: ¿se puede dar este pantalón en cinco duros?

Doña Guillermina. Sí; pero pida usted ocho.

Bonifacio. Había pedido diez.

Doña Guillermina. Así me gusta.

Clara. ¿Quién está en la tienda?

Bonifacio. Paco Rodríguez, hace ya un ratillo. Y el señor Rosales, que acaba de llegar. Se retira.

Jorge. ¡Caramba! ¡ya tenemos ahí al inevitable señor Rosales! Entre los contertulios de la tienda y de la trastienda, el que más me molesta es él. ¿Y tus papás, andan por allá dentro?

Clara. Allá estarán con Manolín.

Jorge. Pues allá voy yo á contarles un cuento, cabalmente del tal Rosales y de Manolín.

Clara. Pues ¿qué ocurre?

Jorge. Ocurre que ese Galeno de Cinco Villas, valido de su autoridad de médico, y haciendo alarde de su ingenio baturro, en la trastienda de la botica de Quiroga, y en el estanco, y donde viene á pelo, hace chacota del niño prodigio, y del padre del niño prodigio, y de...

Clara. No lo creo.

Jorge. Pues créelo, porque lo digo yo. Estás hoy levantisca, paloma. Voy allá dentro.

Doña Guillermina. Dejando el trabajo y yéndose tras él. Á ver, á ver... Esto me interesa.

CLARA. ¿Usted también? ¡Bah!

Se marchan al interior de la casa Jorge y doña Guillermina. De la sastrería sale ROSALES. Este Rosales, de nombre don Pascual, es uno de los médicos más queridos de la población. Hombre fuerte y robusto, aragonés de raza, habla con el acento de su país y no tiene pelos en la lengua. Usa capa y sombrero flexible.

ROSALES. Aquí estoy yo.

CLARA. Don Pascual, buenos días.

ROSALES. ¿Qué hay?

CLARA. Lo de siempre.

ROSALES. Pues lo de siempre es que lo mejor de Guadalema es la Plaza de los Soportales, y lo mejor de los Soportales la casa de Quijano. ¿Dónde se ha metido ese hombre?

CLARA. Con mi novio está por allá dentro.

ROSALES. ¿Con tu novio?

CLARA. Sí. Siéntese usted, que no tardarán en salir.

ROSALES. Lo que es tu novio, con perdón, aunque no salga no me importa. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA. Será para usted, don Pascual.

ROSALES. Pues para mí hablo. Anoche por poco le abro la cabeza en el casino.

CLARA. ¡Ay, Jesús!

ROSALES. Luego se la hubiera tenido que cerrar, por ser el médico que pillaba más cerca, pero nunca habría perdido el tiempo con más gusto.

CLARA. Bueno, sí; dejemos á mi novio. Ya sé que no se quieren ustedes bien. ¿Hay muchos enfermos?

ROSALES. Menos habría, si hubiera menos médicos.

CLARA. Basta que usted lo diga. ¿Ha ido usted ya á casa de don Acisclo?

ROSALES. De allá vengo. ¡Bien tristecico lo he dejado!

CLARA. ¿Está peor su señora?

ROSALES. Al revés: de esta no se le muere, no.

CLARA. ¿Y por eso está triste? ¡Vamos! ¡dice usted unas herejías! ¿Tan mala persona es doña Prudencia?

ROSALES. Regularica es. Y su marido no me puede ver á mí ni en pintura.

CLARA. ¿Por qué?

ROSALES. Porque dos años antes que él fuí yo novio de ella.

CLARA. ¿Y eso qué importa? ¿Ahora va á acordarse...?

ROSALES. Sí se acuerda, sí. ¡Floja señalica le ha quedado! Pude yo cargar con ella y cargó él: tiene, tiene motivos para mal quererme.

CLARA. ¡Ja, ja, ja! Pero si usted también se casó luego.

ROSALES. ¡Diferencia va! Algo daría él por encerrarse en casa con mi mujer en vez de con la suya.

CLARA. ¡Ya lo creo! Es que como Rosario hay pocas.

ROSALES. No hay más que ella: se rompió el molde. Pero alguna falta había de tener: es arrimadica á la cola. Como yo: lo mismo que yo. Así

nos han salido los hijos, pobrecicos míos: que clavan los clavos con la cabeza.

CLARA. ¡Jesús, por Dios! Se divierte usted hasta de su sombra.

ROSALES. Digo la verdad siempre.

CLARA. Pues niegue usted que es guapísimo Pascualín.

ROSALES. No lo niego, no: es igual á su madre. Pero tiene seis años, y le preguntas quién ha hecho el mundo y se encoge de hombros. En fin, con tal que sean buenos, y buenos lo son, ¡adelante con el melonar! Todos los hombres sirven para algo en el mundo: no han de ser ellos menos. Médico soy yo, y nadie se ha opuesto á que lo sea. ¡Los que pudieran votar en contra se mueren!...

CLARA. Cualquiera que lo oyese á usted, creería que era usted un matasanos.

ROSALES. Aún los hay peores.

Por la puerta del interior de la casa van saliendo sucesivamente DOÑA GUILLERMINA, DOÑA MANUELA y QUIJANO. Saludan muy serios á Rosales, se sientan, y no le dirigen la palabra. Él los mira un poco perplejo.

DOÑA GUILLERMINA. Buenos días.

ROSALES. Buenos días, doña Guillermina.

DOÑA MANUELA. Buenos días.

ROSALES. Salud, doña Manuela.

QUIJANO. Buenos días.

ROSALES. ¡Hola, hombre, hola! ¡Ya pareciste!

QUIJANO. Ya parecí.

ROSALES. ¿Qué es eso? ¿Vienes disgustado?

QUIJANO. No.

ROSALES. ¿Cómo que no? Pues esa no es tu cara. ¿Tenemos alguna novedad, doña Manuela?

DOÑA MANUELA. No.

ROSALES. ¿No hay ninguno malucho?

DOÑA GUILLERMINA. Eso quisiera usted.

ROSALES. ¿Yo? ¿Á qué santo, señora? ¡Si aquí no cobro las visitas!

CLARA. ¿Y Jorge?

DOÑA MANUELA. Poniendo en sus palabras toda la ironía de que es capaz. Se ha quedado con Manolín; con el pobrecito Manolín; con ese desdichado de Manolín. Porque ahora resulta, ¿sabe usted, don Pascual? que Manolín es un pollino y nosotros unos mentecatos.

ROSALES. ¿Qué dice usted?

QUIJANO. En el mismo tono que su esposa. Y otro mentecato el novio de Clara, que ahora mismo está con la boca abierta oyéndole tocar el violín.

ROSALES. Del novio de ésta va bien todo cuanto se diga. ¡Leña! ¡qué antipático es!

CLARA. Más antipático es usted, ¡caramba! y lo dejan pasar. Ya me cansé yo.

ROSALES. No te enojes por él conmigo, que no lo vale.

DOÑA GUILLERMINA. No lo valdrá, pero cuando menos es un hombre que no tiene dos caras.

ROSALES. Pues es un dolor; porque le van á romper la que tiene el día menos pensado. Y á ver qué se hace.

DOÑA MANUELA. ¿Quién se la va á romper?

ROSALES. Puede que sea yo, ¡leña! Porque me estoy oliendo que ése ha venido aquí con algún chisme, y los chismes no van conmigo. ¡Á mí se me habla claro! ¡Caras tiesas y medias palabras no

se las aguanté ni á mi padre! ¿Qué tienen que decirme, leña? ¿Quieren ustedes reventar de una vez?

Se desborda la indignación en forma de improperios, que oye Rosales sin contestar palabra.

QUIJANO. ¡Sí, señor; tenemos que decirte...!

DOÑA MANUELA. ¡Tenemos que decirle á usted que es un mal amigo!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Un infame!

QUIJANO. ¡Un traidor!

DOÑA MANUELA. ¡Eso; un traidor!

QUIJANO. ¡Nunca pude esperarlo de ti, Pascual! ¡Sé que te vas á la botica de Quiroga, y al estanco, y allí te ríes de mi mujer y de mí, y de las ilusiones que nos forjamos con nuestro hijo!

DOÑA MANUELA. ¡Con nuestro hijo, que es un fenómeno, aunque usted no quiera!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Eso no se hace: eso es una porquería en toda tierra de garbanzos!

CLARA. Por Dios, tía; por Dios mamá; que parecéis gallos ingleses.

ROSALES. No doy media vuelta ahora mismo y sacudo los zapatos al salir de la casa, porque sería tan majadero como ustedes. Y tan mal amigo. ¡Esto sí que me escuece, leña! ¿Es decir que el primer zascandil que llegue con una invención, tira por tierra una amistad de treinta años? Pues si es así, di tú que no ha debido serlo ni de un día. Sulfurándose. ¿Quién ha traído ese cuento? ¿Á que delante de mí no dice palabra?

CLARA. No se sofoque usted, don Pascual.

ROSALES. Tendría que taparme los oídos, muñeca.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Sí; si ya contábamos con los puñetazos y las bravatas!

ROSALES. Pero ¿es que insiste usted, señora? ¿Voy yo á tener que defenderme aquí de una calumnia? ¿No basta ser quien soy, y que lo niegue encima? Silencio general. ¡Bueno, hombre, bueno! Ya veo que no basta. Esto sí que es un desengaño. Lo que yo he dicho de Manolín y de ustedes, en la botica y en el estanco y en todas partes donde me piden opinión, es lo mismo que digo aquí siempre que viene á cuento: que protesto con toda mi alma de lo que hacen con él.

DOÑA MANUELA. ¡Manolín es un artista eminente; lo dice su maestro; lo dice todo el que lo oye!

ROSALES. Por lo mismo que quizá sea un artista, es más doloroso que se le mate en flor.

DOÑA MANUELA. ¿Pero tú oyes, Quijano?

ROSALES. Tuviera yo en lugar de los cuatro zoquetes que he traído al mundo un hijo como él, y puede que rascara el violín una hora del día, pero ya cuidaría yo de que triscara por los montes lo menos ocho, como un corderico.

QUIJANO. ¡Y dale! ¡Si es que este niño es especial!

DOÑA MANUELA. ¡Si quitarle el violín es matarlo!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Si no le gusta jugar como á los otros chicos!

ROSALES. ¡Leña! ¿Pues no dice que no le gusta jugar y tiene seis años? Lo que es que le han metido ustedes en la cabeza que es un hombreci-

co, y que es un fenómeno. ¡Leña, qué manía esta de anticipar la vida, de coger el fruto á destiempo! Tienen un niño, y ya quieren tener un hombre. Por supuesto: no es de ustedes toda la culpa: ustedes marchan empujados. Este mal es del siglo. Todo el mundo tiende á estrellarse. No sé en qué consiste. Puede que lo hayan traído los automóviles.

CLARA. Con cierta vehemencia. Sí, señor; sí, señor: tiene usted más razón que un santo.

DOÑA MANUELA. Tú te callas, mocosa.

CLARA. Yo me callo, porque tú me lo mandas, pero estoy conforme con Rosales. No hay nada en sus quicios.

ROSALES. ¡Bien dices, leña! Aquí se siega ya, sin que grane la espiga. En Manolín lo ves. Echa á un lado el estrujar su cuerpecico—que ya es echar;—pero si ahora se le empieza á exhibir y á deslumbrar con la gloria temprana, ¿qué aplausos le van á halagar andando el tiempo? ¿Qué le dejan ustedes para esa edad—acuérdate, Ventura—en que charlábamos tú y yo como locos por las calles de Zaragoza, yo de mi Rosario, que entonces era Rosarico, y tú de doña Manuela, aquí presente, que parece mentira?

DOÑA MANUELA. ¡Oiga usted!

ROSALES. Ahora le toca á usted, señora. Hemos de oir por turno. Este es mi pensar, y así lo soltaré donde quiera mondo y lirondo, me pongan buena ó mala cara. Y si ustedes no lo quieren oir, tendrán que atrancar la puerta de la calle y no dejarme entrar; porque como entre y se hable del

caso ¡leña, que lo digo! ¡De buena raza vengo! Mi padre se llamaba Andrés; dijo un día por una disputa que se llamaba Antonio, y Antonio se llamó ya toda su vida. La esquela de defunción nos dejó escrita llamándose Antonio. Y Antonio le pusimos en la lápida, porque sabíamos que si no se llevaba un disgusto.

DOÑA GUILLERMINA. ¿Y todavía, después de decir eso, quiere usted que aquí se le tome en cuenta cuando da en una testarudez?

DOÑA MANUELA. En este caso se fastidia usted, señor mío. ¡No faltaría más, sino que porque usted haya dicho que se llama Pedro, le hayamos de llamar Pedro nosotros, sabiendo que se llama Pascual Bailón! Ya conocemos bien el paño.

QUIJANO. Sí, sí; tenemos en esta cuestión criterio muy distinto. Tú ves negro lo que nosotros rosa. Acaso estemos engañados; pero déjanos con nuestra ilusión. Y perdona si un poco ciegos por el cariño á Manolín, pusimos en tela de juicio tu amistad.

ROSALES. Calla, Ventura, calla, que yo soy siempre el mismo. La prueba es que discuto. Y oye un instante ese cornetín que suena lejos. Ni le encargo viene.

En efecto, óyese á lo lejos un cornetín, que toca una jota. Todos escuchan.

QUIJANO. ¿Y eso qué es?

ROSALES. Ese es el cornetín de unos titiriteros, que van rodando por el mundo. Ahora les ha tocado caer en Guadalema. Al son de esa jota, bailan dos chiquitines, niño y niña, de la edad de

tu Manolín. Esta mañana me los encontré en la Plaza Grande, cansadicos ya de bailar, y me dieron pena. Pensé en mis hijos, y pensé también en el tuyo.

QUIJANO. ¿Ves tú?

DOÑA MANUELA. ¿Ves tú? ¡Esto es lo que exalta!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Esto es lo que no puede oirse!

QUIJANO. ¿Vas á atreverte á comparar?...

ROSALES. No, no comparo: tú no tienes la disculpa que esos padres. El hambre puede mucho, ¡leña!

QUIJANO. ¿Es que tú piensas que nosotros...?

DOÑA MANUELA. ¿Es que usted se figura...?

ROSALES. ¡No me figuro nada: no hago más que decir lo que veo!

QUIJANO. ¡Pues nos ofendes, atribuyéndonos ideas de explotación!

DOÑA MANUELA. ¡Sí, señor: nos ofende!

ROSALES. ¿Pero quién ha pensado tal cosa?

DOÑA GUILLERMINA. ¡Usted!

DOÑA MANUELA. ¡Usted!

QUIJANO. ¡Tú!

ROSALES. ¿Yo?

QUIJANO. ¡Tú!

CLARA. Calma, por la virgen bendita. Y si quieren ustedes hacerme caso, quede esto aquí. Ni Rosales ha tenido la intención que vosotros pensáis, ni vosotros sois capaces de nada feo. Pero cuando se ponen las personas así no se entienden nunca.

ROSALES. Hablas como un libro, muñeca. Siempre he dicho que eres tú lo mejor de la casa.—Voy al taller á que me cosan este botón de la americana, que está un poco flojo.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Todos los días ha de traer usted un botón flojo!

ROSALES. Si las oficialas tuvieran la cara como usted, ya vendrían bien seguros, ya.

Éntrase en el taller. El cornetín de los titiriteros deja de oirse. Quijano, doña Manuela y doña Guillermina, se agrupan indignados, y á media voz truenan contra el baturro.

DOÑA GUILLERMINA. Á éste lo planto yo el mejor día. No soy yo quien le sufre todas las barbaridades que quiera decirme, porque sea de Aragón.

QUIJANO. Pero ¿habéis visto igual terquedad?

DOÑA MANUELA. ¡Oh! ¡Es una cabeza de bronce!

DOÑA GUILLERMINA. Pues por más vueltas que le deis, en el fondo no hay más que envidia, y envidia, y envidia. ¡Como que en su casa en vez de cuatro ó cinco chicos tiene un juego de bolos!

CLARA. Callad, por los clavos de Cristo; que viene ahí Jorge, y está con Rosales á tres pullas, y va á haber aquí toros y cañas.

Sale JORGE *haciendo demostraciones de entusiasmo.*

JORGE. ¡Oh! ¡oh!

QUIJANO. ¿Qué?

DOÑA MANUELA. ¿Qué?

JORGE. ¡Oh! ¡Una maravilla! ¡Un asombro!

DOÑA GUILLERMINA. ¿Manolín, verdad?

JORGE. ¡Espanta! ¡Estremece! ¡Da frío!

QUIJANO. ¿Oyes, Clarita? ¿Oyes á Jorge?

DOÑA MANUELA. ¡Para que nos vengan con dimes y diretes!...

JORGE. ¡Vamos! ¡El que niegue eso, que es como negar la luz del sol, ó es ciego del todo, ó es un animal de bellotas... ó es algo más malo!

CLARA. Bueno, bueno; no chilles.

BONIFACIO se asoma á la puerta de la sastrería.

BONIFACIO. El señor Lisonjero pregunta por usted, don Ventura.

La noticia le produce á la familia gran regocijo y cierta turbación.

QUIJANO. ¡Hombre, el señor Lisonjero!

DOÑA MANUELA. ¡El señor Lisonjero!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Que pase! ¿Verdad?

QUIJANO. ¡Sí, sí, que pase!

DOÑA MANUELA. ¡Que pase en seguida!

Se retira Bonifacio. Quijano, doña Guillermina y doña Manuela, se retocan ligeramente.

JORGE. Yo me voy.

CLARA. ¿Te vas?

JORGE. Sí. Á ese señor de Lisonjero lo masco, pero no lo trago.

CLARA. ¿Vendrás á la tarde?

JORGE. No sé. Según esté de pulgas.

CLARA. Tranquilízate, hombre.

JORGE. ¡Ojalá pudiera! Hasta luego, ó hasta mañana.

CLARA. Adiós. Coge su labor y se va al interior de la casa.

JORGE. Á la familia. Buenos días.

QUIJANO. Adiós, Jorge.

DOÑA MANUELA. Hasta luego.

DOÑA GUILLERMINA. Adiós.

Á tiempo de irse Jorge llega LISONJERO.

JORGE. Pase usted.

LISONJERO. Usted.

JORGE. Muchas gracias. Se va.

Jacobo Lisonjero es hombre joven, despierto, activísimo, bullidor, nquieto, de fácil palabra y persuasivos ademanes: capaz de emprender- todo y de llegar á todos lados. Viste con elegancia personal. Los pri- eros botines que se vieron en Guadalema los llevó él.

LISONJERO. ¡Familia dichosa!... ¿Qué tal?

QUIJANO. ¡Señor Lisonjero! ¡Tanto gusto!

LISONJERO. Doña Manuela, doña Guillermina— osotros ya nos hemos visto,—querido Quijano... Y el monstruo de la casa?

QUIJANO. En su estudio. ¡No deja el violín!

LISONJERO. ¡Estupenda criatura!

DOÑA MANUELA. Je.

LISONJERO. ¿Y esa mariposilla blanca que á eces veo revolotear por este balcón?

DOÑA MANUELA. Allá dentro. Llámala, Gui- ermina.

LISONJERO. ¡Nunca! Prohibido que por mí se oleste á nadie.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Pero siéntese usted!

QUIJANO. ¡Es verdad; que estamos aquí como obos! Siéntese usted.

LISONJERO. No puedo; muchas gracias. Tengo eintisiete cosas que hacer todavía antes de las oce, y son las doce menos cuarto.

QUIJANO. Pues ya que no se siente, deje el mbrero y el gabán.

LISONJERO. Eso sí.

QUIJANO. Muy arrugadillo está el forro. Enviémelo mañana y lo plancharemos.

LISONJERO. Se hará como usted quiere. Antes que se me olvide. Dando voces hacia la tienda. ¡Bonifacio! ¡Bonifacio!

QUIJANO. ¡Bonifacio!

DOÑA MANUELA. ¡Bonifacio!

Se asoma BONIFACIO.

BONIFACIO. Servidor.

LISONJERO. ¿Usted conoce á Paco Rivera?

BONIFACIO. ¡Ya lo creo!

LISONJERO. Si pasa por la calle, llámelo usted y avíseme en seguida.

BONIFACIO. Perfectamente. Me figuro que no pasará.

LISONJERO. ¿Por qué?

BONIFACIO. Porque... porque... Doña Guillermina lo sabe. Se marcha

DOÑA GUILLERMINA. No pasa, no.

LISONJERO. ¡Ah, ya! ¡Es un perdis incorregible! Otra cosa.

QUIJANO. ¡Bonifacio!

LISONJERO. No; no es con Bonifacio.

BONIFACIO. Asomándose otra vez. ¿Qué hay?

QUIJANO. Nada, nada. Véte.

Bonifacio se va.

LISONJERO. ¿Tienen ustedes aquí teléfono?

DOÑA MANUELA. Lo vamos á poner á primero de año.

LISONJERO. ¡Entonces no me sirve ahora! ¡Je! Iba á hablar con la redacción de *El Debate*... Luego me llegaré. Á lo nuestro.

QUIJANO. ¡Cuánto tenemos que agradecerle!

DOÑA MANUELA. ¡Cuánto se molesta por nosotros!

LISONJERO. ¿Quiere usted callar? Para mí es un honor y un gusto. Y primero que nada es un deber: el deber en que está todo ciudadano que ama á su país de contribuir á que sus glorias más legítimas resplandezcan á la luz del sol.

QUIJANO. ¿Usted fuma?

LISONJERO. No, señor; me falta esa virtud. ¡Jamás he incurrido en la vulgaridad de llamarle vicio! Aquí del cuento: «Si fuera vicio, lo tendrías.» Dando de improviso una carrera y asomándose al balcón. Aguarde usted un minuto. No, no es Perales. Me pareció Perales: un ciudadano á quien necesito para catorce cosas. Por cierto que hoy es el santo de la hermana y no le he mandado tarjeta. Escribiendo en un cuadernillo de apuntes. Felicitar á María Luisa. Á propósito: ¿ustedes tratan al alcalde de Valladolid?

QUIJANO. Consternado. No...

LISONJERO. Yo tampoco. Y me hace falta echarle un perro de presa. Ya lo buscaré. Á lo nuestro.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Jesús, don Jacobo! me aturde usted con esa actividad. Y lo admiro, lo admiro con toda mi alma.

LISONJERO. ¡Señora, qué remedio! Los hombres de este siglo ni podemos callar, ni podemos comer, ni podemos dormir, ni podemos estarnos quietos. ¡En la brecha siempre! Al asunto. Decididamente, el veinticuatro.

QUIJANO. ¿El qué?

LISONJERO. La velada: la presentación de Manolín.

QUIJANO. ¡Ah!

DOÑA MANUELA. ¿El veinticuatro?

DOÑA GUILLERMINA. El veinticuatro es martes, don Jacobo.

LISONJERO. Mejor. Así de un día que todos tienen por aciago, haremos un día memorable en los fastos de Guadalema. Íbamos á darla el veintitrés, pero Rosaura, la marquesita, ha organizado para ese día no sé qué jira en automóvil y me ha escrito dos letras suplicándome que traslademos la fiesta al día siguiente. Porque de ninguna manera quiere faltar. Está encantada con el pequeño. ¡Sólo de oirme!

DOÑA GUILLERMINA. ¿Es decir que irá la señora marquesa?

LISONJERO. ¿No oye usted? ¡Si tiene más empeño que yo! Ella es muy entusiasta, muy amante del arte, y sueña ya materialmente con esa noche. El marido también irá: el señor marqués. Pero ese es lo mismo que si no fuera, porque no se entera de nada. Y más vale. Digo, no es lo mismo: al fin y al cabo es un nombre en la lista: le da lustre, le da esplendor... Por supuesto, exijo traje de etiqueta.

QUIJANO. ¿De etiqueta?

LISONJERO. ¡Ah, ya lo creo! Es lo primero que me ha preguntado Rosaura, la marquesita. Entonan mucho los escotes y las pecheras blancas. Y nos quitamos de encima una porción de cursis. Cuidado que el Casino es un centro eminentemente liberal; pero yo sé con qué bueyes aro, y sé también

que la alta clase es la que da la patente, la que imprime el sello. No en balde es la espuma, señor.

DOÑA MANUELA. Justo, justo.

DOÑA GUILLERMINA. Muy bien pensado, señor Lisonjero.

QUIJANO. Dice usted muy bien.

LISONJERO. ¿De modo que estamos conformes?

QUIJANO. Y verdaderamente reconocidos.

LISONJERO. El reconocimiento es de mí para ustedes, ya que me proporcionan el éxito mayor que ha podido soñar un secretario de casino de provincia de segunda clase. Entre paréntesis, y que no salga de nosotros: sospecho que Rosaura, la marquesita, algo trama con motivo de Manolín en aquella monísima cabecita de pájaro. Sea lo que sea, no les pesará á ustedes. ¡Ah! Invitaciones de señora, las que quieran; ustedes primero que nadie, ¡claro es! pero les ruego que sean parcos, porque estoy abrumado de compromisos. ¡Señores, qué nube! ¡Y no se ha anunciado todavía! ¡Diablo! Se me olvidaba lo mejor. Mañana, en *El Debate*, saldrá una nota artística, una impresión, cuatro letras consagradas á Manolín, y haciendo atmósfera para la velada. Aquí tengo las pruebas. Tomen ustedes; léanlas á su sabor.

QUIJANO. ¡Señor Lisonjero, qué bueno es usted con nosotros!

DOÑA MANUELA. ¡Qué amable, qué atento!

LISONJERO. Repito que cumplo un deber. Buscando en la cartera el artículo. Esto no es; ni esto. ¡Dios mío de mi vida! Necesito dos días lo menos para contestar tantas cartas. ¿Saben ustedes que me ha

tocado la lotería? Un premio chico; diez duretes. Menos da una piedra. Aquí está.

DOÑA GUILLERMINA. Á ver, á ver.

QUIJANO. Trae.

LISONJERO. Les suplico que no lo lean hasta que yo me vaya. Que va á ser ahora mismo, porque si no, voy á quedar mal con siete personas. Compadézcanme: estoy convidado á almorzar en tres casas: ó se me pican dos familias, ó he de almorzar tres veces. ¡El delirio! Despidiéndose. Doña Manuela, doña Guillermina, querido Quijano... Un beso en la frente al prodigio, y dos en los diminutos pies de la señorita de la casa. Y mandar cuanto gusten. Suyísimo. Corriendo hacia el balcón nuevamente. No, no es Perales. Suyísimo.

QUIJANO. ¡Adiós, señor Lisonjero!

DOÑA MANUELA. ¡Vaya usted con Dios!

DOÑA GUILLERMINA. ¡Que usted lo pase bien, señor Lisonjero!

El señor Lisonjero hace una reverencia exquisita, y se va á la calle como alma que lleva el diablo.

QUIJANO. ¡Qué hombre! ¿eh? ¡qué hombre!

DOÑA MANUELA. Á ver, á ver eso que va á salir en el periódico.

DOÑA GUILLERMINA. ¡Vaya un confite para algunos!

DOÑA MANUELA. Ya tragará quina la droguera. Anda, Quijano, léelo.

QUIJANO. Aguarda que me ponga los lentes, mujer.

Sale ROSALES del taller, y cruza decidido hacia la tienda. Quijano oculta las cuartillas mientras pasa.

ROSALES. ¡Ea, ya voy listo! Hasta luego, que me espera mi gente para volcar la olla. Y no me guarden rencor por lo del pequeño, que hablo de buena voluntad.

QUIJANO. Adiós.

DOÑA MANUELA. Vaya usted con Dios. Á Quijano, apenas desaparece Rosales. Anda, lee eso.

DOÑA GUILLERMINA. Lee, lee.

QUIJANO. Empezando á leer, con voz temblorosa de emoción y alegría. *El niño prodigio.*

DOÑA MANUELA. *¿El niño prodigio* lo titula?

QUIJANO. *El niño prodigio.* Ya ves; no le llamamos otra cosa nosotros, y, sin embargo, el verlo puesto en letras de molde, nos sorprende, nos impresiona...

DOÑA MANUELA. Sigue, sigue. Á mí se me saltan las lágrimas.

DOÑA GUILLERMINA. Sigue.

Quijano lee. En la calle, más cerca que antes, vuelve á sonar el cornetín de los titiriteros tocando la jota. Abstraídas en la lectura, ninguna de las tres personas de la casa presta atención á la música callejera.

QUIJANO. «En el hogar de los señores de Quijano, honrados y antiguos comerciantes de esta localidad, ha entrado un rayo de sol de primavera, que con su luz ilumina los más apartados rincones, y alegra, con la más pura de las alegrías, aquellos corazones sencillos. Hace tiempo que se viene hablando en los círculos artísticos de Guadalema...»

Cae el telón, cortando la palabra de Quijano.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Anteescenario en el teatro del Casino de Guadalema. Una puerta á la derecha del actor y á la izquierda otra. Al foro, y á conveniente altura, se supone que está el escenario, cuya entrada oculta á los ojos del público un telón de forillo visto del revés. Entre éste y la pared del foro hay una gradilla que por la derecha y por la izquierda da acceso al escenario. Un par de butacas, algunas sillas y una mesa con servicio de agua. El suelo alfombrado. Es de noche. Luces.

Estamos en la noche de la presentación de Manolín ante el público. Lisonjero, de correcto frac, vuela por el Casino: es el alma de la velada y, como Dios, está en todas partes. Los demás personajes visten también de etiqueta, pero es claro que con arreglo á su clase y condición.

Sale LISONJERO por la puerta de la izquierda, sube corriendo por la gradilla, habla algunas palabras en el escenario, detrás del forillo, baja por la derecha y se va á escape por la puerta del mismo lado.

LISONJERO. Es inútil anunciar á las nueve: hasta las diez no viene nadie. ¿No digo? ¡Nadie todavía! Cuatro gatos en el salón. Así como así la velada es corta. Voy á prevenir... Llamando. ¡Isidoro! Por

más que antes... Pero, no; bien está prevenir... ¡Isidoro! Sale en esto por la puerta de la derecha Don Vicente de la Sosa, el presidente del Casino, y casi se tropieza con él. Es un señor atildado y correcto, que gasta en cosmético más que en pan. ¡Oh, señor presidente!

Don Vicente. ¡Querido Lisonjero!

Lisonjero. ¿Aún hay escaso público, verdad?

Don Vicente. Ya irán llegando todos: no tema usted, celosísimo secretario. El salón del teatrito del Casino de Guadalema lucirá esta noche como en las ocasiones más solemnes.

Lisonjero. Así lo espero yo. Mentiría si dijera otra cosa. Habrá que señalar la fecha de hoy con piedra blanca Sobre todo, los que somos amantes del arte...

Don Vicente. ¿Del arte por el arte, amigo Jacobo?

Lisonjero. No alcanzo la intención de usted, señor de la Sosa.

Don Vicente. ¿No, verdad? Es raro, en tan sutil ingenio. ¿Me va usted á persuadir á mí, joven amigo, de que en esta velada, organizada con tanto ardimiento por la marquesita de Villacornejo y por usted, para presentar al niño prodigio, es amor al arte todo lo que reluce?

Lisonjero. Sí, señor, sí; amor al arte.

Don Vicente. En rigor, no está mal. Como obra de arte, la marquesita me gusta más que todo lo del Greco.

Lisonjero. Sintiéndose halagado. Vaya, vaya, quede usted con Dios, señor presidente.

Don Vicente. Él le proteja á usted, señor se-

cretario. ¡Je, je! Ríen los dos. Lisonjero se va por la puerta de la derecha, corriendo.

...Y déjale al amor sus glorias ciertas...

Voy á ofrecerle mis respetos á la familia de Manolín. Vase por la puerta de la izquierda, contrastando su parsimonia con la agitación del secretario.

Sale DON ELÍAS por la puerta de la derecha.

DON ELÍAS. ¡Qué noche!... ¡qué noche!... Y ahora empieza. Yo tiemblo de cabeza á pies. Tengo la boca más amarga... Bien han hecho en poner aquí agua abundante. Se sirve agua y bebe. ¡Qué orgullo el mío! Todo el mundo me felicita: todo el mundo.

Vuelve LISONJERO por donde se fué, y después de hablar con don Elías, se va por la puerta de la izquierda.

LISONJERO. Ese Ramírez no está en nada: va á haber que darle pasaporte. ¡Qué brutísimo es! Ah, maestro: que no se le olvide el retratito; que lo necesito mañana; que quiero que salga con el de Manolín en el suplemento de *El Debate*.

DON ELÍAS. Señor Lisonjero, si ya le he dicho á usted que no tengo más que un retrato, y ese es del tiempo de Maricastaña. Figúrese usted: de cuando se usaban aquellos cuellos que parecían balcones.

LISONJERO. No importa: eso mismo será una nota muy bonita. ¡Y ahora que me acuerdo!... Vase á escape, dejando á don Elías estupefacto. ¡Perico! ¡Perico!

DON ANDRÉS. Es admirable este don Jacobo. ¡Qué hombre! Y quiere bien al niño... lo quiere bien.

Sale DON ANDRÉS por la puerta de la derecha. Es un señor que pasa por poeta en la localidad, pero que no lo es ni tiene facha de ello. Es tan

sordo, que ni en el tiro de pichón oye nada. Todo el mundo le habla por señas, en vista de que es inútil levantarle la voz. Viene abstraído, monologueando, y no ve á don Elías. Este le toca con la mano en un hombro.

DON ANDRÉS. Volviéndose. Hola. ¿Qué hay?

DON ELÍAS. Ayudándose con la mímica para hacerse entender. Muy distraído va usted, señor don Andrés... ¿Y esos versos? Me han dicho que son muy bonitos.

DON ANDRÉS. ¿Mis versos? Ya veremos lo que resultan. Sentidos. Oí al chico en casa de Pérez y me conmovió.

DON ELÍAS. Es un fenómeno.

DON ANDRÉS. Muchas gracias.

DON ELÍAS. Digo que el chico es un fenómeno.

DON ANDRÉS. Repito las gracias. Y felicito á usted cordialísimamente. Hasta luego.

DON ELÍAS. Es usted muy amable, don Andrés... Hasta luego. Y muy sordo. ¿Pues no dice que oyó al niño en casa de Pérez?... ¿Qué había de oir, si es como una tapia?

Don Andrés le vuelve la espalda, y abstraído como salió, y hablando solo, se va por la puerta de la izquierda. Don Elías va á seguirlo, pero se ve obligado á detenerse y á echarse á un lado para dejar que pase LISONJERO, el cual sale como una bala en dirección á la puerta de la derecha.

LISONJERO. Perdone usted, maestro.

DON ELÍAS. No hay de qué... ¡Jesús! ¿Dónde irá? Acaso haya llegado la marquesita... Voy yo con mi nene. Vase por la puerta de la izquierda.

Salen por la de la derecha ROSAURA, que viene del brazo de LISONJERO, y VILLACORNEJO, que viene detrás papando moscas. Rosaura es guapa,

insinuante, vanidosa, coqueta; Villacornejo, su marido, le dobla la edad y no se entera de nada.

ROSAURA. Hace un siglo que yo no entro por aquí, querido Jacobo.

LISONJERO. Para desdicha de estas cuatro paredes, bellísima Rosaura.

VILLACORNEJO. Yo también hace mucho que no vengo. La última vez que estuve, fué cuando habló aquel mantenedor de los juegos florales que echó un discurso de dos horas largas. ¿Se acuerda usted? Se desconchó el techo del salón y se desafinó el piano de cola. ¡Qué pesado!

ROSAURA. Calla, Gorito.

LISONJERO. El marqués siempre tan ocurrente.

ROSAURA. ¿Y usted cree oportuno, Jacobo, presentarme ahora á los padres de Manolín?

LISONJERO. ¡Oportunísimo! Les halagará como una caricia. Por mi parte le anuncio á usted que la velada ya, mal que pese á los que no saben poner sino faltas, es un éxito enorme, envidiable: sobre todo para usted, insigne marquesita. Para mí, como no podía menos, es á la par que un éxito un semillero de enemistades. Con las invitaciones se me ha picado media Guadalema.

ROSAURA. ¿Sí?

LISONJERO. Picada la de Robledal; picada Teresita Calero; picada la hermana de don Justo; picada la de Sánchez; picada la de Pérez; picado su marido... ¡Qué sé yo! Es el cuento de nunca acabar. Diez y seis disgustos llevo hasta ahora, y uno que voy á tener dentro de un rato, diez y siete.

Pero todo lo doy por bien empleado con tal que esté usted satisfecha.

ROSAURA. Lo estoy; sí, señor: ¿á qué negarlo?

VILLACORNEJO. Mande usted á freir monas á la gente. Esto es un poblacho ridículo.

ROSAURA. Me lisonjea el considerar que por mi intervención directa en este asunto, surgirá aquí esta noche una futura gloria de Guadalema. ¿Se va á telegrafiar á Madrid?

LISONJERO. ¿Cómo no, Rosaura? De eso me encargo yo.

ROSAURA. Sí, sí; encárgase usted, Jacobo, para que salgan los telegramas como es debido.

VILLACORNEJO. Y, diga usted: el niño ese, ¿toca tan bien como todos dicen, ó es una castaña de las que usamos por acá?

LISONJERO. No, no, no: castaña no es castaña. Para la edad que tiene es muy de estimar lo que hace. Ahora, que más adelante resulte un artista ó se quede en agua de borrajas, eso yo no lo sé.

VILLACORNEJO. Lo que le pido á usted, Jacobito, ya que aquí mangonea, es que esta noche toque el *pay-pay*, ó el *pon-pon*, ó los *ratas*... Cosas así alegres. Porque si la toma con *Beyerber* ó con *Metoven*, nos vamos á aburrir como ostras.

ROSAURA. Gorito, no seas cafre. Si no entiendes una palabra de música, ¿para qué hablas de eso?

VILLACORNEJO. ¿Que no entiendo de música? Mire usted, Jacobo: de lo único que entiendo yo en esta vida es de música. Bueno, y de perros también.

LISONJERO. ¡Hombre!

VILLACORNEJO. La música, es probado: cuanto más sueño me da, más sublime; y los perros, cuanto más feos y más asquerosos, más merito. No falla.

ROSAURA. ¡Jesús, Dios mío!

LISONJERO. ¡Este marqués!... ¡este marqués!...

VILLACORNEJO. Si todos fueran francos, dirían lo que yo de las dos cosas. Voy á asomarme por el telón á ver qué gente hay.

LISONJERO. Ya estará el salón casi lleno.

Sube Villacornejo por la derecha de la gradilla. Rosaura y Lisonjero aprovechan la ocasión para hablar más íntimamente.

ROSAURA. ¡Qué salidas tiene Goro! ¿verdad?

LISONJERO. Da pena, Rosaura, pensar que toda la vida haya usted de pasarla con ese hombre.

ROSAURA. ¡Silencio! Baje usted la voz.

LISONJERO. Con ese hombre vulgar, adocenado, grosero, incapaz de apreciar el aroma finísimo de esta flor que le ha tocado en suerte.

ROSAURA. Calle, calle; le pido que calle.

LISONJERO. No puedo, Rosaura: cuando me veo solo con usted no me sé dominar.

ROSAURA. Si no estamos solos, Jacobo... Se le acerca como si lo estuvieran.

LISONJERO. Se le manda á la amistad, á la cortesía: á la pasión, no. Y pasión es esto, Rosaura: pasión que ya ha echado raíces, que no se resigna, que busca su premio.

VILLACORNEJO. Desde dentro. ¿Dónde está el agujero del telón?

LISONJERO. ¿Eh?

ROSAURA. ¿Qué?

LISONJERO. Ahí, á la derecha, marqués. Está un poco bajo, y por eso no lo habrá visto.

VILLACORNEJO. Ah, sí: ya lo veo. ¡Demonio, qué incómodo está!

ROSAURA. Por poco nos sorprende, Jacobo: sea usted más prudente... y más disimulado.

LISONJERO. No se entera. Sobre que la culpa es de usted

ROSAURA. ¿Mía?

LISONJERO. ¿Por qué es usted tan linda? ¿Por qué sus ojos tienen esa misteriosa atracción que de todo me habla, de todo, menos de su marido?

VILLACORNEJO. Siempre dentro. ¡Te veo, besugo!

ROSAURA. ¿Cómo?

LISONJERO. Sobresaltado. ¿Dice usted, marqués?

VILLACORNEJO. ¡Era al teniente Ríos, que está amelonado con la novia, y no cuenta con que yo lo miro desde aquí!

Rosaura y Lisonjero se ríen.

LISONJERO. ¿Usted ve como vive en el limbo?

ROSAURA. Calle usted ahora.

LISONJERO. Á DON ELÍAS, que sale por la puerta de la izquierda. ¡Insigne don Elías! Venga usted acá, que voy á presentarlo á la señora marquesa de Villacornejo.

DON ELÍAS. Honradísimo...

LISONJERO. Á Rosaura. Aquí tiene usted al gran maestro de nuestro Manolín.

DON ELÍAS. Señora.

ROSAURA. Déme usted esa mano; para mí es un placer muy grande estrecharla.

DON ELÍAS. Señora, yo recibo un honor...

Esta noche estoy gozando como nunca en mi vida. Yo no soy maestro de ese niño: la casualidad ha unido mi suerte á la suya, y un rayito de su gloria temprana llega hasta mí.

VILLACORNEJO. Apareciendo nuevamente. Está de bote en bote el salón. Ahí nos vamos á ahogar como no abran los boquetes del techo. Estas fiestas las prefiero en la Plaza de Toros.

ROSAURA. ¡Por Dios, Gorito! ¿Un concierto de violín en la Plaza de Toros?

VILLACORNEJO. Ya tú me entiendes: aquí lo de menos es el violín. La cuestión es lucir los trapos.

ROSAURA. No digas tonteras. Presentándole á don Elías. El señor es el maestro de Manolín. Á don Elías Mi marido.

DON ELÍAS. ¡Oh! ¡Tanto gusto!...

VILLACORNEJO. Me alegro de conocerlo á usted. Encárguele usted al chico que nos toque cosas ligeritas: el *pay-pay*, los *ratas*, los *lunares*... Cosas así.

ROSAURA. Volada. Anda, vamos á saludar á los padres del niño; que tengo en ello un gran interés. Hasta luego, maestro.

DON ELÍAS. Á los pies de usted, señora marquesa.

ROSAURA. ¿Quiere usted guiarnos, Jacobo?

LISONJERO. Con mil amores. Por aquí; por aquí.

Éntrase por la puerta de la izquierda, dando el brazo á Rosaura. Villacornejo los sigue tarareando alguno de sus cantos favoritos.

DON ELÍAS. Mirándolo ir, con desdeñosa indignación. ¡Ocurrencia es!... ¡Los *ratas*!... ¡el *pay-pay*!... ¿Se

figura que es Manolín el ciego que toca en los soportales de la Plaza?

Por la puerta de la derecha llegan ROSALES, BONIFACIO y CASTILLO, á tiempo que por ella se va don Elías. Castillo es un muchacho simpático, de hablar apasionado y vehemente.

ROSALES. ¡Felices, maestrico!

CASTILLO. Maestro, que sea enhorabuena.

BONIFACIO. Que sea enhorabuena, don Elías.

DON ELÍAS. Gracias, señores, gracias; muchísimas gracias. La recibo de todo corazón. Muchísimas gracias. . Se va.

CASTILLO. ¡Pobre viejo! En el café me pone nervioso, porque el desdichado es un rascatripas, y toca unas cosas muy cursis; pero aquí me conmueve su emoción

ROSALES. Como chiquillo con zapatos nuevos está el hombre esta noche.

BONIFACIO. Esta noche se quita de encima treinta años.

ROSALES. En cuanto se quite el frac, que tendrá esa fecha.

BONIFACIO. ¡Je, je! Hombre, Castillito, cuéntale á Rosales la jugada que le has preparado á don Andrés. Anda; que va á reirse.

CASTILLO. Ni á Rosales, ni á ti, que estás rabiando por saberla. Si la publico, pierde toda la gracia.

ROSALES. Pero, chico, ¿tú no eras los pies y las manos de don Andrés? ¿Pues qué mudanza es esta?

BONIFACIO. Está furioso, porque le ha quitado la novia.

ROSALES. ¿La novia?

CASTILLO. ¿Qué me ha de quitar á mí ese gaznápiro? En primer lugar, yo no tengo novia. Lo que hay es que ningún espíritu delicado puede ver en paciencia que venga un cerdo cargado de millones á meter las patas y el hocico donde hay una flor.

BONIFACIO. ¿Eh, qué tal?

ROSALES. Muchacho, no te entiendo. Explícame esa indignación.

CASTILLO. ¿No sabe usted que se quiere casar con la Venus de Nieve?

ROSALES. ¿Don Andrés Ramales?

CASTILLO. ¡El mismo! ¡Con la Venus de Nieve! ¡Con esa idealidad, que recuerda la monja de las Tres fechas! ¡Con la única mujer á quien yo he querido!

ROSALES. Me dejas turulato, Pepe. Esto es peor que lo de la Torre Nueva de Zaragoza. Yo no lo tolero.

CASTILLO. ¡Ni yo!

BONIFACIO. ¡Ni yo, qué diablo!

CASTILLO. Si los padres son unos mercachifles indignos, aquí está Castillo el poeta, para oponerse á esa profanación en nombre de la belleza y del arte. Á mí no me querrá nunca ella, porque soy un perdis y un bohemio; pero ¡vive Dios que menos que mía será de don Andrés Ramales! Esta noche lo desacredito; lo hundo; lo pongo en el ridículo más espantoso. Va á tener que irse de Guadalema. Porque usted lo sabe, y tú también, y toda la provincia: la mitad de los versos que pu-

blica ese mentecato, son míos. Se los escribo yo, y él los firma; ¡pero son míos! Y me los paga bien, eso es aparte. Tengo, pues, en mi mano su reputación, su aureola de poeta escultural: está perdido. ¡Esta noche acabo con ella!

BONIFACIO. Tú has comido fuerte.

CASTILLO. He comido fuerte, y he bebido fuerte, y traigo un frac que me han prestado. Las tres cosas me honran.

BONIFACIO. ¿Y qué has hecho? ¿Darle quizás unos versos muy malos para que los lea y decir luego que son tuyos?

CASTILLO. ¡Hombre, no! ¡Vaya una venganza!

ROSALES. Eso no se le ocurre más que á un genio que ha acabado en tonto, como tú.

BONIFACIO. ¡Je!

CASTILLO. Lo mío es diabólico, refinado, felino: parece que lo ha discurrido una mujer. No siento más sino que cualquier casualidad pueda dar al traste con ello. Pero, en fin, si me protege la fortuna y llega á realizarse, esta noche hay que sangrar á don Andrés.

BONIFACIO. ¡Huy! Aquí viene.

En efecto, sale DON ANDRÉS por donde se marchó y pasa hacia la puerta de la derecha. Seguros de que no los oye, lo saludan con los siguientes insultos, á los que él contesta con gestos de agrado y de cortesía.

CASTILLO. ¡Mala bestia!

BONIFACIO. ¡Melón!

CASTILLO. ¡Elefante!

ROSALES. ¡Anda á tirar de un carro!

BONIFACIO. ¡Pavo real; que no sabes hacer una aleluya!

CASTILLO. ¡Adoquín!

BONIFACIO. ¡Estafador!

ROSALES. ¡Bandido!

CASTILLO. ¡Te casarás con el ama de llaves!

ROSALES. ¡Leña, no, que esa me gusta á mí!

Sueltan la risa al desaparecer don Andrés.

BONIFACIO. Sí, hombre, sí; bien empleado le está. Si quiere ser genio, que lo sude.

ROSALES. ¿Y de qué cabeza ha salido que en la velada de esta noche haya lectura de versitos á Manolín, como si fuese poco la velada?

CASTILLO. ¡Qué sé yo! De la de Lisonjero, probablemente; que eso no es cabeza: eso es un corcho de *champagne*. Con todo, yo le agradezco en el alma la iniciativa.

BONIFACIO. ¿También lee versos Fernanda Peñaflor?

CASTILLO. ¡También!

BONIFACIO. ¿Los conoces tú?

CASTILLO. Sí: anoche me los dió para que los llevara al periódico. Como todo lo suyo: una sarta de incongruencias y de vulgaridades. Pero no suenan mal. Se irá á su casa con ovación y oreja.

BONIFACIO. ¿De qué te ríes?

CASTILLO. De nada.

ROSALES. ¡Pobre Manolín! Á los seis años apenas cumplidos, lo empujan ya á esta vida de halagos, y de vanidades, y de mentiras... ¿Qué prisa tenían, leña? Van á destrozarlo. ¿No piensas tú lo mismo que yo?

CASTILLO. Lo mismo. La vida del arte, amigo Rosales, no es para niños. Parece tranquila y di-

chosa, pero es vista por fuera. Dentro de ella se lucha con todo el odio y con toda la pasión de que son capaces los hombres.

LISONJERO pasa otra vez como una bala desde la puerta de la izquierda á la de la derecha, dando al aire los faldones del frac.

ROSALES. ¡Allá va eso!

BONIFACIO. Este, este saltamontes, es el que más ha infernado en casa de mi principal.

CASTILLO. Amigo, está en turno. La marquesita es un poder en Guadalema, y don Jacobo es el que aspira ahora al llavín de la puerta falsa.

BONIFACIO. ¿Aspirar? Yo creo que ya tiene el llavín.

CASTILLO. Allá ellos. Rosaura no perdona medio de hallarse siempre de actualidad. Y ahora el pretexto es el niño prodigio.

ROSALES. ¡Leña! Eso es lo que más me irrita y me saca de tino; que no hay en todo este belén, ni un asomo de cariño á la criatura, ni de amor al arte, ni de cosa que valga la pena, sino vanidad y vanidad, cuando no algo peor.

CASTILLO. Usted pone el dedo en la llaga; pero no es cosa de tomar el asunto muy á pechos. ¿Vamos á dar una vuelta por el salón?

ROSALES. Vamos á darla.

BONIFACIO. Yo no acompaño á ustedes.

CASTILLO ¿Por qué?

BONIFACIO. Está doña Guillermina en la última fila de butacas, y á todo el que llega que no ha pagado el frac, le echa los gemelos. Y á mí me da vergüenza. Les debía dar vergüenza á los que no han pagado, pero me la da á mí. No voy; no voy.

CASTILLO. Pues vamos nosotros. Antes nos tomaremos dos copitas, ¿no?

ROSALES. ¿Otras dos copitas? Castillo, Castillo, que torres más altas han caído. Pero, en fin, sea.

BONIFACIO. Hasta luego.

Rosales y Castillo se van por la puerta de la derecha. Por la de la izquierda sale CLARA.

CLARA. Hola, Bonifacio.

BONIFACIO. Clarita.

CLARA. ¿Hay mucha gente ya?

BONIFACIO. Mucha: no cabe un alfiler en el salón. Pero á quien usted viene buscando no ha venido.

CLARA. No... yo no vengo buscando á nadie. Ya sabe usted que no. He salido aquí con un pretexto, porque, la verdad, la charla de la marquesita me fastidia.

BONIFACIO. ¿Está allá dentro la marquesita?

CLARA. Sí. Ha entrado á conocer á mis padres. Y me choca que no ha hecho más que saludarlos, y ya parece que los quiere entrañablemente. Como usted comprende, no puede ser verdad. ¿Ha visto usted á Jorge?

BONIFACIO. ¡Ejem!

CLARA. No tosa usted, no...

BONIFACIO. ¿Es cierto que se va mañana á Madrid?

CLARA. En eso anda.

BONIFACIO. ¿Y es cierto que han terminado ustedes?

CLARA. No...

BONIFACIO. ¿No? Me han engañado. Pero...

CLARA. Pero ¿qué?

BONIFACIO. Nada, nada; no me gusta ser inoportuno. ¿Quiere usted que salga por ahí fuera, y si lo encuentro, le diga que está usted aquí?

CLARA. Él debe saberlo.

BONIFACIO. Con todo, yo lo hago de muy buena gana.

CLARA. Si se empeña usted...

Bonifacio echa á andar hacia la puerta de la derecha, pero antes de irse, se vuelve con resolución para decirle á Clara algo que le bulle en el cuerpo.

BONIFACIO. ¡Me lo va usted á oir, aunque se enfade! ¡Se merece usted un hombre cabal, y no ese majadero forrado de lo mismo, que tiene usted por novio! He dicho. Vase.

CLARA ¡Qué ingenuidad más graciosa! Cosa que se le ocurre, la suelta. Mirando hacia la puerta de la izquierda. ¡Vaya! Aquí viene toda la comitiva.

Salen ROSAURA, DOÑA MANUELA, QUIJANO y el afable VILLACORNEJO.

ROSAURA. Por Dios, no se molesten más; vuélvanse con el niño.

QUIJANO. Es una satisfacción y un deber...

DOÑA MANUELA. Ha sido usted tan buena con nosotros...

VILLACORNEJO. No les choque á ustedes; ésta es así con todo el mundo. Favor que ella puede hacer, lo hace sin mirar nada.

CLARA. Pues ojalá se lo agradezcan todos como mis padres.

DOÑA MANUELA. Me lo has quitado de la boca. Estoy aturdida, temblando; se me ocurren las co-

sas, y no atino con las palabras para decirlas. Usted me disculpará si he cometido alguna falta.

ROSAURA. Ninguna, señora; ¿quién habla de faltas aquí?

QUIJANO. Pues se lo dice á usted de buena fe, y yo se lo repito con ella. Somos dos infelices; usted no tiene más que vernos.

DOÑA MANUELA. Dos pedazos de pan...

QUIJANO. Dos padres dichosos, que han tenido la ventura de... de...

CLARA. Más vale que no sigas, papá, si no quieres soltar el trapo.

ROSAURA. Se ve que son muy buenos sus papás de usted, señorita. Pero esta no es noche de gemir, sino de estar todos muy contentos. ¿Verdad, Jacobo? Ah, que no está Jacobo. Ellos, por padres del niño prodigio; usted, por hermana; yo, por iniciadora de esta fiesta, que es mi orgullo.

DOÑA MANUELA. Dice que es su orgullo, Quijano.

QUIJANO. Ya, ya.

ROSAURA. Mi orgullo, sí. ¿Quién no lo siente, al dar la mano á un genio que nace? Apreciar lo que vale ese niño, ya es algo...

VILLACORNEJO. Sobre todo, sin haberlo oído.

ROSAURA. Calla. Pero contribuir á que se dé á luz, allanarle el camino de la gloria, eso es motivo para lisonjear el amor propio de la persona más modesta.

DOÑA MANUELA. ¡Oh!...

QUIJANO. ¡Oh!...

VILLACORNEJO. Hombre, ¿y á cuál de ustedes

sale el chico con esa afición? Porque esas facultades suelen ser heredadas.

QUIJANO. Ahí verá usted, señor marqués. Lo grande es que en las dos familias no ha habido uno solo que sepa tocar ni la zambomba. ¡Y todos un oído infernal! ¡Je!

VILLACORNEJO. Pues sí que es cosa extraordinaria. Porque lo frecuente es salir á los antepasados. Yo he sacado todo lo de mi padre. Mire usted: mi afición á la caza: de mi padre; el quedarme dormido leyendo el *Quijote*: de mi padre; á los treinta años le empezaron á salir canas á él: á mí lo mismo; él se casó á los cuarenta: yo también; él no tuvo hijos: yo tampoco...

ROSAURA. ¿Que tu padre no tuvo hijos, Gorito?

VILLACORNEJO. Bueno, me tuvo á mí; pero yo no me cuento.

ROSAURA. Siempre con este humor. Es incorregible. Vámanos al salón; ¿te parece?

VILLACORNEJO. Pues desde que me casé, todo igual que mi padre: somos dos gotas.

ROSAURA. Vámonos, vámonos. Despidiéndose. Hasta luego, señora; hasta luego, señor Quijano. Adiós, señorita. Ya sé yo por nuestro amigo Lisonjero que usted completa el tesoro de aquel hogar. Seremos amigas.

CLARA. Será una honra para mí.

DOÑA MANUELA. Adiós, señora marquesa...

QUIJANO. Señora marquesa, mil gracias... Adiós, señor marqués...

VILLACORNEJO. Yo, si me aburro, daré una vuelta por acá.

ROSAURA. ¿Qué has de aburrirte, hombre? Hasta luego.

DOÑA MANUELA. Hasta luego.

ROSAURA. Cogiéndose del brazo de su marido, como si estuviera en la luna de miel. ¿No los envidias? Tener un hijo... y un hijo como Manolín... ¡Ay! Hace una monería de despedida y se va sonriéndoles á todos.

QUIJANO. ¿Tú has visto, Manuela? ¡Qué finura! ¡qué amabilidad!

DOÑA MANUELA. ¡Qué don de gentes! ¡qué distinción! ¡qué bonitos modales!

CLARA. ¡Pero cómo se perfuma! Yo al principio creí que me daba algo.

QUIJANO. ¡Y hay quien critique de una señora tan señora!

DOÑA MANUELA. Critican porque vale, porque es la primera donde va, porque pone el mingo.

QUIJANO. Ni más ni menos.

DOÑA MANUELA. Si criticaran del marqués, que aquí ínter nos se me figura algo arrimado á la cola...

QUIJANO. ¿Qué sabes tú, infeliz? El marqués lo que es un hombre de mundo, un hombre corrido, que habla siempre con buen humor.

CLARA. Pues ha tenido dos ó tres caiditas...

DOÑA MANUELA. Anda, vamos allá; que Manolín está solito con el maestro.

QUIJANO. Vamos, vamos con él.

DOÑA MANUELA. ¿Y la droguera? ¿Qué dirá esta noche la droguera?

QUIJANO. Olvida á la droguera, mujer: allá cada uno con sus pasiones.

DOÑA MANUELA. ¿Tú te quedas, Clara?

CLARA. Sí. Viene aquí Jorge, y quiero hablar con él.

DOÑA MANUELA. No te entretengas mucho.

QUIJANO. ¡Como que esto irá á empezar de un momento á otro!

Se van doña Manuela y Quijano por la puerta de la izquierda. Por la de la derecha llega JORGE.

CLARA. Hola, hombre. Dichosos los ojos. Hoy no te he visto en todo el día.

JORGE. ¿Tú sabes? No he dispuesto de dos minutos. Despidiéndome de éste, visitando á aquél, cumpliendo con una porción de mamarrachos por no disgustar á mi familia, y sobre todo, consolando á mi madre, que imagina la pobre que irse á á Madrid es irse á los infiernos.

CLARA. ¿Y te vas mañana, por fin?

JORGE. ¡Mañana! ¡Gracias á Dios! Se me hacen siglos los momentos.

CLARA. Calma, hombre, calma; que ya estás á la puerta de la felicidad. En veinticuatro horas no ha de ocurrir nada que te lo eche todo por el suelo.

JORGE. ¡Oh! Es que en estos últimos días se me ha exacerbado la fiebre de salir de aquí, y el odio á esta tierra antipática.

CLARA. ¿Pero no hay nada en Guadalema que te haga dejarla con sentimiento?

JORGE. ¡Bah! Ya pitaste por donde pitas siempre. De modo que me lleva á Madrid la sola idea de trabajar, de luchar por un porvenir para ofrecértelo, de llegar, en una palabra, y te me sales

echando de menos un suspirito dedicado á ti al silbar la locomotora. ¡Vamos, hombre! Tenéis las mujeres el don ridículo de empequeñecerlo todo en la vida; de no ver más campo de acción para el hombre que el círculo que podéis trazar extendiendo los brazos.

CLARA. No te enfades; no grites. Lo que nos pasa á las mujeres es que, cuando nos dice el novio que rabia por marcharse de donde estamos... pues... francamente... en nuestra pequeñez... no nos hace gracia.

JORGE. Bueno, bueno. Á otra cosa. No quiero entrar contigo en discusiones que siempre acaban de mala manera. ¿Y Manolín?

CLARA. Con mis padres, esperando su hora el pobrecito. Ya ves tú; á ése, sin querer, lo hacen *llegar* á los seis años.

JORGE. ¡No; si eso está muy mal; si lo deben meter en alcanfor para que no se pique, como propone el sabio de Rosales!

CLARA. Rosales no propone eso. Pero dejemos también al niño. Óyeme.

JORGE. Qué.

CLARA. Sé, aunque no por ti, que has recibido una credencial.

JORGE. ¡Contento me tiene la credencial!

CLARA. ¡Espantárame yo! ¿No es la que habías pedido?

JORGE. ¿Qué ha de ser? ¡He de darle un millón de gracias á mi tío Paco! ¡Nos ha matado mi tío Paco! ¡Ya ves tú mi tío Paco! ¡El brazo derecho del ministro! Pues por todo favor, se me descuelga

soltándome un destino en que hay que ir á la oficina todos los días.

CLARA. ¿Los domingos también?

JORGE. Ah, ¿te burlas?

CLARA. Pero, Jorge, ¿qué destino esperabas?

JORGE. ¡Ay, qué inocente! ¡Uno como hay muchos, para no parecer por la oficina más que á firmar la nómina, si es que no te la llevan á casa!

CLARA. Eso no lo sabía yo.

JORGE. ¡Tú no sabes nada de nada! Mira: Evaristo Rey, un amigo de ayer, como quien dice, me ha ofrecido una plaza de barrendero.

CLARA. ¿De barrendero?

JORGE. ¡Hay que agarrarse á todo! No es que yo vaya á barrer las calles, como comprenderás; ¡pero cobro lo mismo que si las barriese! ¡Y siempre es una ayuda!

CLARA. ¡Ave María Purísima! Te confieso, Jorge, que nunca sospeché que en tu afán de llegar, como dices tú, llegaras á eso.

JORGE. ¡No, que me voy á andar con aquí la puse y con remilgos de empanada! ¡Ya le acusaré yo las cuarenta á mi tío Paco! Considera que voy á Madrid á jugarme el todo por el todo: pues lo primero que necesito es tener el estómago lleno: fuego en la caldera. Porque yo no me hago ilusiones, niña. Sé cómo está Madrid; sé lo dura y lo difícil que es allí la pelea. Todos los puestos están tomados. Vas á un periódico á solicitar, y no hay periódico que no tenga su director y sus redactores; vas á un teatro con una comedia, y en cada teatro hay sesenta comedias de los paniaguados y

migos; abres un bufete, y no sueñes que nadie vaya á encomendarte un asunto: han de ir á casa le Fulano, de Zutano ó de Perengano. Los cono-cidos ¿sabes? los de fama. ¡Á los demás que nos coja un tranvía! ¡Este es un país despreciable! Si yo hubiera nacido en Francia...

CLARA. Por lo menos sabrías francés ahora, que lo sabes muy mal.

JORGE. ¡Caramba!

CLARA. Jorge, es que te escucho con verdadero asombro. Tú no estás bueno de la cabeza. Qué quieres? ¿Que los periódicos no tengan redactores hasta que tú elijas redacción, ni los teatros comedias hasta ver si tú escribes una, y que los abogados de nombre se vayan á su pueblo á rar y te dejen á ti el bufete?

JORGE. ¡No es eso!

CLARA. ¡Sí es eso! Eso, al menos, es lo que tú lices.

JORGE. ¡Lo que yo quiero es que se mueran los viejos, que obstruyen el camino de la juventud!

CLARA. Ya saltaste con el tema de los viejos. Cuando tocas á él, no puedo escucharte con calma.

JORGE. Pero ¿no es una ley natural que se mue an? ¡Pues que se mueran ya, que se mueran todos y nos dejen libres los puestos!

CLARA. Qué duda cabe en que se morirán: hoy no, mañana otro... ¿Qué remedio les queda? ¡Pobrecitos! Pero reflexiona que fueron jóvenes como tú, y que lucharon para descansar cuando fueran viejos; sin sospechar que vendrían al mundo otros

jóvenes de tan poco valer que necesitan que haya una epidemia para que se sepa que ellos viven.

JORGE. Estás agresiva.

CLARA. Lo estoy. Me duele que triunfe en tu alma ese odio á los viejos. ¿No llegarás tú á serlo alguna vez?

JORGE. ¡Cuando yo sea viejo que me tiren á la basura!

CLARA. Y que te barra un compañero de escoba, ¿no?

JORGE. ¿Eh? Pues tómalo como quieras tomarlo; pero lo que es una campañita rabiosa en un periódico de esos de escándalo, de esos que muerden por morder, contra tanto vejestorio inútil como está infestándolo todo, ¡esa la hace el hijo de mi madre! ¡Y si me denuncian, encantado; y si voy á la cárcel, mejor; y si tengo que batirme con cuatro ó seis, miel sobre hojuelas!

CLARA. Bien, bien, Jorge. Haz enhorabuena esa campaña, y mata á quien se deje, y vé á la cárcel, ya que eso parece halagarte, y chilla, y vocifera, y muerde, y escupe; pero todas las victorias que logres, si logras alguna, sea con la pluma, ó con la espada, ó con la escoba, ofréceselas á otra mujer.

JORGE. ¿Qué dices?

CLARA. Que no quiero seguir engañándome. Hay entre nosotros ahora mismo mucha más distancia que la que el tren va á poner mañana. Véte, y vive, y triunfa; pero no te acuerdes de mí.

JORGE. Ah, ¿es que intentas amargarme el viaje?

CLARA. Al contrario: necesitas mucha inde-

pendencia; mucha libertad. Mi cariño podría pesarte: véte sin él.

JORGE. Y á ti, ¿no podría pesarte de otra manera este paso que das?

CLARA. Nunca. En todo caso, si tú fueras capaz de volver á ser el de antes. Pero entonces... tú me buscarías.

JORGE. ¿Lloras?

CLARA. No.

JORGE. Mira que no estoy en el caso de suplicar.

CLARA. Ni yo en el de escuchar tus súplicas.

JORGE. ¿Quiere decir que esto acabó?

CLARA. Quiere decir que tú no eres Jorge; que tú eres otro... y que ése no es el mío.

JORGE. Más claro, agua. Bien está. No lo esperaba, pero bien está. Después de todo, razón te sobra: ¡menos peso para el camino!

CLARA. Poco menos, pero menos al fin.

JORGE. Adiós, Clara.

CLARA. Adiós, Jorge. Te deseo fortuna.

JORGE. Y á ti yo.

Vase por la puerta de la derecha mirándola. Ella se va por la de la izquierda.

Sale por la de la derecha FERNANDA PEÑAFLOR, solterona y poetisa, del brazo de DON VICENTE DE LA SOSA. LISONJERO sale tras ellos.

FERNANDA. Usted siempre, señor de la Sosa, pródigo de galantería.

DON VICENTE. Traer á usted de mi brazo y no elogiarla, fuera incultura manifiesta.

LISONJERO. Con la venia de usted, señor presidente, yo creo que debemos comenzar.

DON VICENTE. Ah, sí, sí: usted manda, querido Lisonjero. ¿No falta nadie?

LISONJERO. Nadie.

DON VICENTE. Pues á comenzar en seguida.

FERNANDA. ¿Y mi *cólega* don Andrés, ha venido?

LISONJERO. ¿Cómo no, si es uno de los números del programa? Voy corriendo por Manolín y su familia. Pero no... Pero sí... Antes es conveniente... Llamando. ¡Isidoro! ¡Isidoro!

Preséntase ISIDORO en la puerta de la derecha.

ISIDORO. Señor secretario.

LISONJERO. Va á empezar la fiesta. Mucho ojo: aquí no entra nadie más que las personas de la casa.

ISIDORO. Entendido, señor secretario.

LISONJERO. ¿Los del telón están arriba?

ISIDORO. Hace media hora, señor secretario.

LISONJERO. Así me gusta. Puedes retirarte.

ISIDORO. Con permiso de usted, señor secretario.

LISONJERO. ¡Ah!

ISIDORO. Señor secretario.

LISONJERO. Prevenidos muchos vasos de agua.

ISIDORO. Doce tengo dispuestos, señor secretario.

LISONJERO. Está bien. Puedes retirarte.

ISIDORO. Servir á usted, señor secretario.

LISONJERO. ¿Qué más? ¿Qué más, señor secretario? ¡Ah! La otra puerta. Vase por la de la izquierda, llamando. ¡Perico! ¡Perico!

FERNANDA. ¿Va usted á hablar largo tiempo, señor presidente?

DON VICENTE. Oh, no: sólo cuatro palabras.

FERNANDA. ¿Cuatro palabras? Cuatro perlas.

DON VICENTE. ¡Oh! Perlas, las que usted verterá en correctos endecasílabos.

FERNANDA. ¡Oh!

DON VICENTE. Precisamente he de hablar yo poco, para no dilatar el momento de su lectura.

FERNANDA. ¡Oh! Hay dos Lisonjeros en el casino: el secretario y el presidente.

DON VICENTE. ¡Oh! No son lisonjas mis palabras, si bien celebro el juego del vocablo. Contadas estrofas conozco yo en el lenguaje de Zorrilla que puedan igualarse al primoroso soneto que va usted á leer.

FERNANDA. ¡Oh! Se aventaja usted en amabilidad cada día. Pero aunque fuera, como usted dice, un primor mi pobre soneto, ¿qué valdrá comparado con el discurso que le ha de preceder? Yo no soy más que modesta artífice de la rima: usted es soberano artista de la palabra. Yo bebo en mi vaso, como Musset; usted bebe en el río.

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. ¿Qué digo en el río? ¡En el mar!

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. De ahí las sales de su prodigiosa elocuencia.

DON VICENTE. ¡Abrumado, Fernandita, abrumado!

FERNANDA. ¡Porque el genio abruma!

DON VICENTE. ¿Pues cómo puede usted vivir?

FERNANDA. ¡Abrumada yo!

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. ¡Oh!

DON VICENTE. (Esta señorita y yo nos damos unos bombos interminables.)

Sale ROSALES por la puerta de la derecha. Lo sigue ISIDORO. A poco, por la misma puerta, sale DON ANDRÉS.

ROSALES. Fernandita, señor presidente, buenas noches.

DON VICENTE. Bien venido, señor Rosales.

ROSALES. Isidoro no quiere dejarme pasar; pero ¡leña! yo le he curado al chico la escarlatina, el sarampión y unas gástricas: tengo más derecho que nadie á estar aquí.

DON VICENTE. Y nosotros recibimos en ello una gran merced.

ROSALES. Se agradece. Á ISIDORO. Ya lo oyes, tú.

ISIDORO. Señor Rosales, usted me ha de dispensar; pero á mí me mandan...

ROSALES. Sí, hombre, sí.

ISIDORO. Y como me mandan... no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, señor Rosales. Con permiso. Se va.

ROSALES. Además, amigo don Vicente, hay otra razón para que yo esté aquí. Va á leer unos versos don Andrés Ramales; puede ocurrir un cataclismo... y siempre es bueno que haya un médico cerca.

FERNANDA. Por Dios, Rosales, que ahí llega don Andrés...

ROSALES. ¡Que llegue! ¡No se enterará, no! ¡Leña, qué sordo está el infeliz! Hay que hablarle con banderitas, como á los barcos.

DON ANDRÉS. Fernandita, acaban de decirme

que la composición de usted es una joya. No me ha sorprendido.

FERNANDA. Apelando, naturalmente, á la mímica. ¡Oh! La de usted, la de usted es la que creo que es admirable.

DON ANDRÉS. Allá veremos.

ROSALES. Como no es suya, no sabe qué decir.

FERNANDA. ¡Don Pascual!

ROSALES. ¡Si no oye un cañonazo!

FERNANDA. Pero ¿usted cree en esas calumnias?

ROSALES. Desde que usted me lo dijo.

FERNANDA. Este Rosales es terrible.

DON VICENTE. ¡Oh!

LISONJERO. ¡Ajajá! Ya viene todo el mundo. Son las diez menos dos. Vamos á empezar al momento. Á mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera...

Sale DON ELÍAS por la puerta de la izquierda. En la mano trae el violín del niño.

DON ELÍAS. Digo, señor Lisonjero, que yo estoy á la disposición de usted y de todos... que mi papel aquí se reduce á servirlos á todos...

LISONJERO. Gracias mil en nombre de todos, querido don Elías. Pues á mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera...

Llega BONIFACIO por la puerta de la derecha. Lo sigue ISIDORO.

BONIFACIO. Don Jacobo, tápeme usted la boca y los oídos, si teme que sea inconveniente ó molesto; áteme usted á la pata de una silla; pero déjeme usted que me quede aquí con los padres del

niño. Yo he visto á esa criatura nacer; yo avisé al médico cuando se puso mala doña Manuela — y aquí está el médico que no me dejará mentir; — yo...

LISONJERO. Ni una palabra más, Bonifacio. Complacidísimo yo en complacerlo.

BONIFACIO. Dios se lo pague. Á ISIDORO. Tú, ya lo oyes.

ISIDORO. Don Bonifacio, usted me ha de dispensar; pero á mí me mandan... y como me mandan... no puedo hacer más que lo que me mandan. Usted me ha de dispensar, don Bonifacio.

LISONJERO. Estás dispensado: retírate.

ISIDORO. Obedeciendo. (¡Qué país! ¡No se cumple una orden!)

LISONJERO. Pues... á mí se me ocurre, salvo mejor opinión de cualquiera...

Por la puerta de la izquierda salen en esto DOÑA MANUELA, CLARA, QUIJANO y MANOLÍN, á quien han vestido de pantalón corto y smoking.

QUIJANO. Vamos, vamos allá, valiente.

DON VICENTE. ¡Oh!

FERNANDA. ¡Oh!

DON VICENTE. ¡Aquí está el héroe de la jornada!

FERNANDA. ¡Aquí está el prodigio! ¡Qué preciosidad de criatura! ¡qué encanto! ¡qué rayo de inteligencia en su mirada! Permítanme los felices padres que estampe un ósculo en la frente del genio. Lo hace como lo dice.

DOÑA MANUELA. Gracias, señora.

DON VICENTE. Besando también á Manolín. ¿Esta noche tocarás mejor que nunca, verdad?

MANOLÍN. Encogiéndose de hombros. Sí.

QUIJANO. ¡Dice que sí!

DOÑA MANUELA. ¡Dice que sí! No se corta, no; no se corta.

DON VICENTE. La seguridad del genio prematuro. Todos los genios han dicho que sí.

FERNANDA. ¡Sí! Divina palabra. ¿Quién no aspira á decir que sí alguna vez?

DOÑA MANUELA. ¡Hijo de mi corazón bonito! Lo besa.

QUIJANO. ¡Hijo de mi alma! Lo besa también.

DON ELÍAS. ¿Y para el maestrillo viejo, no ha quedado ninguno? ¡Je! Lo besa.

LISONJERO. Vaya, vaya, no me lo impresionen más, que pudieran perjudicarle. Decía yo, que salvo la mejor opinión de cualquiera, veo la velada en la forma siguiente: Ya está arriba el telón. El escenario aparece solo. Allí no quiero nunca más que dos personas. Acto seguido, usted, señor presidente, sube con Manolín. Aplauso. Cuatro palabras presentando al chico. Aplauso. Deja á Manolín y baja por Fernandita. Aplauso. Lee Fernandita. Aplauso. Baja Fernandita y sube don Andrés. Aplauso. Lee don Andrés. Aplauso. Baja don Andrés y sube don Elías. Aplauso. Pone los papeles sobre el atril y empieza á tocar el niño el programa impreso. ¿Es así?

DON VICENTE. Menos los aplausos á mi discurso...

FERNANDA. Menos los aplausos á mi poesía...

LISONJERO. Bueno, bueno; ya veo que es así. Prevenidos todos, que voy á levantar el telón.

Emoción general. Los padres dan toquecitos á Manolín en la cabellera y en el traje; don Elías parece aturdido; la muchacha tiembla; Bonifacio va de aquí para allá; Rosales se sienta, y observa el curso de la velada con creciente disgusto; Fernanda repasa sus versos; don Andrés parece que rumia los suyos, y el presidente, un tanto azorado, se estira los puños, se afila el bigote y como que ordena en la imaginación sus ideas. Lisonjero sube por la izquierda un escalón de la gradilla y toca dos veces un timbre que hay en la pared del foro.

DOÑA MANUELA. Ánimo, hijo mío.

QUIJANO. No le digas nada, mujer.

BONIFACIO. ¿Tiene usted miedo, Clara?

CLARA. Mucho: mire usted cómo tiemblo. No sé cómo mi tía Guillermina puede estar en el público.

LISONJERO. Prevención. Suena el timbre. Ejecución. Vuelve á sonar el timbre. Óyese el ruido que el telón al levantarse produce. Por ambos lados del forillo, entra alguna luz del salón. Óyese luego el rumor del público y un largo siseo que impone silencio general.

ROSALES. Ya no tiene remedio.

LISONJERO. Bajando la voz. Cuando usted guste, señor presidente. Yo me voy al público á romper el primer aplauso. Vase precipitadamente por la puerta de la derecha.

DON VICENTE. Vamos allá. Dame la mano, Manolín.

La emoción aumenta. Doña Manuela se santigua. El presidente, llevando de la mano á Manolín, sube al escenario. Estalla un aplauso, que se mantiene unos instantes, y que ya sabemos que rompe Lisonjero.

BONIFACIO. (¡Como á mí: lo mismo que á mí!)

Por el hueco de la izquierda miran con ansiedad los padres del niño, y por el de la derecha Clara y don Elías. Inútil es decir que toda la aten-

ción está en el escenario. Don Andrés, no obstante, como es sordo, no vive más que para sus versos.

DON VICENTE. Una vez que cesa el aplauso «Señoras: señoritas: señores: No creáis que voy á hacer un discurso.»

ROSALES. (¿No lo han de creer ¡leña! si siempre empiezas así, y siempre lo haces?)

DON VICENTE. «Nada más lejos de mi ánimo, ni más inoportuno en estos momentos. Es mi intención sólo, es mi deber, es mi obligación, si queréis, haceros la presentación oficial, por así decirlo, de este niño artista, verdadera maravilla de la naturaleza, que ya, á buen seguro, ha cautivado vuestros corazones y vuestros ojos con los encantos indudables de su presencia de ángel de Murillo.»

BONIFACIO. (¡Como á mí!)

FERNANDA. ¡Es una palabra de oro! ¡de oro!

DON ANDRÉS. ¡Qué bien habla ese hombre!

ROSALES. ¿Usted qué sabe?

QUIJANO. ¡Ssssch!

Silencio largo.

FERNANDA. ¿Por qué no sigue?

CLARA. Porque está bebiendo.

FERNANDA. ¿Ya?

DON VICENTE. «Pronto, cuando escuchéis embelesados las melodías suaves, las melodías valientes, las melodías sublimes que arranque el niño de las cuerdas de su violín, comprenderéis que no es hiperbólica mi palabra al calificar como califico á nuestro pequeño conterráneo.»

DOÑA MANUELA. Á Quijano. (¿Conte qué ha dicho?

QUIJANO. Conterráneo.

DOÑA MANUELA. ¿Y qué es eso?

QUIJANO. Será violinista.

DON VICENTE. «¿Os acordáis de la niñez de Mozart? Pues aquí tenéis el segundo tomo.»

DON ELÍAS. Muy bien, muy bien...

QUIJANO. ¡Ssssch!

DON VICENTE. «Pudiera yo extenderme ahora, abusando de vuestra benevolencia, en altas consideraciones á propósito de la influencia educatriz que la música ejerce en el espíritu de los hombres que forman las naciones que se dicen cultas. Pero os hago gracia de esta digresión erudita, porque ya veo en vuestros ojos la impaciencia legítima de que yo abandone este sitial que inmerecidamente ocupo, para deleitaros en escuchar al niño prodigioso, y antes que á él, las inspiradísimas poesías á él dedicadas por nuestra ilustre conterránea Fernanda Peñaflor, y por el inspirado literato Don Andrés Ramales, también nuestro querido conterráneo.»

DOÑA MANUELA. Á QUIJANO. (Hay que averiguar lo que es eso.)

DON VICENTE. «Dejo, pues, de molestar vuestra atención y os doy las gracias por vuestra condescendencia y cortesía; y al marcharme de aquí, fija la mirada en la frente del niño, me atrevo á exclamar: Honra y prez á quien ha podido á los seis años y tres meses de su edad, por la magia de su mérito indiscutible, reunir en el modesto salón de esta modestísima casa á la sociedad de Guadalema en su representación más culta y espumosa. He dicho.»

Estalla dentro un nuevo aplauso prolongado. Baja nuestro hombre con las mejillas como tomates. Todos lo felicitan.

DOÑA MANUELA. ¡Muy bien, señor, muy bien!

QUIJANO. ¡Admirable, admirable!

FERNANDA. ¡Oh! ¡De oro! ¡De oro y muchas piedras!

BONIFACIO. ¡Enhorabuena, Don Vicente!

ROSALES. ¡Enhorabuena!

DON ELÍAS. ¡Muy bonito!

DON VICENTE. Nada... cuatro palabras... Presentar al chico... salir del paso... Á Clara, que no le ha dicho nada. ¿Verdad?

CLARA. Maquinalmente. Muy bien, muy bien. .

Por la puerta de la derecha sale ISIDORO á reponer el agua. Por la misma puerta llega LISONJERO como una exhalación, y estrecha entre sus brazos á don Vicente.

LISONJERO. ¡Bravo, maestro, bravo! ¡Como de usted!

DON VICENTE. ¡Oh!...

LISONJERO. Quedamos en que ahora sube usted del brazo á Fernandita y vuelve aquí.

DON VICENTE. De acuerdo.

LISONJERO. Yo me voy á romper el aplauso. Vase corriendo.

DON VICENTE. ¿Fernandita?

FERNANDA. Cogiéndose de él. Con mil amores. Cada día hay mayor belleza en su palabra, de la Sosa.

DON VICENTE ¡Oh! Las bellezas de la velada, principian con usted.

FERNANDA. ¡Oh!

Suben al escenario. Aplauso caluroso. Durante él vuelve don Vicente.

DON VICENTE. Escuchemos, porque tiene que oir.

FERNANDA. Sacando, no se sabe de dónde, una voz que no es la que usa á diario.

«AL NIÑO PRODIGIO.—SONETO

¡Salve, niño genial, sol de tu casa!
¡Salve, gloria de España venidera,
clavel de anticipada primavera,
cuyo aroma los ámbitos traspasa!
En los comienzos de tu edad escasa
alumbras ya cual fúlgida lumbrera,
y ven absortas tu veloz carrera
aristocracia, clase media y masa.
De tu fama los límpidos albores
el cielo de las glorias ya han teñido
de vivos é irisados resplandores.
¡Surge, y eleva al cielo tu sonido!
¡Callen todos los pájaros cantores!
¡Música celestial, ya te han vencido!»

Nuevo aplauso dentro, más caluroso aún que el anterior, porque el soneto ha durado menos tiempo que el discurso. Don Vicente va á recoger á Fernanda, con quien vuelve enseguida.

ROSALES. (Y si Manolín tuviera mi edad, ¿qué pensaría de todo esto, leña?)

DON VICENTE. ¿Y era usted quien hablaba de piedras, Fernandita?

FERNANDA. ¡Oh!

DOÑA MANUELA. ¡Precioso, señora, precioso!

QUIJANO. Nuestro hijo no merece tanto.

DON ELÍAS. Á mí me ha hecho llorar.

FERNANDA. ¡Oh!

DON ELÍAS. Es verdad que no hago más que llorar esta noche.

ROSALES. Son muy sentidos; mucho.

BONIFACIO. ¡Mucho!

FERNANDA. Eso sí; corazón he puesto.

CLARA. Suenan muy bien, muy bien. .

DON ANDRÉS. Enhorabuena, maestra.

Llega LISONJERO como antes.

LISONJERO. ¡Primorosísimo! ¡Primorosísimo! ¡Es la perla de la velada!

FERNANDA. ¡Oh, cuantísima amabilidad!

DOÑA MANUELA. Ya nos dará usted una copia de su puño y letra.

FERNANDA. ¡Ya lo creo! Una á cada uno. ¿Y ha visto usted, Jacobo, con cuánta seriedad lo escucha todo Manolín?

LISONJERO. ¡Como que tiene muchísimo talento! Á don Andrés, que sigue abstraído con su poesía. Señor Ramales, ha llegado su turno.

DON ANDRÉS. ¿Eh?

LISONJERO. Usted, usted ya.

DON ANDRÉS. ¿Yo?

LISONJERO. Sí.

DON ANDRÉS. Allá voy. Se dispone á subir, después de cerciorarse de que lleva los versos en el bolsillo.

LISONJERO. Yo me salgo á romper el aplauso. Es inútil, porque no ha de oirlo; pero no importa.

Se va.

BONIFACIO. Á Rosales. ¿Qué le pasa á usted, don Pascual?

ROSALES. ¡Que me está entrando la calentura, leña! ¡Que esto es contra mis nervios!

Tibio aplauso dentro, á la presentación de don Andrés. Sale CASTILLO por la puerta de la derecha y habla rápida y misteriosamente con Bonifacio. Trae el gabán al hombro.

CASTILLO. Bonifacio.

BONIFACIO. ¡Hola!

CASTILLO. Yo me voy al Suizo. Si don Andrés nombra padrinos, allí te espero.

BONIFACIO. ¿Qué dices?

CASTILLO. Ahora lo verás: es de lo que no tiene solución; porque te advierto que la Venus de Nieve está en el público.

QUIJANO. ¡Ssssch!

DON ANDRÉS. Comenzando á leer.

«AL NIÑO PRODIGIO.—SONETO.»

FERNANDA. ¡Oiga! ¡Hemos coincidido en la combinación!

DON VICENTE. Ciertamente.

Don Andrés empieza á leer á grandes voces, para que no quede duda de que no es suyo, aunque él lo hace para lo contrario, el mismo soneto que acaba de leer la poetisa. La cara de ésta en primer término, su indignación, el asombro de todos los presentes y el revuelo que se arma en el público con rumores, comentarios y carcajadas, son indescriptibles. Al llegar á lo de la masa, don Andrés nota que algo extraño sucede allí, y á las señas que el presidente, llamándolo, le hace, baja á enterarse de lo que ocurre sin acabar de leer el soneto. Castillo, que se frotaba las manos de gusto, se va de estampía. Bonifacio, durante todo el lance, se ve acometido de una risa nerviosa, que no puede el hombre contener. El diálogo que va escrito á continuación, es el que se habla durante la lectura de los dos cuartetos.

FERNANDA. ¡Ese verso es mío!
DON VICENTE. ¿Qué es esto?
FERNANDA. ¡Y ése también!
BONIFACIO. ¡Atiza!
QUIJANO. ¡Es igual!
DOÑA MANUELA. ¡Es lo mismo!
CLARA. ¿Por qué lee lo mismo?
FERNANDA. ¿Usted se explica este despojo?
ROSALES. ¡La broma es de ursulinas! ¡leña!
DON VICENTE. ¡Qué escándalo!
FERNANDA. ¡Qué abuso!
DON ELÍAS. Pero ¿cómo ha ocurrido esto?
QUIJANO. ¡Y el público lo está tomando á burla!
ROSALES. ¡Naturalmente!
DOÑA MANUELA. ¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Manolín!
DON VICENTE. ¡Calma; silencio; calma!
CLARA. ¡Que le digan á ese señor que está haciendo el ridículo!
FERNANDA. ¡Y que lo metan preso!
DON ELÍAS. ¡Jesús! ¡Jesús!
DON VICENTE. Llamando al poeta. ¡Señor Ramales! ¡Señor Ramales!
CASTILLO. Satisfecho del efecto de su jugada. ¡Hasta mamaña, si Dios quiere! ¡Buenas noches! Se va.
BONIFACIO. ¡Es el demonio que anda suelto!
DON VICENTE. ¡Señor Ramales, baje usted!
DON ELÍAS. Ya parece que se ha enterado.
DON ANDRÉS. Desde dentro aún. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?
DON VICENTE. ¡Baje usted!
DON ANDRÉS. ¿Eh?
DON VICENTE. ¡Baje usted!

DON ANDRÉS. Apareciendo por la izquierda de la gradilla, asustadísimo. Pero ¿qué sucede? ¿Es que hay fuego?

FERNANDA. ¡Lo que hay es que el soneto es mío!

DON ANDRÉS. ¿Eh?

FERNANDA. ¡Que el soneto es mío!

DON VICENTE. ¡No se entera!

DOÑA MANUELA. ¡Ha estropeado usted la función!

DON ANDRÉS. ¿Eh?

FERNANDA. Mostrándole su manuscrito, indignada. ¡Mire usted: para que lo entienda de algún modo!

DON ANDRÉS. ¿Eh? Fijándose en el manuscrito. ¿Cómo? ¿Es posible? ¿Dónde está Castillo?

FERNANDA. ¡Qué sé yo!

ROSALES. ¡Hay para irse de España!

DON ANDRÉS. ¿Dónde está Castillo?

Al tiempo que va á marcharse en busca de Castillo, echando venablos, llega LISONJERO y se encara con él.

LISONJERO. ¡Cuando se es tan sordo como usted, señor mío, se escriben versos originales! ¡Es usted un zampatortas!

DON ANDRÉS. ¡No tolero que me grite nadie!

LISONJERO. ¡Pues le grita á usted todo el mundo!

DON ANDRÉS. Pero ¿dónde está ese Castillo? ¡Se va á acordar de mí! ¡Lo descalabro! ¡Lo reviento!

Vase el hombre como perro con lata.

LISONJERO. ¡Valiente escándalo!

DON VICENTE. ¡Valiente cinismo!

FERNANDA. ¡Es una broma estúpida!

LISONJERO. ¡Ha sido un borrón en la fiesta!

QUIJANO. ¿Y Manolín? ¿Qué ha hecho Manolín?

LISONJERO. ¡Reirse, como todo el mundo! Por Dios, maestro, suba usted, á ver si con su presencia se normaliza el curso de esto y se acalla esa marejada al comprender que el chico va á tocar.

DON ELÍAS. Sí, señor; sí, señor. Voy corriendo.

DOÑA MANUELA. Ande, sí, querido don Elías.

DON ELÍAS. Tropezando al subir la grada. ¡Demonches!

LISONJERO. ¿Qué ha sido?

CLARA. ¿Se ha hecho usted daño?

DON ELÍAS. Nada, nada; no ha sido nada.

DOÑA MANUELA. ¡Ay, Virgen María!

QUIJANO. Tranquilízate tú; no te excites.

LISONJERO. ¿Ve usted? Está la gente distraída. No aplauden al maestro, como á los demás, porque yo no he roto el aplauso. Voy á escape fuera. ¡Qué rajín! ¡Qué noche! ¡Bien merezco el premio soñado! **Vase corriendo como siempre.**

DON VICENTE. Ya se vuelve á hacer el silencio.

CLARA. Sí, sí: ya se calman.

QUIJANO. Callemos todos, por el amor de Dios.

DOÑA MANUELA. Callemos; callemos todos.

DON VICENTE. Todos. Va á empezar á sonar el lenguaje divino, como celeste voz ante la cual se rinden todas nuestras pasiones.

ROSALES. ¡Silencio!

En efecto, en este momento hay silencio absoluto dentro y fuera. Principia á oirse el violín del niño, acompañado por don Elías al piano. Los padres están abrazados. Clara escucha con emoción profunda. Los demás personajes oyen también silenciosos y quietos. Al acabar la pieza musical, una verdadera ovación resuena allá dentro, en la que se mez-

clan voces de «¡bravo! ¡bravo!» También aplauden don Vicente, Bonifacio y Fernanda. Quijano y doña Manuela se besan y abrazan llorosos de alegría.

DOÑA MANUELA. ¡Hijo de mi vida!

QUIJANO. ¿Tú oyes, Manuela? ¡Cómo aplauden!

DOÑA MANUELA. ¡Cómo lo vitorean!

QUIJANO. ¡Con entusiasmo! ¡con frenesí!

DOÑA MANUELA. ¡Dios lo bendiga!

FERNANDA. ¡Portentoso! ¡portentoso!

DON VICENTE. Usted lo ha dicho: ¡portentoso! Es la palabra justa.

El corazón de Clara, vencido por sentimientos nuevos y complejos, estalla en llanto. Los padres acuden á ella.

DOÑA MANUELA. Clara, hija mía, ¿qué es eso?

QUIJANO. ¿Qué tienes, niña?

DOÑA MANUELA. ¿Qué tienes?

QUIJANO. ¿Por qué lloras?

CLARA. Entre lágrimas. No sé explicármelo... pero los aplausos á Manolín... me han dado de pronto mucha pena.

QUIJANO. Vamos, no seas niña: serénate...

DOÑA MANUELA. Estás muy nerviosa; muy emocionada... Haz un esfuerzo sobre ti...

QUIJANO. Vamos, vamos...

DON VICENTE. Á Fernanda, con quien entusiasmado comenta el éxito. Dice usted bien: ¡así salen los grandes artistas!

ROSALES. ¡No, señor, no: así se matan!

QUIJANO. ¿Eh?

DOÑA MANUELA. ¿Qué?

DON VICENTE. ¿Así se matan?

ROSALES. ¡Así se matan!

FERNANDA. ¡Silencio! Vuelve á hablar otra vez el niño prodigio.

DON VICENTE. ¡Silencio!

Reina otra vez silencio absoluto y todos atienden como antes. Óyese de nuevo el violín.

BONIFACIO. Á Rosales. (¿Asombrará al mundo con su genio, ó acabará lo mismo que yo?

ROSALES. Á Bonifacio. ¡Sea lo que quiera y llegue adonde llegue, yo te digo que esto es inhumano!)

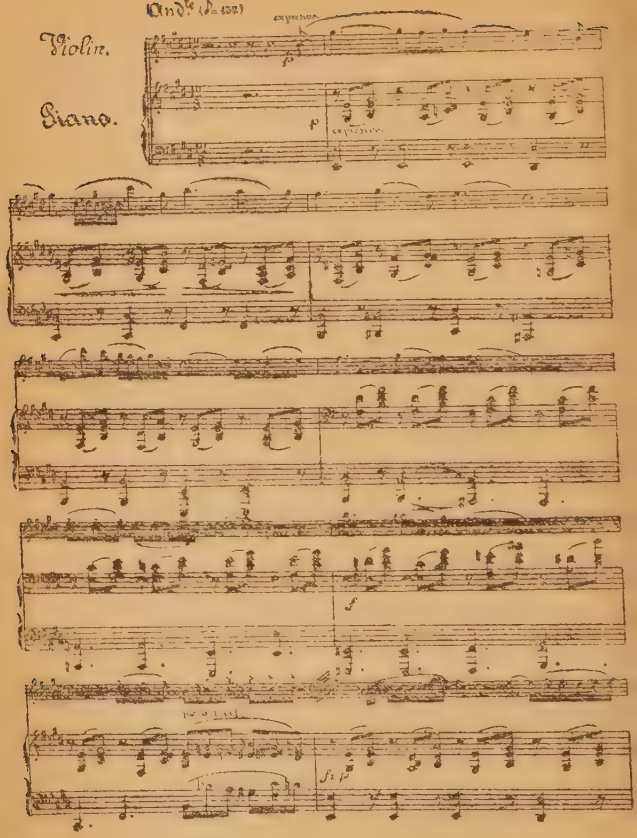
QUIJANO. ¡Silencio!

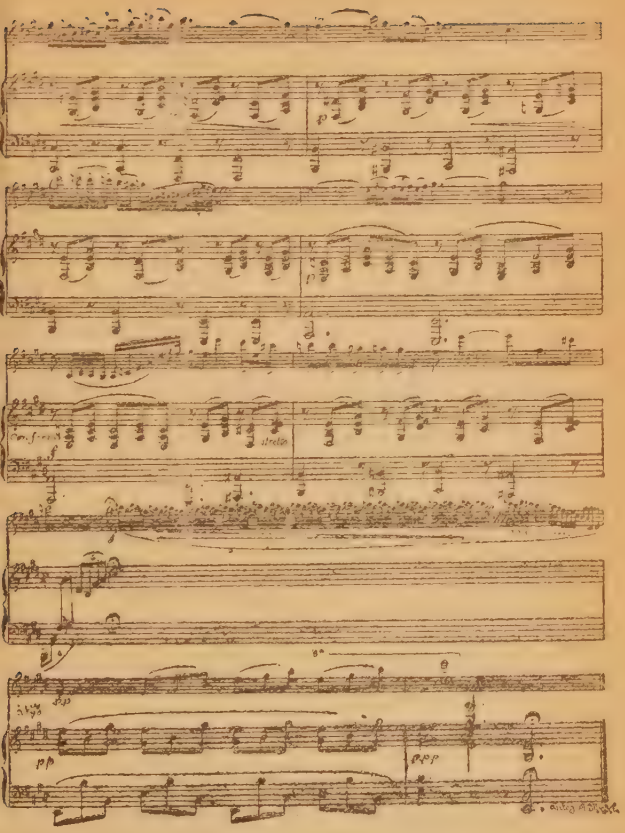
El telón cae con lentitud.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía.—Madrid, Agosto y Octubre, 1906.

El siguiente nocturno de Chopin, abreviado según las exigencias escénicas, es el que ha de tocarse en el momento indicado en la obra. El otro número, cuyo comienzo debe oirse al final del segundo acto, queda al arbitrio del director de escena.


Andante (♩= 132)
Violin.
Piano.
espressivo.
espressivo.
p
p
f
sf p


dim.
ppp

AMORES Y AMORÍOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el TEATRO AVENIDA, de Buenos Aires,
el 10 de Octubre de 1908.

Á MUCHAS Y A NINGUNA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	María Guerrero.
DOLORES	María Cancio.
JULIA	Catalina Bárcena.
NIEVES	Elena Riquelme.
MATILDE	Concepción Robles.
IRENE	Luisa García.
CECILIA	Carmen Jiménez.
MERCEDES	Aurora Le-Bret.
JUAN MARÍA	Fernando Díaz de Mendoza.
DON LEONCIO	Francisco Palanca.
DON ALEJANDRO	Alfredo Cirera.
LAURO	Manuel Díaz.
JORGE	Mariano Díaz de Mendoza.
MOYITA	Ricardo Vargas.
RAFAEL	Ramón Guerrero.
CIUTTI	Carlos Allen-Perkins (1).

(1) En Madrid sustituyó á Carlos Allen-Perkins en la representación de este papel, en el Teatro de la Princesa, José López Alonso.

ACTO PRIMERO

omposo y ameno jardín de una posesión de recreo que
tiene en tierras andaluzas don Leoncio Herrera, ca-
ballero castellano.
n el primer término hay una explanada semicircular,
formada por sólidos poyetes cubiertos de azulejos
árabes. En el centro mismo, cortando la curva, se
abre una calle de verdes macizos de arrayán, cor-
tada á su vez á derecha é izquierda por otras calles
más angostas. Aquí y allá, entre los macizos, des-
cuellan lozanos naranjos en flor y altos y pintorescos
rosales.
s una noche clara del mes de Mayo.

jardín está solo. Hacia la izquierda del actor, óyense lejos las diez e
in reloj de torre, y á poco la voz de un ZAGALILLO que canta.

ZAGAL. Por tu cara rebonita
te ha comparao mi amó
á la primera estreyita
que sale ar ponerse er só
Tienes unos dientes
como chinitas de río
limpitos y relusientes.

ISABEL. Dentro, hacia la derecha, llamando. ¡Lauro!... ¡Lauro!...

Sale LAURO por el primer término de la izquierda. Es un viejo recio, de tostado rostro, jardinero y guardián de la finca desde hace veintitantos años, y hombre experimentado y prudente.

LAURO. ¡Mande usté, zeñorita!

Por la vereda central se acerca un poco hacia la derecha, y desde allí habla con Isabel. Á ésta no se la ve, pero por su voz solamente se adivina que es guapa.

ISABEL. ¿Quién canta?

LAURO. ¡Ah! Pajarito. Pajarito le dicen.

ISABEL. ¿Pajarito?

LAURO. Es un zagaliyo de quince años, hijo de zeñó Juan, er guarda que por las noches vigila estos contornos. Cuando zeñó Juan ze pone malo ó tiene quejaceres... que ziempre viene á zé á los finales e mezes, cuando cobra... Al decir esto empina el codo. manda pa que lo zupla á Pajarito.

ISABEL. Ya.

LAURO. Er zeñó Juan, usté lo habrá oído, canta la hora de cuando en cuando como los zerenos, porque azí ze lo tiene mandao mi zeñó, y er zeñó Yorente, el amo de la finca frontera; pero Pajarito dice que ér no canta la hora aunque lo jagan tiras, y que prefiere cantá una copla ca media hora que paze. Y la canta porque le zale der pico. Se oye la risa de Isabel, que contribuye á robustecer el concepto que de su belleza se forma por su voz Cozas de esta tierra, zeñorita. ¿Ze le ofrece á usté argo más cormigo?

ISABEL. Nada más, Lauro. Muchas gracias.

LAURO. Pa zervirla estamos. En son de elogio. To

quié zaberlo, to le prezocupa, y por to ze intereza...

Va á irse por donde llegó.

Por el primer término de la derecha aparece en esto DOLORES, su mujer, vieja servicial y solícita si las hay.

DOLORES. Atiéndeme, Lauro.

LAURO. ¿Qué tripa te ze ha roto?

DOLORES. La zeñorita Izabé y er zeñorito don Alejandro, ¿ze van por fin mañana á Madrí?

LAURO. Ze van.

DOLORES. Yo, como el amo quería que ze estuvieran aquí argunos días más...

LAURO. Zí; pero don Alejandro—zin fartarle—tiene en vez de cabeza un ladriyo—zin faltarle—y ha dicho ya que ze va mañana, y mañana á las tres tiene que está er coche enganchao.

DOLORES. Ay, pos me vi á poné corriendo á hacé la maza.

LAURO. ¿Qué maza?

DOLORES. Que quieo que ze yeve la zeñorita ziquiea medio ciento de *zuspiritos de Zanta Tereza*. En Madrí no come ezos durces ni por zoñación, y tienen que gustarle mucho.

LAURO. Ah, vamos.

DOLORES. Zólo que ze me ha ocurrío á úrtima hora, y zon mu entreteníos, y la maza nezezita batirze mu bien y lo menos trez horas de horno. Tú no le digas na.

LAURO. ¿Yo? Ezo es coza tuya.

DOLORES. Es que zi no me zalen como pa que los coman los reyes de España no ze los prezento.

Va á irse y vuelve. ¿Cómo has dicho?

LAURO. No he despegao mis labios.

DOLORES. Me quizo parecé. Se marcha por donde salió, hablando sola, ilusionada con el futuro éxito de confitería.

LAURO. Ayá va eya, que no ve más que durzes en doz horas. Relía un cigarrillo y lo enciende. Ze ha creío que los señores van á poné en Madrí una confiturí a.

Salen por una de las calles de la derecha DON LEONCIO y DON ALEJANDRO, antiguos camaradas y amigos. Ambos rayan en los sesenta años, pero don Leoncio parece más viejo. Su aspecto físico es revelador de su antagonismo moral. Don Leoncio es de blanda cera y don Alejandro de bronce.

DON LEONCIO. Nada, nada; insisto. Se resolverá lo que quiera Isabel.

DON ALEJANDRO. Isabel no quiere nunca más que lo que yo quiero.

DON LEONCIO. No te hagas ilusiones.—Lauro.

LAURO. Zeñorito.

DON LEONCIO. ¿Salió mi hijo?

LAURO. ¿Er zeñorito Juan María? No, zeñó: por to lo hondo der jardín está pazeándoze. ¿Lo yamo?

DON LEONCIO. Sí.

DON ALEJANDRO. No. ¿Para qué molestarle? ¿Y mi hija?

LAURO. ¿La zeñorita Izabé? Ahora mesmo hablaba cormigo desde zus barcones. ¿La yamo?

DON ALEJANDRO. No.

DON LEONCIO. Sí.

DON ALEJANDRO. ¡No!

LAURO. Los zeñores dirán.

DON ALEJANDRO. Que no; que no.

LAURO. Zervidó de los zeñores. Se retira por la izquierda.

DON LEONCIO. Ya ves, y quieres irte: mis criados te hacen á ti más caso que á mí.

DON ALEJANDRO. Es que Lauro es un hombre muy serio.

DON LEONCIO. Muy serio; pero criado mío.

DON ALEJANDRO. Yo he simpatizado grandemente con él. Echamos largos párrafos. Tiene una gravedad, un empaque... y una opinión tan personal y tan segura sobre todas las cosas... Es el andaluz más serio que he conocido.

DON LEONCIO. Es que los andaluces que salen serios, son serios hasta delante de los toros. Acuérdate de Rafael, que parecía que iba á decir misa cuando se abría de capa.

DON ALEJANDRO. ¡Ja, ja, ja!

DON LEONCIO. Á este Lauro lo tengo á mi servicio desde que compré esta finca de *Los Rosales*, hace ya veinticinco años. Es hombre fiel, de ley, y un jardinero como hay pocos. Y como á los hombres no los malean más que las mujeres, y la suya es tonta de capirote, no hay temor de que Lauro cambie.

DON ALEJANDRO. ¿Veinticinco años hace ya que tienes esta finca, Leoncio?

DON LEONCIO. ¡Ay!... Veinticinco años, Alejandro. Veinticinco primaveras con esta he pasado ya en ella. Quiere esto decir que hace veinticuatro que estás quedando mal conmigo.

DON ALEJANDRO. Yo no quedo nunca mal con nadie.

DON LEONCIO. Conmigo, sí. ¡Mira tú que un cuarto de siglo ofreciéndome año tras año venir á

pasar una temporada, y hasta ahora no haberme cumplido tu ofrecimiento! Y cuando te digo que me acompañes unos días más, te me sales por peteneras.

DON ALEJANDRO. Ni por peteneras ni por tangos. Te prometí estar á tu lado veinte días y veinte días he estado ya. Mañana me voy. Hacer otra cosa sería una flaqueza de la voluntad.

DON LEONCIO. ¡Habrá majadero! Cuando lo agradable en el mundo es decir: «¿Qué había pensado: esto? ¡Pues voy á hacer todo lo contrario!»

DON ALEJANDRO. Eso será agradable para ti, que siempre has sido un tarambana.

DON LEONCIO. ¡Lo que no soy es una libra de chocolate, con el peso justo, como tú! Y sobre todo, mamarracho, véte ya solo norabuena á tostar castañas, pero déjame aquí á Isabel.

DON ALEJANDRO. No insistas, porque bien me conoces. Volveré otro año, y pasaré contigo el tiempo que á ti y á mí nos acomode. Ahora, transcurridos ya los veinte días, no transijo.

DON LEONCIO. ¿Ni por tu hija, que está encantada aquí?

DON ALEJANDRO. Por mi hija menos que por nadie. Cabalmente la educo en esta fortaleza de la voluntad, que debe traslucirse aun en los hechos más sencillos de la vida: en esta fortaleza de la voluntad que á mí me ha hecho hombre.

DON LEONCIO. ¿Que á ti te ha hecho hombre? ¡Si tú no eres hombre, Alejandro! ¡Tú eres una piedra de molino!

DON ALEJANDRO. Más duro soy aún. Y á ti te consta.

DON LEONCIO. Á mí nada me consta; ni falta. Me irritas, me exasperas. Por supuesto, ¿qué se puede esperar de un señor que no ha tenido en su vida más que una novia?

DON ALEJANDRO. ¡Ja, ja, ja! Una nada más; ciertamente. Pero, dime: ¿por cuántas valía?

DON LEONCIO. No es ese el caso: es el hecho ridículo de no haber tenido más que una. Como valer... ya lo creo que valía por un millón. ¡Y cuánto me la recuerda Isabel!

DON ALEJANDRO. ¿Verdad?

DON LEONCIO. Mucho. Por fuera... y por dentro.

DON ALEJANDRO. Sin embargo, Isabel es más vehemente, más apasionada, más entera de alma que fué su madre: más parecida á mí.

DON LEONCIO. ¡Claro!

DON ALEJANDRO. La madre era dulce, suave, todo ternura...

DON LEONCIO. No sé cómo cargó contigo, mastuerzo.

DON ALEJANDRO. Ahí verás. Á su cariño debo el ser como soy, y el ser lo que soy. Si mis padres y mi familia toda no se me hubieran puesto enfrente, declarándome una guerra sin cuartel, cuando supieron que vivía con ella, sólo porque ella era hija del pueblo, yo tal vez no habría sido en el mundo más que un señorito rico que pasa su vida ociosamente. Pero como me encontré fuera de mi casa á los veinte años, aislado, solo, y ciego por

aquella mujer, á ella me abracé firmemente y ella me salvó. Su cariño fué mi estímulo y mi consuelo. Tú no sabes lo que es trabajar sin descanso día tras día, y que haya unas manos de mujer que enjuguen el sudor de tu frente. Tú, el escéptico, el humorista, el mujeriego, no sabes lo que es vivir para una, creer sólo en una, adorar en una nada más... besar en unos labios sólo... ¡Cuánto calor, que otros como tú desparraman en tantas bocas, se pone en esos besos! Y aquellos besos, primero de amante y luego de marido, labraron una dicha firme, segura, fuerte, porque labraron á la vez un corazón y una voluntad. Y yo también, como tú por Andalucía, tengo por Asturias una casa de campo; y no se llama *Los Rosales*, como ésta; se llama como ella se llamaba: *Isabel*. Y mi fábrica se llama *Isabel*, y mi hija se llama también *Isabel*. Y es porque *Isabel* se llama mi vida entera.

DON LEONCIO. ¡Bravo, Alejandro, bravo! Á pesar de tu cabeza broncínea, eres un hombre de corazón. Le estrecha las manos. ¿No te irás mañana, verdad?

DON ALEJANDRO. Sí, Leoncio, sí; ¿no te he dicho que sí?

DON LEONCIO. ¡Vaya! Es inútil. Ni haciéndote cosquillas en el sentimiento. ¿Á qué hora se te piden á ti los favores, mi alma?

DON ALEJANDRO. Á ninguna. Porque no hago favores; ni los pido. Ni doy consejos; ni los tomo. Cada cual que sea dueño y señor de sí. Y yo me voy mañana.

DON LEONCIO. Á ISABEL, que aparece por la derecha en el fondo. ¡Isabel! ¿Tú oyes esto, Isabel?

La presencia de ISABEL confirma la opinión que al oir su voz y su risa se ha formado de su persona.—DOLORES sale detrás de ella y se queda un poco rezagada.

ISABEL. ¿Otra vez de pelea? ¿Pero que siempre han de andar ustedes como el perro y el gato?

DON LEONCIO. ¡Naturalmente! ¿Crees tú que se pueden llevar de otra manera un alcornoque y un hombre de sentido común?

DON ALEJANDRO. Sólo que falta saber quién es el alcornoque.

DON LEONCIO. Te faltará á ti; yo lo sé desde que te conozco.

DON ALEJANDRO. Bueno, bueno; véte á tostar castañas, como tú dices.

DON LEONCIO. Escucha.

DON ALEJANDRO. No quiero. Isabel, hija mía, Dios te dé paciencia para aguantarlo.

ISABEL. Pero oye, papá.

DON ALEJANDRO. ¡No oigo! ¡Son ya dos horas de monserga! ¡Me voy á la huerta á respirar tranquilo! ¡Á oir cantar los grillos, que me gustan mucho!

DOLORES. ¿Que le gustan los griyos, dice?

DON LEONCIO. ¡No estás tú mal grillo cebollero! ¡El diablo que te lleve!

DON ALEJANDRO. ¡Con tal que no te lleve á ti á la par, que me lleve en buen hora! Vase de estampía por la izquierda.

Isabel ha presenciado la escena riendo cariñosamente.

DON LEONCIO. Admiremos la grandeza de

Dios... que echa al mundo á ese hombre... para que luego nazca esta mujer.

ISABEL. ¡Ja, ja, ja! Pues le advierto á usted, don Leoncio, que somos dos gotas.

DON LEONCIO. ¡Vamos, calla! ¿Qué habéis de ser dos gotas, criatura? Es decir, podéis serlo: él de vinagre, y tú del mejor vino del mundo.

ISABEL. ¡Qué galante!

DON LEONCIO. Genio y figura...

DOLORES. Con permizo, zeñorita Izabé.

ISABEL. ¿Qué hay, Dolores?

DOLORES. Los cogoyitos de claveles, como están agarraos, ze los vi á poné á usté en un cajoncito pa que yeven bastante tierra, ¿zabe usté?

ISABEL. Bueno; como vayan mejor.

DOLORES. Er que tendrá que dí en la misma maceta ez er naranjito; zi no, va á perderze.

ISABEL. No, por Dios; el naranjito no me lo llevo.

DOLORES. ¿Me va usté á hacé á mí eze dezaire? ¡Zi ze mete ande quiera! En un rincón der coche ze lo pone á usté Lauro y nadie lo ve.

ISABEL. ¿Qué ha de caber en un rincón del coche?

DOLORES. Güeno, pos le zaca usté biyete; pero usté ze lo yeva. Otra coza. Las monjitas der Carmen me han mandao con la demandadera un porroncito de mier de caña. Eze porroncito es pa usté.

ISABEL. ¿Más dulces, Dolores? ¿Usted sabe los que me llevo ya?

DOLORES. Pos aguarde usté, que toavía...

ISABEL. No, no, no. En serio; más dulces, no. Por los clavos de Cristo, don Leoncio: póngale usted un freno á esta mujer. Mire usted que hay una sala baja llena ya de cosas, y se empeña en que he de llevármelo todo.

DON LEONCIO. Y te lo llevarás, no te quepa duda.

DOLORES. ¡Ya lo creo que ze lo yevará!

DON LEONCIO. ¿Tú ves á tu padre, que se encastilla en que mañana os vais, y os vais mañana sin remedio? Pues lo que Dolores se haya propuesto regalarte, cargas con ello aunque no quieras. Yo conozco á mi gente.

DOLORES. Zi no le he preparao más que una mizeria. Lo que ze dice na. Cuatro docenitas de porvorones; otras cuatro de *peyizquitos de monjas;* un cajoncito de carne de membriyo; otro de jalea; un medio ciento de *coronitas de fraile;* las tortitas de aceite, los pestiños, las yemitas de coco... Ya le digo á usté: una mizeria.

ISABEL. Usted lo ha oído: una miseria.

DOLORES. Enterneciéndose. ¿Zabe usté lo que yo ziento, zeñorita? No poderle dá á usté lo que usté ze merece y es mi voluntá Pos zi tengo er corazón traspazao, na más en penzá que ze va usté mañana. Hasta luego, zeñorita, hasta luego. Vase por la derecha, gimoteando.

ISABEL. Pobre mujer: es de lo más bueno que hay.

DON LEONCIO. ¡Oh! Aún te queda una escena sublime: la de la despedida. La verás llorar como si fueran á matarte. En ella tengo puesta mi es-

peranza de que perdáis el tren: porque como se te agarre al cuello á la hora de partir, trabajillo va á costar separarla.

ISABEL. ¡Qué buen humor tiene usted siempre, don Leoncio!

DON LEONCIO. ¡Siempre! Pago la misma contribución que teniéndolo malo, y vivo más á gusto...

ISABEL. Se burla usted hasta de su sombra.

DON LEONCIO. Pero ¿tú crees que mi sombra á mis años no es para burlarse de ella?

ISABEL. Cuánto daría yo por ser como usted.

DON LEONCIO. ¿Tan vieja, muchacha?

ISABEL. Me refiero á la condición: al carácter. Á usted todo debe de salirle por una friolera.

DON LEONCIO. Casi todo.

ISABEL. Pocas serán las cosas que tome á pechos.

DON LEONCIO. Muy pocas. Hay tan pocas en la vida que lo merezcan...

ISABEL. No diga usted eso. Si todo cuanto se ve y se conoce reclama un poco de nuestro corazón. Y no es lo malo que lo reclame, sino que se lo lleva. Ya verá usted mañana qué dúo vamos á cantar Dolores y yo.

DON LEONCIO. ¿Tú también?

ISABEL. ¡Claro, don Leoncio! ¿Piensa usted que después de estos veinte días pasados aquí puedo yo marcharme sin sentirlo? Quiero ya este jardín y esta casa como si hubiera nacido en ellos.

DON LEONCIO. Pues tuyos son desde el palomar hasta la huerta. Aquí los tienes á tu voluntad

y á tu capricho. Que si á ti te encanta el paraje, pregúntale al paraje lo que le parece de ti.

ISABEL. ¡Oh! ¡Si hablaran los rosales, y los naranjos, y los limoneros!...

DON LEONCIO. ¿Qué dirían?

ISABEL. ¡Qué sé yo! Muchas imprudencias, probablemente. Imagine usted: ¡veinte días paseando mis pensamientos entre ellos!...

DON LEONCIO. ¡Buena semilla está! Pues oye: por si fructifica, el año que viene vuelves aquí, te hartas de comer naranjas y limones y de oler rosas, y así gozas de tu propio jugo. Y tu padre, que ha discurrido mucho por entre los limones agrios—como era natural—que se coma también todos los que quiera.

ISABEL. Riéndose. ¡Ya pareció mi padre! Suspirando. ¡Ay!... Sí que es esto hermoso... y simpático. ¿Usted viene todos los años, verdad?

DON LEONCIO. En primavera, todos. Y en otoño, algunos.

ISABEL. En primavera, todos... y en otoño, algunos... ¿Y siempre le acompaña á usted?

DON LEONCIO. ¿Quién?

ISABEL. Juan María.

DON LEONCIO. ¿Mi hijo? ¡Quiá! No es posible contar con él para nada crónico. Mis hijas, sí; ésas me visitan casi todas las temporadas con los maridos y la gente menuda. Pero este bailabonicas de Juan María apenas si se deja ver por esta hermosura de Dios.

ISABEL. Cosa más rara... en un poeta... ¿Baila... qué le ha llamado usted?

DON LEONCIO. Bailabonicas.

ISABEL. ¿Y qué es eso?

DON LEONCIO. Un término que he aprendido yo de Lauro. Así llama Lauro á mi hijo: bailabonicas. Ello lo dice: uno que no baila más que á las bonicas.

ISABEL. Sí, sí... En los versos de Juan María ya se advierte, se advierte esa afición. Se ve que ha bailado bastante.

DON LEONCIO. Y ha hecho bien. Es lo único que no le pueden quitar á uno: lo bailado.

ISABEL. ¡Qué bonitos versos escribe! ¡Y cómo se parece él á sus versos! Á mí me gustó tanto su libro, que me aprendí muchas poesías de memoria. Yo creo, don Leoncio, que en ninguna cosa como en los versos se transparenta mejor el alma de un artista.

DON LEONCIO. Es verdad. Y ahí tienes tú lo más estimable de los de mi hijo: que son suyos: que son sinceros.

ISABEL. Sí.

DON LEONCIO. Yo celebro mucho que los escriba. Aunque no sea más que por la novedad asombrosa del caso en España: un hombre que tiene dinero... y hace versos. Ó al revés: que hace versos .. y tiene dinero. Ya es milagro. Además, esta de los renglones cortos, entre todas sus manías artísticas, es la más arraigada en él. Y eso algo significa, ¿no?

ISABEL. ¡Qué linda es aquella rima de las reliquias!

DON LEONCIO. ¿Cuál?

ISABEL. Aquella que dice:

De aquel amor guardo siempre
como reliquias sagradas,
una *rosa* y un *recuerdo*,
un *suspiro* y una *lágrima*.
Misterios de mi ternura:
guardo lo que nadie guarda.
Óyeme: duerme la *rosa*
de un libro en las hojas pálidas;
la contemplo, y de tu imagen
nace el *recuerdo* en el alma;
y del *recuerdo*, el *suspiro;*
y del *suspiro*, la *lágrima*.

DON LEONCIO. No está mal eso, no está mal. Bien que como yo soy el abuelo de la rima, mi voto es recusable.

ISABEL. ¿Y... y...?

DON LEONCIO. ¿Y qué?

ISABEL. Yo soy curiosísima, don Leoncio. ¿Quién es... quién era...? Vamos, ¿á quién le dedicó esos versos?

DON LEONCIO. ¡Uh!... ¡Vaya usted á saber! Á lo mejor, á una con quien habló en el teatro una noche y no ha vuelto á ver más.

ISABEL. No lo creo yo así. Hacen mucha impresión esos versos, para que no hayan salido de muy hondo. Como otra composición que hay en el libro que me interesa á mí, todavía más que por ella misma, por la musa de carne y hueso que la haya podido inspirar. Se refiere á una mujer caída.

DON LEONCIO. Je. ¿La sabes también de memoria?

ISABEL. Sí, señor.

DON LEONCIO. Dímela; á ver si puedo iluminarte.

ISABEL. Es un soneto.

Quisiera ser el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
quisiera ser la luz de tu aposento,
de todas tus miradas codicioso.
Quisiera ser el eco misterioso
que recoge su música á tu acento;
y tu imán para todo movimiento,
y tu tranquilo lecho de reposo.
Quisiera ser el alma de tu vida,
y tu sangre en tus venas extendida,
por ser todo en tu ser y en tu belleza.
Y por verme feliz y á ti dichosa
devolviendo á tu cuerpo la pureza,
quisiera ser el Dios que te hizo hermosa.

Me hace llorar siempre que la digo. ¿Qué mujer es esta cuya impureza es el tormento de un amor que parece tan grande?

DON LEONCIO. Pues... tampoco lo sé. Algo me figuro, pero no lo sé. ¿Quieres que se lo preguntemos?

ISABEL. No, por Dios.

DON LEONCIO. Pues ¿qué tendría de particular? Á buen seguro que nos contestaría con pelos y señales.

ISABEL. No se figure usted tampoco que yo

tengo un interés vivísimo... Es que la conversación ha ido por ahí.

DON LEONCIO. Ya, ya. Anda, vamos nosotros á pasear un rato por el jardín antes de retirarnos. ¿Quieres?

ISABEL. Sí, señor: encantada. No se lo había propuesto á usted por que no se cansase.

DON LEONCIO. ¿Cansarme yo de ir al lado tuyo? Lo contrario no digo.

ISABEL. Más vale que no lo diga usted.

Echan á andar del brazo y se van por el foro, hacia la izquierda.

DON LEONCIO.

Quisiera ser el viento que...

ISABEL. No; no es así, don Leoncio, no es así.

Quisiera ser el aire que amoroso
se mezcla en tus suspiros y en tu aliento;
quisiera ser...

Desaparece con el viejo repitiendo los versos de Juan María. Éste sale por el segundo término de la izquierda, no como quien huye, pero sí como quien esquiva un encuentro con Isabel. La ve alejarse y luego se encamina á llamar á Lauro.

JUAN MARÍA. Lauro, Lauro.

Sale LAURO por el primer término de la izquierda.

LAURO. Hola, Juan María. ¿Qué hay?

JUAN MARÍA. Vamos á ver: ¿tienes mucho que hacer esta noche?

LAURO. Fuera de dormí con mi mujé, lo que tú me mandes.

JUAN MARÍA. Poca cosa; pero te necesito.

LAURO. Abre la boca ya.

JUAN MARÍA. Estoy de *pava*.

LAURO. ¿De *pava*?

JUAN MARÍA. De *pava*.

LAURO. Espantárame á mí que zu paternidá no fuera fraile, como decía mi agüela. Por zupuesto, que ya me lo había maliciao. Misteriosamente. ¿Es con la zeñorita Izabé?

JUAN MARÍA. ¡No, hombre!

LAURO. ¿Que no?

JUAN MARÍA. ¡Quita allá! ¿Á quién se le ocurre?... Es en el pueblo, ¿sabes?

LAURO. Me cogí los deos con la puerta.

JUAN MARÍA. Te los cogiste. Se trata de una *pava* sin consecuencias. Jarabe de pico nada más. Natural desahogo de mi corazón de poeta. Yo no puedo verme en Andalucía y dejar que pasen estas misteriosas noches de Mayo sin hablar en una ventana con una mujer. La reja la inventó el amor.

LAURO. ¡Güen bailabonicas eres tú! Cuando no zon rozas zon claveles. Y ¿á quién le ha tocao la pedrá?

JUAN MARÍA. Hombre, á cada cosa le das su nombre justo; yo te llevaba á la Academia de la Lengua. La pedrada le ha tocado esta vez á una mujer divina.

LAURO. Eze pormenó ya estaba en caza; tú no te detienes nunca en las arcachofas.

JUAN MARÍA. Nunca. Es una morena blanca... que para los relojes. Tiene los ojos negros; muy negros. El cabello, muy negro también y muy bri-

llante, le cubre las sienes. Una patillita suave le bordea la oreja, y un poquitito de bozo el labio superior.

LAURO. ¿Cuál es er zuperió?

JUAN MARÍA. Los dos son superiores; pero el del bozo es el de arriba. Y para mayor hechizo, viste de luto, como la Petenera.

LAURO. Apaga la luz. Eza es Frasquita la del estanco: la viuda.

JUAN MARÍA. La misma que viste y calza.

LAURO. ¡Bendito zea er Zeñó! ¡Métaze usté en er zaguán, que truena! ¡Y que una mujé que ha enterrao á zu marío jace tres mezes, zarga ya á la ventana á hablá con un hombre! ¡La grandízima pirandona!

JUAN MARÍA. Te diré: no la juzgues tan de ligero. Es una mujer muy prudente. Lo primero que quiere es cubrir las formas; no dar que decir. La prueba es que me recibirá en la ventana á la una de la noche: cuando ya duerma todo el mundo en el pueblo.

LAURO. ¿Á la una, eh?

JUAN MARÍA. Á la una. Es una *pava* de alivio de luto.

LAURO. ¿Y á las dos ze entornará la ventana y ze abrirá la puerta e la caye?

JUAN MARÍA. No anticipes juicios temerarios. Aparéjame la jaca y espérame con ella á la misma puerta del jardín. Yo saldré de aquí sin que nadie me sienta y volveré al amanecer sin que nadie me oiga. ¿Estás?

LAURO. Hasta er tuétano.

De izquierda á derecha, por el fondo, pasa ISABEL. Al pasar saluda á Juan María.

ISABEL. Buenas noches, Juan María.

JUAN MARÍA. Muy buenas noches, Isabel.

ISABEL. Hasta mañana.

JUAN MARÍA. Hasta mañana. Que descanses.

Silencio.

LAURO. Miá qué pazaíta más curioza.

JUAN MARÍA. ¿Temes que haya escuchado?...

LAURO. No. Zino que ha tenío zu *aquél* la pazaíta... No lo niegues.

Nuevo silencio.

JUAN MARÍA. ¿Qué dices?

LAURO. Na. Los dos estamos como en miza También la zeñorita Izabé—dispenzando la comparanza—para los relojes.

JUAN MARÍA. Y los hace andar, Lauro.

LAURO. Es guapa.

JUAN MARÍA. Es guapísima. Es la única mujer á quien le he huído yo en este mundo.

LAURO. Explica ezo. ¿Le juyes de guapa que es?

JUAN MARÍA. Le temo, sí. Le temo por lo que me atrae. Aquí, donde la casualidad nos ha reunido, esquivo los momentos de encontrarme solo con ella. No es mujer con la que se pueda jugar... y, francamente, aún no quiero yo salirme de la rueda.

LAURO. Ya estoy puesto. Y te digo una coza: que zi ezo es azí como es, toavía le juyes poco.

JUAN MARÍA. Fortuna que se va mañana.

LAURO. No hay minuto zeguro.

JUAN MARÍA. No me asustes.

LAURO. Con estas mujeres de esta forma, paza

que te pones á hablá, y ar principio e la conver-zación estás en una fuentecita clara: hasta er fon-do lo ves. Pero zigue er palique, y la fuentecita ze güerve un arroyo; y zopla el aire, y del arroyo te cuelas en er río zin zentí; y como vas á favó e co-rriente, que ze va mu á gusto, cuando menos lo pienzas has pazao la barra, y te ves en medio en medio e la má, con el agua á la boca, que no hay quien te zarve zi no ez eya.

JUAN MARÍA. Sabes más que Lepe.

LAURO. Esta cencia de las mujeres la enze-ñan las canas. Mientras er pelito no tordea, no ze entiende una palabra de ezo. ¿Qué miras pa ayá?

JUAN MARÍA. Está cerrando su balcón.

LAURO.

¡Quién tuviera la zuerte
que tiene la luz,
que ze apaga y ze quea
donde duermes tú!

¡Vaya copla!

JUAN MARÍA. ¡Vaya copla!—bien dices. Todos mis versos los daba yo por que fuera mía. ¡La suer-te que tiene la luz!... La luz la contempla, la aca-ricia, la envuelve... y al apagarse, al morir, junto á ella se queda. ¡Divina musa popular!—¿Qué mi-ras tú ahora?

LAURO. Que zu mercé ha levantao un viziyo, y me malicio yo que no ha zío pa quitarle una arruga.

JUAN MARÍA. Pues no mires. Silencio. Sí, sí; es mejor que se vaya mañana. Es muy hermosa, muy hermosa... No haga el amor una trastada de las

suyas. ¡Ay, Lauro! ¡Vale tanto esta libertad de mi corazón!... Á ésa quiero, á ésta olvido, engaño á aquélla, enamoro á la otra... ¡Deliciosa red la de los amoríos, de la que logran escapar los pájaros con sólo sacudir un poquito fuerte las alas! Lauro, tú que tanto sabes, ¿crees que un gran amor vale la esclavitud?

LAURO. Te diré: ¿tú has visto á los mataores e toros en las tardes e mieo? «Yévamelo ayí; dos metros más acá; no tanto; zácalo de las tablas; quítamelo der zó; pórmelo en la zombra...» Arma mía, zi eres tú er que tiene que acabá con é, porque no caen rayos que los maten, ¿á qué lo pienzas tanto? Pos aplica er cuento, Juan María: zi con las mujeres ar fin y ar cabo ze jinca er pico, ¿á qué conducen tantos arrodeos?

JUAN MARÍA. Cállate, que vienen ahí mi padre y don Alejandro.

LAURO. Ya no chisto ziquiera.

JUAN MARÍA. Á mi cuarto me voy. Así que todos se recojan...

LAURO. En la verja me tendrás con la jaca.

JUAN MARÍA. Hasta luego.

LAURO. Hasta luego.

Vase Juan María por el primer término de la derecha. Por el segundo ó tercero de la izquierda llegan DON ALEJANDRO y DON LEONCIO.

DON ALEJANDRO. Da pereza acostarse, pero hay que descansar. Me gusta luego disfrutar de las horas de la mañana.

DON LEONCIO. Buenas noches, Lauro.

LAURO. Güenas noches. ¿Los zeñores mandan arguna coza?

DON LEONCIO. Nada: puedes retirarte.

LAURO. Hasta mañana zi Dios quiere.

DON ALEJANDRO. Adiós.

Lauro va á marcharse por la izquierda, á tiempo que por la derecha sale DOLORES, y al verla se detiene. Dolores oculta algo bajo el delantal.

DOLORES. Zeñorito don Alejandro.

DON LEONCIO. Viendo venir la nube. ¡Anda, morena!

DON ALEJANDRO. ¿Qué se ofrece, Dolores?

DOLORES. Que antes dijo usté una coza *delante mía*, y lo que *delante mía* ze dice no ze lo yeva el aire.

LAURO. Contemplándola. ¿Por dónde zardrás tú?

DON ALEJANDRO. ¿Qué dije? No recuerdo.

DOLORES. Aquí lo tiene usté. Rompe el misterio del delantal y le presenta á don Alejandro una grillera con un grillo precioso.

DON ALEJANDRO. ¿Qué es eso?

DOLORES. Un griyo.

Don Leoncio suelta la risa. Lauro, por todo comentario, mueve filosóficamente la cabeza.

DON ALEJANDRO. ¿Un grillo? ¿Y yo, para qué quiero un grillo?

DOLORES. Pa que le cante á usté. ¿No dice usté que le gusta mucho el oirlos?... Este canta como un tenó.

DON LEONCIO. Sí, sí: pónselo á don Alejandro en la mesa de noche.

DON ALEJANDRO. ¡Un demonio!

DOLORES. ¿Va usté á despreciármelo?

DON ALEJANDRO. No es desprecio, Dolores.

DOLORES. Pero ¿me lo va usté á despreciá?

DON ALEJANDRO. Si no es desprecio, digo. Es

que ya nos ha regalado usted muchas cosas. Buenas noches. Á don Leoncio. Anda tú para allá y no te rías tanto.

DON LEONCIO. Yéndose con don Alejandro por la derecha. ¿No he de reirme, hombre? ¿Tú has visto nada más gracioso en tu vida?

Se retiran, comentando el suceso. Dolores mira alternativamente á ellos y á Lauro, un poco anonadada.

LAURO. Cuando se ve solo con su costilla. Yo no me río porque me da coraje. Paece que tienes ocho años, Dolores. ¿Á quién ze le ocurre, á un zeñó más zerio que un libro e miza, ofrecerle un griyito?

DOLORES. Yo, como ze fué de aquí diciendo que ze iba á oirlos cantá...

LAURO. Eres tonta perdía. Arza á acostarte.

DOLORES. ¿Ande vas tú?

LAURO. Arza á acostarte ya.

DOLORES. Escúchame una coza primero.

LAURO. Á vé.

DOLORES. De los *zuspiritos de Zanta Tereza* me ha zobrao una poquita e maza; y con una poquita de armiba que de esta mañana me quedó, vi á vé zi hago mañana dos docenitas de *bocaditos de viuda*. ¿Le gustarán á la zeñorita Izabé?

LAURO. Zi no le gustan á la zeñorita Izabé le gustarán á don Alejandro; y zi no, ya los aprovechará Juan María. Tú has de yevarte jaciendo confites hasta que pite er tren... Con que anda á acostarte; y tira er griyo, no lo vayas á meté en la arcoba, que bastante tengo contigo.

DOLORES. No te zofoques, hombre. Ande hay patrón, no manda marinero.

Márchase Lauro por el foro, hacia la izquierda, y Dolores por el primer término del mismo lado. Queda la escena sola. Á poco, óyese cantar otra vez al ZAGALILLO.

ZAGAL.

Nos hasemos ilusiones
de separarnos tú y yo,
y hay un hilito invisible
que nos amarra á los dos.
Tienes una boca
que seria quita er sentío,
y si te ríes disloca.

Por entre los macizos de la derecha aparece de nuevo ISABEL. Anda pausadamente, llega á la explanada y se sienta.

ISABEL. En ninguna parte me encuentro bien... ¡Qué inquietud!... ¡Qué desasosiego!... ¿Quién se encierra en la alcoba para dormir?... «Hasta mañana. Que descanses...» Eso me dijo. Vuelve á salir JUAN MARÍA cautelosamente por donde se marchó. Isabel, al verlo, se sobresalta. Él también, aunque de distinta manera. ¿Eh? ¡Juan María!

JUAN MARÍA. ¿Qué es esto?

ISABEL. ¡Ay, qué susto me has dado, criatura!

JUAN MARÍA. ¿No te habías recogido ya?

ISABEL. Sí; pero... Te diré... Oye, ¿vas á salir ahora?

JUAN MARÍA. No...

ISABEL. Como traes sombrero...

JUAN MARÍA. Maquinalmente lo he cogido. ¿Y tú, qué haces aquí?

ISABEL. Respirar... gozar de la noche... No tenía sueño, y dije: «Yo no me acuesto todavía. Al

jardín otra vez.» ¿Te ha pasado lo mismo quizás?

JUAN MARÍA. Lo mismo.

ISABEL. Pues mira, no lo siento; porque gracias á la casualidad, en lugar de estarme aquí sola, me acompañas tú.

JUAN MARÍA. Dicen que más vale estar solo...

ISABEL. Tu compañía no es mala, hombre. Y aunque lo fuera, á veces la más mala compañía es la soledad. ¿No te sientas?

JUAN MARÍA. Sí.

ISABEL. Digo, si no te contraría.

JUAN MARÍA. ¿Quieres callar?

ISABEL. Podías preferir verte solo... para pensar en tus cosas... en tu poesía...

JUAN MARÍA. Poesía eres tú... como dice Bécquer.

ISABEL. Los poetas sois muy lisonjeros.

JUAN MARÍA. Yo en este caso no lo he sido.

ISABEL. Habrá que creerte por tu palabra.

Silencio. Turbación misteriosa y profunda sobrecoge á los dos.

JUAN MARÍA. ¿Os vais decididamente mañana, Isabel?

ISABEL. Decididamente.

JUAN MARÍA. Volverás con gusto á Madrid.

ISABEL. No lo creas. Esto es delicioso.

JUAN MARÍA. ¿No te aburres?

ISABEL. ¡No! ¿Te aburres tú?

JUAN MARÍA. Á ratos. Y había creído que tú te aburrías.

ISABEL. Pues eres muy mal observador. Estoy aquí en la gloria. De buena gana no me iría en mucho tiempo.

JUAN MARÍA. Pues quédate.

ISABEL. Imposible. Papá tiene necesidad de marcharse.

JUAN MARÍA. ¡Qué lástima!

ISABEL. ¿Lo sientes?

JUAN MARÍA. Mujer, si te hallas tan á gusto...

ISABEL. Ah, sí; muy á gusto.

JUAN MARÍA. Por mí no lo hablo, porque no puedo tener interés en que te quedes.

ISABEL. Claro que no.

JUAN MARÍA. No me has entendido. Es que también me marcho á Madrid un día de estos.

ISABEL. ¿Y eso, qué?

JUAN MARÍA. Que si te quedas tú en *Los Rosales*... no te veo en la corte.

ISABEL. ¡Qué tonto! Bastante cuidado te da. ¡Ay, Juan María! Tuyo es el mundo.

JUAN MARÍA. Pues está á tu disposición.

ISABEL. Riéndose. Muchas gracias.

JUAN MARÍA. Así contesta siempre á esa frase un amigo mío.

ISABEL. Hijo, primero, Bécquer; ahora, un amigo tuyo... Me voy á picar. ¿No tienes nada que decirme por tu cuenta y riesgo?

JUAN MARÍA. ¿Por mi cuenta... y riesgo?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Cuanto te digo es por mi cuenta y riesgo. Si tomo las frases ajenas... es porque me parecen mejores que las mías.

ISABEL. Bueno; pues yo prefiero las tuyas, mejores ó peores.

JUAN MARÍA. Peores.

ISABEL. Contéstame á esto. Pero, mira, contéstame... contéstame *en poeta*.

JUAN MARÍA. Sonriendo. ¿Á ver?

ISABEL. Cuando el sueño huye de una... ¿adónde va?

JUAN MARÍA. Probablemente á otra.

ISABEL. No: en serio: en poeta. Contéstame en poeta. ¿Adónde va el sueño cuando huye?

JUAN MARÍA. Se lo lleva el enemigo que lo espanta. ¿Qué te ha desvelado esta noche? ¿Acaso la tristeza de dejar mañana *Los Rosales?*

ISABEL. Acaso.

JUAN MARÍA. Pues éntrate por las veredas de este jardín, registra entre las rosas, sacude los naranjos para que se estremezca el azahar en las ramas y caiga á tus pies... y ya verás como en una parte ó en otra encuentras tu sueño. Los sueños de las mujeres bonitas se esconden siempre entre las flores. ¿Te he contestado en poeta?

ISABEL. Ahora, sí. Y en poeta galante.

JUAN MARÍA. Galante ¿por qué?

ISABEL. Porque me has llamado bonita.

JUAN MARÍA. Para eso no hay que hablarte en poeta: basta sólo con verte.

ISABEL. ¿Con verme sólo?

JUAN MARÍA. Sí. Porque si se te mira, decirte bonita es ser injusto. Hay que decirte mucho más.

ISABEL. ¿Y tú me has visto... ó me has mirado?

JUAN MARA. Mirándote estoy.

ISABEL. Juan María...

JUAN MARÍA. ¿Qué tienes?

ISABEL. Nada... no sé... Voy á seguir tu consejo de poeta, y voy á ver si entre las flores encuentro mi sueño.

JUAN MARÍA. ¿Te inquieta mucho el no dormir?

ISABEL. El no dormir, nada. Pero el sueño, Juan María, me dijiste una tarde que son dos cosas: dormir... y soñar: reposo... y quimera. Así me dijiste.

JUAN MARÍA. Cierto es. Reposo y quimera. ¿Y en busca de qué vas por el jardín adentro?

ISABEL. ¿Por qué me lo preguntas?

JUAN MARÍA. Porque si es el sueño de reposo el que buscas, te dejaré ir sola; pero si es otro sueño el que vas buscando, aguarda, Isabel, que quiero que vayamos juntos.

ISABEL. ¿Juntos?

JUAN MARÍA. Juntos, sí. ¿Por qué no, si lo estamos ya? Te alteró el alma y te abrió los ojos el desvelo, y aquí viniste; y cuando aquí me trajo el azar, aquí estabas, tal vez esperándome sin saberlo. Y yo, que no sé adonde iba, ya no quiero moverme de aquí. Me atraes con atracción misteriosa; no doy dos pasos por este jardín sin que te me aparezcas; tu imagen me sigue, me espía, me vela; no sé verte sin sentirme impulsado hacia ti, ni sé mirarte sin temblar. ¡Bendita noche de Mayo en que te digo esto! ¡Bendita luna que te alumbra el semblante para que yo vea tus ojos y en tus ojos las lágrimas!

ISABEL. ¿Qué pasa por mí, Juan María?... ¿Qué me has dicho?... ¿Qué has hecho conmigo?... ¿Es que la luna ya alumbra como el sol?... ¿Es que hay

más flores en el jardín y huelen más?... Yo tiemblo... yo vacilo... ¿Es que me falta la tierra porque ya todo es cielo?

JUAN MARÍA. Es que se han dicho que se quieren una mujer y un hombre. Ven conmigo. Vamos los dos á buscar tu sueño.

ISABEL. Vamos á recorrer su camino; porque ya lo he encontrado. Se internan juntos por el jardín, hablándose y mirándose amorosamente. ¿Me querrás mucho?

JUAN MARÍA. Mucho es decirte poco.

ISABEL. ¿Me querrás siempre?

JUAN MARÍA. Te querré hasta que tú me olvides.

ISABEL. ¡Entonces!...

Sale LAURO por el primer término de la izquierda. Los ve alejarse, como quien está al cabo de todo, y antes que ellos desaparezcan exclama:

LAURO. Ze puzo á mirarze en la fuente... pazó el arroyito... y ¡várgame Dios! ¡qué fuerza yeva la corriente con esta luna!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en el cuartito bajo, de soltero, de Jorge Navarra, en Madrid. Al foro, hacia la derecha del actor, una puerta. Á la izquierda otra. Frente á ella un balcón de antepecho. Muebles de distintas clases y cataduras, como de casa que se ha ido formando al azar. En las paredes, sobre el color suave del fondo, caricaturas de escenas picantes y alegres, pintadas al temple por algún amigo de Jorge. Ante la puerta del foro un biombo con dibujos de la misma mano. Es de noche. Luces.

Por la puerta del foro sale JUAN MARÍA, á quien ya conocemos. Viste de frac. Lo sigue CIUTTI, criado de Jorge, mozo andaluz pescado en aguas malagueñas.

CIUTTI. Si no me yega usté á desí su nombre, no pasa.

JUAN MARÍA. ¿Hay tapada, quizás?

CIUTTI. No, señó; pero esta noche no entran aquí más que los cabales. Y de toa la partía—usté perdone la expresión—sólo á usté no tenía yo er gusto de conoserlo.

JUAN MARÍA. Ni yo á usted tampoco, mi amigo. ¿Cómo se llama usted?

CIUTTI. Apee usté er tratamiento: tos los de la partía me tutean.

JUAN MARÍA. Bueno: ¿cómo te llamas?

CIUTTI. En mi tierra me conosen por *Asafrán*; en er cuarté me yamaban *Sarmuera*, y aquí me disen *Chuti*. Pero mi nombre es José Garsía. Voy á avisarle ar señorito. Éntrase por la puerta de la izquierda con gran resolución.

JUAN MARÍA. Riéndose. ¡Este Jorge es fantástico para los criados! ¿De dónde sacará á esta tropa?

JORGE. Dentro, gritando. ¿Quién vive?

JUAN MARÍA. ¡España!

JORGE. ¿Qué gente?

JUAN MARÍA. ¡Un mal poeta!

JORGE. ¿Trae ripios?

JUAN MARÍA. ¿Cómo no?

JORGE. ¡Pues que los deje á la puerta y que pase! Sale por la de la izquierda, también de frac. Es un muchacho despreocupado y sinvergüenza, en el «buen sentido» de la palabra: lo que en el lenguaje de su grupo se llama un «fresco». ¡Poeta, ya era hora! ¡Ven aquí! Se abrazan.

JUAN MARÍA. Ya sabes que el verano nos dispersa á todos.

JORGE. Sí, pero ya estamos en Octubre, y tú llevas en Madrid lo menos quince días. Me traerás tu libro.

JUAN MARÍA. Mañana te lo mandaré.

JORGE. Pero ¿no decías que venías con ripios?

JUAN MARÍA. ¿Qué poeta no los lleva siempre en la cabeza?

JORGE. La gente por ahí se hace lenguas del libro. Ha gustado bastante más que el otro. Yo no leo nada, pero lo oigo decir.

JUAN MARÍA. Bueno, vamos á ver: ¿qué significa la carta tuya que he recibido yo, invitándome á comer aquí con cuatro ó cinco sinvergüenzas? Porque á mí me huele á chamusquina.

JORGE. Siempre has tenido buen olfato. Esa comida es el suspiro del moro. ¡Ay de mi cuartito de soltero!

JUAN MARÍA. ¿Al fin? ¿Cuándo te casas?

JORGE. Á principios del mes que viene. He querido hacer coincidir el lance con la caída de la hoja, con los buñuelos de viento y con las primeras castañas.

JUAN MARÍA. Es un verdadero acierto de fecha. Te compro el cuartito. ¿Cuánto quieres por él?

JORGE. Ya es tuyo.

JUAN MARÍA. Pero, oye, en serio: ¿tú no pensabas casarte tan pronto?

JORGE. ¡Yo no pensaba casarme nunca! Pero, chico, mi padre me ha sitiado por hambre—porque presume que con el matrimonio sentaré la cabeza, —y no me manda un real hace un siglo. Estoy de trampas hasta los ojos; los judíos me cercan; he tenido que comprarme una barba postiza y unas gafas negras para poder pasar por ciertas calles... En fin, un horror.

JUAN MARÍA. Según eso, no te casas enamorado.

JORGE. ¿Cómo que no? ¡Enamoradísimo! Si me

oyeras todo el día suspirando: ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Mercedes!

JUAN MARÍA. ¿Mercedes? ¿Pues no es Julia?

JORGE. Mi novia, sí. Mercedes es el automóvil que nos va á regalar mi suegro.

JUAN MARÍA. Anda y que te fusilen.

JORGE. ¡Chico, y qué suegro! Ya puede decir mi novia que la adoro.

JUAN MARÍA. Sí; ya lo he visto.

JORGE. ¡Es que no tienes una idea de mi suegro! Todos los caballos del Mercedes son pocos para huirle. Si ese hombre no fuera tan rico no se le podría tolerar. Le da por la música, al muy caíre. Y le da por que la niña vaya siempre con él. ¡Y llevo dos temporadas de Real y dos de conciertos, que estoy partido por los riñones! Como prueba de amor no la dió más grande Amadís. Por supuesto, que el día que me entregue á la niña y los *cupones adyacentes*, ¡va á oir ese hombre de *Sigfrido* y de *Tannhäuser* lo que no ha oído nunca!

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja! Compadezco á tu novia.

JORGE. Y yo. Menos mal que mi padrino va á ser tu padre, que tiene buena mano.

JUAN MARÍA. Sí que la tiene. ¡Á ver si lo desacreditas tú!

JORGE. Lo sentiría muchísimo. Pero ¡ca! Chico, le ha escrito una carta á mi novia dándole consejos, que es tirarse de risa. Pasa Ciutti de la puerta de la izquierda á la del foro. ¿Han llamado, Ciutti?

CIUTTI. Sí, señorito.

JORGE. Mucho ojo ¿eh?

CIUTTI. Pierda usté cuidao. Será un *ersigente*.
: va.

JUAN MARÍA. ¿Un exigente? ¿Qué quiere de-
ir eso?

JORGE. Mi criado les llama exigentes á los que
ienen á cobrar cuentas.

JUAN MARÍA. Á querer cobrarlas.

JORGE. No; ellos vienen á cobrarlas de buena
. Pero no las cobran. Y Ciutti les llama exi-
entes.

JUAN MARÍA. Me parece muy justo. ¿Dónde
as pescado á ese boquerón?

JORGE. Es un asistente de Málaga que tuvo mi
ermano Guillermo. Acabó con él; yo había visto
buena mano que tenía para despachar exigen-
s, y dije: éste es mi hombre. No estuve mal.

JUAN MARÍA. ¡Cuántas cosas se nos van con
boda, Jorge!... Porque, burla burlando, tu cuar-
ha sido siempre el centro, el foco de nuestra
da aventurera. ¡Mira que hemos gozado y que
os hemos reído en este cuarto! Ah, eso sí; mien-
as pueda yo me quedo con él.

JORGE. Ya os haré yo alguna visitita.

JUAN MARÍA. ¿Tú, miserable?

JORGE. No hay que olvidar lo que rueda el
undo. Ayer estuvo aquí la Pompita; tú la co-
oces.

AN MARÍA. Te conozco á ti; ¿no la he de co-
cer á ella?

JORGE. Dices bien: esa arrastrada, entre todas
s que yo he tratado de cerca, es la única que
empre *ha mandado* algo.

Esta noche mando yo,
mañana mande quienquiera;
esta noche he de poner
por las esquinas banderas.

Bueno; á lo que iba. Estuvo á verme la Pompita, y me dijo: «¿Conque te casas, eh? Bueno; pues... hasta el año que viene.»

JUAN MARÍA. No te da más que un año de fidelidad.

JORGE. Y se ha corrido un poco. La fidelidad de los hombres es cosa deleznable.

Vuelve CIUTTI.

CIUTTI. ¿Ve usté cómo los güelo? Era un ersigente.

JORGE. ¿Cuál?

CIUTTI. Er sapatero. Ese tiene mu güena lidia. Le di dos pases naturales y tres en reondo; se cuadró en seguía, aproveché... y yeva media lagartijera.

JORGE. Á Juan María. ¿No te digo?

CIUTTI. Tirándome á matá estaba yo cuando entró er señorito Moya.

JUAN MARÍA. Ah, Moyita.

JORGE. ¿Está ahí?

CIUTTI. Dejando er gabán en er perchero.

JUAN MARÍA. Tiempo hace también que no veo á Moyita. Como se casó y es tan formal...

JORGE. Ése fué el que hizo hilo en la *cofradía*. Su responsabilidad es inmensa.

CIUTTI. Señorito: ¿quié usté escucharme una palabra?

JORGE. Ahora voy.

Retírase Ciutti por la puerta de la izquierda. Sale por la del foro MOYITA, con el júbilo pintado en el rostro. Es un hombre feliz. Viste de frac, como sus amigos.

MOYITA. ¡Caballeros y hombres buenos!

JUAN MARÍA. ¡Moyita!

MOYITA. Dios te guarde, poeta.

JORGE. Ven con Dios, *correligionario*.

MOYITA. ¡Todavía no lo somos!

JORGE. Es verdad; todavía puedo respirar á mis anchas.

MOYITA. ¡Qué tonterías dices! ¡Tú no sabes!...

JUAN MARÍA. ¿Y Aurora?

MOYITA. Con íntimo gozo. Bien; muy bien; ahora está muy bien. Una salud, unos colores... Muy bien; muy bien.

JUAN MARÍA. Y tú en la gloria.

MOYITA. ¡En la gloria lo pasan mal, comparados conmigo! ¡Soy el ser más venturoso de la creación! ¡Ah! ¡Y el único casado que no se la pega á su mujer! ¡Tengo ese timbre!

JORGE. Ya se la pegarás.

MOYITA. Estás tú fresco. Yo creía que éramos dos: Evaristo Laborda y este cura. Pero, hijos míos, ayer, en un cochecito de La Peña, no quiero saber lo que vi. ¡Y con el descaro del mundo! ¡A las tres de la tarde! ¡Vamos, hombre! ¡El único soy yo; yo!

JUAN MARÍA. ¿Y de... novedades, nada todavía?

MOYITA. Suspirando. ¡Nada todavía!

JORGE. ¡Nada, hombre! ¡Yo no sé en qué piensa! Está en ridículo: ¡tres años de un fracaso absoluto!

MOYITA. Mira, no me quemes la sangre. Demasiado sabes tú que... Porque, cuando... Ya os acordaréis de aquella... El pobrecito se murió, pero...

JUAN MARÍA. Aquel se lo alquilaste á una vecina para deslumbrarnos.

MOYITA. Vaya, vaya, es que queréis oirme. Á otro tema. ¿Quiénes cenamos?

JORGE. Los cabales: los justos: nada más. Bueno, exceptuando á Calpena y á mi hermano Guillermo, que no están en Madrid.

MOYITA. De manera que entonces no seremos más que nosotros tres y Rafael.

JORGE. ¡Los cabales!

JUAN MARÍA. ¿Y faldas, no vienen?

MOYITA. ¡No; faldas, no!

JORGE. Yo tengo poca vergüenza; pero, la verdad, tratándose de lo que se trata, no me ha parecido decente invitar á ninguna.

MOYITA. ¡Pues claro!

JUAN MARÍA. ¡Lástima grande, entonces, que se trate de lo que se trata!

JORGE. Soy el primero en lamentarlo.—Voy á ver qué me quiere Ciutti. Algún detalle de la comida. Guisa que... ¡ya veréis! Se va por la puerta de la izquierda.

MOYITA. ¡Bueno, hombre, bueno! Me alegro de echarte la vista encima, porque tengo que decirte dos cosas. No; tres cosas. Cuatro cosas: en rigor, cuatro cosas.

JUAN MARÍA. Habla.

MOYITA. Primera: que te cases.

JUAN MARÍA. ¡Moyita!

MOYITA. Segunda: que sea enhorabuena por tu libro... y que te cases. Tercera: que no dejes de enviármelo en seguida, porque Aurora lo quiere leer... y que te cases. Y cuarta: otra vez que te cases... y un favor que te pediré luego.

JUAN MARÍA. Pero, vamos á cuentas, Manolillo: ¿tan á maravilla te va desde que te has casado, que te has vuelto panegirista y propagandista del matrimonio?

MOYITA. ¡Y apóstol, si me apuras! Á ti se te puede hablar de ello; se te puede abrir el corazón, porque, aun siendo tan punto filipino como los demás, entiendes, respetas, no te burlas de un cariño sano como el mío.

JUAN MARÍA. Nunca: ¡qué he de burlarme yo! En todo caso lo envidiaré.

MOYITA. Metiéndose en harina. Esto de la felicidad conyugal, del calor de nido de una casa...—no te rías...

JUAN MARÍA. Si no me río, hombre.

MOYITA. Es cosa que hay que pasar por ella, que sentirla, para comprenderla del todo bien. Sales á la calle, y no vas solo: llevas tu casa á cuestas. Y mira qué fenómeno: lejos de pesarte sobre los hombros, es como un aire que te empuja, que te hace andar mejor y más aprisa. ¿Tú te haces cargo?

JUAN MARÍA. Desde luego. Y te escucho muy complacido.

MOYITA. ¿Y los detalles? ¡Cuánto se goza con los detalles! Yo no oigo un chiste, ni una ocurrencia, ni presencio un paso gracioso, que no diga para mis adentros: «¡Lo que se va á reir Aurora cuando se lo cuente!...» ¿Y entrar por las puertas con un paquetito de postres? «¿Qué me traes? ¿qué me traes?» «¡Á ver si lo aciertas!» «¿Son bombones?» «¡No son bombones!» «¿Son yemas de huevo?» «¡No son yemas de huevo!» «¿Son *marrones* de *La Mahonesa?*» «¡No son *marrones* de *La Mahonesa!* «¿Pues qué son? ¿qué son?» «Si no me das un beso no te lo digo.» Y me da el beso... ¡y son *marrones* de *La Mahonesa!* ¡Y ya tenemos broma para toda la noche! Cásate, Juan María: tú eres hombre para casado.

JUAN MARÍA. No, pues esa ternura del paquete de postres es superior á mí: no la siento.

MOYITA. ¡Ya la sentirías! ¿La sentía yo antes? ¡Pues apenas si me reía de esas cosas! Y ya ves. ¡Ay, si Dios me mandara un chiquillo!

JUAN MARÍA. Y ¿para qué lo necesitas, viviendo en esa dulcedumbre de bizcocho borracho?

MOYITA. Ah, ¿te estás divirtiendo conmigo?

JUAN MARÍA. ¡Quita allá! No seas tonto.

MOYITA. Pues mira, lo del chico, lo deseo por distintas razones. Es el fruto de bendición: sin un hijo falta algo natural en el matrimonio. Y luego, Juan María, que la gente es muy entrometida .. y ya me van cargando. No hay persona que no me pregunte: «¿Y qué? ¿Sin novedad todavía? Pero, hombre, ¿en qué piensa usted?» ¿Te parece? Y los hay que me dicen: «¡Pues ya lleva usted tres años

de casado!» ¡Como riñéndome! ¡Mira que es imprudencia! Pero, anda, que yo me vengaré de todos. En cuanto me nazca el primero—que tarde ó temprano ha de venir—yo me saco la espina en el parte para los amigos. «Fulanito de Tal y Fulanita de Tal de Fulanito, ofrecen á usted un nuevo servidor, *como no podía menos de esperarse.*»

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

MOYITA. ¿No crees que se lo tienen merecido?

JUAN MARÍA. ¡Quién lo duda, muchacho! Y te confieso que tu charla me anima, me contagia; que se me comunica tu entusiasmo y tu fuego dichoso.

MOYITA. Pues ¡claro, chico! Tú debes hacer feliz á una mujer.

JUAN MARÍA. Siempre he creído que era mejor hacer felices á unas cuantas... pero...

MOYITA. ¡Bah! Ésas son frases y tonterías. Busca una novia.

JUAN MARÍA. ¿Crees que debo buscarla... ó esperar á que me salga al encuentro?

MOYITA. Búscala, búscala. Á Aurorita la busqué yo.

JUAN MARÍA. Confiándose. ¿Y si yo te dijese que sin buscarla he tenido una novia esta primavera?

MOYITA. ¿Tú?

JUAN MARÍA. Yo.

MOYITA. Pero... ¿novia?

JUAN MARÍA. Novia, novia.

MOYITA. ¿Y ya no la tienes?

JUAN MARÍA. Ya no.

MOYITA. Chico, de la primavera al otoño... Eso ha sido una nube de verano.

JUAN MARÍA. Eso ha sido. Te aseguro que nunca ha sentido mi corazón ventura más honda, más íntima, más pura que la de aquellos días. Era aquel un amor que borraba para nosotros lo demás del mundo. Á solas, me asustaba un poco su grandeza. Llegó á parecerme aquella mujer un abismo de fuego, donde iba yo á consumirme y á anularme... y á desaparecer. Nos separamos...—¡qué tortura de despedida! El camino que poco á poco me iba alejando de ella, era como una cuerda cada vez más tirante, á cuyo extremo estaba atado mi corazón. Pasados los primeros días de ausencia, en que ella sola llenaba mi vida, fuí serenándome, calmándome... Mis cartas, interminables al principio, fueron insensiblemente haciéndose más cortas. Ya me fijaba en otras mujeres... Volví á ser quien era. Algo me dijo ella en una carta que me enojó, que me contrarió sin motivo. Le contesté... no; le contestó ese diablo egoista que todos los hombres llevamos dentro. Luego sentí lo que le dije. Surgió en esto una aventurilla galante; no quise desaprovecharla; fué más escandalosa de lo ordinario; llegó á sus oídos... estalló la tormenta... y con esto pasó la nube.

MOYITA. ¿Acabaron ustedes?

JUAN MARÍA. No había más remedio: aunque yo no hubiera querido. La carta en que me despidió no decía más que esto: «Recobra tu deseada libertad: yo no la quiero para mí. El amor que se

lleve al mío no ha de ser tan sólo tirano: ha de ser tirano y esclavo á la vez.»

MOYITA. Ya decía bastante. Y... si no es indiscreción, ¿se puede saber quién es ella? ¿La conozco yo?

JUAN MARÍA. Sí

MOYITA. ¿Y Aurora? ¿La conoce Aurora?

JUAN MARÍA. Sonriendo. También.

MOYITA. ¿Será muy guapa?

JUAN MARÍA. ¡Oh! Es muy hermosa. Ahora que ya no me pertenece... ni en ilusión, se me figura más hermosa todavía. Con decirte, querido Moyita, que cuantos versos le escribí, los he roto por parecerme indignos de su realeza... Nunca he sabido cantarla en versos míos. Mira, tiene unos ojos... ¿Cómo te ponderaría yo sus ojos?...

Negli occhi porta la mia donna Amore;
Per che si fa gentil ciò ch' ella mira...

Y tiene una boca...

Che dolce ha 'l riso, e dolce ha la favella...

MOYITA. Pues por esas señas no caigo. Pero sí noto que hablas de ella con mucho calor.

JUAN MARÍA. ¿Me has oído nunca hablar con frialdad de una mujer hermosa?

MOYITA. Nunca.

JUAN MARÍA. Ésta ya pasó por mi corazón. La herida está completamente cerrada. La otra tarde nos encontramos en el Retiro. Nos miramos, hubo un saludo ceremonioso... y nada más. Yo volví la cabeza, y ella no.

MOYITA. ¿Y quién es? ¿quién es? ¿Cómo se llama?

JUAN MARÍA. Dime tú primero qué favor ibas á pedirme.

MOYITA. Ay, es verdad. Antes que vengan esos guasones. Comprendiendo que aquí te vería, he traído el álbum de Aurora para que me firmes una página.

JUAN MARÍA. ¡Sí, hombre! Con muchísimo gusto. ¿Dónde lo tienes?

MOYITA. Ahí en el perchero lo dejé. Voy á traértelo. Se va corriendo por la puerta del foro.

JUAN MARÍA. ¡Egoísta!... En cuanto le recordé su amor... ya no le importa nada el mío.

Pasea un momento mientras vuelve Moyita con el álbum.

MOYITA. Éste es. Aquí tienes donde escribir.

JUAN MARÍA. Ahora mismo. Se sienta y hojea el libro con curiosidad. ¿Sabes que hay cosas muy bonitas? Este apunte de Villegas es precioso.

MOYITA. Precioso. Á ver si tú te luces. Bueno, no quiero hablarte para no cortarte el hilo de la inspiración.

JUAN MARÍA. No me cortas nada.

Moyita se aparta de Juan María y lo contempla con emoción. Por la puerta del foro llega entretanto RAFAEL. Es un teniente de Caballería, que no tiene pelos en la lengua. Viste de uniforme.

RAFAEL. ¿En dónde está el reo?

JUAN MARÍA. ¡Rafael!

MOYITA. ¡Hola, Rafael!

RAFAEL. ¿Dónde está ese infeliz?

MOYITA. Cállate ahora.

RAFAEL. ¿Por qué me he de callar?

MOYITA. Porque está Juan María escribiéndome ahí unos versos. Se lo lleva aparte.

RAFAEL. ¡Ah, vamos! La peste de las postalitas.

MOYITA. No, hombre; si es el álbum de Aurora.

RAFAEL. Dispensa. ¿Y cómo está Aurora?

MOYITA. Bien, bien; muy bien.

RAFAEL. Pero ¿ni el menor mareo... ni el menor antojito... ni...?

MOYITA. ¡Y dale! ¡No, señor! ¡Acabaréis por marearme á mí!

RAFAEL. Hombre, es que si el primero de la reunión que se casa se porta tan desdichadamente, ¿qué se va á pensar de nosotros?

MOYITA. Bueno, bueno, bueno...

JUAN MARÍA. Á ver qué te parece esto, Manolillo.

MOYITA. Á ver, á ver.

RAFAEL. Vamos á ver.

JUAN MARÍA. Leyendo.

Antes de casarse Moya
con Aurorita hechicera,
le puso á una verdulera
un piso en la calle Goya.
Para informes, la portera.

Rafael suelta la risa. Moyita bota de indignación.

MOYITA. ¿Has escrito esa barbaridad?

JUAN MARÍA. ¿Barbaridad? Yo ante todo soy un poeta sincero.

RAFAEL. Muy bien dicho. Hay que desenmascarar á los hipócritas como éste.

MOYITA. ¡Pues es una gracia! ¡Porque me cuesta arrancar la hoja!

JUAN MARÍA. Lo peor es que es la del apunte de Villegas.

MOYITA. ¡Te mato!

JUAN MARÍA. No, hombre, no; tranquilízate. Lo que he escrito ha sido esto otro.

MOYITA. Ya decía yo.

JUAN MARÍA. Volviendo á leer.

El ideal del cariño:
encontrar una morena
graciosa, bonita y buena:
casarse... y tener un niño.

MOYITA. Eso está muy bien; muy bien. Me sueltas lo del niño, pero está muy bien. ¿Verdad que está muy bien?

RAFAEL. Á mí me gustaba más lo otro.

MOYITA. Sí, sí. Leyendo la redondilla con embeleso.

El ideal del cariño:
encontrar una morena
graciosa, bonita y buena:
casarse... y tener un niño.

RAFAEL. ¡Ó tener una docena!... se me ocurre á mí versificando.

MOYITA. ¡Qué gaznápiro eres! Muchas gracias, Juan María, muchas gracias.

JUAN MARÍA. No hay de qué. Dispón á tu sabor de mi musa.

Se va Moyita por la puerta del foro, soplando la redondilla para que acabe de secarse.

RAFAEL. Este Moyita era bueno de suyo; pero desde que se casó es pan de flor. Y oye, tú, el de la musa: me tienes que regalar tu libraco.

JUAN MARÍA. ¡Ya lo creo!

RAFAEL. Te advierto que me lo voy á sorber. ¡Me entero de todo! He leído las dos ó tres poesías que han publicado los papeles... ¡y me entero de todo!

JUAN MARÍA. No es mucho elogiar.

RAFAEL. ¿Cómo que no? Chico, será porque yo soy muy arrimado á la cola; pero llevo una temporada en que no entiendo una palabra de lo que escriben algunos poetas.

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

RAFAEL. La que más me gusta de las que conozco es *La rosa del jardinero*. Á mí y á todo el mundo. Me ha hecho impresión.

JUAN MARÍA. Ah, sí.

RAFAEL.

> ...¿Quién te llevó de la rama
> que no estás en tu rosal?

Es preciosa.

JUAN MARÍA. ¿Sabes cuándo se me ocurrió? El día en que se casó Beatriz Galindo con aquel bárbaro de Requena. Ella tan delicada, tan fina, tan tierna, tan poética, verdadera flor de sus padres, y él tan grosero de alma, tan basto de hechura, tan indigno de una mujer así.

RAFAEL. No me hables. Ahora me gusta más la poesía. Es uno de los maridos á quien más odio. Muerde, cocea y aborrece al hombre. Como si lo tuviera presente. ¡Animal!

Vuelve MOYITA de dejar el álbum.

MOYITA. ¿Qué gritos da este cafre?

RAFAEL. ¿Á ti qué te importa?

JUAN MARÍA. Aquí lo tienes: aconsejándome y pidiéndome que me case en todos los tonos.

MOYITA. Sí, señor: porque lo quiero bien. Y á ti te aconsejo tres cuartos de lo mismo.

RAFAEL. Yo me casaré cuando me dé la gana: no necesito moscones á la oreja. Es decir: me casaré ó no me casaré. El cura para mí es lo de menos. Lo esencial es que yo dé con la mujer que haya de ser mía. Porque en el cielo estará escrito, como creen algunos, aquello de: «Fulanito para Fulanita, Zutanita para Zutanito»; pero yo veo por aquí tal desbarajuste, que me doy á pensar que el tenedor de libros ha perdido ya la cabeza. ¡Nadie está contento con la mujer que le mandan desde allá arriba!

MOYITA. ¡Yo sí!

RAFAEL. La generalidad busca otra.

JUAN MARÍA. Es verdad; y si puede ser la de un amigo, miel sobre hojuelas.

MOYITA. ¡Pacotilla de mesa de café es todo eso!

RAFAEL. Sí, sí, pacotilla. Pregúntaselo á Eduardo Rivera. Le ha salido rana la mujer, y está pasando las de Caín, porque le falta valor para echarla á la calle. ¡Pues hará muy bien en buscar otra!

MOYITA. ¡Bah, bah! Ése es un caso aislado.

RAFAEL. ¿Un caso aislado? ¿Conoces á Molina, el de los explosivos?

MOYITA. Sí.

RAFAEL. Pues ¿sabes lo que me dijo el otro día? «Muchacho, estoy tan harto de mi mujer, que no le pido á Dios más que una cosa, convencido de que en esta vida no tengo ya remedio: ¡que no nos entierren juntos!»

JUAN MARÍA.

¡Sólo en la paz de los sepulcros creo!

MOYITA. Por lo visto, tú proclamas el amor libre.

RAFAEL. ¡Eso es una majadería! Si es libre, no es amor, y si es amor, no es libre. Yo creo que cada hombre debe vivir con la mujer que más le guste y que más lo quiera. Que en resumidas cuentas es lo que sucede, mal que pese á todas las mentiras sociales.

MOYITA. Fuertecillo viene el militar.

JUAN MARÍA. Pero muy simpático. Su teoría, en rigor, es la única sana y consoladora: la única que no va ni contra lo divino ni contra lo humano. Cuántos amoríos, que no pueden pasar de serlo, serían los amores honrados de muchos hombres y de muchas mujeres, si la vida los hubiese puesto en vereda de encontrarse á tiempo!...

MOYITA. Retórica, retórica. Cada uno carga con lo que se merece.

JUAN MARÍA. También es posible. En amor no hay ninguna verdad absoluta, sin duda porque hay muchas. Es la única materia no legislable. Ya lo dijo el clásico:

... Bien sabéis vos,
que por no sujeto á ley

el Amor, le pintan rey,
niño, ciego, loco y dios.

¿Cómo han de vivir juntos y en buena armonía un dios, y un niño, y un ciego, y un loco, y un rey?

MOYITA. ¡Ay! Feliz quien, como yo, ha dado con la palomita de su palomar.

RAFAEL. ¿Y nuestro Jorge, dará con la suya?

JUAN MARÍA. De otra manera que Moyita, tal vez.

RAFAEL. Por de pronto, da con los cañamones. ¿Y dónde se ha metido ese criminal? ¿Lo está guisando Ciutti? ¡Hay que llamarlo al orden inmediatamente! Gritando. ¡Á ver! ¿En qué miserable bodegón hemos caído? ¿Aquí no hay quien sirva? ¿Se ha acabado el vino en esta casa?

Sale JORGE por la puerta de la izquierda.

JORGE. Pues, señor, en cuanto se oyen voces, ya se sabe: el teniente Jerez.

RAFAEL. El teniente Jerez, si grita, es porque quiere que haya vergüenza en la reunión.

JORGE. ¿Y en qué estriba el que haya vergüenza, mi teniente?

RAFAEL. Hombre, en que se nos dé una copa de manzanilla antes de cenar. ¡Está indicadísimo!

JORGE. ¿Sólo en eso?

RAFAEL. ¡Es la costumbre en esta santa casa!

JORGE. Llamando. ¡Ciutti!

CIUTTI. Dentro. ¡Señor!

JORGE. ¡Pon vino al comendador!

Se presenta CIUTTI por la misma puerta con una bandeja de copas de vino y una botella, que deja sobre una mesita. Luego llena las copas.

RAFAEL. ¡Bravo! ¡bravo!

JORGE. Así se sirve aquí á los militares. Apenas te oí le dije á Ciutti: prepara la manzanilla. Á los otros dos. Dispensadme vosotros: he estado escribiéndole á mi novia, por si *descarrilamos* esta noche.—¿Llaman?

CIUTTI. Sí, señó. Con esta van dos veses; sino que me estaba hasiendo er loco á vé si se iba.

JUAN MARÍA. ¿Otro exigente, Ciutti?

CIUTTI. Señorito, aquí no viene más que ese ganao: ersigentes... ó ersigentas. Á Jorge. Éste debe de sé er der *champán*.

JORGE. Pues anda con él.

CIUTTI. Mala lidia tiene er gachó. Se pega á las tablas, prinsipia á alargá el hosico y á escarbá en la arena, y no hay un dios que entre á matá.

JORGE. Pues con esos bichos marrajos es como se ven los matadores.

CIUTTI. ¿Sí, eh? ¡Á mí no se me repiten las cosas! ¡Va por ustedes! Se marcha por la puerta del foro entre las risas y aclamaciones de los muchachos.

MOYITA. Es gracioso este Ciutti.

RAFAEL. Un poquillo corto de genio lo encuentro yo.

JORGE. Recién salido del seminario, señor: ¿qué vamos á pedirle?

JUAN MARÍA. Le da quince y raya al otro Ciutti: al paisano de Buttarelli.

MOYITA. Levantando su copa. Los demás le imitan después. Señores: ¡por el feliz enlace de nuestro amigo!

RAFAEL. ¡Por que no deje á la reunión á la desdichada altura que Moyita!

MOYITA. ¡Hombre!

JUAN MARÍA. ¡Por que como el sol seca el rocío, nuevos amores sequen las lágrimas de las infinitas hijas de Eva que ahora mismo lloran el casamiento de este canalla!

JORGE. ¡Por la repentina muerte de mi suegro!

Risas de protesta.

RAFAEL. ¡Qué bárbaro!

JUAN MARÍA. ¿Pues qué reservas para el *champagne*, asesino?

JORGE. ¡La inauguración del mausoleo!

MOYITA. Horrorizado. Ay, ay, ay...

Vuelve CIUTTI con una carta perfumada, que le da á Juan María.

CIUTTI. No he podío lusirme porque por casualidá no era un ersigente. Era un botón, que ha traío esta carta pa usté.

JORGE. ¿Hola?

JUAN MARÍA. Cogiendo la carta con interés y apartándose un poco para leerla. La esperaba.

CIUTTI. Me ha dicho que yeva ya dos horas buscándolo.

JORGE. Pues dale una buena propina, Ciutti.

CIUTTI. Sí, señó. Se va.

JORGE. Aquí hay dinero para todo el mundo, menos para el que viene á cobrar lo que se le debe.

RAFAEL. Á Juan María. Lo menos que se hace en un caso así es pedir permiso.

JUAN MARÍA. Eso es entre personas regulares.

Se guarda la carta. Los ojos le echan chispas de alegría.

MOYITA. Mira qué carita de pascuas se le ha puesto.

JUAN MARÍA. ¿Acaso estaba triste?

JORGE. ¿De quién es, poeta?

RAFAEL. ¿Es cosa que empieza ó es breva que ya está madura y para comerse?

MOYITA. ¿Es soltera?

JORGE. ¿Es casada?

RAFAEL. ¿Es viuda?

MOYITA. ¿Qué color tiene la aventurilla?

RAFAEL. ¿Qué olor?

JORGE. ¿Qué sabor?

JUAN MARÍA. No me sacaréis una palabra.

JORGE. Á lo mejor se está dando tono, y es un recordatorio para unas misas.

JUAN MARÍA. Justamente: tú has dado en la clave.

RAFAEL. Vamos, no muelas, hombre: di de lo que se trata.

JUAN MARÍA. Señor, de una mujer preciosa: qué más queréis que os diga?

JORGE. Pero ¿es algo nuevo?

JUAN MARÍA. Del todo nuevo.

JORGE. ¿Del todo?

JUAN MARÍA. Nuevo para mí. Un brote pujante y copioso. Un árbol que se cuaja de hojas sin que yo lo pudiera esperar. Ha bastado una mirada en el paseo, un apretón de manos en el teatro, un encuentro fortuito en una calle sola, para que yo reciba esta carta.

MOYITA. ¿Y qué dice? ¿Qué dice la carta?

RAFAEL. ¡Claro! Porque, según lo que diga, sí habrá que felicitarte ó no.

JUAN MARÍA. La carta es muy lacónica: «Esta noche, allí.» Ahí lo tenéis todo.

JORGE. Ésas son las que á mí me gustan. Que sea enhorabuena.

JUAN MARÍA. ¡La recibo con verdadero gozo!

MOYITA. ¡No hay más que mirarte á la cara!

RAFAEL. ¡Bueno, pero no nos pongas los dientes largos!

JUAN MARÍA. «Esta noche, allí.» ¡Dejadme que me explaye! ¿Dónde hay ventura como ésta? «Esta noche, allí.» Lo que vale una mujer no se sabe bien hasta el momento en que se la espera. Todo rumor lejano ha de ser para el oído amante el de su coche, el de su paso, el de su falda... Hasta lo que no sueña, se oye en el corazón. Si tarda, ¡qué angustia! La imaginación, en un instante, corre el mundo entero buscándola. «¿Por qué no está aquí ya, si pasa un minuto de la hora?» Y cuando llega... ¿á qué puede compararse ese momento? ¡Ya está allí! ¿Qué importa entonces el mundo entero que con ansia se recorrió porque no venía?

JORGE. Chico, me parece del peor gusto recordar esas cosas en la despedida de un soltero.

RAFAEL. No, no; hace muy bien. Así ves más clara la pifia que vas á cometer dentro de unos días.

MOYITA. ¿Á qué llamas tú pifia, ignorante?

JUAN MARÍA. ¡Cada cual que atienda á su juego! ¡Viva la libertad individual! Sentirse libre, es sentirse dichoso: ¡es gozar del sol y del aire! ¡Y es algo más aún: es ser de todas; es poder ser de todas! ¡Deliciosas mujeres, encanto del mundo, único tesoro del hombre! ¿Qué más dan amores de una vida que amores de un año ó de un minuto?

La cuestión es amar. Despertar todas las mañanas pensando en que hay que enviar unas flores aquel día; subirse en un tren y adorar á una divina compañera de viaje, que al amanecer ha desaparecido; llegar á una desconocida ciudad, y ver unos ojos tras una celosía y ofrecerles con los nuestros, en aquel instante, el alma, el corazón y la voluntad, cuanto su dueña espere; entrar en una iglesia y que se vuelva un rostro para mirarnos, turbando el rezo de una hermosa: ¡Dios perdona estos pecadillos! Y siempre así, siempre así... No sólo es dichoso el amor que consigue; lo es también el que suspira, el que cela, el que desconfía, el que promete, el que espera, el que da, el que pide, el que ruega, el que llora... ¡Ay, Señor, no me quites la juventud, porque vas á dejar sin novio á todas las bonitas del mundo!

JORGE. ¿Á que le escribo á mi suegro diciéndole que no cuente conmigo?

Se ríen todos.

MOYITA. ¡Qué disparate!

JUAN MARÍA. Conmigo sí que no habéis de contar así que cenemos.

RAFAEL. Ah, claro.

JUAN MARÍA. Estoy aquí como el apóstol que sobra de más en la cena el pintor del cuento: «en cuanto cene, me voy.»

MOYITA. ¡Toma! y yo.

RAFAEL. Y todos.

JORGE. ¡Bah!

RAFAEL. Sí, sí; no hay que enredarla. Mañana estoy de guardia, y esta noche, además, he que-

dado en ir á última hora al teatro de la Princesa. Me espera Federico Izquierdo, que, por lo visto, no piensa como tú, Juan María: quiere ser de una sola.

JUAN MARÍA. Pues ¿y eso?

RAFAEL. Precisamente voy á presentarlo á la dama de sus pensamientos y fatigas.

JUAN MARÍA. ¿Sí?

RAFAEL. Está loco por ella.

MOYITA. ¿Federico? ¡Cuánto me alegro! Señor, como que en llegando á nuestra edad huelgan los discursos poéticos: no hay más solución que el dulce yugo.

JORGE. ¿Y á quién lo vas á presentar?

RAFAEL. Á una mujer muy guapa: á Isabel Lozano.

JUAN MARÍA. Rápidamente. ¿Á Isabel Lozano?

RAFAEL. Sí. Es verdad, que tú la conoces mucho.

JUAN MARÍA. Muchísimo. Nos hablamos de tú.

RAFAEL. ¿Ah, sí?

JUAN MARÍA. Sí. Su padre y el mío son antiguos amigos. Hace poco pasaron el padre y la hija una temporada en *Los Rosales*, la casa de recreo que mi padre tiene en Andalucía.

JORGE. También es muy amiga de mi novia.

MOYITA. Pues ha tenido buena elección Federico: no sólo es muy guapa esa mujer, sino que creo que es una perla.

RAFAEL. Así está él de loco.

JUAN MARÍA. Disimulando cierta inquietud. Pero ¿tan loco está?

RAFAEL. ¡Cosa de atarlo!

JORGE. ¡Ése cae!

RAFAEL. ¡Cae! ¡Seguramente cae! Es decir, falta que ella quiera ponerle el pie para que caiga.

JUAN MARÍA. ¿Por qué lo dices? ¿No crees tú que Isabel...?

RAFAEL. No las tengo todas conmigo. Á Federico no le he dicho nada, pero... La otra noche, cuando le pedí permiso para presentárselo, no pudo reprimir un gesto, que me dió que pensar. ¿Tú sabes si esa muchacha ha tenido algún novio, algún desengaño?

JUAN MARÍA. No... que yo sepa, no...

RAFAEL. Pues no lo entiendo entonces. Fué muy rara la expresión de aquella mujer.

MOYITA. Misterios femeninos.

CIUTTI sale por la puerta de la izquierda.

CIUTTI. Tomarse la úrtima copa, y á la mesa.

JORGE. ¡Ya lo estáis oyendo: á la mesa!

RAFAEL. ¡Hora va siendo ya!

MOYITA. Sí, por cierto.

RAFAEL. ¡Venga, venga esa copa!

JORGE. ¡No será la última! Escanciando. Y esperaos un instante, que en algo se ha de conocer que estoy *majareta*. ¡Voy á brindar en verso! ¡Para chafar á este coplerillo de moda!

RAFAEL. ¡Ah, pues si brindas tú, brindo yo!

MOYITA. ¡Y yo! ¡Esto tiene gracia!

JUAN MARÍA. Y yo también.

MOYITA. ¡Naturalmente! Eres el único obligado.

JORGE. Pues allá voy como las balas. ¡Bomba!

MOYITA. ¡Bomba!

JORGE. Por que el suegro sin segundo
que me ha venido á tocar,
vaya pronto á saludar
á Wagner... al otro mundo.

Carcajada de todos.

RAFAEL. ¡Eso ya nos lo has dicho en prosa!
JORGE. ¡Y le pondré música en seguida!
MOYITA. Anda tú, Rafael.
RAFAEL. Tú primero.
MOYITA. Tú, tú.

RAFAEL. Á mí lo que me interesa
es que haya *champagne* y fresa.

Nuevas risas.

JORGE. ¡Muy bien! ¡De las dos cosas hay!
RAFAEL. ¿Y espárragos?
JORGE. ¡También!
RAFAEL. No me han cabido en la aleluya.
Vase Ciutti por la puerta del foro.
MOYITA. Ea, pues... Bueno: callar ahora

Brindo, por que...

No, no.

Por que en tal día como hoy...

No, no; tampoco. La idea la tengo ya, pero...
JORGE. ¿Es que quieres lucirte?
MOYITA. No me interrumpas.

Por que en el día de la fecha...

Ya, ya.

Por que en el día de la fecha...

No. Sí, sí... No. Sí. No, no...

Por que en no remota fecha...

JORGE ¡Que se va á enfriar la sopa!

MOYITA. ¡No seas ganso! Ya está, ya está.

Por que en no remota fecha
haya dos dichosos completos
en el Paseo de Recoletos
veinticuatro, principal, derecha.

Grandes risas.

¿No es ahí donde vais á vivir?

JORGE. ¡No, hombre! ¡Si vamos á vivir en el Paseo de Rosales!

JORGE. ¡Á ver el poeta de la casa!

MOYITA. Á ver, á ver.

JUAN MARÍA.

Por que nos rija el Talión,
y si una espina clavamos
á un corazón, la sintamos
herir nuestro corazón.

Aplauso de los camaradas.

RAFAEL. ¡Bravo! ¡bravo!

JORGE. ¡Bravísimo!

MOYITA. Abrazando á Juan María. ¡Eres el mejor poeta que conozco!

Llega CIUTTI precipitadamente.

CIUTTI. ¡Cayarse!

JORGE. ¿Qué?

CIUTTI. ¡Cayarse, que está ahí er der *champán!*

JORGE. ¿El del *champagne?*

CIUTTI. Y que dise er tío que ó se yeva las boteyas ó se yeva er dinero.

JORGE. Dile que las botellas se las podrá llevar dentro de un par de horas.

CIUTTI. Le arvierto á usté que no viene pa banderiyitas e lujo. Y además se trae dos amigos.

RAFAEL. Dispuesto á todo. ¿Interviene el ejército?

JORGE. No, no; hasta ahí podíamos llegar. El *champagne* es sagrado. Sacando su cartera. Pregúntale que si tiene cambio de mil pesetas.

CIUTTI. Sí, señó. Vase.

MOYITA. Oye, tú, ¿qué *champagne* es ése?

JORGE. ¡Ahí es nada! El de la cena de esta noche, que aún está en el aire. Yo pensaba que me lo pagase mi suego, pero...

Vuelve CIUTTI.

CIUTTI. Señorito, que no tiene cambio.

JORGE. Ah, pues lo siento mucho. No es culpa mía. Que vuelva mañana cuando quiera.

CIUTTI. Está bién. Vase.

JUAN MARÍA. Pero, entendámonos, Jorge; porque todo esto me parece fantástico: ¿tú tienes ahí mil pesetas?

JORGE. ¿Yo qué he de tener? ¡Pero hubiera sido lo mismo, porque él tampoco tiene cambio! ¡Ahí de la vista de los hombres!

Risas generales.

MOYITA. ¿Y si te llega á decir que tiene cambio?

JORGE. ¡Le doy la enhorabuena! Nuevas risas. Lo seguro ya es que el *champagne*, como yo quería, lo pagará mi suego, y por consiguiente, haremos toda la cena con *champagne*. ¡El vino del amor!

Pasa CIUTTI de una puerta á la otra.

CIUTTI. ¡Á la mesa!

TODOS. ¡Á la mesa! ¡á la mesa!

Se van hacia el comedor alegremente, mientras cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de paso en el hotel de don Basilio Gandía, padre de la novia de Jorge. Salidas por la derecha y por la izquierda. Al foro un gran mirador de cristales que da al jardín. Buen gusto y riqueza. Es una mañana de otoño.

JULIA, la novia, vestida de blanco, espera el momento de ir al altar. Está lindísima

«porque además de hermosa, brilla en ella
la bondad que hermosea la hermosura.»

La rodean NIEVES, IRENE, CECILIA, MERCEDES y MATILDE, sus amigas más íntimas, tocadas de mantilla blanca. DON LEONCIO, el padrino, anda entre ellas como el pez en el agua. Viste de levita.

DON LEONCIO. Muchas bodas he apadrinado en mi vida, y siempre ha habido que ver á la novia; pero á medida que me voy haciendo viejo me van cayendo en suerte las más bonitas.

JULIA. Mil gracias, querido padrino. Es usted la flor de la galantería.

MATILDE. No dice más que la verdad.

NIEVES. Lo que es como ésta no habrá usted apadrinado á ninguna.

IRENE. Y si no, que se lo pregunten al novio.

CECILIA. Está sencillamente preciosa.

MATILDE. Está monísima.

NIEVES. Está que es un sueño.

DON LEONCIO. ¡Está para casarse con ella!

NIEVES. ¡Toma! Para eso está.

DON LEONCIO. Si digo para casarme yo...

JULIA. Don Leoncio, ¿usted reincidiría?

DON LEONCIO. Contigo, ahora mismo.

JULIA. ¿Y qué hacemos de Jorge?

DON LEONCIO. Allá él.

IRENE. Por Jorge no te apures: ya arreglaría mos eso.

JULIA. ¡Pobrecillo! Mejor será no complicar las cosas; cásese usted con una de éstas.

DON LEONCIO. ¿Me querrán?

LAS CINCO. ¡Sí, sí, sí!

DON LEONCIO. ¿Eh? Ya quisieran este partido más de cuatro pollos.

MERCEDES. ¡Ay, qué pollos!

MATILDE. ¡Ay, cómo están los pollos!

NIEVES. Cada vez más cerriles. Los deportes nos los están embruteciendo. Á mí me han presentado á uno que desde lejos me gustaba, y se ha pasado diez minutos tragando saliva sin saber cómo empezar la conversación.

DON LEONCIO. ¡Qué torpe! Con elogiarte los lunares, que son cosa que salta á la vista, ya se ponía en camino de quedar bien.

NIEVES. ¿Pues qué creerán ustedes que me preguntó?

JULIA. ¿Si tienes novio?

NIEVES. No.

DON LEONCIO. ¿Si tienes perro?

NIEVES. No, señor; si tengo cosquillas.

CECILIA. ¡Qué bruto!

MATILDE. ¿Y qué le contestaste? Porque yo me hubiera visto negra.

NIEVES. Que sí las tengo; pero que no era él el llamado á buscármelas. Y lo dejé con la palabra en la boca. ¡Que se vaya á arar!

MERCEDES. ¡Naturalmente!

IRENE. Ah, pues yo con esos brutos me divierto mucho.

Llega por la derecha ISABEL, también de mantilla.

ISABEL. Hija, he cerrado una de esas puertas, porque está la casa llena de gente, y si entran aquí todos, te van á marear y á aturdir. ¡Jesus, qué algarabía! ¡Y qué temperatura moral! Veo que no hay nada como un casamiento para despertar el amor en todas sus fases.

JULIA. ¿Por qué lo dices?

ISABEL. ¡Porque acaba de preguntarme un pollo que si tengo cosquillas!

NIEVES. ¡El mío!

ISABEL. ¿Cómo el tuyo?

CECILIA. Uno que le ha preguntado lo mismo á ésta.

ISABEL. ¿Es de veras?

MATILDE. ¿Pero ese hombre no sabe otra cosa?

IRENE. ¿Será *masagista?*

ISABEL. ¡Por lo visto!

MERCEDES. Yo voy á pensar una contestación para cuando me lo pregunte á mí.

DON LEONCIO. Pues mira, yo te la daré. «Señorita, ¿tiene usted cosquillas?» «No, señor; yo no tengo cosquillas; pero mi mamá, aquí presente, sí.» Y con tal motivo, lo presentas á tu mamá... y ya es un paso para que entre en la casa.

ISABEL. No hay que burlarse; cada hombre tiene su ideal amoroso. Después de todo, vale más que lo diga. Por lo menos, es franco y leal; se presenta ya con las cosquillas en la mano.

JULIA. Tienes razón. Y por ahí se empieza. Así empezó Jorge.

NIEVES. ¿Cómo así?

JULIA. Con toda sinceridad. Recuerdo que me dijo de pronto: «Me gusta usted infinitamente más que Wagner.» Y aquella salida me hizo gracia... y ya veis. Claro que esto sólo fué el principio; pero lo digo á propósito de lo que hablamos. Luego vi lo bueno que era, lo que me quería... Estoy muy contenta: estoy segura de que seré dichosa al lado suyo.

DON LEONCIO. Bien puedes estarlo.

JULIA. ¿Cree usted?

DON LEONCIO. Á pies juntillas. En el matrimonio, con que uno quiera ser dichoso, ya lo son los dos. La paz estará asegurada, si el enemigo no encuentra con quién pelear.

NIEVES. Ésa es una verdad muy grande. En mi casa lo veo: tengo un tío que siempre va buscando camorra; y como todos le seguimos la corriente, se echa á la calle á desfogar.

DON LEONCIO. Siempre recuerdo á este propósito aquella frase que se le atribuye á un gran

poeta, á quien le preguntaron: «Don Fulano, ¿pero usted oye misa?» Y él respondió graciosamente: «Me cuesta menos que oir á mi mujer.» He aquí toda la filosofía de la paz conyugal, en concepto mío. Transigir, disimular; engañar, si es conveniente hacerlo.

ISABEL. ¿Engañar también, don Leoncio?

DON LEONCIO. ¡Pues claro, mujer! ¿Qué importa una mentira bien intencionada?

ISABEL. Si es bien intencionada, menos importa una verdad.

DON LEONCIO. No lo creas; ésas son las ideas de tu padre, que es un tarugo, incapaz de flexibilidad ninguna.

ISABEL. Incapaz de engañar á nadie, don Leoncio. La verdad, siempre la verdad; aunque hiera, aunque lastime; pero la verdad siempre.

DON LEONCIO. ¡Su padre, su padre! Lo estoy oyendo. Con una voz más argentina, pero lo estoy oyendo.

ISABEL. Tú hazme caso á mí, Julia: no le mientas nunca á tu marido... ni siquiera en sueños.

JULIA. Oh, no; no podría. Ni él á mí tampoco: me quiere mucho.

DON LEONCIO. Bueno, bueno; me parece muy bien. Mientras no haga falta...

JULIA. No hará nunca falta.

DON LEONCIO. ¡Encantado el padrino en primer lugar! Pero tú tienes veinticuatro años y yo sesenta. Y no hablemos más del negocio. Voy allá fuera, á ver cómo anda eso, y á animar á tu padre, que está el infeliz hecho un trapo.

JULIA. Sí que lo está, sí... Se queda tan solo... tan solo...

DON LEONCIO. ¡Ah, pues que se fastidie! Ése es otro cantar. Á mí no te me pongas mustia. Lo natural es que tu padre se quede aquí hecho un sauce llorón, y tú te vayas por ahí hecha una rosa con tu novio, riéndote del mundo. ¡Y así es la vida! ¡Y no la arregla ya ni el padre de ésta! ¡Las novias de hoy serán las suegras de mañana! ¡Y el que no quiera llegar á suegro, que se muera marido... y así nos deja una viudita apetitosa! Hasta luego, ahijada; hasta luego.

Se va por la derecha. Las muchachas se ríen.

ISABEL. La mitad de lo que dice no lo siente; es que se complace en coquetear con la imaginación.

JULIA. Es un burlón de marca, pero más bueno que el pan bendito.

CECILIA. Lo que debe de haber sido es un gran *farrista*, como dicen en Buenos Aires.

MATILDE. Creo que ha tenido muchas novias.

IRENE. Dichoso él.

ISABEL. Una por semana.

IRENE. Dichoso él: como yo los novios.

NIEVES. ¡Hija, qué anzuelo! ¡Un novio por semana!

IRENE. Así me divierto. Después, cuando me case, no voy á tener más que un marido para toda la vida...

NIEVES. ¡Claro!

Risas. Silencio.

JULIA. Ha pasado un ángel.

ISABEL. Será el amor, que también tiene alas.

Suspirando. ¡Ay!

JULIA. ¡Qué suspiro, Isabel!

ISABEL. Maquinalmente.

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

JULIA. ¿Qué dices?

ISABEL. ¡Qué sé yo! Una muletilla con que me he levantado esta mañana, que no se me va de la cabeza. No me toméis en cuenta nada de lo que diga, porque estoy en un estado de nervios... ¡Ay, qué martirio! ¡Parece que soy yo la que va á casarse!

NIEVES. Yo también tengo un bailecito interior...

MERCEDES. En cambio ésta...

JULIA. No me sorprende que vosotras, que tanto me queréis, estéis más inquietas que yo. No conocéis á Jorge. Es muy bueno. Pensáis en mi porvenir con la zozobra que os inspira vuestro cariño. Pero es porque no conocéis á Jorge. Es muy bueno; muy bueno. Si no fuera tan bueno, á buen seguro que me quisiera como me quiere. Los malos no quieren, ¿verdad?

ISABEL. Dicen que quieren... Como los otros... Pero vaya usted á saber cuál es bueno ó es malo, y cuál quiere de veras ó cuál no. ¡Jesús, qué tonta estoy! Me he empeñado en poneros tristes.

MATILDE. Estás filósofa.

ISABEL. Estoy inaguantable.

CECILIA. ¿Quién viene?

Por la derecha llegan MOYITA y JUAN MARÍA.

MOYITA. Aquí hay dos intrusos de confianza.

JULIA. Pasen, pasen. Estábamos hablando mal de los hombres.

JUAN MARÍA. ¿De todos, Julia?

JULIA. Menos de uno.

JUAN MARÍA. Pues hoy, en salvándose ése, que perezcan todos los demás.

Isabel no puede ocultar su desasosiego desde que aparece Juan María. Al fin, con un pretexto, se retira por la izquierda.

ISABEL. Bueno, Julia, hasta ahora. Voy á ver si ha llegado más gente.

JULIA. Hasta ahora, Isabel.

Juan María se da cuenta de que Isabel le huye, y la ve alejarse, disimulando su contrariedad.

MOYITA. ¿Y qué pensará usted que nos trae, lindísima novia?

JULIA. Usted dirá, Manolo.

MOYITA. Una pretensión modestísima. La de que nos dé usted el primer alfiler que se quite después de la ceremonia, para que Juan María, que se quiere casar este año, se lo clave á Jorge. ¡Je!

JULIA. El primero ya no puede ser: está comprometido. ¡Compadezco á Jorge! ¡Cómo me lo van á poner á alfilerazos!

NIEVES. Hecho un acerico materialmente.

JULIA. ¡Yo no sé los alfileres que me han pedido ya!

MERCEDES. Pero ¿es cierto que piensa usted en casarse?

JUAN MARÍA. Lo piensa Moyita por mí.

MATILDE. ¿Tiene usted ya novia?

MOYITA. Yo corro con todo: soy su agente.

IRENE. ¿Sabe usted mis señas, Moyita?

NIEVES. ¡Claro! Como á usted le ha ido tan bien con Aurora...

JULIA. Y á los dos les sale á la cara la felicidad.

MATILDE. Aurora está guapísima.

NIEVES. Siempre lo fué; pero, vamos, con el matrimonio ha ganado mucho.

MOYITA. ¡Quien ha ganado he sido yo!

CECILIA. ¿Sí?

MOYITA. Sí. Pásmese usted: he ganado seis kilos.

NIEVES. ¿Pesaba usted cuatro?

Risa general. La cara de Moyita es un sol de dicha en este momento. Pero la dicha dura poco.

MOYITA. ¡Ay, qué buena sombra!

NIEVES. Oiga usted, Moyita: ¿y todavía... estamos como estábamos?

MOYITA. ¿Eh?

MERCEDES. Yo creo que sí.

MATILDE. Notársele no se le nota nada.

NIEVES. ¿De manera que no hay novedad?

IRENE. ¿No hay novedad?

MOYITA. Amargadísimo. ¡No hay novedad!

JUAN MARÍA. ¡Ni la habrá nunca! ¿Quién piensa ya en eso? ¡Ese asunto huele ya á cosa añeja! ¡Válgame Dios y qué falta de gracia!

MOYITA. Nervioso. Mira, mira, mira... Te advierto que... En fin, no quiero hablar... todavía.—Aquí está el padrino.

Vuelve DON LEONCIO por donde se marchó.

DON LEONCIO. En efecto: aquí está el padrino, honrado con serlo de tan gentil muchacha, y aquí está el brazo del padrino para conducirla ya sin perder minuto adonde esperan un altar, un sacerdote y un novio.

JULIA. ¿Ya?

DON LEONCIO. Sí, hija mía, ya.

JULIA. Dándole el brazo á don Leoncio. Pues vamos.

DON LEONCIO. Vamos.

NIEVES. Sin poder ahogar un suspiro. ¡Ay!

Se marchan por la derecha en silencio. Las cinco amigas los siguen lo mismo, llenas de emoción Juan María y Moyita contemplan la marcha, también silenciosos.

JUAN MARÍA. Hablando al fin, cuando se queda solo con Moyita. Me da lástima de esa niña, Manolo. Seamos sinceros: nuestro amigo Jorge no se la merece. ¿Verdad?

MOYITA. Distraído. ¿Cómo?

JUAN MARÍA. Ah, pero ¿no me oyes?

MOYITA. ¡Ni oigo á mi padre, cuando me ocurren ciertas cosas! Que me lo pregunten los hombres, malo; pero que me lo pregunten las mujeres, me vuela.

JUAN MARÍA. ¿El qué?

MOYITA. ¡Si hay novedad ó no hay novedad! Pero anda, que... Bueno. No quiero echar roncas. Á las mujeres me dan unas ganas de decirles... Claro que no se lo debo decir; pero me dan unas ganas de decirles... Naturalmente que no sería correcto; pero me dan unas ganas de decirles... Á Juan María que, sin atenderlo, mira hacia la izquierda. ¿Qué haces tú?

JUAN MARÍA. ¿Á ti qué te importa? Ocúpate de tus... asuntos, y déjame á mí. El deber de todo ciudadano es constituir una familia.

MOYITA. ¡Canastos! ¡Vais á concluir por amargarle el matrimonio al único casado que no se la pega á su mujer! ¡El único! ¿Y sabes tú lo que te digo yo ahora, dejando mis asuntos, como les llamas tú, para meterme un poco en los tuyos? Que á mí no me la das: que tengo tu secreto.

JUAN MARÍA. ¿Eh?

MOYITA. ¿Hola? Parece que te he llegado á lo vivo. Pues, sí, señor: tengo tu secreto.

JUAN MARÍA. ¿Cuál? Porque son tantos...

MOYITA. El que te preocupa hoy por hoy. Estás sin estar en ti. Todo el mundo lo atribuye á la nerviosidad natural del casamiento de un íntimo amigo. Yo no: yo sé que no es eso.

JUAN MARÍA. Bajando instintivamente la voz. Pues ¿qué sabes tú?

MOYITA. Lo mismo. Yo sé, porque llevo atando cabos toda la mañana, que tu novia de esta primavera es ésa que se fué por ahí: Isabel Lozano.

JUAN MARÍA. Calla.

MOYITA. ¿Ves cómo lo sé? Sé también, porque no en balde estuve y estoy enamorado, y el amor iguala á los tontos y á los discretos, que tú reñiste con ella creyendo que olvidar es saltar de una flor á otra sin más trabajo que batir las alas; y á pesar de tu experiencia de las mujeres y del mundo, esta vez te engañaste, y cuando te encuentras con ella se te alborota el corazón.

JUAN MARÍA. No es eso.

MOYITA. Sí es eso.

JUAN MARÍA. Como quieras. Te confieso que no me agrada que si me acerco á ella me vuelva la espalda bruscamente. ¿Por que terminara nuestro amor va á terminar también nuestra amistad? No hay más que esto en lo que has observado.

MOYITA. Sí, sí.

JUAN MARÍA. La amistad entre hombre y mujer, ó va camino del amor ó por él ha pasado ya. Y créeme: esta amistad *á posteriori* es un sentimiento finísimo, de un perfume suave, de una dulzura con dejo amargo que á mí me deleita paladear.

MOYITA. Pues á ella se conoce que no.

JUAN MARÍA. Se conoce.

Dentro, hacia la derecha, principia á oirse música lejana, como acompañamiento de la ceremonia nupcial.

MOYITA. ¿Oyes, Juan María? Nuestro amigo Jorge va á casarse.

JUAN MARÍA. Es verdad. Allí está nuestro puesto ahora.

MOYITA. Vamos.

Se van por la derecha.

Atraída por el rumor de la música vuelve por la izquierda ISABEL.

ISABEL. Ya parece que empieza la ceremonia. No hay ninguna más breve... ni que más dure. Me falta valor para presenciarla en este caso. ¡Pobre Julia! Se la lleva un hombre que tiene el corazón podrido.

¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

Por algo me han despertado á mí esta mañana estos versos... Y son de él... del otro... ¡del que creí que era mío! Silencio. ¡Pobre Julia! ¡Pobre criatura! Abstraída y como impulsada por sus sentimientos, dice melancólicamente los versos que le llenan el alma.

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;
era, á su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.
Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del verjel,
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

—

Á la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.
Y al notar el jardinero
que faltaba en el rosal,
cantaba así plañidero,
receloso de su mal.

—

—Rosa la más delicada
que por mi amor cultivada
nunca fué;

rosa la más encendida,
la más fragante y pulida
que cuidé;
blanca estrella que del cielo
curiosa de ver el suelo
resbaló;
á la que una mariposa
de mancharla temerosa
no llegó:
¿Quién te quiere? ¿quién te llama
por tu bien ó por tu mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿Que es traicionero
el amor?
¿Que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?
¿Bajo qué cielo caíste?
¿Á quién tu tesoro diste
virginal?
¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernal?
¿Quién te cuida con esmero
como el viejo jardinero
te cuidó?
¿Quién por ti sólo suspira?
¿Quién te quiere? ¿Quién te mira
como yo?

¿Quién te miente que te ama
con fe y con ternura igual?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida á la ventura
ó al dolor?
¿Qué faltaba á tu recreo?
¿Qué á tu inocente deseo
soñador?
¿En la fuente limpia y clara,
espejo que te copiara
no te di?
¿Los pájaros escondidos,
no cantaban en sus nidos
para ti?
¿Cuando era el aire de fuego,
no refresqué con mi riego
tu calor?
¿No te dió mi trato amigo
en las heladas abrigo
protector?
Quien para sí te reclama,
¿te hará bien ó te hará mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

—

Así un día y otro día,
entre espinas y entre flores,

el jardinero plañía
imaginando dolores,
desde aquel en que á la fuente
un caballero llegó,
y la rosa dulcemente
de su tallo separó.

Queda en silencio unos instantes. La música lejana, cesa á poco. Luego, prestando oído hacia la derecha, dice:

Me he distraído... La ceremonia ha debido de concluir hace un rato. Sí; en efecto... siento el rumor de besos y felicitaciones. Voy allá.

En este momento llegan DON LEONCIO, JORGE, MOYITA y RAFAEL. Moyita viene todavía abrazando á Jorge.

DON LEONCIO. Por aquí, Jorge; por aquí.

MOYITA. Chico, chico, ¡la vida del hombre bueno!

ISABEL. Deteniéndose. ¡Oh, Jorge! Mil felicidades.

JORGE. Muchísimas gracias, Isabel.

DON LEONCIO. ¿No has estado tú en la capilla?

ISABEL. No, señor. Poquedad de ánimo. Igual me ocurre siempre.

JORGE. ¿Le asustan á usted los matrimonios?

ISABEL. Me asustan.

RAFAEL. La verdad es que el acto es cortito, pero le encoge el corazón al más terne. Lo confieso.

JORGE. ¡Pues ya me has visto á mí!

RAFAEL. Ya, ya te he visto. Empezaste con una sonrisita de hombre jovial y despreocupado, y acabaste con una cara de á metro. ¡Más serio que mi coronel!

Risas.

JORGE. ¡Bah! Visiones tuyas. ¡Pues á fe que me dan un palo! ¡Me llevo la cara más bonita que ha venido de Cuba!

DON LEONCIO. Anda, anda á mudar de traje, para que os escapéis en seguida. Todos los abrazos que ahora des tú y todos los besos que dé tu novia... es gastar la pólvora en salvas.

MOYITA. ¡Dice bien don Leoncio!

JORGE. Hasta luego, Isabel.

ISABEL. Hasta luego, Jorge.

MOYITA. ¡Ya eres de los míos, buena pieza!

Se van por la izquierda. Por la derecha salen NIEVES y CECILIA.

ISABEL. Venid acá; contadme. ¿Y Julia?

NIEVES. Se está cambiando de vestido.

CECILIA. Pero ¿tú no la has visto casarse?

ISABEL. No.

NIEVES. Mujer, eres tonta. Pues mira, ella muy serena, pero muy serena.

ISABEL. ¿Y él?

CECILIA. Él muy pálido. La procesión iba por dentro.

NIEVES. ¿Tú te fijaste? Parecía que iba adelgazando, á medida que el obispo le leía la Epístola.

CECILIA. ¡Y qué bien la ha leído el buen señor!

NIEVES. ¡Y qué bonitas palabras dijo luego!

CECILIA. ¡Y qué joven es para ser obispo!

NIEVES. Sí; pero yo hubiera traído otro.

ISABEL. ¿Otro obispo?

NIEVES. Otro en vez de ése: menos colorado, menos robusto.

ISABEL. ¿Por qué?

NIEVES. Mujer, porque si se fijan los muchachos en que el único hombre que seguramente no se casa, goza de tan buena salud... ¡cualquiera los decide! Ellos que necesitan poco...

ISABEL. ¡Ja, ja, ja!

CECILIA. ¡Qué cosas se le ocurren á ésta!

Salen por la derecha MATILDE y JUAN MARÍA.

MATILDE. Nada, nada, no se me escapa usted.

JUAN MARÍA. Si no quiero escaparme, Matilde.

CECILIA. ¿Qué es eso?

MATILDE. Que me va á escribir unos versos en el abanico.

CECILIA. ¿Ahora?

JUAN MARÍA. Ahora.

CECILIA. Ay, pues yo no quiero ser menos.

JUAN MARÍA. Ni yo quiero que usted lo sea.

NIEVES. ¿Y yo, voy á quedarme desairada?

JUAN MARÍA. ¡No faltaría más! Habrá consonantes para todas. Y para ti también, Isabel.

ISABEL. Gracias. Ya tengo versos tuyos.

MATILDE. ¡Qué suerte, hija!

ISABEL. La misma que vosotras... Porque improvisa que es un asombro. Ya veréis...

NIEVES. Á Isabel, cogiéndole el abanico que lleva. ¿Aquí te ha escrito algo?

ISABEL. No; en éste, no.

JUAN MARÍA. ¿No es en ése? Á verlo. Nieves se lo entrega. Isabel reprime un movimiento de protesta. Pues es muy lindo. Y el país es muy á propósito para escribir en él.

ISABEL. Bien, bien; tráelo.

JUAN MARÍA. ¿Quieres que te lo firme?

ISABEL. No quiero cansarte el ingenio... del que ya me has dado grandes pruebas.

JUAN MARÍA. ¿Te burlas? Pues con tu permiso, aunque me fatigue, te pondré en él algún piropo.

ISABEL. Disimulando su contrariedad. Allá tú. Pero date prisa, que quiero estar un rato con Julia.

JUAN MARÍA. ¡Oh! Las cosas se han de hacer por orden. Primero el de Matilde, que ha sido la de la ocurrencia. Todo ello no pasará de diez minutos.

MATILDE. Pues á ver si se luce usted.

Juan María se sienta ante una mesita escritorio, sin soltar ya un momento el abanico de Isabel. Sucesivamente va firmando los de las amigas.

JUAN MARÍA. Ojalá acierte á escribir algo digno de que sus ojos lo lean.

MATILDE. ¡Ay, qué galante!

Escribe Juan María.

NIEVES. ¿Qué tienes tú, Isabel?

ISABEL. ¿Yo? Nada.

NIEVES. ¿Te ha disgustado que le dé tu abanico?

ISABEL. No. ¡Qué disparate!

NIEVES. Creí.

JUAN MARÍA. Oiga usted, Matilde. Leyendo

En el cielo hay una estrella
que brilla como ninguna:
la luna la envidia á ella,
y á ti la estrella y la luna.

MATILDE. ¡Mira qué bien! Un millón de gracias, Juan María.

CECILIA. Sí que son bonitos de veras.

NIEVES. ¡Y qué facilidad!

ISABEL. Estos poetas son el diablo. No les cuesta trabajo, ni la verdad, como en esta ocasión, ni la mentira, como otras veces.

MATILDE. Se los voy á enseñar á mi hermana. Vase corriendo.

CECILIA. Ahora me toca á mí.

JUAN MARÍA. Sí, por cierto; á usted.

ISABEL. Pues dame entre tanto mi abanico, que tengo un calor...

JUAN MARÍA. Dándole el de Nieves. Toma.

ISABEL. Éste no es el mío.

JUAN MARÍA. Pero hace aire, que es para lo que lo quieres tú.

ISABEL. Eso sí. Se abanica con rabia.

NIEVES. Mejor sería que le hubiera usted dado el suyo; porque me lo va á hacer añicos. Estás hoy rarísima de nerviosa y de tonta.

CECILIA. Sí que lo está.

ISABEL. Será el tiempo.

JUAN MARÍA. Señorita Cecilia: atención

CECILIA. ¿Ya?

JUAN MARÍA. Ya, ya.

CECILIA. Son disparos.

JUAN MARÍA. Leyendo.

Tu abanico es mariposa
que en tu mano se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más bonita no encontró.

CECILIA. ¿De verdad? ¡Qué fino es usted y qué bien dice las finezas!

NIEVES. ¿Le quedarán á usted flores para mí?

ISABEL. Pierde cuidado; tiene para todas. Toma el abanico.

NIEVES. Entregándoselo á Juan María. Tenga usted.

Llega MATILDE con dos abanicos más. La impaciencia de Isabel aumenta.

MATILDE. Usted va á decir que es un abuso; pero no hay más remedio que poner en estos dos cualquier tontería.

JUAN MARÍA. ¡Matilde!

MATILDE. Al que se hace de miel... Éste es de mi hermana: va todavía con el traje corto.

JUAN MARÍA. Bueno.

MATILDE. Y éste de Manolita Ruiz.

NIEVES. Mira, no lo distraigas, que está ya pensando mis versos.

CECILIA. Oye los que me ha puesto á mí.

MATILDE. Á ver.

CECILIA. Leyendo.

Tu abanico es mariposa
que en tu mano se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más bonita no encontró.

MATILDE. Lo que más me encanta es lo á propósito que son todos ellos.

JUAN MARÍA. ¿Nievecitas?

NIEVES. Como se haya usted quedado corto lo mato.

JUAN MARÍA. Leyendo.

Tersa, alegre, blanca y fina,
en apariencia es igual
la nieve á la sal marina.

Dime tú, Nieves divina,
si eres nieve, ó eres sal.

NIEVES. No se ha quedado corto.

ISABEL. Pero eso mismo se lo has puesto ya á otra.

NIEVES. ¿Eh?

JUAN MARÍA. No, no se alarme usted, Nievecitas; no tengo esa mala costumbre. Es que Isabel hoy tira con bala. Aunque yo quisiera, no podría decirles á dos mujeres la misma cosa, porque olvido con facilidad lo que escribo.

ISABEL. Sí; lo he observado. Escribes y olvidas con la misma facilidad.

JUAN MARÍA. Es que sería un suplicio para mí recordar todo cuanto he escrito.

ISABEL. También convengo en ello. Mira si te doy la razón.

MATILDE. Ea, pues ande usted con el abanico de mi hermana.

ISABEL. No, no; primero el mío: le ha llegado su turno.

JUAN MARÍA. Los últimos serán los primeros, Isabel. Contigo tengo más confianza. Dispensa.

NIEVES. Voy á leerle esta preciosidad al ganso que me preguntó lo de las cosquillas.

CECILIA. Te acompaño, que quiero conocerlo.

NIEVES. Poeta, ¿le traigo á usted una copita de *champagne?*

JUAN MARÍA. Allá iré yo á tomarla con ustedes.

NIEVES. Que lo esperamos, ¿eh? Se va charlando con Cecilia.

JUAN MARÍA. Matilde, para su hermanita.

MATILDE. ¡Pero qué pronto! Echa menos tiempo que en retratarse. Léamelo usted.

JUAN MARÍA. Obedeciéndola.

Tengo en mi huerto una rosa
primorosa,
rosa de pitiminí;
y oye, chiquilla preciosa,
una cosa:
mi rosa es igual á ti.

MATILDE. ¡Lindísimos! Se va á volver loca la mocosilla.

JUAN MARÍA. ¿Y quién es la dueña del otro?

MATILDE. Manolita Ruiz.

JUAN MARÍA. No la recuerdo. ¿Es guapa?

MATILDE. Psche.

JUAN MARÍA. ¿Tiene bonitos ojos?

MATILDE. Psche.

JUAN MARÍA. ¿Tiene bonita boca?

MATILDE. Psche.

JUAN MARÍA. Pues ¿qué tiene, entonces?

MATILDE. Tiene... tiene el novio fuera de Madrid.

JUAN MARÍA. ¡No hablemos más! ¡Nos hemos salvado!

MATILDE. Á Isabel. Ni que sean guapas, ni que sean feas, se apura él. Siempre encuentra salida.

ISABEL. Sí; pero prefiere que sean guapas.

MATILDE. Y hay que alabarle el gusto, ¿no?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Tome usted, Matildita; y por Dios, no me traiga más.

MATILDE. Esté usted tranquilo. ¿Qué le ha puesto?

JUAN MARÍA. Algo, con motivo del novio ausente.

Leyendo.

He de pedir en la Audiencia
para todo malhechor,
que lo condenen á ausencia,
que no hay castigo mayor.

MATILDE. ¡Qué bien está! Va á llorar de alegría; porque ella es un poquillo sensible. ¿Y todo esto lo saca usted de su cabeza?

JUAN MARÍA. No tengo otro sitio de donde sacarlo, señorita.

MATILDE. ¡Qué guasón! Pues nada, muchísimas gracias, muchísimas gracias y muchísimas gracias.

JUAN MARÍA. No las merece.

MATILDE. Y ahora, á hacer entrega de las joyas. ¿Vienes, Isabel?

ISABEL. Así que rescate mi abanico.

MATILDE. Es verdad. Se va por la derecha.

Por la izquierda vuelve DON LEONCIO y se va por la derecha también.

DON LEONCIO. ¿Qué hacéis aquí como dos pasmarotes? Venid allá á beber una copa. Yo voy por Julia. Mi misión no acaba hasta que se fuguen los novios. ¿Qué es eso, no venís?

JUAN MARÍA. Ya vamos, ya.

DON LEONCIO. ¡Ah! bueno.

ISABEL. Con resolución, apenas se marcha don Leoncio. Dame el abanico.

JUAN MARÍA. ¿El abanico?

ISABEL. Sí.

JUAN MARÍA. Perdona. Lo he retenido en mi poder porque quería hablarte.

ISABEL. ¿Hablarme? ¿De qué?

JUAN MARÍA. ¿No crees que haya nada que hablar entre nosotros?

ISABEL. Hombre, entre dos personas que se tratan y que se encuentran, siempre hay que hablar algo, naturalmente. Hablemos, si quieres, de lo que aquí nos ha traído: de Julia, mi amiga; de su novio, tu amigo; de la boda de ambos; de la suerte que pueden correr... de todo ello podemos hablar. Pero comprende que para venir á semejante conversación, que nace espontáneamente de las circunstancias, no era necesario el ingenioso ardid de quedarte con mi abanico.

JUAN MARÍA. Como he pretendido acercarme á ti dos ó tres veces... y has huído...

ISABEL. ¿Que yo he huído, Juan María? ¿Huir yo de ti? Mira, nada tengo de literata, pero creo que la idea de huída lleva por delante la de temor. ¿Y por qué he de temerte yo, criatura? ¿En qué cabeza cabe? No es esto dudar de que seas temible: pero yo no te temo.

JUAN MARÍA. Ni lo soy ni hay por qué me temas. Quise decirte que donde quiera que yo he entrado me has vuelto la espalda.

ISABEL. Eso, sí: pero eso, lejos de ser cobardía

ni desdén, ha sido generosidad. Pensé que mi presencia encendería tal vez tus recuerdos, y como eres hombre de corazón sensible, librándote de ella esquivé el molestarte.

JUAN MARÍA. Hay recuerdos que, aunque lastimen, gusta saborearlos.

ISABEL. ¿Ah, sí? ¿Te gusta darte con la badila en los nudillos? Dispensa: la frase no es todo lo poética que mereces tú, pero se me ha venido á los labios.

JUAN MARÍA. Al pasar por ellos se hace poética, Isabel.

ISABEL. Ahí tienes: esa tuya es bastante cursi. ¿Ves cómo te trato con confianza, tonto?

JUAN MARÍA. Eso quiero: que no haya entre nosotros resquemor ninguno.

ISABEL. ¡Ninguno! ¿Por qué?

JUAN MARÍA. Que seamos los amigos de antes.

ISABEL. Los de antes, no: los de ahora. Hay que vivir el momento presente: mil veces me lo has dicho.

JUAN MARÍA. Si entre nosotros, en rigor, no ha pasado nada...

ISABEL. Ya no estamos conformes. Entre nosotros ha pasado mucho... mucho: pero ha pasado.

JUAN MARÍA. ¿Ha pasado?

ISABEL. ¿Y tú me lo preguntas? ¿Y tú te precias de conocer mi corazón? No había para qué remover las cenizas de aquello que vanamente llamábamos nuestro cariño. Nuestro: de los dos. ¡Qué tontería! Pero ya que estoy regalándote el oído, porque te hablo de lo que tú querías hablar, te diré

lo que con tu cariño hice cuando recibí el desengaño; y te lo diré con palabras de un poeta que tenía más corazón que tú:

Como se arranca el hierro de una herida
tu amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí al hacerlo que la vida
me arrancaba con él.

JUAN MARÍA. ¿Te arrancabas con él la vida?

ISABEL. Sí. ¿Cómo he de negarlo? Sería tan falsa como tú eres. Pero supe arrancármelo y vivir.

JUAN MARÍA. Isabel...

ISABEL. No es ocasión de defenderte: no te oigo. Tú ya no eres aquél, ni puedes serlo. Yo, como es lógico, tampoco puedo ser aquélla. Ahora somos los dos amigos entre quienes no ha pasado nada, según tú pretendías. Pero como no se trata de personas enteramente vulgares, hay en nuestra amistad una circunstancia curiosa: que tú me conociste á mí hace algunos años, y yo no te he conocido á ti hasta hace algunos meses.

JUAN MARÍA. No me has conocido, Isabel: te engañas por completo. Y si me has conocido, me juzgas mal.

ISABEL. Te juzgo mal precisamente porque te he conocido. Pero no debemos insistir sobre cosa que ya está resuelta. Tú eres quien eres y yo soy quien soy: por eso estamos como estamos. ¿Qué me pides ahora? ¿Mi amistad? ¿Mi trato afectuoso? Nunca pensé negártelos.

JUAN MARÍA. Yo temí que sí.

ISABEL. Pues ya has visto que no.

JUAN MARÍA. Pues era cuanto yo quería.

ISABEL. Pues que sea enhorabuena. Eres el ser más dichoso del mundo: lo que sueñas, lo que consigues.

JUAN MARÍA. Es verdad. Por eso algunas veces me espanta, como á niño mimado, la idea de tener un sueño y no conseguirlo.

ISABEL. ¡Ay, Juan María! No todo han de ser flores y revolar de mariposa. Día llegará en que las lágrimas te quemen los ojos.

JUAN MARÍA. ¿Crees que aún no he llorado nunca, Isabel?

ISABEL. Sí; pero..., *en verso*.

JUAN MARÍA. *En poeta* me pediste en alguna ocasión que te hablara.

ISABEL. Hablar no es llorar, Juan María. Las lágrimas no han menester de poeta mentiroso que las adorne. Suben del corazón á los ojos... y ya son poesía.

JUAN MARÍA. ¿Y si son de amor?

ISABEL. Poesía de poesía. Pero es cercado en que no deben entrar dos amigos.

JUAN MARÍA. ¿Ni por curiosidad?

ISABEL. La curiosidad es condición femenina, y aquí la mujer está curada de ella. Conservémonos, pues, en el terreno de nuestra apacible amistad.

JUAN MARÍA. Bueno, pues... la amistad no consiste sólo en palabras.

ISABEL. Ni la amistad ni nada.

JUAN MARÍA. Hemos convenido en concretarnos á la amistad.

ISABEL. ¿Y qué? ¿Ya quieres pruebas de la mía?

JUAN MARÍA. Una quiero; sí.

ISABEL. Habla.

JUAN MARÍA. Mi padre, como sabes, no sale de casa por las noches en cuanto refresca. Los buenos amigos van á hacerle un rato la tertulia. El año pasado ibas tú con tu padre: este año, hasta ahora, no has ido. ¿Irás?

ISABEL. Iré. Ya te he dicho antes lo que me impulsaba á alejarme de ti. ¿Deseas otra prueba?

JUAN MARÍA. Te agradezco la que me das.

ISABEL. ¿Y te hallas dispuesto á corresponderme?

JUAN MARÍA. ¿Lo dudas?

ISABEL. Sí. ¿No ves que te conozco?

JUAN MARÍA. Pídeme lo que quieras.

ISABEL. Primero, el abanico, que todavía no me has devuelto.

JUAN MARÍA. Tómalo.

ISABEL. Y después la promesa de entregarme también el único recuerdo mío que aún conservas.

JUAN MARÍA. No sé á qué te refieres.

ISABEL. Sí lo sabes. Cuando me devolviste mis cartas te quedaste con un retrato. Como es mío, lo quiero.

JUAN MARÍA. ¿Y si se me hubiese perdido?

ISABEL. Sería el complemento de tu hazaña. Pero no mientas: no se te ha perdido. Sé que está en tu despacho, entre otros.

JUAN MARÍA. No está entre otros.

ISABEL. Pero está allí, y donde debe estar es en mi casa.

JUAN MARÍA. Pues perdónale á nuestra apacible amistad—como la has llamado — esta primera falta; pero no te lo doy.

ISABEL. ¿Que no?

JUAN MARÍA. No. De mi cuarto de trabajo no sale.

ISABEL. Eso, ya lo veremos.

JUAN MARÍA. Ya lo verás.

Por la derecha vienen DON LEONCIO y JULIA, y las AMIGAS de ésta, y casi al mismo tiempo, por la izquierda, JORGE y sus AMIGOS. Los recién casados en traje de viaje.

DON LEONCIO. Vamos, vamos; no te entretengas.

ISABEL. ¡Julia!

JULIA. ¡Isabel! Te echaba de menos.

Se abrazan fuertemente y se besan.

ISABEL. ¿Á qué decirte lo que yo deseo para ti?

JORGE. Julita: tu padre está en el coche aguardándonos hace un cuarto de hora.

JULIA. Pues vamos en seguida. Adiós, Isabel.

ISABEL. Adiós, Julia.

Vuelven á abrazarse y á besarse con efusión.

Después, Julia se despide asimismo de los demás.

JORGE. Abrazando también á sus amigos. ¡Adiós, Rafael!

RAFAEL. ¡Adiós, chico: que te portes mejor que Moyita!

MOYITA. ¡Qué pesados sois!

JORGE. ¡Moyita insigne!

MOYITA. ¡Aprieta, muchado! ¡Me das un gran día con tu casamiento!

JORGE. ¡Poeta: salud, inspiración... y á imitar mi ejemplo cuanto antes!

JUAN MARÍA. ¡Se tendrá presente el consejo! ¡Adiós!

DON LEONCIO. Vamos, vamos... que el suegro espera... y todavía es pronto para darle disgustos.

JORGE. Adiós, Isabel.

ISABEL. Vaya usted con Dios, hombre afortunado.

JULIA. ¡Adiós, adiós á todos!

ISABEL. ¡Adiós!

JORGE. Dándole el brazo á Julia. ¿Eh? ¿Me voy con alguien? ¡Hasta la vuelta!

JUAN MARÍA. ¡Hasta la vuelta!

RAFAEL. ¡Adiós!

MOYITA. ¡Adiós!

Se van por la derecha don Leoncio, Julia y Jorge.

JUAN MARÍA. ¡Ay! Ciertamente es hermoso: hermoso y envidiable. Elegir una mujer entre todas... y cruzar la vida de su mano.

ISABEL. ¿Qué sabes de eso tú?

JUAN MARÍA. ¡Isabel!

MOYITA. Tiene muchísima razón: ¿tú qué sabes de eso?

NIEVES. Señalando hacia el jardín. ¡Allá van!

Todos miran y los saludan.

MOYITA. ¡Adiós!

RAFAEL. ¡Adiós, Jorge!

NIEVES. ¡Adiós, Julia!

TODOS. ¡Adiós! ¡adiós!

ISABEL. ¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?...

RAFAEL. Á Juan María. ¡Compañero! ¡Nos huele

la cabeza á pólvora! ¡Es el segundo de la partida que cae!

JUAN MARÍA. ¡El segundo!

MOYITA. ¡El segundo! ¡Y como tenga un hijo el año que viene... yo me tengo que marchar de Madrid!

TODOS. Á los novios, saludándolos por última vez. ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Estudio de Juan María en su casa. Una puerta al foro, hacia la derecha, y otra á la izquierda del actor. En el centro la mesa de trabajo. Muebles severos y elegantes. Estanterías abiertas llenas de libros. Ante ellos, en algunas tablas, retratos de mujeres en fotografía. Cuadros de pintores modernos. En un rincón, sobre una columna, una reproducción de la Venus de Milo. Es de noche. Luces.

JUAN MARÍA está sentado leyendo en un libro. Á poco LAURO, con traje dominguero y sombrero en mano, se presenta en la puerta del foro.

LAURO. ¿Hay permizo?

JUAN MARÍA. Adelante, Lauro.

LAURO. ¿No te estorbo?

JUAN MARÍA. Al contrario, hombre: me distraes. ¿Has cenado ya?

LAURO. Ahora mesmo.

JUAN MARÍA. ¿Vienes de despedida?

LAURO. Justamente. Mañana por la mañana pito pa *Los Rozales* otra vez.

JUAN MARÍA. Poco te gusta estar en Madrid.

LAURO. No es que me guste ni que me dijuste,

zino que á lo que vengo, vengo. Arreglé mis cuentas con tu padre, nos convinimos en lo que ze ha de hacé en la güerta nueva, me entregó los cuartos precizos... y espachao.

JUAN MARÍA. Bien, hombre, bien.

LAURO. Además, ¿tú zabes las cartas que estoy yo recibiendo de mi Dolores? ¡Jozú! Dolores ze cree que yegá á Madrí, dá er biyete en la puerta e la estación y cogé una pormonía, es to la misma coza.

JUAN MARÍA. Así lo creen muchos andaluces.

LAURO. ¡Zi quería darme argodones pa que me tapara hasta la narí! Y ezo que er rigó del ivierno va ya pazao.

JUAN MARÍA. ¿Y por qué no te acompañó para estar más tranquila?

LAURO. ¿Dolores? Bájate der macho que te vas á canzá. Ni por una esportiya de onzas de oro paza un *túnele*. Yo no zé qué jinojo ze le ha figurao á eya con los *tunes;* pero no paza un *túnele* zi la matan.

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

LAURO. Con que azí es que, ya que he rematao, me güervo á escape pa que le zarga er zusto der cuerpo. ¿Te veremos por ayá esta primavera?

JUAN MARÍA. No sé; todavía no lo sé.

LAURO. Pos la pazá no te fué malamente.

JUAN MARÍA. ¡Ah! no.

LAURO. ¿Te acuerdas de la noche que me mandaste aparejá la jaca... y zi no ando vivo e la vista toavía está la jaca aparejá y yo esperándote en la verja?

JUAN MARÍA. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

LAURO. Tu conquista de aqueya noche ze caza.

JUAN MARÍA. ¿Quién?

LAURO. Frasquita la del estanco: la viuda.

JUAN MARÍA. ¿Se casa otra vez la viuda?

LAURO. Otra vez. ¡Y las que le quean!

JUAN MARÍA. Los hay valientes. Éste es el tercero.

LAURO. Er tercero. Y er pobrecito va á durá menos que un eclize.

JUAN MARÍA. Casarse con una mujer así e una de las formas más agradables del suicidio.

LAURO. Riéndose. Amarra er carnero, que aquí hay yerba. Ahora has tenío gracia. Silencio. Lo que me ha dicho tu padre que acabó, fué lo otro.

JUAN MARÍA. ¿Lo otro?

LAURO. Lo formá: lo zerio: lo que por poco me tiene á mí en la verja hasta el amanecé.

JUAN MARÍA. Ah, sí. Acabó enteramente.

LAURO. Pero, ¿arrancaste las raíces ó cortaste la mata na más?

JUAN MARÍA. Las raíces eran tan tiernas todavía que no me costó gran trabajo arrancarlas.

LAURO. Porque tú lo dices lo creo; pero me he engañao. Er cariz de la coza era otro.

JUAN MARÍA. ¿Sí? ¿Cuál era el cariz?

LAURO. Er cariz era er de ezas zemiyas que no brotan á fló de tierra hasta que no están bien agarrás por abajo.

JUAN MARÍA. Ya. Pues no, no: aquello vino y se fué con las golondrinas.

LAURO. Las golondrinas güerven.

JUAN MARÍA. Algunas, no. Ésta, no.

LAURO. Señalando un retrato de Isabel que hay sobre la mesa. Por ezo te dejó un retrato.

JUAN MARÍA. Es verdad; que está ahí un retrato de ella. Lo que tú no repares...

LAURO. ¡Azí que lo tienes recatao!

JUAN MARÍA. Ahí lo puse al volver de allá... y ahí se quedó.

LAURO. Ya me lo figuro. En zu caza estuve yo el otro día con una carga e durce que me dió Dolores pa eya.

JUAN MARÍA. ¿De dulce?

LAURO. ¡Claro! ¿De qué había e zé? ¡Estoy cazao con un merengue!

JUAN MARÍA. ¿Y la viste?

LAURO. ¡Pos no que no! Una hora me entretuvo charlando. ¡No me dejaba irme! Está... está mimbreña.

JUAN MARÍA. ¿Cómo dices que está?

LAURO. Mimbreña.

Llega DON LEONCIO por la puerta del foro.

DON LEONCIO. ¿Hola? ¿De palique?

LAURO. Despidiéndome der zeñorito. Con que, ¿quiés argo pa ayá, Juan María?

JUAN MARÍA. Dale recuerdos á Dolores. Y dile de mi parte que hay muchas cosas bastante más temibles que los túneles.

LAURO. Ze lo diré.

JUAN MARÍA. Anda con Dios. Hasta que vaya yo á conocer la huerta nueva.

LAURO. No lo verán miz ojos.

DON LEONCIO. Maliciosamente. Sí; sí irá.

JUAN MARÍA. ¿Que iré?

DON LEONCIO. ¿No acabas de ofrecerlo? Irá, Lauro, irá. Tú has de ver como irá.

LAURO. Pos ezo es lo que yo dezeo. Que haya zalú. Usté y yo, don Leoncio, nos despediremos mañana. Güenas noches.

JUAN MARÍA. Que lo pases bien, Lauro.

DON LEONCIO. Adiós.

Vase Lauro por la puerta del foro, hacia la izquierda.

JUAN MARÍA. ¿Ha llegado alguien?

DON LEONCIO. Empiezan á llegar los habituales contertulios. Ahí están ya tu tía Mercedes y el general Reguera. Dos siglos y medio.

JUAN MARÍA. ¿Dos y medio?

DON LEONCIO. Sí: un siglo tu tía, otro el general, y medio siglo el bisoñé del general. Los he dejado solos para que se hagan el amor. ¿Tú sigues en la misma idea?

JUAN MARÍA. Ah, sí. Esta noche, sí. No estoy en casa para nadie.

DON LEONCIO. ¿Para nadie absolutamente?

JUAN MARÍA. Absolutamente.

DON LEONCIO. Me gusta esa entereza de carácter. Eres de roble.

JUAN MARÍA. ¿Se burla usted?

DON LEONCIO. ¡Nunca! Dios me libre.

JUAN MARÍA. No sé qué hay de ridículo, para que usted adopte esa actitud zumbona, en que yo no tenga gana de ver gente y me encierre aquí como un fraile cartujo.

DON LEONCIO. ¿Vas á trabajar?

JUAN MARÍA. Quizás... Ya veremos... Es posible...

DON LEONCIO. «Quizás .. Ya veremos... Es posible...» Vale el dinero esa contestación.

JUAN MARÍA. Señor, trabajaré ó no trabajaré, según se me ocurra. Si trabajo, trabajo; y si no trabajo, no trabajo.

DON LEONCIO. Cállate, que asustas, como Shakespeare.

JUAN MARÍA. ¡Vaya!

DON LEONCIO. «Si trabajo, trabajo; y si no trabajo, no trabajo...» Quédate con Dios, que los artistas debéis aprovechar estos momentos luminosos.

JUAN MARÍA. Sonriendo. Sí, sí; ande usted al salón, papá; ande usted al salón.

DON LEONCIO. Hago que me voy... y vuelvo. Escúchame.

JUAN MARÍA. ¡Buena está la noche!

DON LEONCIO. Me asalta una idea extraordinaria, sin duda de respirar tu atmósfera. Si viniera Isabel Lozano...

JUAN MARÍA. Si viniera Isabel Lozano, tampoco saldría yo de aquí.

DON LEONCIO. ¡Ah! ¿Tampoco? ¡Eso está muy bien! Y yo sin haber dado en ello.

JUAN MARÍA. Se ría usted ó no, cabalmente porque ahora acostumbra venir Isabel Lozano, me quito de en medio algunas noches. La gente es plebeya y chismosa, y puede atribuir á las visitas de Isabel una intención que de fijo no tienen; y eso debe evitarlo mi delicadeza.

DON LEONCIO. Bravo, bravo. Siempre ves las cosas desde la cumbre. Pero al águila, que eres tú, le pregunta la codorniz, que soy yo: con semejantes escrúpulos de delicadeza, ¿por qué no te vas á la calle?

JUAN MARÍA. ¿Y qué tengo yo que hacer en la calle?

DON LEONCIO. Hijo mío, me aturdes; me anonadas. Todas las noches sales á la calle, sin duda porque tienes algo que hacer; esta noche, que acaso venga Isabel Lozano, no sales á la calle. «¿Qué tienes tú que hacer en la calle?» Concluyente; definitivo, como se dice ahora.

JUAN MARÍA. Mire usted, papá, ¿quiere usted dejarme tranquilo?

DON LEONCIO. Dejarte, sí; tranquilo... no depende de mi voluntad.

Sale MOYITA presuroso por la puerta del foro, y se sorprende de hallar á Juan María.

MOYITA. Ah, ¿pero estás aquí? Buenas noches.

DON LEONCIO. Buenas noches.

JUAN MARÍA. Hola, Manolo.

MOYITA. ¿Estás aquí?

DON LEONCIO. No, señor; ha salido.

MOYITA. Eso me dijo doña Mercedes.

JUAN MARÍA. Y *he salido,* ¿eh?

MOYITA. Ah, vamos; ya entiendo. Pues, chico, perdona esta invasión; pero venía á ponerle dos letras á mi mediquillo.

JUAN MARÍA. Escribe lo que quieras. ¿Te ocurre alguna novedad?

MOYITA. Con el semblante iluminado. Hombre... nove-

dad... Te diré, te diré... Bueno, prométanme ustedes no reirse.

DON LEONCIO. ¿Aunque tenga gracia lo que usted cuente?

MOYITA. ¡Este don Leoncio!

JUAN MARÍA. Yo me estoy figurando algo...

MOYITA. ¿Sí, verdad? ¡Eso es! ¡Por ahí van los tiros! Emocionándose por puntos. Esta tarde le mandé á mi hermano mi coche para que luego fuera al teatro... y Aurorita y yo, por no alquilar un peseteró... nos hemos venido acá en el tranvía.

JUAN MARÍA. ¿Y qué?

MOYITA. ¡Que se me ha mareado en el tranvía!

JUAN MARÍA. ¡Chico! ¿Qué me cuentas?

MOYITA. Así, así. Y un mareo inconfundible, ¿sabes? Estoy contentísimo.

DON LEONCIO. ¿Le alegra á usted que se le maree la señora en el tranvía?

MOYITA. ¡Por lo que significa, don Leoncio! Además, yo sumo observaciones. Anoche tuvo un antojito.

DON LEONCIO. ¿Anoche?

MOYITA. Sí, señor. Me pidió chocolate con picatostes.

DON LEONCIO. ¡Diablo! Me está usted poniendo en aprensión, querido Moyita.

MOYITA. ¿Por qué?

DON LEONCIO. Porque el chocolate con picatostes se me antoja á mí muy á menudo... y porque suelo marearme en el tranvía.

MOYITA. ¡Ja, ja, ja! Se ríe á carcajadas, mitad de felicidad, mitad del chiste.

DON LEONCIO. Hasta ahora.

MOYITA. Hasta ahora, don Leoncio.

JUAN MARÍA. Cuando vengan Jorge y Rafael ó alguno de esos, que pasen aquí con pretexto de que van al billar.

DON LEONCIO. Bien; bien: yo lo diré con todo el misterio que las circunstancias requieren.

MOYITA. Jorge entraba con Julia al tiempo que yo.

DON LEONCIO. Pues lo mandaré para acá. Y usted, Manolo, no se preocupe por su señora: yo me encargo de seguir mareándola. Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.

MOYITA. ¡Je! Tu padre siempre tan bromista. Con tu permiso voy á escribir esas dos letras.

JUAN MARÍA. Celebraré infinito que el médico confirme tus esperanzas.

MOYITA. Mientras escribe, sentado á la mesa de Juan María. ¡Ay, si Dios quisiera! Sí, porque, la verdad, muchacho, el matrimonio es una dulce cadena, incompleta sin los eslaboncillos de los hijos. No es que se entibie el cariño entre la esposa y el esposo... ¡no! ¡eso no! Es que los hombres vivimos mucho fuera de casa... y á lo mejor hay encuentros... hay peligros... restos de la vida anterior que las olas arrojan á la playa...—¡vaya una frase!—y siempre es conveniente la voz de un hijo, fruto de tus entrañas... fruto de... fruto de... Bueno, tú me entiendes. Me voy á equivocar si continúo.

JUAN MARÍA. Tú te lo dices todo.

MOYITA. ¡Es mucho cuento este de la vida!..

Termina su carta en silencio, la relee y se la guarda en la cartera. Ya

estamos listos. Á ver lo que me dice mañana. Es un médico de un ojo admirable.

JUAN MARÍA. ¿Sí, eh?

MOYITA. Ve desde una legua. El caso de Amparito Gordo no puede ser más elocuente. Lo llamó, llegó, y no hizo más que pulsarla, y le dijo:—Que sea enhorabuena.

JUAN MARÍA. ¿Y acertó?

MOYITA. ¿Cómo que si acertó? Á los dos meses tuvo un chico.

JUAN MARÍA. ¿Á los dos meses?

MOYITA. Á los dos años he querido decir. Me he equivocado.

JUAN MARÍA. ¡Pues sí que es ojo clínico!

Por la puerta del foro llega JORGE.

JORGE. ¡Salud, compañeros!

MOYITA. ¡Schsss!

JORGE. ¿Qué sucede?

MOYITA. No grites, que éste no está en casa.

JORGE. Ya lo sé.

JUAN MARÍA. Ven con Dios. ¿Y Julia?

JORGE. Buena. Tararea una música popular.

MOYITA. Que te calles, que éste no está en casa.

JORGE. ¡Pero si el que canta soy yo! ¿Y á qué se debe esta encerrona, Juan María? ¿Cómo no te has lanzado á la calle?

JUAN MARÍA. Me dió pereza de salir... Y no estoy de humor de tertulia.

JORGE. Pues ahí la tienes ya.

JUAN MARÍA. ¿Cómo?

JORGE. Que ahí la tienes ya.

JUAN MARÍA. ¿Á quién?

JORGE. ¡Á la Cibeles!

MOYITA. Tanto disimulo ya es tonto, Juan María.

JUAN MARÍA. Pero ¿qué estáis hablando?

MOYITA. Anoche se dijo en casa de Valle Florido que andas haciendo números por ella.

JUAN MARÍA. ¡Ah, vamos!

JORGE. Ahora cae, ¿sabes?

JUAN MARÍA. Un poeta, Moyita, no puede hacer números por ninguna mujer: hará versos en todo caso.

MOYITA. ¡Llámale hache!

JUAN MARÍA. Sí: las señas no mienten: ella viene aquí, y yo ni siquiera salgo á verla...

JORGE. ¡Ni te lo aconsejo! Esos son otros López.

JUAN MARÍA. ¿Por qué?

JORGE. Porque se ha presentado esta noche de un guapo tan subido de punto, como para que hicieras en plazo breve la misma zanganada que hice yo en plazo no lejano.

MOYITA. ¡Hombre! ¡hombre!

JUAN MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

JORGE. Sí, Manolo, sí: no le des vueltas. Casarse es una barbaridad con letra mayúscula. Barbaridad: estoy viendo la be de burro.

MOYITA. ¡Y llevas poco más de tres meses!...

JORGE. Horrorizado. ¡Qué será luego! Á Juan María. Chico, tú no sabes aún lo que es aburrirse en este mundo. ¡Oh! ¡Qué tardes de la Castellana, sin poder mirar ni de reojo á ninguna amiga del corazón!

¡En que todo el aliciente consiste en que pase el suegro y en saludarlo con la manita!...

JUAN MARÍA. Me han dicho que anda delicadillo del estómago.

JORGE. No envenenes tu puñal, Juan María. Desde que me endosó á la nena...

MOYITA. ¡Me endosó, me endosó!...

JORGE. ¡Se toma cada jarro de cerveza negra y cada bistec con mostaza!. . ¡Oh! ¡qué hombre! ¡Nos entierra á todos! La idea del mausoleo que yo acariciaba se me desvanece por minutos.

MOYITA. Mira, Jorge, bromas aparte, lejos de renegar del matrimonio debieras darle gracias á Dios por la mujer que te ha tocado en suerte.

JUAN MARÍA. Esa sí es la verdad: Julia es un tesoro.

JORGE. ¡Porque es un *tesoro* me casé!... Si no, ¿quién me atrapa? Y yo lo comprendo: mi mujer es un ángel, un ángel...

JUAN MARÍA. Te resiste á ti...

JORGE. Pero no tiene más que una nota. ¡Ay, qué soporífero es el hogar! ¡Dichoso hogar! Con deciros que Wagner me ha llegado á parecer un autor de polkitas... ¡No te cases, Juan María! ¡No te cases nunca! Rechaza toda tentación. El matrimonio es una llanura de la Mancha: dos que andan y que andan y que andan... y siempre ven lo mismo. ¡Cuando me acuerdo de la Pompita!...

MOYITA. No seas animal.

JUAN MARÍA. Déjalo que se desahogue.

JORGE. La Pompita era para mí un mundo entero. ¡Cuantísimas facetas!... Unas veces era mi

amante; otras veces era mi novia por lo fino; otras era mi prestamista; otras mi patrona; otras mi chula; otras una tía carnal que me daba consejos prudentes; otras... ¡qué sé yo! Siempre era lo que á mí me hacía falta. ¡Que es lo que necesita un hombre!

MOYITA. Pero ¿tú oyes esto, Juan María?

JUAN MARÍA. Con pena lo oigo; pero lo oigo... y tal vez aprendo. ¡Es tan natural lo que le ocurre!... La vida egoista y liviana del corazón nos lo quebranta para el amor verdadero, que tiene tanto de regalo como de sacrificio. Con gotas de su sangre, no más que con gotas, solemos pagar la ofrenda de corazones enteros, que desdeñamos brutalmente; y cuando queremos toda nuestra sangre, ansiosos de ofrecérsela á un corazón, volvemos con dolor los ojos para mirar la que derramamos por el camino, gota á gota. Y ése es nuestro castigo: no poder querer como se nos quiere.

JORGE. Ah, es que si yo quisiera á mi mujer como ella á mí... ¡apaga y vámonos! Á Moyita y á Aurora íbamos á dejar en pañales.

JUAN MARÍA. Ríete, ríete de Moyita: él supo buscar su compañera, y por nadie se cambia. ¡Dichoso él!

Moyita sopla.

JORGE. Á mí lo que no me cabe en la cabeza es que, al cabo de los años, no se la haya pegado á su mujer todavía.

Moyita vuelve á soplar y se turba visiblemente.

JUAN MARÍA. Ése es su orgullo: no pecar como todos pecan en este mundo frágil.

JORGE. ¡Es el único! ¡el único!

Moyita no puede resistir la presión atmosférica y decide marcharse.

MOYITA. Bueno, yo me voy allá dentro... No vaya á llamar la atención... Hasta luego, ¿eh? ¿Qué me deciais? Ah, no... nada. Hasta luego. Vase por la puerta del foro, tropezando.

JORGE. ¿Tú has visto, Juan María?

JUAN MARÍA. ¡Qué decepción! ¡El incorruptible Moyita! Porque es seguro: ¡se la ha pegado á su mujer!

JORGE. ¡Segurísimo! ¡Pues ya tiene matraca toda la noche! ¡Ahora verá ese hipócrita! Y te voy á hacer una revelación: Moyita era el único dique que me contenía hasta la fecha: mañana le contesto á la Pompita, que ya me ha escrito un par de cartas.

JUAN MARÍA. ¡Jorge! ¡Ten vergüenza!

JORGE. ¡Chico! ¡Me pides unas cosas de pronto!... Abur. Vase en persecución de Moyita, tarareando.

JUAN MARÍA. Adiós. Pasea en silencio unos momentos, fumando un cigarrillo. Mejor estoy solo. Todo cuanto me hablan los demás viene á parar en lo mismo: en ella. Los enamorados no oyen más que su propia voz... Pausa. Que por ahí se dice... que por ahí se asegura... La verdad, la verdad destruyendo toda la trama del disimulo... Nueva pausa. ¿Le preguntarán á ella lo mismo que á mí? ¿Pasará por estas mismas torturas? La vida daría por saberlo. Vuelve á callar. He debido salir. Sentirla y no verla es mayor tormento que ninguno... Ni sé lo que quiero ni sé lo que no quiero... ni nada sé... No sé más que á ella sola veo. Calla otra vez y á poco se sienta á la mesa. Coge unas cuartillas

y, con abandono, empieza á escribir. La pluma, sin que mi mano la guíe, escribe ya su nombre... ¡Bah! Es inútil. Se levanta. Me obsesiona la idea de que está á veinte pasos de mí. Saldré, saldré á la calle. Es lo mejor. Entre estas paredes me ahogo... Éntrase por la puerta de la izquierda.

Queda solo el estudio. Al cabo de algunos instantes, cautelosa y llena de temor, llega ISABEL.

ISABEL. Con sorpresa. ¿Pues cómo hay aquí luz? Tal vez el criado... De todos modos... ninguna ocasión mejor que ésta... Busca ansiosa entre todos los retratos el suyo. ¿Dónde está?... ¿dónde está?... ¡Dios mío de mi vida! ¡Cuántas mujeres!... ¿Será posible que esté aquí?... Vengo por él... y lo sentiría. No está, no está... Lo tiene muy guardado. Viéndolo de repente. ¡Ah! Lo tiene en su mesa. Va á acercarse para cogerlo y le llama la atención la cuartilla comenzada á escribir. ¿Eh? ¿Qué es esto?... Mi nombre. Lee, sin tocar la cuartilla.

«Isabel.
¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?...»

No ha escrito más... Con suprema emoción.

«¿Por qué si estás en mí no estás conmigo?...»

Sale JUAN MARÍA.

JUAN MARÍA. ¿Quién ha entrado? ¡Isabel!

ISABEL. ¡Jesús!

JUAN MARÍA. ¡Isabel! ¡Alma mía!

ISABEL. Déjame: creí que no estabas. Me engañaron.

JUAN MARÍA. No.

ISABEL. Déjame.

JUAN MARÍA. No te vayas ahora, Isabel. ¿Por qué viniste?

ISABEL. ¿No lo sabes?

JUAN MARÍA. No.

ISABEL. Por lo único mío que hay aquí: por mi retrato.

JUAN MARÍA. Mucho más que tu retrato hay aquí tuyo.

ISABEL. Pues con él me conformo: te regalo todo lo demás.

JUAN MARÍA. Pues yo te lo daré cuando me oigas.

ISABEL. No; más oirte no, Juan María.

JUAN MARÍA. ¿Por qué no?

ISABEL. Porque te oí una vez, y tus palabras engañosas me hicieron luego llorar mucho.

JUAN MARÍA. Tal vez ese llanto fué rocío que necesitaba mi corazón para despertar á una luz nueva. Óyeme, Isabel.

ISABEL. No quiero, Juan María.

JUAN MARÍA. Pero ¿es que al llegar no me has oído ya antes que yo viniera? ¿No escuchaste tu nombre en el aire? Yo aquí, sin ti, sueño y hablo á solas contigo. ¿No me oiste al entrar?

ISABEL. No, Juan María, no: empezaron todas estas mujeres á hablar á un tiempo, y no te oí: te aseguro que no te oí.

JUAN MARÍA. Oh, pues ahora has de oirme.

ISABEL. ¿Para qué?

JUAN MARÍA. Para descubrirte el fondo de mi alma; para que sepas tú que yo mismo me acuso;

que sé que fuí traicionero y liviano; que ofendí tu amor con mi frivolidad egoista...

ISABEL. Sin oirlo de tus labios sabía yo todo eso. Como no digas algo más... Déjame salir.

JUAN MARÍA. No será sin que escuches lo que no sabes.

ISABEL. De ti lo sé todo, Juan María.

JUAN MARÍA. ¿Y sabes que no puedo vivir sin ti?

ISABEL. Sin ti no podía vivir yo... y dejaste que me muriera.

JUAN MARÍA. Pues ya que la sufriste, Isabel, no me castigues á mí con pena tan grande. Yo no puedo vivir sin ti. Tuyos son mi sueños; tuyo es mi despertar; tuyos mis ocios y mis trabajos. Mi mano sólo escribe tu nombre. Te veo en todo lugar, en todo sitio, y cuando no te veo se me figura que voy á verte. Frente á tu retrato escribo y leo, y una corriente ideal le lleva para ti lo mejor de mi alma. Y el retrato me mira, y me riñe, y me acusa, y me llora... y yo... yo... cuando mejor quiero defenderme, lo beso.

ISABEL. Palabras, palabras... frases bonitas, hojarasca, versos que suenan bien... Tus más sinceras palabras están en tus versos, y puedes quemarlos todos juntos, que no quemas ninguna verdad de tu vida.

JUAN MARÍA. Mis más sinceras palabras están ahora mismo en mis labios.

ISABEL. Pues lléveselas el aire también con las cenizas de tus versos.

JUAN MARÍA. ¿Pero no me crees?

ISABEL. No.

JUAN MARÍA. ¿No estás viendo la verdad en mis ojos?

ISABEL. No.

JUAN MARÍA. ¿Ni aun mirando que lloran?

ISABEL. No lloran, no.

JUAN MARÍA. ¿Por qué he de jurarte?

ISABEL. Por nada. Por cuanto hay en el cielo y en la tierra me has jurado en falso mil veces. Como me sonó á verdad, no lo olvidé. Me has jurado que me querías por la luz de mis ojos y por la risa de mi boca; por mis manos, que se enlazaban á las tuyas cándidamente; por mi vida, que querías para ti; por el aire que respirábamos juntos; por las flores que juntos cogíamos; por la tierra que íbamos pisando; por la luna que nos miraba desde el cielo; por la luz del sol, que burlábamos entre la sombra de los árboles. ¿Qué te queda ya para jurar, Juan María? Que haga Dios otro mundo y que forme otro cielo para que tú me jures por ellos que me quieres, y tal vez entonces te crea.

JUAN MARÍA. Isabel, vida de mi vida, mira que mi culpa no es otra que no haber sabido que te adoraba.

ISABEL. ¿No lo sabías y me lo juraste por todo eso?

JUAN MARÍA. Ven acá, Isabel...

ISABEL. Déjame.

JUAN MARÍA. Mira que Dios va á hacer ese mundo nuevo de que tú hablas para ti y para mí. Para ti, porque lo mereces; para mí, porque quiero de veras merecerlo.

ISABEL. Vacilante, conmovida. Déjame, no te acerques... ¿Por qué vine aquí? ¿Quién me trajo?

JUAN MARÍA. Mi voz, que te llamaba en silencio. Ábreme tu alma, Isabel. En mis horas de insomnio, hay algo que me dice que tú no debes ser más que mía: en las tuyas, si también las tienes, ¿no hay nada que te diga que yo pueda ser tuyo?

ISABEL. Entre lágrimas. No, Juan María, no... Yo ya no te quiero; no te puedo querer...

JUAN MARÍA. ¡Sí!

ISABEL. ¡No! No te puedo querer... No te quiero...

JUAN MARÍA. ¡Yo á ti, sí!

ISABEL. Tú á mí tampoco, Juan María. Tú gastaste tu corazón en otros amores, y llegaste á mí á ofrecerme lo que ya no tenías: por eso hiciste lo que hiciste. Yo puse en tus manos mi corazón entero... y tú me dejaste sin él. Mi pena es mayor que la tuya. No te quiero, no... no te quiero... No puedo quererte... no te quiero...

JUAN MARÍA. Isabel, alma mía, sigue diciéndome así que no me quieres... ¿Me perdonas?

ISABEL. Perdonarte, sí... pero no te quiero, no te quiero...

JUAN MARÍA. ¿Te pesa haber venido aquí esta noche?...

ISABEL. No... no me pesa, no... pero no te quiero...

JUAN MARÍA. Entonces... ¿te llevarás tu retrato... que es por lo que viniste?

ISABEL. Bueno... sí... me lo llevaré... porque... porque no te quiero, no te quiero...

Pausa. Se miran.

JUAN MARÍA. De pronto. ¿Eh?

ISABEL. ¿Qué ocurre?

JUAN MARÍA. Alguien llega.

ISABEL. Me voy yo.

JUAN MARÍA. ¿Y si te ven salir de aquí?

ISABEL. Pues véte tú: que no te vean conmigo.

JUAN MARÍA. Mejor es. Éntrase rápidamente por la puerta de la izquierda.

Sale DON LEONCIO, picado de curiosidad. Isabel finge que busca un libro.

DON LEONCIO. ¡Muchacha! ¿Tú aquí sola?

ISABEL. ¡Oh! Don Leoncio.

DON LEONCIO. ¿Qué haces aquí sola?

ISABEL. Buscaba un libro que me ha ofrecido Juan María... Como él no está...

DON LEONCIO. Es verdad, que esta noche no está... ¿Y qué libro es ése?

ISABEL. Uno de versos...

DON LEONCIO. ¿Con que uno de versos?...

ISABEL. Sí, señor: muy bonito.

DON LEONCIO. Muy bonito... Con sorna. Buscas un libro de versos muy bonito...

ISABEL. Observándolo recelosa. Pero no doy con él...

DON LEONCIO. ¡Caramba, qué contrariedad! Pues mira, si de aquí á poco no lo encuentras, llamas á Juan María, que está ahí escondido escuchándome, y entre él y tú, busca buscando, daréis al fin con el libro más interesante y más bello de cuantos se han escrito. Hasta luego, hija mía.

ISABEL. Turbada. Don Leoncio...

DON LEONCIO. ¡Isabel!... ¿De qué me serviría á mí haber amado lo que he amado en este mun-

do, si ahora no comprendiese que estorbo? Buenas noches. Se va por donde llegó sonriéndose.

JUAN MARÍA sale sonriéndose también.

ISABEL. ¿Tú has oído? Me ha puesto colorada.

JUAN MARÍA. Pero tiene razón, Isabel. Fía en sus palabras, ya que las mías aún las escuchas con recelo. Entre los dos podemos encontrar ese libro tan bello, en que sólo saben leer los que bien se aman, porque sólo está escrito en los ojos de los enamorados.

ISABEL. Pues si quieres leer claro en los míos, para que mejor leas, Juan María, no vuelvas á hacerlos llorar.

JUAN MARÍA. No temas, Isabel. Sé ya cuánto valen sus lágrimas. Ellas me enseñaron á conocer qué distinta cosa son en la vida del corazón amores y amoríos... Amoríos, hojas sueltas de flores distintas... Amores, hojas juntas de una sola flor, como tú. Inquietan y agostan y fatigan el corazón los amoríos, y en un amor como el tuyo, descansa. ¡Descansa, corazón!

ISABEL. ¡Descansa!

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Junio de 1908.

Obras de los mismos autores.

Esgrima y amor, juguete cómico (2.ª edición).

Belén, 12, principal, juguete cómico (2.ª edición).

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna (2ª. edición).

La media naranja, juguete cómico (3.ª edición).

El tío de la flauta, juguete cómico (3.ª edición).

El ojito derecho, entremés (3.ª edición).

La reja, comedia en un acto (4.ª edición).

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull (6.ª edición).

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela (2.ª edición).

La vida íntima, comedia en dos actos (3.ª edición).

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez (3.ª edición).

El chiquillo, entremés (6.ª edición).

Las casas de cartón, juguete cómico (2.ª edición).

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso (2.ª edición).

El patio, comedia en dos actos (1.ª edición). Traducida al italiano con el título de *Il patio (Il cortile sivigliano)* por Guiseppe Paolo Pacchierotti.

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos (3.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros (2.ª edición). Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto (2.ª edición).

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos (3.ª edición). Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos (3.ª edición). Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés (2.ª edición).

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo (2.ª edición).

Abanicos y panderetas ó ¡**Á Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo (2.ª edición). Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos (2.ª edición).

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Amore al buio* por Luigi Motta.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano (2.ª edición).

El genio alegre, comedia en tres actos (2.ª edición). Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

Á la luz de la luna, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Al chiaro di luna* por Luigi Motta.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos. Traducida al italiano con el título de *Le fatiche di Ercole* por Juan Fabré y Oliver.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Palomilla, monólogo.

Solico en el mundo, entremés.

Rosa y Rosita, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

La madrecita, novela corta.

Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas.

862.59
A47
862.59 A47 1910 V04
a39001 008134580b